

*Los  
misérables*

*Tomos I*

AUTÓNOMA DE NUEVA

CC GENERAL DE BIBLIOTECA

*Victor Hugo*

HUGO

COLLEGE LIBRARY  
HARVARD UNIVERSITY

PQ2286

.M5

S6

1901

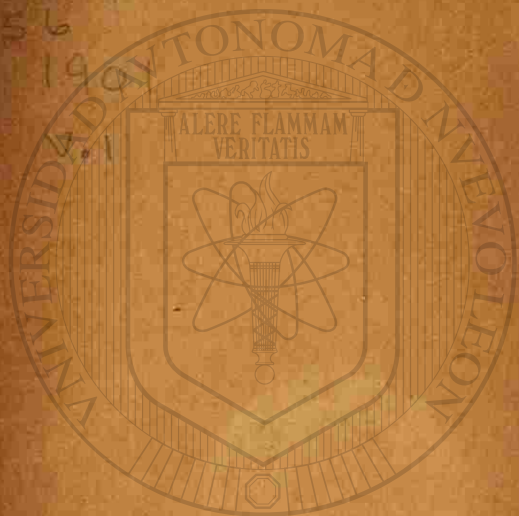
V.1

H 1005 W



1020016682

PQ 2280  
M5  
56  
19



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
LOS MISERABLES

111

- ¿Dice usted que ha llamado á todas las puertas?
- Sí.
- ¿Llamó usted á aquella?
- No.
- Pues llame usted allí.

Núm. Clas.         N          
 Núm. Autor         H 895<sup>2m</sup>          
 Núm. Adg.         30369          
 Procedencia         1          
 Precio                           
 Fecha                           
 Clasificó                           
 Catalogó                         



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

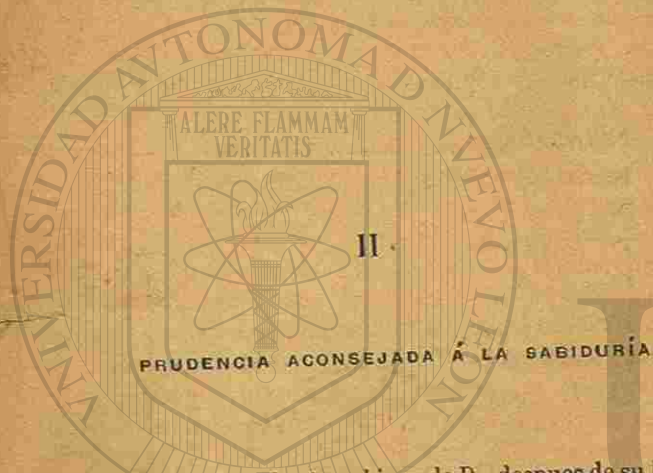
ACERVO DE LITERATURA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

115649

30369





Aquella noche, el señor obispo de D., despues de su habitual paseo por la ciudad, habia permanecido hasta muy tarde encerrado en su cuarto. Hallábase ocupado de un gran trabajo sobre los *Deberes*, que desgraciadamente dejó por concluir. Con el mayor cuidado iba el anotando todo cuanto los santos Padres y los Doctores de la Iglesia han dicho acerca de esta grave materia. Estaba dividido su libro en dos partes : la primera comprendia los deberes de todos, y la segunda los deberes de cada uno, segun la clase á que pertenece. Los deberes de todos son los grandes deberes. Hay cuatro. San Mateo los indica : deberes para con Dios (*Matth.*, vi), deberes para consigo mismo (*Matth.*, v, 29, 30), deberes para con el prójimo (*Matth.*, vi, 12), deberes para con las criaturas (*Matth.*, vi, 20, 25). Por lo que hace á los demas deberes, el obispo los habia hallado

indicados y prescritos en otras partes, á los soberanos y á los súbditos, en la Epístola á los Romanos; á los magistrados, á las esposas, á las madres y á los jóvenes, por san Pedro; á los maridos, á los padres, á los hijos y á los criados, en la Epístola á los Efesios; á los fieles, en la Epístola á los Hebres; á las vírgenes, en la Epístola á los Corintios; haciendo él de todas estas prescripciones un conjunto armonioso que queria presentar á las almas.

Á las ocho trabajaba todavía, escribiendo con bastante incomodidad en cuadritos de papel, con un gran libro abierto sobre sus rodillas, cuando madama Magloire entró, segun su costumbre, para tomar la bajilla de la alcenita que se hallaba junto á la cama. Algunos instantes despues, el obispo, notando que ya estaba la mesa puesta, y que tal vez le esperaba su hermana, cerró el libro, levantóse de su bufete y entró en el comedor.

Era este una pieza cuadrilonga, con chimenea, y con una puerta que daba á la calle (como ya hemos dicho) y una ventana al jardin.

Con efecto, madama Magloire acababa de poner la mesa.

Al mismo tiempo que se ocupaba en su servicio, conversaba con la señora Baptistina.

Sobre la mesa, que estaba cerca de la chimenea, ardia una lámpara. La lumbre era bastante buena.

Fácil es figurarse el aspecto de aquellas dos mujeres que pasaban ambas ya de los sesenta años : madama Magloire pequeña, gruesa, viva ; la señora Baptistina débil, delgada, tranquila, algo más alta que su hermano, con un vestido de seda pardo-oscuro, color á la moda en 1806, que en aquella época se habia comprado en Paris y le duraba todavía. Para valernos de las locuciones vulgares, que tienen el mérito de expresar con una sola palabra una idea que apenas bastaria á explicar una página entera, diremos que madama Magloire tenia trazas de una *aldeana*, y la señora Baptistina



de una *dama*. Madama Magloire usaba una papalina blanca encañonada, y llevaba una cruzecita de oro al cuello, única joya de mujer que habia en la casa, una pañoleta muy blanca que salia de un vestido de sayal negro con mangas anchas y cortas, delantal de tela de algodón á cuadros encarnados y verdes, sujeto en la cintura con una cinta de este último color, con su paño de estómago igual prendido con dos alfileres en las dos puntas de arriba; calzando unos zapatos gruesos y medias amarillas como las usan las mujeres de Marsella. El vestido de la señora Baptistina habia sido cortado sobre los patrones de 1806, talle alto, estrecho de vuelo, mangas de hombrera, con botones y presillas. Su pelo gris se hallaba oculto bajo una peluca ensortijada de las que llaman *á lo niño*. Madama Magloire no carecia de inteligencia y tenia un genial vivo y bueno; los dos ángulos de su boca levantados con desigualdad y el labio superior más grueso que el inferior, la daban cierto aspecto de aspereza imperiosa. Mientras que monseñor callaba, ella le hablaba resueltamente, con una mezcla de respeto y de libertad; pero desde que monseñor abria la boca para decir la más mínima palabra, siempre se observó que ella obedecia de un modo enteramente pasivo, lo mismo que su señora. La señora Baptistina apenas hablaba; limitándose á obedecer y á complacer. Nunca fué bonita, ni aun en su juventud; tenia grandes ojos azules á nivel de la cara, y la nariz larga y encorbada; pero todo su semblante, toda su persona, como hemos dicho al empezar, respiraban una hondad inefable. Siempre habia sido predestinada á la mansedumbre; pero la fé, la caridad, la esperanza, estas tres virtudes que comunican tan dulce calor al alma, habian elevado poco á poco aquella mansedumbre hasta la santidad. La naturaleza sólo habia hecho de ella una oveja. La religion habia hecho un ángel. ¡Pobre santa mujer! ¡Dulce recuerdo desaparecido!

La señora Baptistina ha referido despues tantas veces lo que pasó aquella noche en casa del obispo, que várias personas que aún viven recuerdan hasta los más mínimos detalles.

En el momento en que entró el señor obispo, madama Magloire estaba hablando con alguna vivacidad, fijando la atención de su señora en un asunto que las era familiar y al cual estaba tambien el obispo muy acostumbrado. Tratábase del picaporte de la puerta de la calle.

Parece que, cuando salió fuera á comprar las provisiones necesarias para la cena, madama Magloire habia oido contar ciertas cosas extrañas y alarmantes á diferentes personas. Hablábase de cierto tunante de muy malas trazas, de un vagabundo sospechoso que habia entrado en la ciudad, y debia de hallarse en algun escondrijo de la poblacion, siendo muy posible que los que cometieran la imprudencia de recogerse tarde tuvieran por la noche algun mal encuentro. Que por otra parte, la policia estaba muy mal hecha, porque el señor prefecto y el señor alcalde no se querian bien, y procuraban hacerse daño dejando venir los sucesos en el mayor abandono. Que por consiguiente, á las personas juiciosas y honradas del pueblo era á quien tocaba únicamente hacer ellas mismas la policia de la ciudad, y sobre todo, guardarse muy bien, teniendo el mayor cuidado de encerrarse como es debido, de atrancar y de atrincherar bien sus casas, y no olvidarse nunca de *cerrar muy bien sus puertas*.

Madama Magloire apoyó bastante la voz en esta última frase; pero el obispo venia de su cuarto, donde habia tenido bastante frio, se habia sentado ante la chimenea á calentarse, y ademas tenia la cabeza ocupada en otro órden de ideas. Por consiguiente, pasó para él como desapercibida la frase que con tanto retintín habia pronunciado madama Magloire, la cual entónces creyó acertado repetirla, y la repitió no ménos acentuada que ántes. La señora Baptis-



tina entónces, queriendo satisfacer á madama Magloire, sin disgustar á su hermano, se aventuró á decir tímidamente:

— ¿Hermano, oís lo que está diciendo madama Magloire?

— Algo he oído vagamente, respondió el obispo. Y en seguida, dando média vuelta á su asiento, apoyando ambas manos sobre sus rodillas, y mostrando á la vieja criada su semblante cordial y fácilmente alegre que la lumbre desde el suelo iluminaba: — Vamos á ver, la dijo: ¿Qué es lo que hay? ¿qué es lo que hay? ¿Parece que nos amenaza gran peligro?

Madama Magloire entónces recomenzó toda su historia, exagerándola un poco, sin apercibirse de ello. Decíase que una especie de gitano, un descamisado, un mendigo peligroso de la peor catadura se encontraba á la sazón en la ciudad: que se había presentado para alojarse en la posada de Joaquin Labarre, quien se había negado á recibirle: que le habían visto llegar por el boulevard Gassendi y vagabundear por las calles al anocheecer: finalmente, que era un bribon con una cara endemoniada.

— ¿De véras? dijo el obispo.

Esta condescendencia á interrogarla dió ánimos á madama Magloire; pareciéndole indicar aquella pregunta que el obispo no distaba mucho de alarmarse: en vista de lo cual continuó ella triunfante:

— Sí, monseñor. Ni más ni ménos que esto. Esta noche sucederá alguna desgracia en la ciudad. Todo el mundo lo dice. Como quiera que la policia nos sirve tan bien! (repetición que ella juzgó muy útil.) Vivir en un país de montañas, y ni siquiera tener faroles para alumbrarnos las calles de noche! Sale usted de casa, y no cuenta con otra luz que la de la luna ó las estrellas, cuando las hay... ¡Jesus! Y yo digo á eso, monseñor, y mi señora que está ahí presente dice lo mismo que yo...

— Yo no digo nada, — interrumpió la hermana. Lo que mi hermano hace está bien hecho.

Madama Magloire continuó como si no hubiera mediado tal protesta:

— Decimos nosotras que esta casa no está segura, de ningun modo, y que, si monseñor lo permite, iré en seguida á llamar á Paulino Musebois, el cerrajero, para que venga á colocar en la puerta los antigos cerrojos: ahí están, es cosa de un minuto; y yo digo que necesitamos cerrojos, monseñor, aunque no fuera más que por esta noche; pues, como tengo dicho, una puerta que se abre por fuera con un simple picaporte, por el primero que llega, es una cosa muy terrible; y con esto de que monseñor tiene la costumbre de decir siempre que entren, y que además, aun á média noche, Dios mio, no se necesita en esta casa pedir permiso para introducirse en ella...

En este mismo instante sonó en la puerta un golpe bastante violento.

— Adelante, dijo el obispo.



La señora Baptistina volvió la cara, vió entrar á aquel hombre y medio se enderezó despavorida; é inclinando despues lentamente su cabeza hácia la chimenea, se puso á mirar á su hermano, restableciéndose con esto la calma y la serenidad en su semblante.

El obispo miraba tranquilamente á aquel hombre.

Cuando ya abria la boca, sin duda para preguntar al recién venido lo que queriz, el hombre apoyó sus dos manos á la vez sobre su palo, dirigió sus miradas sucesivamente hácia el anciano y hácia las mujeres, y sin esperar á que el obispo hablara, dijo él en alta voz:

— Hé aquí de lo que se trata. Mi nombre es Juan Valjean. Soy un galeote. Diez y nueve años he pasado en un presidio. Cuatro días hace que me han puesto en libertad y que emprendí el camino de Pontarlier, que es el lugar de mi destino. Cuatro días de marcha incesante desde que salí de Tolon. Hoy he hecho doce leguas á pié. Esta tarde, al llegar á este pueblo, me dirigí á una posada, de donde me despidieron á causa de mi pasaporte amarillo que me fué preciso enseñar en la alcaldía. De allí pasé á otra posada. También me dijeron: Véte de aquí al instante. Me llegué á varias casas. Nadie quiso recibirme. Me dirigí á la cárcel, cuyo portero se negó á abrirme. Busqué asilo en el nicho de un perro, el cual me mordió y me arrojó de su vivienda, como si él hubiera sido un hombre. Diríase que aquel animal sabía quién era yo. Entónces me encaminé fuera de la ciudad, para acostarme á cielo descubierto; pero el cielo estaba cubierto. Las estrellas se ocultaron á mi presencia. Creí que llovería, y que no habria un Dios que impidiera la lluvia; me volví á la ciudad á buscar el umbral de una puerta: y ahí en la plaza, cuando iba á acostarme sobre un banco de piedra, una buena mujer me ha señalado con el dedo esta casa, y me ha dicho. Llame usted allí. Y he llamado. ¿Qué es lo que hay aquí? ¿tienen



La puerta se abrió.

Abrióse vivamente y de par en par, como si álguien la empujara con energía y resolución.

Entró un hombre.

Este hombre, ya sabemos quién es. El viajero á quien hemos visto hace poco errante por las calles en busca de un asilo.

Entró, dió un paso y se detuvo, dejando tras sí la puerta abierta. Traía su mochila á la espalda, su garrote en la mano, y mostraba una expresión ruda, atrevida, fatigada y violenta en los ojos. Alumbrábale el fuego de la chimenea. Su aspecto era horrible. Una siniestra aparición.

Madama Magloire no tuvo siquiera fuerzas para lanzar un grito. Se puso á temblar, pasmada de mortal sorpresa.



ustedes posada? Yo traigo dinero, mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado con mi trabajo en el presidio, durante diez y nueve años. Pagaré. ¿Qué me importa? tengo dinero. Estoy muy cansado, ¡doce leguas á pié! tengo mucha hambre. ¿Quiéren ustedes que me quede?

— Madama Magloire, dijo el obispo, ponga usted un cubierto más.

El hombre dió tres pasos y se aproximó á la lámpara que estaba sobre la mesa: — Atiendan ustedes, añadió, como si no hubiera comprendido bien, no se trata de eso. ¿No han comprendido ustedes? Soy un galeote, un presidiario. Vengo de galeras. — Sacó de su bolsillo una grande hoja de papel amarillo que desdobló diciendo: — Hé aquí mi pasaporte. Amarillo, como ustedes ven. Esto sirve para hacerme expulsar de cualquiera parte adonde voy. ¿Quiéren ustedes leerle? También yo sé leer. He aprendido en presidio. Hay allí una escuela para los que quieren. Oigan ustedes, verán lo que han puesto en mi pasaporte: « Juan » Valjean, presidiario cumplido, natural de... » esto les es á ustedes igual... — « ha estado diez y nueve años en presidio. Cinco años por robo con violencia y fractura. Ca- » torce años por haber intentado evadirse cuatro veces. » Este hombre es muy peligroso. » Hé ahí. Todo el mundo me ha despedido. ¿Es que ustedes querrán recibirme? ¿Es esto una posada? ¿quieren ustedes darme de comer y donde acostarme? ¿tienen una caballeriza?

— Madama Magloire, dijo el obispo, pondrá usted sábanas limpias á la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado qué género de obediencia era el de las dos mujeres.

Madama Magloire salió para ejecutar las órdenes que acababa de recibir.

El obispo se volvió hácia el hombre y le dijo :

— Siéntese usted, señor, y caliéntese. Vamos á cenar en seguida, y mientras que usted cena, le harán su cama.

Con esto el hombre comprendió ya enteramente. La expresion de su semblante, dura y sombría hasta entónces, apareció llena de estupefaccion, de duda, y de gozo, cambiando de un modo extraordinario. Fuera de sí, como un loco, empezó á decir, en tono balbuciente :

— ¿Será verdad? ¿cómo? ¿usted me admite en su casa? ¡á mí! ¡á un galeote! ¡me llama usted señor! ¡no metutea! ¡Véte de aquí, perro! como me dicen siempre. Yo estaba persuadido de que usted me despediría. Por eso dije en seguida quién soy. ¡Oh! ¡qué buena mujer la que me enseñó esta casa! ¡Voy á cenar! ¡una cama, con colchones y sábanas! ¡como todo el mundo! ¡una cama! ¡hace ya diez y nueve años que no me acuesto en una cama! ¡Ustedes tienen la bondad de no expulsarme. Son ustedes muy buenas gentes. Además, yo tengo dinero. Pagaré bien. Perdóne usted, señor posadero, ¿cómo se llama usted? Yo pagaré cuanto se quiera. Es usted muy buen sugeto. ¿Es usted posadero, no es verdad?

— Soy, dijo el obispo, un sacerdote que habita aquí.

— ¡Un sacerdote! repuso el hombre. ¡Oh! ¡y qué bueno es el sacerdote! ¿entónces no me pedirá usted dinero? ¿señor cura, no es verdad? ¿el cura de esa grande iglesia? ¡Toma! es verdad, ¡qué tonto soy! no habia reparado en el solideo que usted lleva.

Sin dejar de hablar, habia depositado su maleta y su garrote en un rincón, guardado su pasaporte en el bolsillo, y sentádose á la lumbre. La señora Baptistina le consideraba con su natural bondad. El hombre continuó :

— Usted es humano, señor cura, no desprecia á las gentes. Eso es muy bueno en un buen sacerdote. ¿Entónces no necesita usted que yo le pague?

— No, respondió el obispo, guarde usted su dinero.



¿Cuánto tiene usted? ¿no ha dicho usted que ciento nueve francos?

— Y quince sueldos, añadió el hombre.

— Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo ha invertido usted para ganar esa suma?

— Diez y nueve años.

— ¡Diez y nueve años!

El obispo lanzó un profundo suspiro.

El hombre prosiguió: — Todavía conservo todo mi dinero. En estos cuatro días, no he gastado más que veinte y cinco sueldos que gané ayudando á descargar unos carros en Grasse. Ya que es usted de iglesia, le diré que en el presidio teníamos un capellán. Y un día vi allí también á un obispo. Le llamaban monseñor. Era el obispo de la Majore, en Marsella. Es el cura que manda sobre los otros curas. ¡Ya sabrá usted, perdóneme que yo diga tan mal esas cosas, pero para mí es tan lejos todo eso! — ¡Ya usted comprende, nosotros!

— Dijo la misa en medio del presidio, sobre un altar, y llevaba en la cabeza una cosa puntiaguda, de oro. Á la gran luz del mediodía, aquello brillaba mucho. Nosotros estábamos en fila, por tres lados, y los cañones, con la mecha encendida, estaban frente á nosotros. No veíamos muy bien. Él habló, pero como estaba demasiado hácia el fondo, no oíamos nada. Hé ahí lo que es un obispo.

Mientras que él estaba hablando, el obispo se levantó de la silla y fué á empujar la puerta, que habia quedado abierta de par en par.

Madama Magloire volvió á entrar en el comedor, trayendo un cubierto que puso sobre la mesa.

— Madama Magloire, dijo el obispo, ponga usted ese cubierto lo más cerca de la lumbre que sea posible. — Y

dirigiéndose á su huésped: — El viento de la noche es crudo en los Alpes. ¿Usted debe tener frío, señor?

Cada vez que el obispo pronunciaba esta palabra *señor* con aquella voz tan dulcemente grave y con aquel acento tan amable, el rostro del hombre se iluminaba. *Señor* á un presidiario, es como un vaso de agua á uno de los náufragos de la *Medusa*. La ignominia tiene hambre y sed de consideracion.

— Hé aquí, dijo el obispo, una lámpara que nos ilumina bastante mal.

Madama Magloire comprendió, y fué á buscar sobre la chimenea de la alcoba de monseñor los dos candeleros de plata, que colocó inmediatamente encendidos sobre la mesa.

— Señor cura, dijo el huésped, usted es bueno, usted no me desprecia. Usted me recibe en su casa, y enciende sus cirios para mí. Y sin embargo, yo no le he ocultado á usted de dónde vengo, y que soy un hombre bien desgraciado.

El obispo, sentado junto á él, le tomó cariñosamente la mano: — Podía usted no haberme dicho quién era. Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esta puerta no pregunta al que entra si tiene un nombre, sino que le pregunta solamente si tiene un dolor. Usted sufre; tiene hambre y sed; ¡bien venido sea! Y no me dé las gracias, no me diga que le recibo en mi casa. Nadie está aquí en su casa, excepto el que necesita un asilo. Lo digo á usted, pasajero, que está aquí en su casa más que lo estoy yo mismo. Todo cuanto aquí hay es de usted. ¿Qué necesidad tengo yo de saber su nombre? Por otra parte, ántes que usted me lo dijera, tenía ya para mí un nombre que yo sabía.

El hombre abrió los ojos admirado, y replicó:

— ¿De veras? ¿sabía usted ya cómo yo me llamo?



— Sí, respondió el obispo, se llama usted mi hermano.

— ¡Es cosa singular! señor cura, exclamó el hombre, yo tenía hambre al entrar aquí; pero usted es tan bueno, que ahora ya no sé lo que tengo, aquello me ha pa' ado.

El obispo le miró y le dijo :

— ¿ Ha sufrido usted mucho ?

— ¡ Oh ! la casaca roja, la bala de cañon al pié, una tabla para dormir, el calor, el frio, el trabajo, la chusma, los palos, la doble cadena por nada, el calabozo por una palabra, grillos, áun estando en cáma enfermo. ¡ Los perros, los perros son más dichosos ! diez y nueve años ! tengo cuarenta y seis. Ahora, el pasaporte amarillo. Ahí tiene usted.

— Sí, respondió el obispo, usted sale de un lugar de tristeza. Escuche usted. Más alegría habrá en el cielo para el rostro lloroso de un pecador arrepentido, que para la blanca túnica de cien justos. Si sale usted de aquella mansion dolorosa con pensamientos de odio y de ira contra sus semejantes, es usted un hombre digno de compasion; pero si sale con pensamientos de benevolencia, de dulzura y de paz, vale usted más que ninguno de nosotros.

— Entretanto, madama Magloire había servido la cena, una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal, un poco de tocino, un pedazo de carnero, unos higos, un queso fresco y un enorme pan de centeno. Ella, por su propia autoridad, había creído oportuno añadir al ordinario del señor obispo una botella de vino de Mauves añejo.

El semblante del obispo adquirió de repente esa expresion de gozo propia de las naturalezas hospitalarias : — Á la mesa, dijo con viveza, como acostumbraba á hacerlo, siempre que cenaba con él alguna persona extraña ; é hizo sentar al huésped á su derecha. La señora Baptistina, enteramente tranquila y natural, tomó asiento á su izquierda.

El obispo dijo el *benedicite*, y en seguida se puso á ser-

vir él mismo la sopa, segun su costumbre. El hombre empezó á comer con la mayor avidez.

De repente dijo el obispo : — Me parece que falta algo en esta mesa.

En efecto, madama Magloire no había puesto sino los tres cubiertos absolutamente necesarios. Ahora bien, la costumbre de la casa era, que cuando el señor obispo tenia á álguien á cenar, se colocaban sobre la mesa los seis cubiertos de plata, como una inocente ostentacion. Esta graciosa apariencia de lujo era una especie de niñería, llena de encanto en aquella casa afable y severa que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

Madama Magloire comprendió la observacion; salió sin decir una palabra, y un momento despues brillaban sobre el mantel los tres cubiertos reclamados por el obispo, simétricamente colocados frente á cada una de las tres personas que iban á cenar juntas en aquella mesa.





DETALLES SOBRE LAS QUESERAS DE PONTARLIER

Para dar ahora una idea de lo que paso en aquella mesa, nada creemos más oportuno que el transcribir aquí un pasaje de la carta que la señora Baptistina escribió á la señora de Boischevron, dando cuenta de la conversacion del galeote y el obispo con candorosa minuciosidad.

«... Este hombre no prestaba la menor atencion á nada. Comia con una voracidad de hambriento. Sin embargo, concluida la cena dijo :

» — Señor cura de Dios, todo esto es todavía demasiado bueno para mí, pero debo decirle que los carreteros que no quisieron dejarme comer con ellos tienen mejor plato que usted.

» Acá entre nosotras, la observacion no dejó de chocarme. Mi hermano le respondió :

» — Tambien tienen mayor fatiga que yo.  
 » — No, repuso el hombre, lo que tienen es más dinero.  
 » Usted es pobre, ya lo comprendo. Quizas no es usted cura siquiera. ¡ De véras, es usted cura ? ¡ Ah ! en cuanto á eso, si Dios fuera justo, usted deberia ser cura.

» — Dios es más que justo, dijo mi hermano.

» Y momentos despues añadió :

» — Señor Juan Valjean, ¿ es á Pontarlier adonde usted se encamina ?

» — Con itinerario obligado.

» Creo que fué así como dijo el hombre. Despues prosiguió :

» — Preciso es que me ponga en camino mañana, al ser de día. Es cosa dura el viajar. Si las noches son frías, los dias son calurosos.

» — Va usted, repuso mi hermano, á un buen país. En tiempo de la Revolucion, mi familia quedó arruinada ; yo me refugié primero en el Franco-Condado, donde viví algun tiempo del trabajo de mis brazos. Tenia yo buena voluntad, y hallé en qué ocuparme. No hay más que escoger. Allí hay fábricas de papel, de curtidos, de destilacion de aceites y licores, de relojería por mayor, fábricas de acero y de cobre, y á lo ménos veinte grandes herrerías, cuatro de las cuales están en Lods, en Chatillon, en Audincourt y en Beure, y por cierto que son muy considerables...

» No creo equivocarme, estos fueron realmente los nombres que citó mi hermano ; y en seguida se interrumpió y me dirigió la palabra :

» — Querida hermana, me dijo, ¿ es que no tenemos nosotros parientes en aquel país ?

» Yo le respondí :

» — Teníamos, entre otros, el señor de Lucenet, que era



» capitán de las puertas en Pontarlier, en la época del  
» antiguo régimen.

» — Si, continuó diciendo mi hermano; pero en 93 ya  
no había parientes: cada cual contaba sólo con sus bra-  
zos. Yo he trabajado. En ese país de Pontarlier adonde  
usted va, señor Valjean, tienen una industria enteramente  
patriarcal. Hermana, aquella es una industria  
preciosa; son las queseras, que ellos llaman fruteras.  
Entonces mi hermano, al mismo tiempo que hacia comer  
á aquel hombre, le explicaba muy detalladamente lo  
que son las fruteras de Pontarlier, — entre las cuales dis-  
tinguía dos especies diferentes: — las *grandes granjas*,  
que pertenecen á los ricos, y donde hay cuarenta ó cin-  
cuenta vacas, las cuales producen de siete á ocho milla-  
res de quesos cada verano; y las *fruteras de asociacion*,  
que pertenecen á los pobres, es decir, á los labriegos  
de la falda de la montaña que ponen sus vacas en co-  
mun, y se reparten los productos. — Toman por su  
cuenta un quesero, á quien dan el nombre de *grurin*; —  
el grurin recibe la leche de los asociados tres veces por  
día, y marca las cantidades en una tarja doble; — la  
tarea de las queseras principia á fines de Abril; —  
hácia fines de Junio es cuando los queseros conducen  
sus vacas á la montaña.

» El hombre, sin dejar de comer, se reanimaba. Mi her-  
mano le hacia beber deste buen vino de Mauves del cual  
no bebe él nunca, porque dice que es un vino muy caro:  
y mientras tanto, le explicaba todos estos pormenores con  
esa alegría fácil y natural que usted conoce, mezclando  
siempre sus palabras con modales delicados y graciosos  
para mí. Repetidas veces insistió y volvió á insistir en la  
descripcion de aquel buen oficio de grurin, como si de-  
seara que el hombre comprendiese, sin aconsejárselo di-  
rectamente y de un modo duro, que podría ser una buena

» ocupacion, un verdadero asilo para él. Una cosa me chocó  
» mucho. El hombre era lo que he dicho á usted. ¡ Pues  
» bien! mi hermano, durante toda la cena, ni en toda la ve-  
» lada, á excepcion de algunas palabras sobre Jesucristo  
» que dijo al verle entrar, no pronunció ni una sola que pudie-  
» ra recordar á aquel hombre quién era, ni darle á entender  
» que él era mi hermano. Y sin embargo, la ocasion evi-  
» dentemente era buena para sermonear un poco, y hacer  
» descargar el obispo sobre el galeote, á fin de que dejara  
» la huella de su tránsito. Tal vez á otro le habria parecido  
» el caso oportuno, hallándose mano á mano con aquel des-  
» graciado, de alimentarle el alma al mismo tiempo que el  
» cuerpo, y dirigirle algunas reconvenções sazonadas de  
» moral y de consejos, ó bien, un poco de conmiseracion,  
» con exhortacion de conducirse mejor en adelante. Ni si-  
» quiera le preguntó mi hermano de qué país era, ni su  
» historia. Pues en su historia está su falta, y mi hermano  
» parecia querer evitar todo cuanto pudiera recordársela; á  
» tal punto, que en cierto momento en que mi hermano  
» hablaba de los montañeses de Pontarlier, que tienen un  
» *trabajo dulce cerca del cielo y que, añadia él, son dichosos*,  
» *porque son inocentes*, se contuvo en seguida, y no siguió  
» más adelante, temiendo que en aquella palabra que se le  
» escapaba pudiera contenerse algo que vejara ó hiriera á  
» nuestro hombre. Á fuerza de reflexionar, creo yo haber  
» comprendido lo que pasaba en el corazon de mi hermano.  
» Pensaba él sin duda que aquel hombre que se llamaba  
» Juan Valjean se representaba demasiado á su espíritu su  
» propia situacion, su miseria, y que lo mejor que habia que  
» hacer era distraerle de ella, y hacerle creer, aunque no  
» fuera sino por un momento, que él no era sino una per-  
» sona como las demas, para la cual todo debiera suceder  
» como de ordinario. ¿ No es esta, en efecto, una manera  
» excelente de entender la caridad? ¿ No hay, mi buena se-



» ñora, algo verdaderamente evangélico en esta delicadeza  
 » que se abstiene de sermón, de moral, y de alusiones; no  
 » es acaso la mejor piedad, cuando un hombre tiene un  
 » lado doloroso, el no tocarle allí de ningún modo? Me ha  
 » parecido que tal podía ser el pensamiento interior de mi  
 » hermano. En todo caso, lo que puedo decir es que, si ha  
 » tenido todas estas ideas, no lo ha dado á entender en lo  
 » más mínimo, ni áun á mí: desde el principio hasta el fin  
 » se mostró el mismo hombre de todas las noches, y cenó  
 » con este Juan Valjean con el mismo humor y de la  
 » misma manera que habria cenado con el señor Gédeon  
 » el Preboste, ó con el señor cura de la parroquia  
 » Al concluir, cuando ya estábamos comiendo los higos,  
 » llamaron á la puerta. Era la tia Gerbaud, con su niño  
 » en brazos. Mi hermano besó al niño en la frente, y me  
 » pidió prestarle quince sueldos que tenia yo en la faltri-  
 » quera para dárselos á la tia Gerbaud. Mientras esto su-  
 » cedia, el hombre no prestaba grande atención. Ya no  
 » hablaba, y parecia muy cansado. Luégo que se marchó  
 » la pobre vieja Gerbaud, mi hermano dió gracias, y des-  
 » pues, dirigiéndose á aquel hombre: Usted debe de tener  
 » grande necesidad de su cama, — le dijo. Madama Ma-  
 » gloire quitó la mesa á toda prisa. Yo comprendí que  
 » era menester que nos retirásemos para dejar dormir al  
 » viajero, y ambas nos subimos en seguida á nuestros apo-  
 » sentos. Sin embargo, envié á madama Magloire un mo-  
 » mento despues á que llevase, para la cama de aquel  
 » hombre, una piel de corzo de la Selva-Negra que está en  
 » mi cuarto. Las noches son muy frías y esto le abriga bien.  
 » Es lástima que esta piel sea vieja; todo el pelo se le  
 » va. Mi hermano la compró cuando estuvo en Alemania,  
 » en Tottlingen, junto á los manantiales del Danubio,  
 » como tambien el cuchillito con mango de márfil de que  
 » me sirvo yo en la mesa.

» Madama Magloire volvió á subir inmediatamente,  
 » nos pusimos á rezar y á hacer oracion en la salita  
 » donde se tiende la ropa blanca, y despues entrámos  
 » cada cual en nuestra habitacion, sin decirnos nada. »





Después de haber dado las buenas noches á su hermana monseñor Bienvenido tomó de sobre la mesa uno de los dos candeleros de plata, entregó el otro á su huésped, y le dijo:

— Señor, voy á conducirlo á usted á su cuarto. El hombre le siguió.

Según ha podido notarse por lo que hemos dicho anteriormente, la casita se hallaba distribuida de tal modo que, para pasar al oratorio donde estaba la alcoba ó para salir de él, era preciso atravesar el dormitorio del obispo.

En el momento en que él atravesaba esta última pieza, madama Magloire encerraba la plata en la alacena que estaba á la cabecera de la cama. Era su última operación de cada noche ántes de irse á acostar.

El obispo instaló al huésped en la alcoba, donde halló

dispuesta una cama blanca y limpia. El hombre colocó su candelero sobre una mesita.

— Vamos, dijo el obispo, duerma usted bien. Mañana por la mañana, ántes de marchar, beberá usted una taza de leche de nuestras vacas, recién ordeñada.

— Gracias, señor, dijo el hombre.

Apénas hubo pronunciado estas palabras tan pacíficas, cuando, de repente, y sin transición alguna, tuvo un movimiento extraño, que habria helado de espanto á las dos sartas mujeres, si le hubieran presenciado. Aún hoy nos es difícil el darnos cuenta de lo que le excitaba en aquel momento. ¿Quería acaso dar un aviso ó bien lanzar una amenaza? ¿Obedecía él sencillamente á una especie de impulso instintivo y oscuro aún para sí mismo? Se volvió brusca-mente hácia el anciano, cruzó los brazos, y fijando en su bienhechor una mirada salvaje, exclamó con voz ronca:

— ¡Ah! ¡pero decididamente usted me aloja en su casa, junto á usted, de esta manera!

É interrumpiéndose, añadió en seguida con una risa que tenía algo de monstruoso y siniestro:

— ¿Ha hecho usted bien todas sus reflexiones? ¿Quién le ha dicho á usted que yo no he asesinado nunca?

El obispo respondió:

— Eso es cosa que sólo corresponde á Dios.

Y después, con la mayor gravedad, moviendo los labios como el que reza ó habla consigo mismo, levantó los dos dedos de su mano derecha y bendijo al hombre, que no se inclinó; y sin volver la cabeza, sin mirar atrás volvió á entrar en su cuarto de dormir.

Cuando la alcoba estaba habitada, una gran cortina de sarga corrida en todo el ancho del oratorio ocultaba el altar. El obispo se arrodilló al pasar por delante de aquella cortina é hizo una corta oración.

Pocos momentos después, se hallaba ya en su jardín, pa-

seando, soñando, contemplando, extasiada el alma y abismado el pensamiento entero en esas grandes cosas misteriosas que Dios enseña por la noche á los ojos que quedan abiertos.

Por lo que hace al hombre, estaba realmente tan cansado, que ni siquiera se aprovechó de sus hermosas sábanas limpias. Había apagado la bujía con el fuelle de su nariz, según costumbre de presidiarios, y se había dejaco caer, vestido, sobre la cama, durmiéndose en seguida profundamente.

Las doce de la noche daban cuando el obispo se recogió, abandonando su jardín, para acostarse.

Algunos minutos después, todo el mundo dormía en aquella casa.

## VI

## JUAN VALJEAN

Á media noche, despertó Juan Valjean.

Era este Juan Valjean oriundo de una pobre familia de campesinos de la Brie. En su infancia, no había aprendido á leer. Cuando llegó á la edad de hombre, se hizo podador en Faverolles. Su madre se llamaba Juana Mathieu; su padre Juan Valjean ó Valjean, que probablemente era un apodo. y contraccion de *voilà Jean*.

Juan Valjean era de un carácter caviloso, sin ser triste, cualidad propia de las naturalezas afectuosas. Pero en resumidas cuentas, era un tipo como adormecido, torpe é insignificante, á lo menos en apariencia, este Juan Valjean. Siendo aún muy niño había perdido sus padres. Su madre murió de una fiebre de leche mal cuidada. Su padre, podador como él, se había matado al caer de un árbol. No le había quedado á Juan Valjean sino una hermana, de más edad que él, viuda con siete hijos, hembras y varones. Esta her-



mana habia criado á Juan Valjean, y miéntras ella tuvo su marido, dió habitacion y alimento en su casa á su hermano menor. Murió el marido. El mayor de los siete hijos tenia ocho años, y el menor un año. Juan Valjean acababa de cumplir entónces los veinte y cinco años. Él reemplazó al difunto padre, y á su vez le tocó sostener á su hermana, que le habia criado. Hizose esto sencillamente, como un deber, y aun con algunos regaños de parte de Juan Valjean. Así se consumia su juventud en un trabajo rudo y mal retribuido. Nunca se le conoció novia ninguna en el país. No habia tenido tiempo para hacer el enamorado.

Por la noche entraba cansado y comia su sopa, sin hablar palabra. Su hermana, la tia Juana, miéntras que él comia, le tomaba frecuentemente de su cazuela la mejor tajada de la comida, un pedazo de carne, un trozo de tocino, el cogollo de una col, para dárselo á alguno de sus hijos; y él, sin dejar de comer, inclinado hácia la mesa, con la cabeza casi tocando á la sopa, sus largos cabellos colgando al rededor de su escudilla y tapándole los ojos, tenia trazas de no vernada, y dejaba á la hermana hacer lo que quisiera de su plato. Habia en Faverolles, no léjos de la cabaña Valjean, al otro lado de la callejuela, una labradora llamada Maria-Claudia; los niños Valjean, habitualmente hambrientos, iban á veces á tomar prestado, en nombre de su madre, un cuartillo de leche á Maria-Claudia, que ellos bebian detrás de un seto ó en algun rincon de la avenida, arrancándose el jarro de las manos, y con tanta prisa, que los niños derramaban una porcion en su delantal y en su cuello; si la madre hubiera sabido este merodeo, habria corregido con severidad á los delincuentes. Juan Valjean, brusco y regañon, pagaba, á escondidas de la madre, el cuartillo de leche á Maria-Claudia: y los chicos no eran castigados.

En la estacion de la poda, ganaba diez y ocho sueldos por dia; despues se contratava como segador, como peon de al-

bañil, vaquero, porquero, ó mozo de cordel. Hacía cuanto podia. Su hermana tambien trabajava por su parte; pero ¿qué hacer con siete criaturas pequeñas? Era aquel un triste grupo que la miseria cubria y oprimia poco á poco. Llegó un invierno rudo. La familia se vió sin pan. ¡ Sin pan, literalmente sin un bocado de pan, siete niños!

En la noche de un domingo, Maubert Isabeau, panadero en la plaza de la iglesia, en Faverolles, iba ya á acostarse cuando oyó un golpe violento en la delantera de su tienda, enrejada y con vidrieras. Llegó á tiempo para ver que un brazo pasaba al traves del agujero practicado de un puñetazo en la verjilla y en los vidrios. El brazo se apoderó de un pan y se lo llevó. Isabeau salió inmediatamente; el ladron huia á toda prisa; Isabeau corrió tras él, le alcanzó y le detuvo. El ladron habia arrojado el pan al suelo, pero su brazo estaba ensangrentado. Era Juan Valjean.

Sucedía esto en 1793. Juan Valjean fué juzgado por los tribunales de aquella época, como acusado de « robo por la noche, con fractura, en casa habitada. » Tenia él una escopeta de la cual se servia mejor que ningun otro tirador del mundo, y pasaba tambien por algo dado, en ocasiones, á la caza vedada; todo esto le perjudicaba bastante. Hay contra el cazador furtivo cierta preocupacion legitima. El cazador de esta especie, lo mismo que el contrabandista, se codea muy de cerca con el bandido. Sin embargo, digámoslo de paso, todavia hay un abismo entre estas razas de hombres y el horrible asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en las selvas y bosques; el contrabandista habita en la montaña, ó en el mar. Las ciudades crean hombres feroces, porque crean hombres corrompidos. La montaña, la selva, el mar, crean hombres salvajes; desarrollan el lado insociable, huraño, pero sin que, de ordinario, destruyan el lado humano.

Juan Valjean fué declarado culpable. Los términos del



código eran formales y expresos. Hay en nuestra civilización horas terribles; tales son los momentos en que la penalidad pronuncia un naufragio. ¡Qué funebre instante es aquel en que la sociedad se aleja y consume el irreparable abandono de un ser inteligente! Juan Valjean fué condenado á cinco años de galeras.

El 22 de Abril de 1796, gritaban en París la victoria de Montenotte, ganada por el general en jefe del ejército de Italia, á quien el mensaje del Directorio á los Quinientos, del 2 floreal, año IV, llama Buona-Parte; en aquel mismo día, ponían en Bicêtre las esposas y amarraban una gran cadena de presidiarios. Juan Valjean formaba parte de esta cadena. Un antiguo carcelero, que hoy cuenta cerca de noventa años, se acuerda aún perfectamente de aquel infeliz que fué amarrado á la extremidad del cuarto cordón, en el ángulo norte del patio. Estaba sentado en el suelo como los demás; y parecía no comprender nada de su situación, sino que era horrible. Es probable que también vislumbrase en ella, al través de las vagas ideas de un pobre hombre completamente ignorante, algo de excesivo. Mientras que remataban, á fuerza de grandes martillazos, detrás de su cabeza, el perno de su argolla, no cesaba de llorar; las lágrimas le ahogaban, impidiéndole hablar, y sólo conseguía decir de vez en cuando: *Yo era podador en Favrolles*. Y después, sollozando siempre, levantaba su mano derecha y la bajaba gradualmente siete veces, como si sucesivamente tocara siete cabezas desiguales; y por este gesto se comprendía que lo que había hecho lo hizo para vestir y alimentar á siete criaturas.

Salió al fin para Tolón, adonde llegó después de un viaje de veinte y siete días, sobre una carreta, y con la cadena al cuello. En Tolón le pusieron al instante la casaca roja. Todo lo que había sido su vida pasada quedó barrado desde aquel momento, hasta su nombre; ya no se llamó Juan Valjean,

sino el número 24,601. ¿Qué fué de su hermana? ¿cuál la suerte de los siete niños? ¿quién se ocupa de nada de esto? ¿qué viene á ser del puñado de hojas del árbol tierno cortado por el pié?

Siempre es la misma historia. Aquellos pobres seres vivos, aquellas criaturas de Dios, sin contar ya con apoyo alguno en la tierra, sin guía, sin asilo, se fueron y se dispersaron á la aventura, y aun ¿quién sabe? tal vez cada cual por su lado fué sumergiéndose poco á poco en esa fría y densa niebla donde se hunden y consumen los destinos solitarios, tristes tinieblas donde desaparecen sucesivamente tantas cabezas infortunadas en la marcha sombría del género humano. Abandonaron el país. El campanario del que había sido su lugar los olvidó; las sendas de los que fueran sus campos también los olvidaron; y hasta el mismo Juan Valjean, después de transcurridos algunos años de permanencia en el presidio, los olvidó casi enteramente. En aquel corazón donde había habido una herida, se formó una cicatriz. Y nada más. Durante todo el tiempo que estuvo en Tolón, apenas oyó hablar una sola vez de su hermana. Creo que fué á fines del cuarto año de su cautiverio. No recuerdo ya por qué conducto le llegaron estas noticias. Alguien que los conoció en el país había visto á su hermana, la cual habitaba en París, en una pobre calle cerca de San Sulpicio, la calle del Geindre. Ya no tenía consigo sino un solo niño, el más pequeño de todos. ¿Dónde se hallaban los otros? Tal vez lo ignoraba ella misma. Todas las mañanas iba á una imprenta, de la calle del Sabot, número 3, donde ejercía el oficio de plegadora. Era preciso hallarse allí á las seis de la mañana, mucho antes de amanecer, en el invierno. En la misma casa de la imprenta había una escuela, á la cual enviaba ella su niño, que á la sazón tenía siete años. Sólo que como ella entraba en la imprenta á las seis e la mañana, y la escuela no se abría hasta las siete, era



menester que el niño esperase en el patio una hora, hasta que abrieran la escuela; y en invierno, una hora de noche y á cielo raso, una débil criatura! No querian que el niño entrara en la imprenta, porque decian que estorbaba. Los operarios veian por la mañana, al pasar por el patio, aquel pobre y diminuto sér medio animado, sentado en las losas, cayéndose de sueño, y á veces dormido en la sombra, encogido y acurrucado sobre su cesto. Cuando llovía, una anciana, la portera de la casa, se compadecia de él, le recogia en su chiribitil, donde no habia más que una mala cama de tablado, un torno de hilar y dos sillas de palo; y el niño dormia allí en un rincon, estrechándose contra el gato para tener ménos frio. Á las siete abrian la escuela, y él entraba. He aquí todo lo que pudieron referir á Juan Valjean. Le hablaron de esto una sola vez, un dia, en un momento; fué como un relámpago, como una ventana bruscamente abierta sobre el destino de aquellos seres que él habia amado; y en seguida, todo volvió á cerrarse para él. Jamas oyó ya en su vida ni supo nada, absolutamente nada, de aquella familia, que ni volvió él á ver ni á encontrar nunca en el resto de sus dias. Así que en el decurso de esta historia no la encontraremos.

Á fines del cuarto año, llegó el turno de la primera evasión de Juan Valjean. Como sucede siempre en esa triste mansion, sus camaradas le ayudaron á escaparse, y se escapó. Dos dias anduvo errante y en libertad por los campos; si es que ha de llamarse libre al que se halla circunvalado por todas partes; que á cada instante tiene que volver cara atras; que al menor ruido tiembla y se estremece; que de todo tiene miedo, del techo que despidе humo, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que da el reloj, del dia porque se ve, de la noche porque no se ve, del camino, de la senda, de las matas, del sueño. En la noche del segundo dia le cogieron. Treinta y

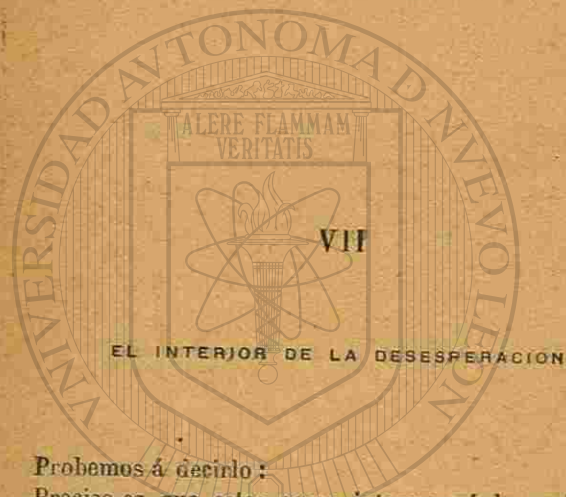
seis horas hacia que no habia comido ni dormido. El tribunal marítimo le condenó por este delito á una prolongacion de tres años, lo que le hacia ya ocho años de presidio. Al sexto año, ocurrió el segundo turno de su evasión; hizo uso de él, pero fracasó en su empresa, no pudiendo realizar la fuga. Habia faltado á la lista. Dispararon el cañonazo, y aquella noche le hallaron las gentes de la ronda escondido bajo la quilla de un navío en construccion; hizo resistencia á los cómitres que le capturaron. Por consiguiente, evasión y rebelion. Este doble delito, previsto por el código especial, fué castigado con una agravacion de cinco años, dos de los cuales con doble cadena. Son trece años. Al año décimo, volvió á tocarle el turno de evadirse, y también quiso aprovecharle; pero no fué más feliz que en los anteriores. Tres años más le costó esta nueva tentativa. Diez y seis años. Por último, creo que fué en el décimotercero año cuando ensayó, por postrera vez, el escapar, no consiguiendo sino hacerse encerrar de nuevo al cabo de cuatro horas de ausencia. Tres años de aumento por estas cuatro horas, lo que le hacia ya un total de diez y nueve años de presidio. En Octubre de 1815 le pusieron en libertad; habia entrado en él en 1796, por haber roto una vidriera y cogido un pan.

Permitasenos aquí un corto paréntesis. Esta es la segunda vez que, en sus estudios sobre la cuestion penal y sobre los castigos impuestos por la ley, encuentra el autor de este libro el robo de un pan como punto de partida para labrar el desastre del destino en una numerosa familia. Claudio Gueux habia robado un pan; Juan Valjean robó otro pan; una estadística inglesa demuestra que en Lóndres, de cada cinco robos, cuatro son causados por el hambre.

Juan Valjean habia entrado en el presidio sollozando y temblando; y salió de él impassible. Entró desesperado; y salió sombrío.

¿Qué es lo que habia pasado en aquella alma?





Probemos á decirlo :

Preciso es que estas cosas interesen á la sociedad, puesto que ella es quien las hace.

Era, como hemos dicho, un ignorante; pero no un tonto. La luz natural iluminaba su espíritu. La desgracia, que también tiene su claridad, vino á aumentar la vislumbre de aquel entendimiento. Bajo el palo, bajo la cadena, en el calabozo, en la fatiga, bajo el ardiente sol de las faenas del presidiario, sobre el entarimado que sirve de cama al galeote, recogióse en su conciencia, y reflexionó.

Erigióse él en tribunal.

Y empezó por juzgarse á sí mismo.

Reconoció que, en efecto, él no era un inocente injustamente castigado. Confesó para sí que había cometido una acción extrema y vituperable; que tal vez no le habrían re-

husado aquel pan, si él le hubiera pedido; que, en todo caso, habría valido más esperar á recibirle, bien sea de la caridad, ó bien del trabajo; que no es enteramente una razón sin réplica el decir: ¿ puede uno esperar cuando tiene hambre? Que, en primer lugar, es harto raro el morir literalmente de hambre; y despues, que por fortuna, ó por desgracia, el hombre está constituido de tal manera que puede sufrir largo tiempo, y áun mucho, física y moralmente, sin morir; que por consiguiente, era menester haber tenido paciencia; que esto habría sido mucho más conveniente, áun para aquellos pobres niños; que era en verdad un acto de locura en él, hombre desgraciado y débil, el coger por el cuello violentamente á la sociedad entera, y figurarse que por el robo se puede salir de la miseria; que al fin y al cabo, siempre era una mala puerta para salir de la miseria aquella por donde se entra en la infamia; y por último, que había obrado mal.

En seguida se preguntó :

Si era él solo quien había obrado mal en su fatal historia.

Si, en primer lugar, no era ya una cosa grave que un trabajador como él, tan laborioso, careciese de trabajo y de pan. Si, además, una vez cometida, y confesada la falta, no había sido el castigo excesivo y feroz. Si por ventura no había mayor abuso por parte de la ley en la aplicación de la pena, que por parte del culpable en la perpetración del delito. Si no había excedente de peso en uno de los dos platillos de la balanza, en aquel donde figura la expiación. Si la sobrecarga del castigo no era la purificación del delito, llegando á este resultado : de invertir el orden de las cosas y de las personas en la situación, reemplazando la falta del delincuente por la falta de la represión; haciendo del culpable la víctima y del deudor el acreedor; poniendo en fin el derecho de parte del mismo que le había violado. Si esta pena, complicada con agravaciones sucesivas por las tenta-



tivas de evasión, no acababa por ser ella misma una especie de atentado del más fuerte sobre el más débil, un crimen de la sociedad sobre el individuo, un crimen que recomenzaba todos los días, un crimen que duraba diez y nueve años.

Preguntóse si la sociedad humana podía tener derecho de hacer sufrir igualmente á sus miembros, en un caso su imprevision irrazonable, en otro su prevision implacable; y de perder para siempre á un pobre hombre entre una falta y un exceso, falta de trabajo, exceso de castigo.

Si no era exorbitante que la sociedad tratara así precisamente á aquellos de sus miembros que están peor dotados en la repartición de bienes que hace el destino ó el acaso, y que por consiguiente debieran ser los más dignos de consideracion.

Planteadas y resueltas por él estas cuestiones, juzgó á la sociedad y la condenó:

La condenó á su odio.

Hízola responsable de la suerte que sufría, y se dijo que no vacilaría tal vez algun dia en pedirle cuenta de su conducta para con él. Declaróse á sí mismo que no había término de comparacion ni de equilibrio entre el mal que él había causado y el que le causaban á él; concluyendo en fin con que su castigo no era, en realidad, una injusticia, pero que de seguro era una iniquidad.

La ira puede ser loca y absurda; puede uno estar irritado sin motivo; pero no está indignado sino cuando, en el fondo, tiene razon bajo algun concepto. Juan Valjean se sintió indignado.

Y además, la sociedad humana no le había hecho sino mal; jamás había visto de ella sino ese rostro iracundo que ella apellidaba Justicia y que muestra á aquellos á quienes hiere. Los hombres no le habían tocado sino para maltratarle. Todo contacto con ellos había sido un golpe rudo para

él. Jamás, desde su infancia, desde su madre, desde su hermana, nunca había encontrado una palabra amiga ni una mirada benévola. De sufrimiento en sufrimiento, fué llegando poco á poco á formarse esta conviccion: que la vida es una guerra; y que en esta guerra, era él el vencido. No tenía otra arma que su odio. Resolvió pues afilarla bien en el presidio, y llevársela consigo al marchar.

Había en Tolon una escuela para la chusma, regentada por los hermanos escolapios, donde enseñaban lo más necesario á aquellos de entre los desgraciados galeotes que tenían buena voluntad. Él fué del número de estos alumnos. Á la edad de cuarenta años fué á la escuela, y aprendió á leer, escribir y contar. Conoció que fortalecer su inteligencia era fortalecer su odio. En ciertos casos, la instruccion y las luces pueden servir de instrumento y de complemento al mal.

Triste es decirlo: despues de haber juzgado á la sociedad, que había causado su desgracia, juzgó á la Providencia que había hecho á la sociedad, y también la condenó.

Así, durante aquellos diez y nueve años de tormentos y de esclavitud, aquella alma ascendió y descendió al mismo tiempo. Por un lado penetró en ella la luz, y por otro penetraron las tinieblas.

Como habrá podido notarse, Juan Valjean no tenía, en el fondo, una mala naturaleza. Cuando llegó al presidio, aún era bueno. Allí condenó á la sociedad, y se apercibió de que se iba haciendo malo; condenó á la Providencia, y conoció que se había hecho impío.

Difícil es dejar de entregarse aquí á un instante de meditacion.

¿Se transforma así la naturaleza humana de la base á la cima y completamente? ¿Creado bueno por Dios, puede ser el hombre hecho malo por el hombre? ¿Puede el alma rehacerse completamente por el destino, y si el destino:



malo, hacerse ella mala tambien? ¿Puede el corazon adquirir deformidades y contraer vicios y enfermedades incurables bajo la presion de un infortunio desproporcionado, como la columna vertebral bajo una bóveda demasiado baja? ¿No existe en toda alma numana, no existia en el alma de Juan Valjean particularmente, un primer destello, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien puede desarrollar, encender, atizar, y hacer que irradie con un esplendor tal que nunca podrá el mal extinguirle enteramente?

Graves y oscuras cuestiones, á la última de las cuales sobre todo un fisiólogo habria respondido probablemente, y sin vacilar, *no*, si hubiera él visto en Tolon, en las horas de descanso, que eran para Juan Valjean horas de ensueño y de delirio, cruzados los brazos, sentado sobre la barra de algun cabrestante, con la punta de la cadena metida en su bolsillo, para evitar que arrastrara, á aquel galeote triste, silencioso y pensativo, pária de las leyes que miraba al hombre con odio, proscripto de la civilizacion que miraba al cielo con severidad.

Ciertamente, — y nosotros no queremos disimularlo — el fisiólogo observador habria visto allí una miseria irremediable; habria compadecido tal vez á aquel enfermo por obra de la ley; pero no habria ensayado siquiera tratamiento alguno; habria apartado la vista de las lóbregas cavernas que hubiera entrevisto en aquella alma; y como Dante en la puerta del infierno, habria él borrado en aquella existencia la palabra que el dedo de Dios ha escrito sin embargo sobre la frente de todo hombre: *¡Esperanza!*

Este estado de su alma que hemos probado á analizar aquí, era él tan perfectamente claro para Juan Valjean como hemos procurado hacerle para los que nos leyeren? ¿Veía distintamente Juan Valjean, despues de su formacion, y habia visto distintamente á medida que se forma-

ban, todos los elementos de que se componia su miseria moral? ¿Habiasse dado cuenta bien claramente aquel hombre rudo é ignorante de la sucesion de ideas por la cual habia, paso á paso, ascendido y descendido por grados hasta los lúgubres aspectos que despues de tantos años ya formaban el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenía él en realidad conciencia de todo cuanto por él habia pasado, y de todo lo que estaba pasando? Esto es lo que nosotros no nos atreveriamos á decir, y áun añadiremos que distamos mucho de creerlo. Habia en Juan Valjean demasiada ignorancia para que, áun despues de tantas desgracias, no quedase mucha vaguedad en aquella mente. En ciertos momentos, no sabia siquiera bien á lo justo lo que experimentaba. Juan Valjean se hallaba en las tinieblas; sufría en las tinieblas; odiaba en las tinieblas; habria podido decirse que odiaba en presencia de sí mismo. Vivía habitualmente en aquella sombra siniestra, á tientas como el ciego ó como el que sueña. Sólo que, por intervalos, le acometia súbitamente, de sí mismo ó del exterior, un acceso de iracundia, un exceso de sufrimiento, como un relámpago pálido y rápido que iluminaba toda su alma, haciendo aparecer por todas partes bruscamente, en derredor suyo, atras y delante como á los costados, al débil fulgor de una luz horrenda, los espantosos precipicios y las sombrías perspectivas de su destino.

Pasado el relámpago, la noche volvía á extender sobre él el oscuro manto de sus sombras; ¿y dónde estaba entonces? Él mismo lo ignoraba ya.

Es propio de las penas de esta naturaleza, en las cuales domina lo que es ineluctable, es decir, lo que embrutece, el transformar poco á poco, por una especie de transfiguracion estúpida, á un hombre en una bestia, á veces en una fiera. Las reiteradas y obstinadas cuanto infructuosas tentativas de evasion de Juan Valjean bastarian á probar esta extraña elaboracion hecha por la ley sobre el



alma humana. Juan Valjean habría renovado aquellas tentativas, tan completamente inútiles y temerarias, todas cuantas veces se le hubiera presentado ocasión de hacerlo, sin pensar un instante siquiera en el resultado, ni en las experiencias tan vanamente ensayadas ántes. Se escapaba impetuosamente, como se escapa el lobo que encuentra la jaula abierta. El instinto le decía: ¡Escápate! El raciocinio le hubiera dicho: ¡Quédate! Pero en presencia de una tentación tan violenta, el raciocinio había desaparecido; ya no le quedaba sino el instinto. Sólo la bestia obraba. Cuando volvían á encerrarle, las nuevas severidades que le infligían sólo servían para azorarle y embrutecerle más y más.

Un detalle que no debemos omitir aquí es que era de una fuerza física hercúlea, que ninguno de los habitantes del presidio igualaba. En los lances de gran fatiga, para torcer un cable, para tirar de un cabrestante, Juan Valjean valía por cuatro hombres. Levantaba y sostenía á veces un peso enorme sobre sus espaldas, reemplazando en ocasiones ese instrumento al cual dan el nombre de *gato*, llamado ántes en francés *orgueil* (de donde, digámoslo de paso, tomó su nombre la calle de Montorgueil, cerca de los mercados centrales de París). Sus camaradas le llamaban por eso Juan el Gato (Jean le Cric). En cierta ocasión, haciéndose unas reparaciones en las casas consistoriales de Tolon, una de las admirables cariátides de Puget que sostienen el gran balcon se desprendió, faltando poco para que cayera. Juan Valjean, que se hallaba presente, sostuvo la espalda de la cariátide dando así tiempo para que llegaran los operarios.

Mayor que su vigor era aún su agilidad. Ciertos presidarios, que siempre sueñan con perpétuas evasiones, acaban por hacer, de la fuerza y de la destreza combinadas, una verdadera ciencia: la ciencia de los músculos. Toda una estática misteriosa es practicada cuotidianamente por los

prisioneros, ávidos siempre y aficionados á la caza de moscas y de pájaros. Trepar por una vertical, y hallar puntos de apoyo en donde apenas se divisa un relieve, era cosa de juego para Juan Valjean. Dado un ángulo de pared, con la tensión de su espalda y de sus corvas, con sus codos y sus talones adheridos á las asperezas de la piedra, se empinaba como mágicamente á un tercer piso. Á veces se encaramaba así hasta los tejados del presidio.

Solia hablar poco, y nunca reía. Era menester algun suceso extraordinario y raro, una emoción extrema, para arrancarle, una ó dos veces por año, esa lúgubre risa del galeote que es como un eco de la risa del demonio. Al verle, parecía ocupado en mirar continuamente algo terrible.

En efecto, estaba absorbido siempre.

Al traves de las percepciones enfermizas de una naturaleza incompleta y de una inteligencia abrumada, notaba él confusamente que algo monstruoso pesaba sobre sí. En aquella oscura y siniestra penumbra en que se arrastraba, cada vez que volvía el cuello y trataba de levantar su mirada, veía, con un terror mezclado de rabia, construirse, disponerse y erigirse sobre él, á pérdida de vista y con horribles escarpes, una especie de amontonamiento ó aglomeración de cosas, de leyes, de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos se le escapaban, cuya mole le asustaba, y que no era otra cosa que esa prodigiosa pirámide que nosotros apellidamos la civilización. Y distinguía, acá y acullá, en ese conjunto bullicioso y deforme, ora junto á él, ora lejos y en estancias inaccesibles, algun grupo, algun detalle vivamente iluminado, aquí el cómitre y su palo, allí el gendarme y su sable, allá el arzobispo mitrado, y en lo más elevado, en una especie de sol, el emperador coronado y deslumbrando. Parecía que todos estos esplendores lejanos, en vez de disipar su noche, la hacían más fúnebre y más negra. Todo esto, leyes, preocu-



paciones, hechos, hombres, cosas, iba y venía por encima de él, según el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime á la civilización, marchando sobre él y anonadándole con un no sé qué de tranquilo y sereno en la crueldad y de inexorable en la indiferencia. Almas precipitadas en el fondo del infortunio posible; hombres desgraciados, perdidos en las profundidades de esos limbos donde ya no se mira; los réprobos de la ley sienten gravitar sobre sus cabezas, con todo su peso enorme, esta sociedad humana tan formidable para el que se halla fuera, tan aterradora para el que está debajo.

En tal situación, Juan Valjean soñaba: y ¿cuál podía ser la naturaleza de sus delirios?

Si el grano de mijo que está bajo la piedra de molino tuviera pensamientos, pensaría sin duda lo mismo que pensaba Juan Valjean.

Todas estas cosas, realidades llenas de espectros, fantasmagorías llenas de realidades, habían concluido por crearle una especie de situación interior casi inexplicable.

En medio de las rudas faenas del presidio, deteníase algunos momentos y se ponía á pensar. Su razón, más madura y más turbada á la vez que en otro tiempo, se sublevaba á veces. Todo cuanto le había sucedido le parecía absurdo; todo cuanto le rodeaba le parecía imposible; y concluía por decirse: esto es un sueño. Miraba al comitre de pie, á poca distancia de él, y el comitre le parecía un fantasma; pero de repente, aquel fantasma le sacudía un zurringazo.

Apenas existía para él la naturaleza visible. Casi sería exacto decir que para Juan Valjean no había sol, ni hermosos días de primavera, ni cielo radiante, ni frescas auroras de Abril. No sé qué especie de débil luz refleja, como de lejana lumbrera ó claraboya, iluminaba habitualmente su alma.

En resumen, y para terminar reuniendo y traduciendo en resultados positivos todo cuanto puede concretarse de lo que acabamos de indicar, nos limitaremos á consignar aquí que, en ese espacio de diez y nueve años, Juan Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el formidable galeote de Tolon, se había hecho capaz, gracias á la manera cómo le había transformado el presidio, de cometer dos géneros de malas acciones: primero, una mala acción rápida, irreflexiva, llena de aturdimiento, enteramente instintiva, especie de represalias por el mal sufrido; segundo, una mala acción grave, seria, con conciencia deliberada, y meditada con las falsas ideas que puede inspirar semejante infortunio. Sus premeditaciones pasaban gradualmente por las tres fases sucesivas que sólo es dado recorrer á las naturalezas de cierto temple: razonamiento, voluntad y obstinación. Eran móviles de sus actos: la indignación habitual, la amargura del alma, el profundo sentimiento de las iniquidades sufridas, la reacción, aún contra los buenos, los inocentes y los justos, si los hay. El punto de partida como el objetivo de todos sus pensamientos era el aborrecimiento de la ley humana; ese odio que, si no se contiene en su desarrollo por algun incidente providencial, se convierte, al cabo de cierto tiempo, en odio á la sociedad, después en odio al género humano, y por último en odio á la creación; traducéndose por un vago, incansante y fatal deseo de dañar, sin reparar á quien, á un ser viviente cualquiera. — Según se ve, no sin razón calificaba á Juan Valjean su pasaporte de *hombre muy peligroso*.

De año en año, aquella alma se había ido desecando, cada vez más, lentamente, pero de una manera fatal. Á carcañón seco, ojos secos. Al salir del presidio, hacía diez y nueve años que no había derramado ni una sola lágrima.





¡Un hombre al mar!

¡Qué importa! el buque no detiene su marcha. El viento sopla, y aquella nave sombría tiene trazado un derrotero que forzosamente ha de continuar; y pasa adelante.

El hombre desaparece, vuelve á aparecer al cabo de algunos instantes, se sumerge de nuevo, sube otra vez á la superficie de las aguas, llama, grita, extiende los brazos, nadie le ve ya, nadie le oye. El buque, luchando contra el huracan, está todo él absorbido en sus maniobras; ni marineros ni pasajeros se preocupan ya del hombre que acaba de desaparecer bajo la onda hace algunos instantes solamente; la triste cabeza de aquel sér humano no es ya otra cosa que un punto imperceptible en la enormidad de las olas.

Lanza todavía gritos desesperados desde aquel abismo. ¡Qué espectro es para él aquella vela que le abandona! La mira, la mira con frenesí. Ella boga sin cesar, se aleja, se decolora y decrece. Y él se hallaba en la nave hace poco, era uno del equipaje, iba y venía sobre cubierta con todos los demas, tenía su parte de sol y de respiración, era en fin un sér viviente. ¿Qué es, pues, lo que ha pasado ahora? Que ha resbalado, que ha caído, y es asunto terminado para él.

Está en el agua monstruosa. Ya no tiene bajo sus piés sino el precipicio, y el postrer hundimiento. Las olas cortadas y desgarradas por el viento le rodean de un modo horroroso; el vaiven del abismo le sacude fuertemente; todos los andrajos del agua se agiten en derredor de su cabeza; un populacho de olas le escupe en el rostro; confusas hendiduras le devoran á medias; cada vez que se sumerge, entreve precipicios llenos de oscuridad; horrendas y desconocidas vegetaciones le cogen entre sus ramos resbaladizos, le enredan los piés, y le atraen hácia ellas; él percibe que se convierte en abismo, que forma parte de la escoria, de la espuma; las olas se le arrojan unas á otras; bebe de la onda amarga; el piélago cobarde se encarna en él ahogándole; la enormidad juega con la agonía. Parece que toda aquella agua es odio.

Él lucha sin embargo.

Trata de defenderse, prueba á sostenerse, hace esfuerzos, y logra nadar. Él, aquella pobre fuerza bien pronto agotada, combate contra lo inagotable.

¿Pero dónde está el buque? Allá léjos. Apenas visible en las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas de viento braman; todas las espumas parece que vienen á confundirle. Alza los ojos, y sólo ve la lividez de las nubes. Asiste, agonizando, á la inmensa demencia del mar. Esta locura le ha erigido allí un suplicio. Oye



cierto ruido extraño al hombre, que parece venir de más allá de la tierra, no se sabe de qué exterior espantoso.

Hay aves en las nubes, á la manera que hay ángeles sobre las desdichas humanas; pero ¿qué pueden hacer por él? Vuelan, cantan, se ciernen, mientras que él apenas respira, apenas resuella con el lúgubre estertor del moribundo.

Sientese á la vez sepultado por esos dos infinitos, el océano y el cielo; el uno es un sudario, el otro una tumba.

La noche avanza, ya hace algunas horas que está nadando, y sus fuerzas se hallan desfallecidas; aquel buque, aquella cosa lejana donde habia hombres, se ha borrado, ha desaparecido; y él se encuentra ya solo en el formidable abismo crepuscular; se sumerge, se eleva de nuevo, se endureza, avanza, se tuerce, siempre siente debajo de sí las olas monstruos del invisible; y llama.

¿Ya no hay hombres? ¿Dónde está Dios?

Llama. ¡No hay álguien! ¡No hay álguien que me favorezca! y llama sin cesar.

Nada ve en el horizonte: nada en el cielo.

Implora á la extension, á la onda, al alga, al escollo: todo esto es sordo. Suplica á la tempestad; la tempestad imperturbable no obedece sino al infinito.

En derredor suyo, la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto borrascoso y sin conciencia, los pliegues indefinidos de las enfurecidas aguas. En él, el horror y la fatiga. Debajo de él, el abismo. Ningun punto de apoyo. Sueña con las aventuras tenebrosas del cadáver en la sombra ilimitada. El frío sin fondo le paraliza. Sus manos se encojen y se cierran, como asiéndose á la nada. Vientos, nubes, torbellinos, cielo, estrellas; ¡todo, e es inútil! ¿Qué hacer? El desesperado sucumbe; una vez rendido de cansancio, preciso es que tome el partido de morir; se deja mover, se deja llevar, se abandona enteramente, y vedle

ya rodar y precipitarse para siempre en las lugubres profundidades del insondable abismo.

¡Oh marcha implacable de las sociedades humanas! ¡Pérdidas de hombres y de almas en el camino de la vida! ¡Océano donde se sumerge todo cuanto en él deja caer la ley! ¡siniestra desaparicion de todo auxilio! ¡Oh muerte moral!

El mar, es la inexorable noche social en donde la penalidad arroja á sus condenados. El mar, es la inmensa miseria.

El alma, lanzada en la corriente de ese abismo, puede convertirse en un cadáver. ¿Quién la resucitará?...



ó ménos. Como quiera, lo cierto es que la masita del presidiario cumplido habia sido reducida, por diferentes descuentos locales, á la cantidad de ciento nueve francos y quince sueldos, que le entregaron al despedirle.

Nada habia él podido comprender de esto, creyéndose perjudicado, ó por mejor decir, creyéndose robado.

Al día siguiente de recibir su licencia, llegando á Grasse, vió ante la puerta de una fábrica de destilacion de azahar á varios hombres que estaban descargando bultos. Ofreció sus servicios, que le fueron aceptados, porque la tarea era urgente; y se puso á ayudar. Como era inteligente, robusto y diestro, trabajó muy bien, lo cual agradó mucho al amo. Mientras que estaba trabajando, pasó por allí un gendarme, le notó, y le pidió sus documentos. Preciso le fué enseñar su pasaporte amarillo; despues de lo cual Juan Valjean continuó su trabajo. Poco ántes que esto sucediera, habia él preguntado á uno de los obreros cuánto solian ganar por día en aquel ejercicio; y le respondió que *treinta sueldos*. Llegada la noche, como le era forzoso salir del pueblo á la mañana siguiente, se presentó al dueño de la fábrica á quien rogó que le pagase. El amo no profirió ni una sola palabra, y le entregó quince sueldos. Reclamó y le respondió: *Eso basta y sobra para ti*. Insistió, y el amo entónces, mirándole como de reojo, le dijo airado: *¡ Mira no te vuelvan á la sombra! <sup>1</sup>*

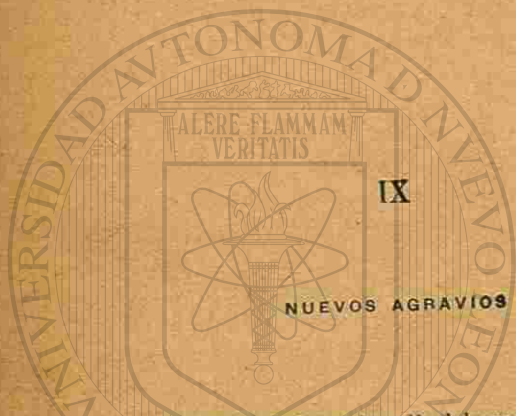
Tambien allí se consideró robado.

La sociedad, el Estado, disminuyéndole su masita, le habia robado por mayor. Ahora tocaba el turno á aquel individuo que le robaba por menor.

Libertado no es lo mismo que libre. Se sale del presidio, pero no de la condena.

Hé ahí lo que le habia sucedido en Grasse. Ya se ha visto de qué manera fué acogido en D.

<sup>1</sup> Á la sombra, por : á la prision.



¡ Cuando llegó la hora de salir del presidio; cuando Juan Valjean oyó que le decían la extraña palabra: *Ya estás libre!* fué para él un momento indescriptible é inimaginable; un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los seres vivientes penetró súbitamente en su espíritu. Pero aquel rayo no tardó en palidecer. Juan Valjean habia sido deslumbrado por la idea de libertad. Habia creído en una nueva vida. Muy pronto vió sin embargo lo que significa una libertad acompañada de un pasaporte amarillo.

Y fuera de esto, tambien le quedaban que sufrir otras muchas amarguras. Habia él calculado que su masita, durante su residencia en presidio, debería ascender á la suma de ciento setenta y un francos. Es justo añadir que él se habia olvidado de introducir en sus cálculos el reposo forzado de los domingos y fiestas que, en diez y nueve años, producía una disminucion de veinte y cuatro francos, poco más



sas sensaciones; cuando el espíritu se halla fuertemente preocupado por alguna cosa, se duerme uno, pero tardó poco tiempo en despertar, para no volver á dormir ya en toda la noche. Es más fácil que venga el sueño que no que vuelva, una vez ahuyentado en estas ocasiones. Tal sucedió precisamente á Juan Valjean. No pudo volverse á dormir y empezó á cavilar.

Hallábase en uno de esos momentos de grande perturbacion en las ideas que ocupan al espíritu. Una especie de vaiven oscuro existia entónces en su cerebro, en el cual flotaban, bullian y rebullian confusamente sus antiguos y sus recientes é inmediatos recuerdos, cruzándose en el mayor desórden; perdiendo sus formas, aumentándose desmesuradamente, y despues desapareciendo de repente como en un agua fangosa y revuelta. Muchos eran los pensamientos que le preocupaban, pero habia uno sobre todo que se le representaba al ánimo continuamente y ahuyentaba á todos los otros. Vamos á decir en seguida cuál era este pensamiento: — Habia él notado bien los seis cubiertos y el gran cucharon de plata que madama Magloire puso sobre la mesa.

Aquellos seis cubiertos de plata le mortificaban, eran para él una verdadera obsesion. — Se hallaban allí, — á algunos pasos. En el instante mismo en que él habia atravesado la pieza de al lado para venir á aquella donde se encontraba, la vieja sirvienta los estaba colocando en una alacena que está á la cabecera de la cama grande. — No dejó él de reparar bien en aquella alacena. — Á la derecha, entrando por el comedor. — Eran macizos, — y de plata antigua. — Sólo del cucharon, podrian bien sacarse, á lo ménos, doscientos francos. — El doble de lo que él habia ganado en diez y nueve años. — Verdad es que habria ganado más « si la administracion » no le hubiera « robado ».

Durante una hora larga estuvo oscilando su espíritu en



El reloj de la catedral daba las dos de la mañana cuando despertó Juan Valjean.

Pero no fué la campana del reloj lo que á él le quitó el sueño; despertó porque su cuerpo halló aquella cama de masiado buena. Veinte años iba ya á hacer muy pronto que no se habia acostado en una cama; y aunque no se desnudó, era la sensacion demasiado nueva para que dejara ella de turbar su sueño.

Habia dormido más de cuatro horas, lo que le bastaba para su descanso. Estaba él acostumbrado á no conseguirle muchas horas.

Abrió los ojos y miró un momento en la oscuridad en derredor suyo; en seguida volvió á cerrarlos para volverse á dormir.

Cuando se ha pasado un dia agitado por muchas y diver



ciertas fluctuaciones, no sin que en ello interviniera alguna lucha interior. El reloj dió las tres de la mañana. Volvió á abrir los ojos, incorporóse bruscamente sobre la cama, extendió el brazo y dió á tientas con su mochila, que él habia tirado en un rincon de la alcoba: en seguida dejó colgar las piernas, y apoyando los piés en el suelo, se halló, casi sin saber cómo, sentado en su cama.

Permaneció algun tiempo cavilando y como soñando en aquella actitud que habria tenido algo de siniestro para cualquiera que le hubiese visto así, en aquella oscuridad, despierto el sólo en la casa donde todo el mundo se hallaba entregado al dulce reposo de un sueño tranquilo. De repente dejó el lecho, se quitó los zapatos y los colocó sin hacer ruido sobre la estera que estaba junto á la cama. Hecho lo cual, recobró la postura de cavilacion, volviendo á quedar inmóvil.

En medio de esta horrible meditacion, las ideas que acabamos de indicar se removian y cruzaban sin cesar en su cerebro, entraban, salian, y volvian á entrar, haciendo en él el efecto de una balanza; y despues, tambien pensaba él entónces, sin saber por qué, y con esa obstinacion maquinal de la cavilacion, en un galeote llamado Brevet á quien conoció en el presidio, y cuyo pantalon sólo estaba sujeto por un tirante de algodón hecho á punto de media. El dibujo á cuadros alternados, como en el tablero de damas, que tenia aquel tirante, se representaba á su imaginacion sin cesar.

Continuaba en esta actitud indecisa, y tal vez habria continuado indefinidamente, hasta el amanecer, si el reloj no hubiera hecho oír una campanada, — el cuarto ó la media. Pareció como si aquella campanada le dijera: ¡ Vamos!

Púsose de pié, y todavia vaciló unos instantes; aplicó el oído en ademan de escuchar; silencio absoluto en toda la casa; entónces se encaminó derechamente y á paso lento, hácia la ventana que desde allí divisaba. La noche no era

del todo oscura; un plenilunio sobre el cual vagaban grandes nubes lanzadas por el viento; produciendo esto en el exterior ciertas alternativas de sombra y de luz, como eclipses, y despues claridades á intervalos, y dentro una especie de crepúsculo. Este crepúsculo, suficiente para poder guiarse, intermitente á causa de las nubes, se asemejaba á la especie de lividez que cae del respiradero de un sótano ante el cual van pasando, yendo y viniendo, diferentes personas. Al llegar á la ventana, Juan Valjean se puso á examinarla. Vió que no tenia barra ni tranca, no estando cerrada sino con una simple clavija, segun costumbre del país, y que daba al jardin. La abrió en seguida, pero viendo que penetró bruscamente en la habitacion un aire frio y fuerte, la volvió á cerrar inmediatamente. Miró al jardin con esa mirada atenta que estudia y examina más bien que mira. El jardin estaba cercado de una pared blanca bastante baja y fácil de escalar. Más allá, en el fondo, distinguió várias crestas de árboles igualmente espaciadas, de lo cual dedujo que la pared separaba al jardin de alguna avenida, ó de una callejuela con plantíos.

Despues de lanzar esta ojeada, hizo un movimiento de hombre determinado, dirigióse á su alcoba, tomó su maleta, la abrió, la registró y sacó de ella una cosa que colocó sobre la cama; se metió los zapatos en un bolsillo, volvió á cerrar la mochila, se la acomodó á la espalda, cubrióse con su gorra bajando bien la visera sobre los ojos, buscó á tientas su palo, fué á colocarle en el rincon de la ventana; despues volvió á dirigirse á su cama y cogió resueltamente el objeto que sobre ella habia dejado, el cual se asemejaba á una barra de hierro corta, aguzada como un chuzo en una de sus extremidades.

Difícil habria sido distinguir en las tinieblas para qué uso fué labrado aquel pedazo de hierro. ¿ Era tal vez una palanca? ¿ Era más bien una maza?



De día habría podido reconocerse que aquello no era otra cosa que un candelero de minas. A veces solían emplear en aquella época á los presidiarios en extraer roca de las altas colinas que rodean á Tolon, y no era raro que tuvieran consigo algunos útiles de minero. Los candeleros de este son de hierro macizo, terminados por su extremidad inferior en una punta por medio de la cual se los fija en la roca.

Tomó el candelero en la mano derecha, conteniendo el aliento, dirigióse á paso de lobo hácia la puerta de la pieza inmediata, que, como es sabido, era la del obispo. Al llegar á esta puerta la halló entreabierta. El obispo no la había cerrado.

## XI

## LO QUE HACE

Juan Valjean se puso á escuchar. Ni el menor ruido. Empujó la puerta.

La empujó con las yemas de los dedos, muy ligeramente, con esa suavidad furtiva é inquieta del gato que quiere entrar.

Cedió la puerta á la presión, hizo un movimiento imperceptible y silencioso y ensanchó un poco la abertura.

Esperó un momento, y despues volvió á empujar segunda vez la puerta, más resueltamente.

Ella continuó cediendo en silencio. Ya era la abertura bastante grande para que pudiera él pasar. Pero junto la puerta se hallaba una mesita formando con ella un ángulo que incomodaba, porque impedía la entrada.

Juan Valjean reconoció la dificultad. Preciso era ensanchar aún más el espacio á todo trance.



De día habría podido reconocerse que aquello no era otra cosa que un candelero de minas. A veces solían emplear en aquella época á los presidiarios en extraer roca de las altas colinas que rodean á Tolon, y no era raro que tuvieran consigo algunos útiles de minero. Los candeleros de este son de hierro macizo, terminados por su extremidad inferior en una punta por medio de la cual se los fija en la roca.

Tomó el candelero en la mano derecha, conteniendo el aliento, dirigióse á paso de lobo hácia la puerta de la pieza inmediata, que, como es sabido, era la del obispo. Al llegar á esta puerta la halló entreabierta. El obispo no la había cerrado.

## XI

## LO QUE HACE

Juan Valjean se puso á escuchar. Ni el menor ruido. Empujó la puerta.

La empujó con las yemas de los dedos, muy ligeramente, con esa suavidad furtiva é inquieta del gato que quiere entrar.

Cedió la puerta á la presión, hizo un movimiento imperceptible y silencioso y ensanchó un poco la abertura.

Esperó un momento, y despues volvió á empujar segunda vez la puerta, más resueltamente.

Ella continuó cediendo en silencio. Ya era la abertura bastante grande para que pudiera él pasar. Pero junto la puerta se hallaba una mesita formando con ella un ángulo que incomodaba, porque impedía la entrada.

Juan Valjean reconoció la dificultad. Preciso era ensanchar aún más el espacio á todo trance.



Tomó un partido decisivo, empujando la puerta por tercera vez, con más energía que en las dos anteriores. Esta vez ocurrió que un gozne que no estaba bien dado de aceite, lanzó de repente en aquella oscuridad un chirrido, como un grito ronco y prolongado.

Juan Valjean se estremeció. El ruido de aquel gozne resonó en su oído con un acento estrepitoso y formidable, como el clarín del juicio final. En la fantástica exageración del primer momento, casi se figuró él que aquel gozne acababa de animarse y de adquirir súbitamente una vida terrible, y que ladraba como un perro para avisar á todo el mundo y despertar á los durmientes.

Detúvose, temblando, sin tino, cayendo de las puntas de sus piés sobre sus talones. Oía sus arterías golpear en sus sienes como dos martillos de fragua, y le parecía que la respiración salía de su pecho como el ruido del viento que sale de una caverna. Parecía imposible que el horrendo clamor de aquel gozne irritado no hubiese hecho estremecer á toda la casa, como el sacudimiento de un terremoto: empujada por él, aquella puerta había tocado alarma, llamando á los habitantes de la casa; el anciano iba á levantarse, las dos viejas iban á gritar, y vendría gente en su socorro; ántes de un cuarto de hora, la ciudad estaría sobresaltada y la gendarmería sobre las armas. Durante algunos momentos se creyó perdido.

Permaneció en el mismo sitio, petrificado como la estatua de sal, y sin atreverse á hacer el más mínimo movimiento. Algunos minutos transcurrieron en esta situación. La puerta se había abierto de par en par: y él se aventuró á mirar el interior de aquel aposento. Nada se había allí movido. Se puso á escuchar con la mayor atención. Nada se sentía remover en toda la casa. El ruido del gozne herrumbroso no había despertado á nadie.

Este primer peligro había ya pasado, pero todavía era él

preso de una horrible agitación. Sin embargo, no retrocedió. No era él hombre de retroceder fácilmente, ni áun cuando se creyó perdido. Ya sólo pensó en concluir pronto. Dió un paso, y entró en la pieza.

Hallábase aquel aposento en la más perfecta calma. Acá y acullá distinguíanse formas confusas y vagas que, á la luz, eran papeles esparcidos sobre una mesa, libros en folio abiertos, pilas de volúmenes sobre los taburetes, un sillón cargado de ropa, un reclinatorio, pero que á aquellas horas no eran sino rincones tenebrosos y espacios blanquecinos. Juan Valjean avanzó con precaución, evitando el tropezar con los muebles. En el fondo de aquella pieza, oía la respiración igual y tranquila del obispo dormido.

Detúvose de repente. Ya se hallaba cerca de la cama. Había llegado á ella ántes de lo que creía.

Á veces la naturaleza mezcla sus efectos y sus espectáculos á nuestras acciones con una especie de oportunidad sombría é inteligente, como si quisiera hacernos reflexionar. Hacía cerca de media hora que el cielo se hallaba cubierto por una nube densa. En el momento en que Juan Valjean se detuvo frente á la cama, rasgóse aquella nube, como si lo hiciera adrede, y un rayo de la luna, penetrando al través de la ventana, vino á iluminar súbitamente el pálido rostro del obispo. Dormía este apaciblemente. Hallábase casi vestido en su lecho, á causa de las noches frías de los Bajos Alpes, con una gruesa almilla de lana, color de café, que le cubría los brazos, hasta las muñecas. Su cabeza estaba reclinada sobre la almohada, en el abandono del reposo, y fuera de la cama dejaba colgar su mano adornada con el anillo pastoral, y de la cual habían salido tantas buenas obras, tantas acciones virtuosas. Todo su semblante estaba como iluminado de una vaga expresión de satisfacción, de esperanza y de beatitud. Era más que una sonrisa, y casi un resplandor, una verdadera radiación. Había en su frente la inex-



plicable reverberacion de una luz invisible. El alma de los justos durante el sueño contempla un cielo misterioso.

Un reflejo de este cielo brillaba sobre el obispo.

Era al mismo tiempo una transparencia luminosa, pues el cielo estaba dentro de él. Este cielo era su conciencia.

En el momento en que el rayo de luna vino á sobreponerse, por decirlo así, á aquella claridad interior, el obispo dormido apareció como en un trono de gloria. Todo sin embargo permaneció tranquilo y velado por una media luz inefable. Aquella luna en el cielo, aquella naturaleza adormecida, aquel jardín sin movimiento alguno, aquella casa tan apacible, la hora, el momento, el silencio, añadían un no sé qué de solemne y de indecible al venerable reposo de aquel hombre, envolviendo con una especie de auréola majestuosa y serena aquella cabellera blanca y aquellos ojos cerrados, aquel rostro donde todo era esperanza y donde todo era confianza, aquella cabeza de anciano y aquel sueño de niño.

Casi había divinidad en aquel hombre, tan augusto sin saberlo él.

Por lo que hace á Juan Valjean, se hallaba en la sombra, con su candelero de hierro en la mano, de pie, inmóvil, azorado de ver aquel anciano luminoso. Jamas había él presenciado cosa igual. Tanta confianza le aterraba. El mundo moral no conoce espectáculo más grande que este: una conciencia turbada é inquieta, que llega hasta el borde de una mala accion, y se detiene á contemplar el sueño de un justo.

Aquel sueño, en tal aislamiento, y con un vecino como él, tenía algo de sublime que él sentía de un modo vago pero imperioso.

Nadie habria podido decir lo que por él pasaba, ni él mismo tampoco. Para tratar de darse cuenta de ello, es

preciso imaginar todo lo más violento en presencia de todo lo más suave y dulce. En su mismo semblante, no habria podido distinguirse nada con certidumbre. Era una especie de asombro salvaje. Se quedó mirando, y nada más. Pero ¿cuáles eran sus pensamientos? Imposible habria sido adivinarlo.

Lo que no admite duda, es que estaba conmovido y trastornado. Pero ¿de qué naturaleza era su emocion?

No apartaba un instante los ojos del anciano. Lo único que se revelaba claramente en su actitud y en su fisonomía, era una extraña indecision. Diríase que vacilaba entre los dos abismos, aquel en que uno se pierde, y aquel en que se salva. Parecia dispuesto á romper aquel cráneo ó á besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes, levantó despacio su brazo derecho hácia su frente, se quitó la gorra, y el brazo cayó en seguida con la misma lentitud con que le habia levantado. Juan Valjean volvió á entrar en su contemplacion, teniendo la gorra en la mano izquierda, la maza en la derecha, y el cabello erizado sobre aquella cabeza feroz.

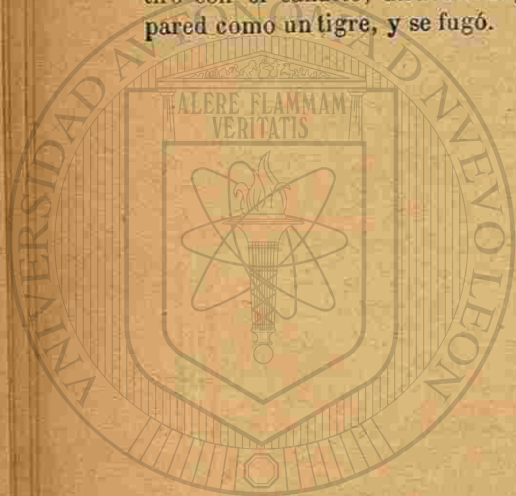
El obispo continuaba durmiendo en profunda paz bajo aquella mirada espantosa.

Un reflejo de luna hacia confusamente visible sobre la chimenea el crucifijo que parecia abrirles los brazos á entrambos, con la bendicion para el uno y el perdon para el otro.

Juan Valjean se puso repentinamente la gorra en la cabeza, y con la mayor rapidez se encaminó á lo largo de la cama. Sin mirar al obispo, se fué derecho á la alacena que entreveia él junto á la cabecera: levantó el candelero de hierro, como para arrancar la cerradura; pero como la llave estaba puesta, abrió en seguida: lo primero que halló allí el canastillo de la plata; se apo



deró de él, atravesó el aposento á todo escape, sin precaucion y sin reparar en el ruido, llegó á la puerta, volvió á entrar en el oratorio, abrió la ventana, cogió su garrote, saltó hácia fuera, introdujo la plata en su saco, tiró con el canasto, atravesó el jardin, trepó sobre pared como un tigre, y se fugó.



## XII

## EL OBISPO TRABAJA

Al salir el sol, en la mañana siguiente, monseñor Bien venido se estaba paseando en su jardin, cuando acudió allí madama Magloire enteramente desconcertada.

— Monseñor, monseñor, gritaba, ¿ sabe Vuestra Grandeza dónde está el canasto de la plata ?

— Si, contestó el obispo.

— ¡ ¡ Jesus ! loado sea Dios ! repuso ella. Yo no sabia adónde habia ido á parar.

El obispo acababa de recoger el cestito en un arriate; y se le entregó á madama Magloire diciéndola :

Aquí está.

— ¿ Y bien ? añadió ella. ¡ No hay nada dentro ! ¿ pues y la plata ?

— ¡ Ah ! respondió el obispo. ¿ Conque es la plata lo que á usted ocupa ? Yo no sé dónde está.



— ¡Dios mío! ¡Dios mío! nos la han robado! ¡esto es el hombre de anoche que se ha ido con ella!

Y en un santiamén, con toda su vivacidad de vieja lista y cuidadosa, madama Magloire corrió al oratorio, entró en la alcoba, y no tardó un instante en volver donde estaba el obispo. Este acababa de bajarse á mirar al suelo y contemplaba suspirando un tallo tierno de coquearia de los Grillons que el canasto había roto, al caer en el arriate. Á los gritos de madama Magloire se incorporó.

— ¡Monseñor, el hombre se ha marchado! ¡la plata está robada!

Al mismo tiempo que lanzaba esta exclamación, dirigía la vista hácia un rincón del jardín donde se notaban huellas de escalada. El cabrial de la pared había sido arrancado.

— ¡Mire usted, por allí es por donde se ha escapado. ¡Saltó al callejón de Cocheilet! Ah! ¡el bribón, que nos ha robado nuestra plata!

El obispo permaneció un momento silencioso, después levantó los ojos gravemente, y dijo con dulzura á madama Magloire:

— Y bien, ante todo, ¿por ventura esa plata era nuestra? Madama Magloire quedó sobrecogida. Hubo otro momento de silencio, y después continuó diciendo el obispo:

— Madama Magloire, yo hacía mal en conservar por tanto tiempo esa plata. Pertenecía á los pobres. ¿Y quién es ese hombre? Un pobre, sin duda.

— ¡Jesus de mi alma! repuso madama Magloire. No es por mí ni por mi señora. Á nosotras nos es enteramente igual. Pero es por monseñor. ¿Con qué va á comer ahora ya monseñor?

El obispo la miró mostrando extrañeza.

— ¡Ah! ¿es que no hay cubiertos de estaño?

Madama Magloire se encogió de hombros.

— El estaño tiene cierto olor.

— Entónces cubiertos de hierro.

Madama Magloire hizo un gesto expresivo.

— El hierro tiene cierto sabor.

— Pues bien, dijo entónces el obispo, cubiertos de palo.

Á los pocos instantes de suceder esto, el obispo estaba desayunándose en aquella misma mesa á la cual se sentó Juan Valjean la víspera. Mientras que se desayunaba, monseñor Bienvenido hacía alegremente observar á su hermana, quien nada decía, y á madama Magloire, quien refunfuñaba sordamente un poco, que no hay ninguna necesidad de cuchara ni de tenedor, aunque sean de palo, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

— ¡Vaya una idea! decía entre sí madama Magloire, yendo y viniendo por la casa; ¡recibir á semejante hombre! ¡y hacerle dormir á su lado! ¡y qué gran fortuna ha sido todavía que se haya contentado con robar! ¡Jesus mío! ¡Ah! si eso me hace estremecer cuando pienso en ello!

En el momento en que los dos hermanos iban á levantarse de la mesa, llamaron á la puerta.

— Adelante, dijo el obispo.

Abrieron de fuera, y un grupo extraño y violento apareció en el umbral. Tres hombres conducían á un cuarto sujetándole por el cuello. Los tres eran gendarmes, y el otro Juan Valjean.

Un cabo de la gendarmería, que parecía conducir el grupo, se hallaba junto á la puerta. Entró, y se dirigió hácia el obispo, haciéndole el saludo militar.

— Monseñor... dijo.

Al oír esta palabra, Juan Valjean, que estaba silencioso y triste y parecía abatido, levantó la cabeza mostrándose estupefacto.

— ¡Monseñor! murmuró el preso. Conque no es el cura...

— Silencio, dijo un gendarme. Es monseñor obispo.



Entretanto, monseñor Bienvenido se había aproximado con tanta presteza cuanta se lo permitía su edad.

— ¡ Ah ! ¡ está usted ahí ! prorumpió mirando á Juan Valjean. Me alegro mucho de verle. ¡ Ea bien ! pero yo le había dado á usted también los candeleros, que son de plata como lo demas, y de los cuales podrá usted muy bien sacar unos doscientos francos. ¿ Por qué no se los llevó usted con sus cubiertos ?

Juan Valjean abrió los ojos y se quedó mirando al venerable obispo con una expresion tal, que no hay lengua humana capaz de explicarla.

— Monseñor, dijo entónces el cabo de la gendarmería, ¿ conque así es cierto lo que ha dicho este hombre ? Le hemos encontrado, cuando él iba como quien se escapa. Le detuvimos para registrarle : y vimos que llevaba plata de vajilla...

— ¿ Y les ha dicho á ustedes, interrumpió el obispo sonriendo, que se la había dado un cura anciano en cuya casa había pasado la noche ? Ya me hago cargo de lo que es. ¿ Y ustedes le han traído aquí ? Es una equivocacion.

— ¿ De ese modo repuso el cabo, es decir que podemos dejarle marchar

Sin duda, respondió el obispo.

Los gendarmes soltaron á Juan Valjean, quien pasos hacía atrás.

— ¿ Es que me sueltan de veras ? dijo con una voz casi inarticulada, y como si hablara en un sueño.

— Sí, te sueltan ; ¿ es que no has comprendido ? dijo un gendarme.

— Amigo mio, añadió el obispo, antes que usted se marche, recoja sus candeleros. Aquí están.

Y dirigiéndose á la chimenea, tomó los dos candeleros de plata y se los trajo á Juan Valjean. Las dos mujeres veían lo que hacía sin articular palabra, sin un gesto, sin una mi-

rada que pudiera estorbar al obispo. Juan Valjean temblaba con todos sus miembros, y tomó maquinalmente y como distraído los dos candeleros.

— Ahora dijo el obispo, vaya usted en paz. — Á propósito, cuando usted vuelva, amigo mio, no hay necesidad de que pase por el jardin. Puede usted siempre entrar y salir por la puerta de la calle. Jamas se cierra sino con el pestillo, ni de dia ni de noche.

Y despues, dirigiéndose á los gendarmes :

— Señores, les dijo, pueden ustedes retirarse.

Los gendarmes se marcharon.

Juan Valjean estaba como un hombre que va á desmayarse.

El obispo se acercó á él y le dijo en voz baja :

— No olvide usted, cuidado que no lo olvide jamas, que me ha prometido emplear ese dinero en hacerse hombre de bien.

Juan Valjean, que no recordaba haber prometido cosa alguna, quedó como cortado. El obispo había acentuado bien y recalado aquellas palabras al pronunciarlas ; y repuso con solemnidad :

— Juan Valjean, hermano, usted no pertenece ya al mal, sino al bien. Lo que yo le compro á usted es su alma ; la aparto de las negras ideas, de los malos pensamientos, la arrebató al espíritu de perdicion, y se la entrego á Dios.





Salió Juan Valjean de la ciudad en los mismos términos que había emprendido ántes la fuga. Se puso á marchar á toda prisa por aquellos campos, tomando los caminos y las veredas segun se le iban presentando, sin echar de ver si quiera que á cada instante volvía sobre sus mismos pasos. Anduvo así errante toda la mañana, sin haber comido y sin tener hambre tampoco. Hallábase atormentado por una multitud de nuevas sensaciones. Experimentaba una especie de iracundia, sin saber él mismo contra quién. No habría podido decirse si se sentía conmovido ó humillado. En ciertos momentos se veía como afectado de un extraño enternecimiento que él combatía, oponiéndole el endurecimiento nabitual de sus últimos veinte años. Esta situación le fatigaba. Veía con inquietud vacilar en su interior aquella especie de calma horrible que le había producido

la injusticia de su desgracia: y se preguntaba qué es lo que reemplazaría á aquello. Á veces, habría preferido realmente quedar preso en poder de los gendarmes, á este giro que las cosas habían ido tomando; lo primero le habría agitado mucho ménos. Aunque la estacion se hallaba ya bastante avanzada, aún había acá y acullá en los vallados algunas flores tardías cuyo olor, que él sentía al pasar junto á ellas, traía á su memoria ciertos recuerdos de la infancia. Estos recuerdos le eran casi insoportables, tan largo tiempo hacía ya que no habían ellos ocupado su espíritu.

Peasamientos inexplicables se agolparon así á su mente durante todo el dia.

Declinaba el sol en su ocaso extendiendo por el suelo la sombra del más pequeño guijarro, y Juan Valjean se hallaba sentado junto á una mata, en una grande llanura rojiza enteramente desierta. Sólo los Alpes se divisaban en el horizonte. Ni siquiera el campanario de una aldea lejana. Juan Valjean podría hallarse entónces á unas tres leguas de D. — Una senda que cortaba la llanura cruzaba á algunos pasos de la mata.

En medio de aquella meditacion que no habría contribuido poco á hacer sus andrajos pavorosos á cualquiera que le hubiese encontrado, oyó un alegre ruido.

Volvió la cabeza, y vió que venía por aquella senda un sahoyanito como de edad de diez años, con su gaita al costado y su caja de marmota á la espalda.

Uno de esos niños apacibles y alegres que van de pueblo en pueblo, dejando ver sus rodillas por los agujeros del pantalon.

Sin dejar su canto, el niño interrumpía de vez en cuando su marcha, y se ponía á jugar á la taba con algunas monedas que llevaba en la mano, y que probablemente constituian toda su fortuna. Entre estas monedas figuraba una de dos francos.



El niño se detuvo al lado de la mata sin ver á Juan Valjean, é hizo saltar su puñado de monedas que hasta entonces habia él recibido con bastante destreza, y sin dejar caer al suelo ni una sola, sobre el dorso de su mano.

Mas esta vez se le escapó la moneda de cuarenta sueldos, que rodando hácia la mata, fué á parar donde estaba Juan Valjean.

Juan Valjean puso un pié sobre la moneda.

Sin embargo el niño la habia seguido con los ojos y lo habia visto todo.

No manifestó sorpresa alguna y marchó derecho hácia el hombre.

Era un sitio enteramente solitario. En todo el espacio al cual podia alcanzar la vista, no se distinguia ni un sér viviente en la llanura ni en la senda. Ningun otro ruido se oia que los débiles chillidos de una bandada de aves de paso que atravesaban el cielo á una inmensa altura. El niño volvia la espalda al sol que mezclaba doradas hebras con su cabellera, al mismo tiempo que matizaba con siniestro resplandor el rostro salvaje de Juan Valjean.

— Señor, dijo el saboyanito, con esa confianza propia de la niñez, que se compone de inocencia y de ignorancia, — ¿ mi moneda ?

— ¿ Cómo te llamas ? le preguntó Juan Valjean.

— Gervasito, señor.

— Anda, véte, dijole Juan Valjean.

— Señor, repuso el niño, déme usted mi moneda.

Juan Valjean bajó la cabeza, sin responder palabra. El niño insistió :

— ¡ Mi moneda, señor !

Juan Valjean permaneció con la vista fija en el suelo.

— ¡ Mi moneda ! gritó el niño, ¡ mi moneda blanca ! mi dinero !

Parecia que Juan Valjean no oia siquiera lo que se le

decia. El niño le cogió por el cuello de su blusa, y empezó á tirar de él haciendo al mismo tiempo cuantos esfuerzos podia para quitar su gran zapato ferrado de encima de su tesoro.

— ¡ Yo quiero mi moneda ! ¡ mi moneda de cuarenta sueldos !

Y el niño echó á llorar. Juan Valjean levantó la cabeza, permaneciendo siempre sentado. Tenia la vista turbia. Se puso á considerar al niño con cierta extrañeza y asombro, en seguida alargó la mano hácia su garrote, y con voz terrible gritó : — ¿ Quién está aquí ?

— Soy yo, señor, respondió el niño. ¡ Gervasito ! ¡ yo ! ¡ yo ! déme usted mis cuarenta sueldos ! ¡ haga usted el favor de quitar el pié, señor, si usted gusta ! Y despues irritado, aunque tan pequeño, y poniéndose casi amenazador :

— ¡ Ah ! ¡ pero no faltaba más ! ¿ quitará usted ó no el pié ? ¡ Vamos ! ¡ quite usted ese pié !

— ¡ Ah ! ¡ todavía eres tú ! dijo Juan Valjean, y enderezándose bruscamente de pié, pisando siempre la moneda de plata, añadió :

— ¡ Quieres alargarte de aquí pronto !

El niño, asustado, le miró, y empezó á temblar de piés á cabeza ; despues de algunos segundos de estupor, echó á correr con todas sus fuerzas, huyendo y sin atreverse á volver la cabeza ni á lanzar un grito.

Sin embargo, á cierta distancia, se vió precisado á detenerse, faltó de alientos para continuar, y Juan Valjean, en medio de su delirio, oyó que sollozaba.

Al cabo de algunos instantes el niño habia desaparecido. Ya estaba puesto el sol.

Juan Valjean iba quedando rodeado de sombras. No habia comido en todo el día, y es probable que tenia calentura.

Desde que el niño se habia ahuyentado, permanecia él



de pié, y sin cambiar de actitud. La respiracion le hacia levantar el pecho á largos y desiguales intervalos. Su mirada, que fijaba en un punto distante como diez ó doce pasos de él, parecia examinar y estudiar con la más profunda atención la forma de un tiesto viejo de loza azul que se hallaba entre la yerba. De improviso sintió un grande estremecimiento; el frio de la noche acababa de acometerle.

Estrechó su gorra en la cabeza bajándola en tanto pudo por delante y buscó maquinalmente la manera de cruzar y abotonar su blusa; en seguida dió un paso, y se bajó para recoger del suelo su garrote.

En este momento fué cuando vió la moneda de dos francos que su pié habia cuasi enterrado en el suelo, pero que sin embargo brillaba entre los guijarros. Esto fué para él como una conmocion galvánica. — ¿Qué viene á ser esto? dijo entre dientes. Dió tres pasos hácia atras, y despues se detuvo, sin poder apartar sus miradas de aquel punto que su pié habia ocupado un momento ántes, como si aquello que allí resplandecía hubiera sido un ojo abierto que fijaba en él su mirada acusadora.

Al cabo de algunos minutos avanzó convulsivamente hácia donde estaba la moneda, la cogió del suelo, y enderezándose, se puso á mirar á lo lejos en la llanura, dirigiendo á la vez sus ojos hácia todos los puntos del horizonte, de pié y tembloroso como el corzo asustado que busca asilo.

Nada encontraba su vista. La noche avanzaba, la llanura era vaga y fria, y espesas brumas violadas ascendían en la claridad crepuscular.

Lanzó un ¡ay! y echó á andar con rapidez en cierta direccion por el lado donde el niño habia desaparecido. Despues de haber dado como unos treinta pasos, se detuvo, miró y á nadie vió en aquel desierto.

Entonces se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: — ¡Gervasito! ¡Gervasito!

Calló y esperó.

Ninguna respuesta le fué dada.

El campo estaba desierto y silencioso. La extension le rodeaba por todas partes. Nada habia en torno suyo sino una sombra en que se perdía su mirada y un silencio en que se perdía su voz.

Un cierzo glacial soplaba, comunicando á los objetos que estaban en derredor suyo una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudían sus débiles ramas con una furia increíble. Diríase que amenazaban y perseguían á alguien.

Volvió á continuar su marcha, emprendiéndola esta vez á la carrera. De cuando en cuando se detenía, y gritaba en aquella soledad, con una voz tal, que no es posible oír acento más formidable ni más desolado tampoco: — ¡Gervasito! ¡Gervasito!

Es seguro que si el niño le hubiera oído, habria tenido miedo, y se habria guardado bien de mostrarse. Pero el muchacho se hallaba sin duda ya muy lejos de allí.

Como encontrase á un eclesiástico que iba á caballo, dirigióse á él y le dijo:

— ¿Señor cura, ha visto usted pasar un niño.

— No, le contestó el clérigo.

— ¿Uno á quien llaman Gervasito?

— No he visto á nadie.

Sacó de su bolsillo dos monedas de cinco francos y se las entregó al eclesiástico, diciéndole:

— Señor cura, tome usted esto para los pobres. Señor cura, es un niño que tendrá unos diez años, que lleva una marmota, segun creo, y una gaita. Iba por este camino: ¿Uno de esos saboyanos que usted habrá visto?

— Á ese que usted dice no le he visto yo.

— ¿Gervasito? ¿No es de los pueblos de Podría usted decirme?...



— Si es, como usted indica, amigo mio, un niño extranjero, esos pasan por el país, pero nadie los conoce.

Juan Valjean tomó precipitadamente otras dos monedas de cinco francos, que dió al sacerdote :

— Tenga usted, para sus pobres, le dijo.

Y despues añadió, como desvariando :

— Señor cura, hágame usted prender. Yo soy un ladrón.

El eclesiástico picó ambas espuelas y se ahuyentó muy asustado.

Juan Valjean echó á correr en la misma direccion que había tomado desde el principio.

De este modo recorrió una gran parte del camino, mirando, llamando y gritando, sin que volviese ya á encontrar á nadie. En dos ó tres ocasiones corrió en la llanura hácia algun objeto que le había parecido sin duda un sér viviente acostado ó acurrucado; pero que no era otra cosa que matas, brezos, arbustos ó rocas á flor de tierra. Por fin se detuvo en un sitio donde tres distintas sendas formaban encrucijada. Había salido la luna.

Paseó sus miradas á lo léjos, y llamó por última vez : ¡ Gervasito ! ¡ Gervasito ! Sus voces se apagaron en las brumosas regiones de la atmósfera, sin producir siquiera un eco. Todavía se atrevió á murmurar : ¡ Gervasito ! pero con voz débil ya y casi inarticulada. Este fué su postrer esfuerzo : sus piernas se doblaron bruscamente bajo el peso de su cuerpo, como si un poder invisible le agobiara de repente con la pesadumbre de su mala conciencia : cayó sobre una piedra grande, agotadas las fuerzas, los puños en la cabellera y el resto apoyado sobre sus rodillas, y exclamó : — Soy un miserable !

Entónces se desgarró su corazón y empezó á llorar. Era primera vez que lloraba despues de diez y nueve años.

Cuando Juan Valjean salió de casa del obispo, se hallaba ya, segun hemos visto, fuera de todo lo que había nutrido su pensamiento hasta entónces. No podía darse cuenta de lo que le pasaba. Rebelábase contra la accion angélica y contra las tiernas palabras del anciano. « Usted » me ha prometido hacerse hombre de bien. Yo le compro » á usted su alma. La sustraigo al espíritu de perversidad » y se la doy á Dios. » Esto le venía á la memoria sin cesar : y á esta indulgencia celestial oponia él el orgullo, que viene á ser en nosotros como la fortaleza del mal. Sentia indistintamente que el perdon de aquel sacerdote era el mayor asalto y el más formidable ataque de que en su vida se había visto acometido; que su endurecimiento sería definitivo si él resistia aún á tanta clemencia; que si, por el contrario, cedia, era preciso renunciar á aquel odio de que las acciones de los demas hombres habían llenado su alma en el espacio de tantos años, y en el cual hallaba él una feroz delectacion; que esta vez era necesario vencer ó ser vencido; y que la lucha, una lucha colosal y definitiva, estaba empeñada entre su propia maldad y la bondad de aquel hombre.

Ofuscado por todas estas vislumbres, caminaba como un hombre ebrio. Miéntras que iba andando así, con la vista turbada, ¿ tenía él acaso una percepcion distinta de lo que pudiera resultarle de su aventura en D. ? — ¿ Oía todos esos zumbidos misteriosos que advierten ó importunan al espíritu en ciertos momentos de la vida ? Decíale una voz al oido que acababa de atravesar la hora solemne de su destino; que ya no había término medio para él; que si en lo sucesivo no era el mejor de los hombres, sería necesariamente el peor de todos ellos; que era menester, por decirlo así, que ahora se elevase más alto que el obispo, ó que recayese más bajo que el galeote; que si quería hacerse bueno, era preciso que se convirtiese en



ángel; que si prefería continuar siendo malvado, era necesario que se transformase en monstruo.

Aquí también debemos hacernos estas preguntas que ya nos hemos dirigido en otra ocasión: ¿recogía él confusamente alguna sombra de todo esto en su pensamiento? En verdad, ya lo hemos dicho, la desgracia forma la educación de la inteligencia; sin embargo, es dudoso que Juan Valjean se hallase en estado de discernir todo lo que aquí indicamos. Si tales ideas venían á su espíritu, más bien que verlas, las entreveía solamente, y sólo conseguían llenarle de una turbación inexplicable y casi dolorosa. Al salir de aquella cosa deforme y negra que llaman el presidio, el obispo le había hecho mal al alma, como una claridad demasiado viva habría dañado á los ojos al salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible, que en adelante se le ofrecía, toda ella pura y radiante, le llenaba de temblor y de ansiedad. Ya no sabía realmente dónde se encontraba. Semejante á una lechuza que viera levantarse el sol bruscamente, el presidiario había sido ofuscado y como cegado por la presencia de la virtud.

Lo que era indudable, aunque él no se apercibiese de ello, es que ya no era el mismo hombre; que todo había cambiado en él, que no le era posible hacer que el obispo hubiese dejado de hablarle y hubiese dejado de interesarle y conmoverle.

En tal situación de espíritu, había encontrado á Gervasio y le había robado sus cuarenta sueldos. ¿Por qué? Seguramente él mismo no habría podido explicarlo; ¿era aquello un postrer efecto y como un supremo esfuerzo de los malos pensamientos que había traído del presidio, un resto de impulsión, un resultado de lo que llaman en estética la *fuerza adquirida*? Si, era esto, y tal vez era también aún menos que esto. Digámoslo sencillamente: no era él quien había robado, no era el hombre, era la bestia

que, por hábito y por instinto, había colocado estúpidamente el pié sobre aquel dinero, mientras que la inteligencia luchaba y resistía en medio de tantas obsesiones nuevas é inauditas. Cuando la inteligencia despertó y vió aquella acción de la bestia, Juan Valjean retrocedió con angustia y lanzó un grito de espanto.

Y es que, — fenómeno extraño, y que no era posible sino en la situación en que él se hallaba, — al robar el dinero á aquel niño, había hecho una cosa de la cual no era él ya capaz.

De todos modos, esta última mala acción produjo en él un efecto decisivo: atravesando bruscamente aquel caos que tenía él en la inteligencia y disipándole, colocó en un lado las densidades oscuras y en el otro la luz, y obró en su alma, en el estado en que ella se encontraba, como ciertos reactivos químicos obran en una mezcla turbia, precipitando un elemento y clarificando el otro.

Al principio, aún ántes de examinar y de reflexionar, desatinado, perdido, y como quien desea ponerse á salvo, procuró encontrar al niño para devolverle su dinero; y después, cuando reconoció que aquello era inútil é imposible, se detuvo desesperado. En el momento en que exclamó: ¡Soy un miserable! acababa de percibirse tal cual era; y se hallaba ya á tal punto separado de sí mismo, que le parecía que no era sino un fantasma, y que tenía allí frente á sí, en carne y hueso, con el palo en la mano, la blusa en los riñones, el saco lleno de objetos robados á la espalda, con su semblante resuelto y triste, con su espíritu nutrido de proyectos abominables, el horrible gaileote Juan Valjean.

Como ya lo hemos notado ántes, el exceso de desgracia le había hecho en cierto modo visionario. Por consiguiente esto fué como una visión para él. Vió realmente á aquel Juan Valjean, de rostro torvo y siniestro, en su presencia.



Durante un momento, estuvo casi á punto de preguntarse á sí mismo quién era aquel hombre, y tuvo horror de él.

Hallábase su cerebro en una de esas situaciones violentas y sin embargo horrorosamente tranquilas, en que el delirio es tan profundo, que absorbe la realidad. No ve ya uno los objetos que tiene delante de sí, y ve como fueren de sí las figuras que tiene en su espíritu.

Por consiguiente, se contempló, digámoslo así, cara á cara, y al mismo tiempo, en medio de esta alucinación, veía, en una profundidad misteriosa, una especie de luz que él tomó primero por un hachon. Pero mirando con más atención aquella luz que se aparecía á su conciencia, reconoció que tenía forma humana, y que aquel blandon no era otro que el obispo.

Consideró su conciencia alternativamente aquellos dos hombres colocados así en frente de ella: el obispo y Juan Valjean. Nada ménos habia sido menester que el primero para ablandar al segundo. Por uno de esos singulares efectos propios de esas especies de éxtasis, á proporción que su delirio se prolongaba, el obispo engrandecía y resplandecía á sus ojos; y Juan Valjean menguaba y se borraba. Llegado cierto momento, ya no fué más que una sombra. De repente, desapareció. Sólo el obispo habia quedado.

Llenaba él toda el alma de aquel miserable con un esplendor magnífico.

Juan Valjean lloró largo rato. Lloró á lágrima viva, lloró también sollozando, con más debilidad que una mujer, con más pavor que un niño.

Mientras que lloraba de esta manera, la luz iba penetrando cada vez más en su cerebro, luz extraordinaria, luz encantadora y terrible á la vez. Su vida pasada, su primera falta, su larga expiación, su embrutecimiento exterior, su interior dureza, su liberación festejada con tantos planes de venganza, lo que le sucedió en casa del obispo, lo úl-

timo que acababa de practicar, aquel robo de cuarenta sueldos á un niño, crimen tanto más vil y tanto más monstruoso, cuanto que venía despues del perdón del obispo; todo esto se le representó y le apareció claramente, pero con una claridad que él no habia visto jamás hasta entonces. Miró su vida, y le pareció horrible; su alma, y le pareció espantosa. Entre tanto, una luz suave se cernía sobre aquella vida y sobre aquella alma, Parecíale que veía á Satanás á la luz del paraíso.

¿Cuántas horas lloró así? ¿qué hizo despues de haber llorado? ¿adónde se dirigió? Nunca llegó á saberse. Sólo parece cosa averiguada que, en aquella misma noche, el carretero que en aquella época hacía el servicio de Grenoble, y que llegaba á D. á eso de las tres de la mañana, vió al atravesar la calle del obispado á un hombre en la actitud de hacer oración, hincado de rodillas sobre el empedrado, en la oscuridad, frente á la puerta de monseñor Bienvenido.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TERCERO

EN EL AÑO DE 1817

U A N L  
I  
EL AÑO DE 1817

1817 es el año en que Luis XVIII, con cierto aplomo regio que no carecía de altivez y de arrogancia, calificaba el vigésimosegundo de su reinado, El año en que M. Bruguière de Sorsum era un hombre célebre. Todas las tiendas de peluquero, esperando las cabelleras empolvadas y la vuelta del ave real, se hallaban pintarreadas de azul y flor delisadas. Era aquel el tiempo cándido en que el conde Lynch se sentaba todos los domingos como mayordomo de fábrica en el banco de la parroquia de San German de los Prados, con su casaca de par de Francia, su cordón encarnado y su nariz larga, y con esa majestad que tiene el sello peculiar



de un hombre que ha hecho una acción espléndida. Esta brillante acción obra de M. Lynch consistía en haber entregado demasiado pronto la ciudad de Burdeos al señor duque de Angulema, el 12 de Marzo de 1814, siendo él alcalde. Así ganó su dignidad de par. En 1817, la moda abrumaba á los niños de cuatro á seis años bajo enormes gorras de cuero de tafete con orejeras bastante parecidas á las mitras de los esquimales. El ejército francés llevaba uniforme blanco, á la austriaca; los regimientos recibieron el nombre de legiones; y en vez de un número ordinal, llevaban los nombres de los departamentos. Napoleón estaba en Santa Elena, y como la Inglaterra se negaba á darle paño verde, él hacía que le volvieran sus levitas viejas. En 1817, Pellegrini cantaba, y la señorita Bigottini bailaba; Potier reinaba; y Odry no existía aún. Á Forioso sucedía madama Saqui. Aún había prusianos en Francia. M. Delalot era un personaje. La legitimidad acababa de consolidarse, cortando la mano, y después la cabeza, á Pleigner, á Carbonneau y á Tolleron. El príncipe de Talleyrand, gran chambelán, y el abate Luis, designado como ministro de hacienda, se miraban riendo con la risa de dos augures. Ambos habían celebrado, el 14 de Julio de 1790, la misa de la Federación en el Campo de Marte; Talleyrand la dijo como obispo, y Luis le asistió como diácono. En 1817, veíanse en las avenidas laterales de ese mismo Campo de Marte enormes cilindros de madera, tendidos en el suelo á la intemperie, pudriéndose entre la yerba, pintados de azul, con vestigios de águilas y de abejas desdoradas. Eran las columnas que, dos años antes, habían sostenido el estrado del emperador en el Campo de Mayo. En algunos sitios se hallaban ennegrecidas por las fogatas que los austriacos hicieron en sus barracas cuando bivaquearon junto al Gros-Caillon. Dos o tres de aquellas columnas habían desaparecido en las lumbres del bivac, sirviendo así para calentar las manazas de los kaiser-

licks. El Campo de Mayo tuvo de notable que se celebró en el mes de Junio y en el Campo de Marzo. Dos cosas eran populares en el año de 1817: el Voltaire-Touquet y la tabaquera á la Carta. La más reciente emoción de los parisienses era el crimen de Dautun, que había arrojado la cabeza de su hermano en el estanque del Mercado de las Flores. Empezaban ya á inquietarse en el ministerio de la marina por no recibirse noticias de aquella fatal fragata *la Medusa*, que debía cubrir de vergüenza á Chaumareix y de gloria á Géricault. El coronel Selves pasaba á Egipto para transformarse en Soliman-Bajá. El palacio de las Thermas, calle de la Harpe, servía de tienda á un tonelero. Veíase aún sobre la plataforma de la torre octógona del hôtel de Cluny la barraquilla de tablas que había servido de observatorio á Messier, astrónomo de la marina en tiempo de Luis XVI. La duquesa de Duras leía á tres ó cuatro amigos, en su gabinete de focador amueblado con X de raso azul celeste, la *Ouvrika* inédita. En el Louvre raspaban las N. El puente de Austerlitz abdicaba, recibiendo el nombre de puente del Jardín del Rey, doble enigma que disfrazaba á la vez el puente de Austerlitz y el jardín de las Plantas. Luis XVIII, preocupado, al mismo tiempo que anotaba á Horacio con la punta de la uña, de los héroes que se hacen emperadores, y de los almadreños que se convierten en delirios, tenía dos pesadillas, Napoleón y Mathurin Bruneau. La Academia francesa proponía como asunto para un premio: *la dicha que procura el estudio*. M. Bellart brillaba con su elocuencia oficial. Á sus ombra, veíase germinar aquel futuro abogado general de Broc, prometido á los sarcasmos de Pablo-Luis Courier. Existía un falso Chateaubriand llamado Marchangy, entre tanto que se presentaba un falso Marchangy llamado d'Arlincourt. *Clara de Alba* y *Malek-Adhel* eran obras maestras; madama Cotin era declarada el primer escritor de la época. El Instituto dejaba horrar de



su lista el académico Napoleón Bonaparte. Una ordenanza real erigía á Angulema en escuela de náutica; por que siendo el duque de Angulema grande-almirante, era cosa evidente que á la ciudad de Angulema correspondían de derecho todas las calidades de un puerto de mar, si no lo cual habría habido ofensa al principio monárquico. Agitábase en consejo de ministros la cuestión de si se deberían ó no tolerar las viñetas que adornaban los carteles-anuncios de volatineros, representando las habilidades y ejercicios de volatineros, y que daba ocasión á formarse grupos de tunantes en calles y plazas. M. Paër, autor de *L'Agnesse*, un buen hombre de rostro cuadrado, con una verruga en la mejilla, dirigía los pequeños conciertos fatimos de la marquesa de Sassenaye, calle de la Ville l'Évêque. Todas las jóvenes cantaban *el Ermitaño de Saint-Avelle*, letra de Edmundo Géraud. El *Enano amarillo* se transformaba en *Espejo*. El café Lemblin era partidario del emperador, contra el Café Valois que opinaba por los Borbones. Acababan de casar con una princesa de Sicilia al señor duque de Berry, mirado ya desde el fondo de la sombra por Louvel. Un año hacía que había muerto madama de Staël. Los guardias de corps silbaban á la señorita Mars. Los grandes periódicos eran muy pequeños. El tamaño era reducido, pero en cambio la libertad grande. El *Constitucional* era constitucional. La *Minerva* llamaba á Chateaubriand *Châteaubriant*. Esta thaxetar-irmucho á los lectores á expensas del grande escritor. En ciertos periódicos vendidos, periodistas sin pudor insultaban á los proscritos de 1815; David no tenía talento; Arnault carecía de chiste. Carnot no era ya un hombre de bien. Souffo había ganado ninguna batalla; es verdad que Napoleón tampoco tenía ya ingenio. Nadie ignora que es bastante raro que las cartas dirigidas por el correo á un desterrado lleguen á sus manos, puesto que las policías se hacen un religioso deber de interceptarlas. El hecho nos es nuevo; Descartes se que-

jaba de él en el destierro. Pues bien, habiendo mostrado David en un periódico belga el sentimiento que le causaba el no recibir las cartas que le eran dirigidas, pareció esto cosa divertida á los diarios realistas, los cuales aprovecharon la ocasión para burlarse del pros crito. Decir: *los regicidas*, ó decir: *los votantes*, decir: *los enemigos*, ó decir: *los aliados*, decir: *Napoleon*, ó decir: *Buonaparte*, eran cosas que separaban á dos hombres más que un abismo. Todas las personas de buen sentido convenían en que la era de las revoluciones se hallaba ya cerrada para siempre por el rey Luis XVIII, apellidado « el inmortal autor de la Carta. » En el terraplen del puente Nuevo se esculpía la palabra: *Indivivus*, sobre el pedestal que estaba esperando la estatua de Enrique IV. M. Piet bosquejaba, calle de Thérèse, número 4, su conciliábulo para consolidar la monarquía. Los jefes de la derecha decían en las más graves ocasiones: « es preciso escribir á Bacot. » MM. Cauvel, O'Mahony y de Chappedelaine tramaban, un tanto aprobados por Monsieur, lo que más adelante debía llamarse « la Conspiración del Bord de l'eau. » El Alfiler Negro también maquinaba á su vez. Del averderie se avistaba con Trogoff. M. Decazes, espíritu liberal, hasta cierto punto, dominaba. Chateaubriand, de pie todas las mañanas frente á su ventana del número 27, calle de Saint-Dominique, con pantalón de piés y en babuchas, cubierto el pelo gris con un madras, fijos los ojos en un espejo, con un estuche completo de cirujano dentista, abierto en frente de él, se cuidaba los dientes, que eran muy hermosos, al mismo tiempo que dictaba á M. Pilorge, su secretario, *la Monarquía según la Carta*. La crítica, haciendo autoridad, prefería Lafoa á Talma, M. de Feletz se firmaba A.; M. Hoffmann se firmaba Z. Carlos Nodier escribía *Leresa Aubert*. Habíase abolido el divorcio. Los liceos se llamaban colegios. Los colegiales, llevando por adorno oficial en el cuello una flor de lis de



oro, se envanecían con ella á propósito del rey de Roma. La contra-policía de palacio denunciaba á Su Alteza Real Madame el retrato del duque de Orléans, que se hallaba expuesto en todas partes, y á quien le sentaba mejor el uniforme de coronel-general de húsares que al señor duque de Berry el uniforme de coronel-general de dragones; lo que no dejaba de ser un grave inconveniente. La ciudad de París hacía dorar de nuevo, á sus expensas, la cúpula de los Inválidos. Los hombres graves se preguntaban qué es lo que, en tal ó cual ocasión haría M. de Trinquelague; M. Clausel de Montals se separaba, en varios puntos, de M. Clausel de Coussergues; M. de Salaberry no estaba contento. El comediante Picard, que era de la Academia, de la cual no pudo ser nunca el comediante Molière, hacía representar *Los dos Philibert* en el Odeon, en cuyo fróntis, las manchas que habían dejado las letras arrancadas permitían leer aún distintamente: TEATRO DE LA EMPERATRIZ. Tomábase partido en pro ó en contra de Cugnet de Montarlot. Fabvier era faccioso, Bavoux revolucionario. El librero Pélicier publicaba una edición de Voltaire, bajo este título: *Obras de Voltaire*, de la Academia francesa. » Esto hace venir á los compradores, » decía aquel cándido editor. La opinión general era que M. Carlos Loyson sería el génio del siglo; la crítica comenzaba á morderle, señal de gloria, y á propósito de él hicieron este verso:

Même quand Loyson vole, on sent qu'il a des pattes <sup>1</sup>.

Negándose el cardenal Fesch á dar su dimisión, M. de Pins, arzobispo de Amasia, administraba la diócesis de Lyon. La querrela del valle de Dappes principiaba entre la

<sup>1</sup> « Hasta cuando vuela Loyson, se advierte que tiene patas. » El juego de palabras está aquí en que el nombre de Loyson se pronuncia como *Poison*, « ansar. »

Suiza y la Francia, por una memoria del capitán Dufour, después general. San-Simon, ignorado, inventaba su sueño sublime. Había en la Academia de ciencias un Fourier célebre que la posteridad ha ya olvidado, y en no sé qué guardilla un Fourier oscuro de quien no se olvidará el porvenir. Lord Byron empezaba á despuntar; una nota de un poema de Millevoye le anunciaba á la Francia en estos términos: *Uncierto lord Baron*. David d'Angers se ensayaba en amasar el mármol. El abate Caron hablaba con elogio en junta menor de seminaristas celebrada en el callejón sin salida de las Fuldensinas, de un clérigo desconocido, llamado Felicité Robert, y que más adelante era Lamennais. Una cosa que echaba humo y chispas, sobre el Sena, con el ruido de un perro que nada, iba y venía bajo las ventanas de las Tullerías, desde el puente Real al puente de Luis XV; era una mecánica que podría servir para cualquier cosa insignificante, una especie de juguete, un desvarío de inventor que sueña con quimeras, una utopía: un buque de vapor. Los parisienses miraban aquella inutilidad con indiferencia. M. de Vaublanc, reformador del Instituto por golpe de Estado, ordenanza y hornada, autor distinguido de diferentes académicos, después de haberlos hecho él, no pudo lograr serlo. El arrabal de San German y el pabellón Marsan deseaban tener por prefecto de policía á M. Delavau, á causa de su devoción. Dupuytren y Récamier disputaban entre sí en el anfiteatro de la Escuela de medicina, y se amenazaban con el puño á propósito de la divinidad de Jesucristo. Cuvier, con un ojo en el Génesis y el otro en la naturaleza, se esforzaba por agradar á la reacción mojigata, poniendo sus fósiles de acuerdo con los textos y haciendo lisonjear á Moises por los mastodontes. M. Francisco de Neufchâteau, laudable cultivador de la memoria de Parmentier, hacía mil esfuerzos para que la *patata* se llamase *parmentiera*, y no lo consiguió. El abate Gregorio, antiguo obispo, an-



tigo convencional, antiguo senador, habia pasado en la polémica realista al estado de « infame Gregorio ». Esta locucion que acabamos de emplear: *Pasar al estado de*, era denunciada como neologismo por M. Royer-Collard. Aún podia distinguirse por su blancura, bajo el tercer arco del puente de Iéna, la piedra nueva con la cual se habia tapado, dos años ántes, el agujero de mina practicado por Blücher, con el objeto de hacer volar el puente. La justicia llamaba á la barra á un hombre que, al ver entrar al conde de Artois en Nuestra-Señora, habia dicho en alta voz: *¡Caramba! yo echo de ménos aquel tiempo en que veía á Bonaparte y Talma entrar de brazo en el Buile-Salvaje.* Palabras sediciosas. Seis meses de prision.

Los traidores se mostraban cara á cara; hombres que se habian pasado al enemigo la víspera de una batalla no ocultaban nada su galardón, y marchaban impúdicamente, en mitad del día, en el cinismo de las riquezas y de las dignidades, desertores de Ligny y de los Quatre-Bras, con el descaro de su pagada ignominia, ostentaban su adhesión monárquica enteramente al desnudo; olvidando lo que suelen escribir en Inglaterra en la pared interior de los *water-closets* públicos: *Please adjust your dress before leaving.*

Hé aquí en resúmen lo que sobrenada confusamente del año de 1817 hoy olvidado. La historia prescinde de todas estas particularidades, y no puede ménos de prescindir; pues la invadiría el infinito. Sin embargo, estos detalles, que sin razon suelen llamarse pequeños, — no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetación, — son útiles. De la fisonomía de los años se compone el rostro de los siglos.

En este año de 1817, cuatro jóvenes de París hicieron « una buena farsa »

## II

## DOBLE CUARTETO

Estos parisienses eran el uno de Tolosa, el otro de Limoges, el tercero de Cahors y el cuarto de Montauban; pero eran estudiantes, y quien dice estudiante dice parisiense; estudiar en París, es nacer en París.

Eran jóvenes insignificantes; todo el mundo ha visto tipos de este género; cuatro muestras del primero que pasa; ni buenos ni malos, ni sabios ni ignorantes, ni genios ni tontos; con la belleza de ese delicioso abril que se llama veinte años. Cuatro Oscars cualesquiera; pues en aquella época aún no existían los Arturos. *¡Quemad para él los perfumes de Arabia,* decía la romanza, *Oscar se acerca, Oscar, yo voy á verle!* Se salía de Ossian; la elegancia era escandinava y caledonia, el género inglés puro no debía prevalecer sino más adelante, y el primero de los Arturos, Wellington, apenas acababa de ganar la batalla de Waterloo. Llamábanse estos Oscars, el uno Félix Tholomyès, de



Colosa; el otro Listolier, de Cahors; el otro Fameuil, de Linoges; y el último Blachevelle, de Montauban. Naturalmente cada uno tenía su amada. Blachevelle amaba á Favorita, á quien llamaba *Favourite* porque había estado en la guerra; Listolier adoraba á Dahlia, que había tomado por nombre de guerra un nombre de flor; Fameuil idolatraba á Zefina, abreviado de Josefina; Tholomyès tenía á Fantina, apellidada la Blonda, á causa de sus hermosos cabellos color del sol.

Favorita, Dahlia, Zefina y Fantina eran cuatro encantadoras jóvenes, radiantes y perfumadas, algo obreras todavía, no habiendo abandonado enteramente la aguja, trastornadas por los amoríos, pero conservando en su semblante un resto de la serenidad del trabajo, y en el alma esa flor de honestidad que sobrevive en la mujer á la primera caída. Había una de las cuatro á quien llamaban la joven, porque era en efecto la de menos edad; y otra que era apellidada la vieja, y tenía veinte y tres años. Para no omitir nada, diremos que las tres primeras tenían más experiencia, y eran más indiferentes, más abiertas y más listas en el estruendo de la vida que Fantina la Blonda, la cual se hallaba en su primera ilusión.

Dahlia, Zefina, y sobre todo Favorita, no habrían podido decir otro tanto. Su novela, apenas comenzada, contaba ya más de un episodio, y el amante que se llamaba Adolfo en el primer capítulo, se hallaba ser Alfonso en el segundo y Gustavo en el tercero. Pobreza y coquetería son dos fatales consejeras; la una regaña y la otra lisonjea; y las muchachas bonitas del pueblo tienen á su lado á ambas, que las hablan al oído en voz baja, cada una por su lado. Estas almas mal guardadas escuchan. De aquí las caídas que dan y las piedras que les lanzan. Se las abrumba con el esplendor de todo lo que es inmaculado é inaccesible. ¡ Ah! si la Jungfrau tuviera hambre!

Como había estado en Inglaterra, Favorita tenía por admiradoras á Zefina y á Dahlia. Desde muy joven, había tenido ya casa puesta. Su padre era un antiguo profesor de matemáticas, bastante brutal y fanfarron; no era hombre casado, y andaba aún corriendo aventuras, á pesar de su edad. Siendo todavía joven, este profesor había visto un día el vestido de una mujer enredarse en la barandilla de una chimenea, y gracias á este simple accidente, quedó enamorado. De estos amores resultó Favorita. De vez en cuando encontraba á su padre, que la saludaba. Cierta mañana entró en su casa una anciana, con trazas de beata, y la dijo: — ¿ Usted no me conoce, señorita? — No. — Pues bien, yo soy tu madre. — En seguida la vieja abrió la alacena, comió y bebió, hizo traer un colchon que ella tenía, y se instaló allí. Aquella madre, gruñona y devota, no hablaba jamás á Favorita, permaneciendo horas enteras sin pronunciar una sola palabra; almorzaba, comía y cenaba como cuatro, y bajaba de tertulia al cuarto del portero, donde pasaba el tiempo hablando mal de su hija.

Lo que había hecho á Dahlia entregarse á Listolier, tal vez á otros, y sobre todo á la ociosidad, era el tener unas uñas color de rosa, demasiado bonitas. ¿ Cómo era posible hacer trabajar tales uñas? La que quiera conservarse virtuosa no debe apiadarse de sus manos. Por lo que hace á Zefina, había conquistado á Fameuil por su manera gachona y seductora de decir: Sí, señor.

Como los jóvenes eran camaradas, las muchachas eran amigas. Estos amoríos y estas amistades van siempre juntos.

Juicioso y filósofo son dos cosas distintas; y lo que lo prueba es que, prescindiendo de todo lo que debe descartarse en estas pequeñas familias irregulares, Favorita, Zefina y Dahlia eran unas jóvenes filósofas, mientras que Fantina era una muchacha juiciosa.

¡ Juiciosa! se dirá, ¿ pero y Tholomyès? Salomon respon-



dería que el amor forma parte de la sabiduría y de la discreción. Nosotros nos limitaremos á decir que el amor de Fantina era un primer amor, un amor único, un amor fiel.

Ella era la única, de las cuatro, que no fuese tuteada sino por uno solo.

Fantina era uno de esos seres que á veces suelen germinar y brotar, por decirlo así, en el terreno bajo del pueblo. Salida de las más insondables espesuras de la sombra social, llevaba en su frente el sello del anónimo y de lo desconocido. Había nacido en M. — ¿De qué padres? ¿Quién era capaz de saberlo? Nunca se le había conocido padre ni madre. Su nombre era Fantina. ¿Pero por qué se llamaba Fantina? Jamás se la había apellidado de otro modo. En la época en que nació, existía aún el Directorio. Ningun nombre de familia; ella no tenía familia; ningun nombre de bautismo; nada tenía que ver con la Iglesia. La llamaron como se le antojó llamarla al primero que pasó y la vió, aún muy niña, y descalza, en medio de la calle. Recibió un nombre, á la manera que recibía el agua de las nubes sobre su frente cuando llovía. Llamáronla la niña Fantina. Nadie sabía más. Así apareció en la escena de la vida aquella criatura humana. Á la edad de diez años, Fantina abandonó el pueblo y se fué á servir en casa de unos labradores de aquellas cercanías. Á los quince años, se vino á París, « á buscar fortuna. » Fantina era hermosa, y se conservó pura todo el tiempo que le fué posible. Era una rubia lindísima, con una dentadura preciosa. Tenía oro y perlas por dote; pero su oro estaba en su cabeza, y en su boca estaban las perlas.

Se puso á trabajar para vivir; y despues, para vivir también, porque el corazón tiene su hambre, se puso á amar. Amó á Tholomyès.

Amorío para él y pasión para ella. Las calles del barrio

latino, donde hormigean de continuo estudiantes y grisetes, fueron testigos del principio de este sueño. En aquellos dédalos de la colina del Panthéon, donde tantas aventuras se traman y se desenlazan, Fantina había buido durante mucho tiempo de Tholomyès, pero de manera que le encontrara siempre. Hay cierta manera de evitar á las gentes que se asemeja mucho á buscarlas. En resúmen, la égloga tuvo lugar al fin.

Blachevelle, Listolier y Fameuil formaban un grupo á cuyo frente se hallaba Tholomyès, que era el más agudo y más listo.

Tholomyès era ya estudiante viejo; poseía riquezas, como que disfrutaba cuatro mil francos de renta: cuatro mil francos de renta es un escándalo espléndido en la montaña de Santa Genoveva. Era Tholomyès un vividor de treinta años, mal conservado. Carecía de dientes, pero en cambio tenía muchas arrugas, y bosquejaba ya una calvicie de la cual decía el mismo, sin aprension: *cráneo á treinta años, rodilla á cuarenta*. Digería no muy bien, y un ojo había empezado á lagrimearle un poco. Pero en la misma proporción en que iba extinguiéndose su juventud, iba él avivando su buen humor; reemplazando con ademanes y gestos sus dientes, su pelo con chistes y agudezas, la salud con la ironía, y haciendo reir sin cesar á su ojo lagrimoso. Estaba deteriorado, pero rozagante y en flor siempre. Liando ya el bagaje mucho ántes de la edad requerida, su juventud tocaba retirada en buen orden riendo á carcajadas, sin que allí se viera otra cosa que fuego. Una pieza dramática que había escrito se la rehusaron en el Vaudeville. Algunas veces le daba por hacer versos. Además, él manifestaba de un modo superior sus dudas sobre todas las cosas que no podía decidir magistralmente, lo que es siempre de mucha fuerza para los entendimientos débiles. Por consiguiente, siendo irónico, y calvo, no podía



ménos de ser el jefe. *Iron* es una palabra inglesa que significa hierro. ¿Será de aquí de dónde viene la ironía?

Un día tomó aparte Tholomyès á los otros tres compañeros, y despues de hacer un gesto de oráculo, les dijo :

— Pronto va á hacer un año que Fantina, Dahlia, Zefina y Favorita nos están pidiendo que las hagamos una sorpresa; y nosotros se la hemos prometido solemnemente. Siempre nos están hablando de esto, principalmente á mi. Á la manera que en Nápoles gritan las viejas á san Genaro: *Faccia gialluta, fa tuo miracolo*, « ¡cara amarillenta, haz tu milagro! » nuestras lindas muchachas me dicen sin cesar: ¿Tholomyès, cuando darás tú á luz tu sorpresa? Al mismo tiempo nos escriben nuestros padres. Por ambos lados nos acosan. Me parece que ha llegado el momento de que tratemos de esto.

En seguida Tholomyès bajó la voz, y articuló misteriosamente algunas palabras tan chistosas, tan mágicas, que de las cuatro bocas á la vez salieron grandes y entusiasmadas risotadas, exclamando Blachevelle: « ¡Oh! ¡sí, es una buena idea! »

Pre-entóse allí cerca un café-villar lleno de humo, entraron en él y el resto de su conferencia se perdió en la sombra.

El resultado de esta sesión secreta fué una magnífica gira que tuvo efecto el domingo siguiente, habiendo invitado los cuatro jóvenes á las cuatro muchachas.

## III

## CUATRO Á CUATRO

No es cosa fácil figurarse hoy lo que era una partida de campo de estudiantes y grisetas, hace cuarenta y cinco años. París ya no tiene las mismas cercanías: el aspecto de lo que pudiera llamarse la vida circum-parisiense ha cambiado enteramente de medio siglo á esta parte; por donde caminaba la tartana, hoy se desliza el wagon; y donde remaba la falúa, hoy boga rápido el buque de vapor; dícese ahora Fécamp como entónces se decía Saint-Cloud. El París de 1862 es una ciudad cuyo término, cuyas afueras son la Francia.

Las cuatro parejas practicaron concienzudamente todas las locuras campestres que eran posibles en aquella época. Se entraba en vacaciones, y era un día claro y caluroso del estío. En la víspera, Favorita, que era la única que sabía escribir, habia escrito esto á Tholmyès en nombre



de las cuatro : « *C'est un bonne heure de sortir de bon-heur.* » — « Sería muy bueno que saliésemos temprano. » Por cuya razon se levantaron ellos á las cinco de la mañana. En seguida marcharon á Saint-Cloud, en el faeton, miraron la cascada en seco, y dijeron : ¡ Esto debe ser bonito cuando hay agua ! Almorzaron en la *Tête-Noire*, por donde todavia no habia pasado Castaing, se pagaron una partida de sortija en el juego del estanque grande, subieron á la linterna de Diógenes, jugaron unos almendrados en la ruleta del puente de Sèvres, cogieron ramos de flores en Puteaux, compraron pitos en Neuilly, comieron en todas partes pasteles rellenos con manzanas, peras, etc., y por último, disfrutaron de la dicha más completa.

Las muchachas rumiaban, alborotaban y charlaban como alondras escapadas. Aquello era delirar. De vez en cuando sacudían algún ligero pescozon á los jóvenes. ¡ Embriaguez matutina de la vida ! ¡ Años adorables ! Las alas de las libélulas se estremecen. ¿ Vosotros, quienquiera que seáis, no os acordáis ? ¿ No habéis andado entre brezos y matas, apartando las ramas para que no lastimen alguna cabeza hechicera que viene detras siguiéndoos ? ¿ No habéis resbalado riendo sobre alguna escarpa mojada por la lluvia, con una mujer á quien amáis que os retiene por la mano y grita : ¡ Ah ! mis botitos nuevos ! ¡ en qué estado se me han puesto !

Digamos desde luego que este festivo contratiempo, un aguacero, faltó á aquella compañía de buen humor, á pesar de que Favorita habia dicho al ir, con acento magistral y maternal : *Las babosas se pusean por las verdadas. Señal de lluvia, hijos míos.*

Todas cuatro eran soberanamente lindas. Un buen anciano, poeta clásico muy afamado entónces, un buen hombre que tambien tenia su Leonor, el caballero de Labouisse, vagando aquel día bajo los castaños de Saint-Cloud, las

vió pasar, á eso de las diez de la mañana, y dijo : *Hay una de más*, pensando en las Gracias. Favorita, la amiga de Blachevelle, la que tenia ya veinte y tres años, la vieja, corria delante bajo las espesas y verdes enramadas, saltaba los fosos, brincaba como una loca sobre las matas, y presidia á aquella fiesta con un númen de jóven fauno. Zefina y Dahlia, á quienes la casualidad habia hecho hermosas de tal manera que se hacian valer por la aproximacion y por el contraste, completándose reciprocamente, nunca se separaban, por instinto de coquetería más bien que por amistad ; y apoyadas una en otra, solian tomar actitudes á la inglesa. Acababan de aparecer los *keepsakes*, y la melancolia apuntaba para las mujeres como, más adelante, el byronismo para los hombres, y la cabellera del sexo tierno empezaba á languidecer. Zefina y Dahlia estaban peinadas con tirabuzones. Listolier y Fameuil, empeñados en una discusion relativa á sus profesores, explicaban á Fantina la diferencia que habia entre M. Delvincourt y M. Blondeau.

Blachevelle parecia haber sido criado expresamente para llevar en su brazo el domingo el gran pañuelo de abrigo de Favorita.

Tholomyès seguia, dominando el grupo. Era alegre, pero se dejaba ver siempre en él el gobierno : habia cierto carácter de dictadura en su jovialidad ; su principal adorno consistia en un pantalon de pánkin, piernas de elefante, con trabillas de tejido de cobre ; llevaba en la mano un vigoroso róten de doscientos francos, y como él todo se lo permitia, tambien llevaba en la boca una cosa extraña, que llamaba cigarro. No habiendo nada sagrado para él, fumaba.

— Este Tholomyès es admirable decian los otros con cierta veneracion. ¡ Qué pantalones ! ¡ qué energia !

Por lo que hace á Fantina, era la misma alegría. Sus preciosos dientes habian sin duda recibido de Dios una mi-



sion, la risa. Solía llevar en la mano, de mejor gana que en la cabeza, su sombrerito de paja cosida, con largas cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios, propensos á flotar y fácilmente descogidos, siendo necesario sujetarlos de continuo, parecían hechos para la fuga de Galatea bajo los sauces. Sus labios color de rosa parloteaban con suma gracia. Las extremidades de su boca, voluptuosamente levantadas como en los antiguos sátiros de Erigona, parecían como querer incitar á los audaces; pero sus largas pestañas, llenas de sombra, se bajaban discretamente sobre aquel tumulto de la parte inferior de su rostro como para poner orden. Todo su traje tenía un no sé qué de alegre y fulgurante. Llevaba un vestido de barés color de malva, zapatitos de coturno, castaño rojo, cuyas cintas trazaban X sobre sus medias blancas finas y caladas, y esa especie de canesú, spencer ó túnica de muselina, de invencion marsellesa, cuyo nombre, *canezou*, corrupcion de *quinze août* (15 de Agosto) pronunciado en la Cannebière, significa buen tiempo, calor y mediodía. Las otras tres, ménos tímidas, como hemos dicho, iban descotadas enteramente, lo que, en verano, y bajo los sombreros cubiertos de flores, tiene mucha gracia y mucho atractivo; pero al lado de estos trajes tan atrevidos, el canesú de la blonda Fantina, con sus transparencias, sus indiscreciones y sus reticencias, ocultando y mostrando á la vez, parecía un hallazgo provocativo de la decencia; y el famoso tribunal del amor presidido por la vizcondesa de Cette, la de los ojos verde-mar, habria adjudicado tal vez el premio de la coquetería á aquel canesú que concurría por la castidad. El más sencillo y candoroso es á veces el más hábil. Esto sucede con frecuencia.

Magnífica de frente, delicada de perfil, con los ojos de un azul profundo, gruesos los párpados, los piés pequeños y arqueados, muñecas y tobillos admirablemente contorneados, la tez blanca, dejando ver á trechos las arborescencias

cerúleas de las venas, la mejilla infantil y fresca, el cuello robusto de las Junos eginéticas, la nuca robusta y flexible, la espalda modelada como por Coustou, dejando ver en el centro un hoyito voluptuoso, al traves de la muselina; la alegría idealizada por el delirio; escultural, exquisita; tal era Fantina: bajo aquellos adornos y aquellas cintas se adivinaba una estatua; y en aquella estatua un alma.

Fantina era hermosa, sin saberlo ella demasiado.

Los raros pensadores, sacerdotes misteriosos de lo bello, que confrontan silenciosamente todas las cosas con la perfeccion, habrian vislumbrado en aquella obrerita, al traves de la transparencia de la gracia parisiense, la antigua eufonia sagrada. Aquella hija de la sombra tenía signos visibles de raza. Era bella bajo las dos especies, que son el estilo y el ritmo. El estilo es la forma del ideal; el ritmo es su movimiento.

Hemos dicho que Fantina era la alegría; tambien era Fantina el pudor.

Para un observador que la hubiese estudiado atentamente, lo que se desprendia de ella en medio de toda aquella embriaguez de la edad, de la estacion y de los amorios, era una invencible expresion de recato y de modestia. Á veces solía manifestar cierto asombro y extrañeza. Esta extrañeza es el distintivo que separa á Psyché de Vénus. Fantina tenía los dedos largos, blancos y finos de la vestal que remueve las cenizas del fuego sacro con un alfiler de oro. Aunque nada le rehusó ella á Tholomyès, segun tendremos ocasion de ver más adelante, su rostro, en el estado de reposo, era soberanamente virginal. Una especie de dignidad grave y casi austera la invadía de repente en ciertos momentos; y nada más singular y extraño que el ver aquella alegría extinguirse tan pronto, sucediendo, sin transicion, á la mayor expansion del ánimo, el mayor recogimiento. Esta gravedad súbita, á veces se-



veramente acentuada, se asemejaba al desden de una diosa. Su frente, su nariz y su barba ofrecían ese equilibrio de líneas muy distinto del equilibrio de proporciones, y del cual resulta la armonía de la cara: en el intervalo tan característico que separa la base de la nariz del labio superior, tenía ella ese pliegue imperceptible y hechicero, signo misterioso de la castidad que hizo á Barbaroja enamorarse de una Diana encontrada en las excavaciones de Iona.

El amor es una falta; convenido. Fantina era la inocencia que sobrenada en esa falta.

## IV

THOLOMYÈS ESTÁ TAN GOZOSO QUE CANTA UNA CANCIÓN  
ESPAÑOLA

Aquel día era una aurora perpétua, del uno al otro extremo. Parecía que toda la naturaleza estaba de vacaciones, de risa y de fiesta. Los jardines de Saint-Cloud embalsamaban; la brisa del Sena movía suavemente las hojas; las ramas gesticulaban en el viento; las abejas merodeaban en los jazmines; toda una bandada de mariposas descargó sobre las aquileas, los tréboles y las avenas silvestres; en el augusto parque del rey de Francia había una multitud de vagabundos, los pájaros.

Las cuatro alegres parejas resplandecían allí y brillaban mezcladas con el sol, con los campos, con los árboles y con las flores.

Y en esta comunidad de paraísos, hablando, cantando, corriendo, bailando, cazando mariposas, cogiendo violetas, mojando sus medias caladas color de rosa en la alta yerba, frescas, locas, inofensivas, todas ellas recibían de



vez en cuando los besos de todos, excepto Fantina, encerrada en su vaga resistencia cavilosa y huraña, Fantina que amaba. — Tú, la decía Favorita, siempre tienes cara de no sé qué.

Tales son las alegrías. Esos encuentros de parejas dichasas son un profundo llamamiento á la vida y á la naturaleza, y hacen brotar de todo la caricia y la luz. Hubo en tiempos una hada, la cual hizo los prados y los árboles expresamente para los enamorados. De aquí esa eterna afición de los amantes á retirarse al campo en busca de las plantas, testigos mudos é imparciales de sus confidencias y de sus caricias. De aquí también la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el duque, el par y el golilla, las gentes de la corte y las gentes de la ciudad, como se decía ántes, todos están sometidos á esa fiesta. Se ríe, se buscan unos á otros; hay en el aire cierta claridad de apoteosis: ¿qué transfiguración es el amar! Los pasantes de notario se convierten en dioses: y los gritos á media voz, las carreras persiguiéndose en la yerba, las cinturas cogidas al vuelo y levantadas por alto, aquel guirigay que es una verdadera melodía, aquellas adoraciones que brillan en la manera de decir una sílaba, las cerezas arrancadas de una á otra boca, todo esto resplandece, flamea y se transporta á la región de las glorias celestiales. Las niñas hermosas hacen un dulce despilfarro de sí mismas. Creen que la belleza no concluirá jamás. Los filósofos, los poetas, los pintores, miran esos éxtasis y no saben qué hacer de ellos; tanto los destumbra este espectáculo. ¡La marcha para Cytarea! exclama Watteau. Lancret, el pintor de la plebe, contempla á sus labriegos envueltos en el azul. Diderot tiende los brazos á todos esos amoríos, y Urfé mezcla con ellos á los drúidas.

Después de almorzar, las cuatro parejas habían ido á en lo que entónces llamaban cuadro del rey, una

planta recién llegada de la India, cuyo nombre no recordamos en este momento y que en aquella época atraía Paris á Saint-Cloud: era un arbusto gracioso y raro, de tronco bastante elevado, cuyas innumerables ramas, finas como hilos, y despeluzadas, sin hojas, se hallaban cubiertas de un millón de rositas blancas; lo que daba al arbusto el aspecto de una cabellera poblada de flores. Siempre había mucha gente á admirarle.

Después de ver el arbusto, dijo Tholomyès: ¡Vamos, los convidó á ustedes á pasear borricamente! y ajustándose con un alquilador de burros, se vinieron por Vanvres é Issy. En Issy hubo un incidente. El parque, propiedad nacional poseída en aquella época por el proveedor Bourguin, se hallaba casualmente abierto de par en par. Entraron, visitaron el maniquí anacoreta en su gruta; ensayaron los misteriosos efectos del famoso gabinete de los espejos, lasciva emboscada digna de un sátiro convertido en millonario, ó de Turcaret metamorfoseado en Priapo; y sacudieron fuertemente el gran columpio adherido á los dos castaños celebrados por el abate de Bernis. Mientras que iba columpiando aquellas lindas muchachas, una después de otra, con lo cual se formaban, entre la risa universal, pliegues de las faldas lanzadas al viento en que Greuze habría encontrado asuntos donde escoger, el tolosano Tholomyès, algo español, pues Toulouse es prima de Tolosa, cantaba en una melopeya melancólica, la antigua canción gallega inspirada probablemente por alguna linda moza lanzada á todo vuelo sobre una cuerda fijada entre dos árboles:

Soy de Badajoz  
Amor me llama  
Toda mi alma  
Es en mis ojos  
Porque enseña  
Á tus piernas.



Sólo Fantina se negó á columpiarse.

— No me gusta á mí que se tengan esos  
uró Favorita con bastante acritud.

Después de los burros, nueva expedición alegre; pasaron el Sena en barco, y desde Passy, vinieron á pié hasta la barrera de la Estrella. El lector recordará que se hallaban de pié desde las cinco de la mañana; pero, ¿qué importa! *no hay consuncio en domingo*, decía Favorita, *el domingo no trabaja la fatiga*. Á eso de las tres, las cuatro parejas, azoradas de dicha, descendían brincando las montañas rusas, singular edificio que ocupaba entonces las alturas de Beaujon y cuya línea se apercibía serpeando por encima de los árboles de los Campos Elíseos.

De cuando en cuando exclamaba Favorita:

— ¿Pero y la sorpresa? yo pido la sorpresa.  
Paciencia, respondía Tholomys.

## V

## EN CASA DE BOMBARDA

Después de disfrutar de las montañas rusas, fué preciso ya pensar en comer; y los ocho jóvenes, al fin un poco cansados, vararon en el figon de Bombarda, sucursal que había establecido en los Campos Eliseos aquel famoso fondista Bombarda cuya muestra se veía entonces en la calle de Rivoli, al lado del pasaje Delorme.

Una pieza grande, pero fea, con alcoba y cama en el fondo (pues en vista de la grande plenitud del domingo, había sido preciso conformarse con aquella choza); dos ventanas, desde las cuales se podía contemplar, entre los olmos, el muelle y el río; un magnífico rayo del sol de Agosto rozando las ventanas; dos mesas; sobre una de las cuales se veía una triunfante montaña de ramos mezclados con sombreros de hombres y de mujeres; y á la otra se hallaban sentadas las cuatro parejas, al rededor de una alegre



confusion de platos y fuentes, de vasos y botellas; jarrones de cerveza mezclados con frascos de vino; poco orden sobre la mesa, algun desorden debajo:

Ils faisaient sous la table

Un bruit, un trique-frac de pieds épouvantable,

que dice Molière

Hé aquí adonde habia llegado, á eso de las cuatro y media de la tarde, la gira empezada á las cinco de la mañana. El sol declinaba y el apetito se extinguía.

Los Campos Eliseos, llenos desol y de gente, no eran más que luz y polvo, dos cosas de que se compone la gloria. Los caballos de Marly, aquellos mármoles relinchando, se encabritaban en una nube de oro. Las carrozas iban y venían. Un escuadrón de magníficos guardias de corps, con su clarín á la cabeza, descendía por la avenida de Neuilly; la bandera blanca, vagamente rosada por el sol en su ocaso, flotaba sobre la cúpula de las Tullerías. La plaza de la Concordia, convertida de nuevo entónces en plaza de Luis XV, rebosaba de paseantes contentos, muchos de los cuales ostentaban la flor de lis de plata suspendida á la cinta blanca moaré que, en 1817, no habia desaparecido aún enteramente de los ojales. En medio de los que pasaban, que hacían círculo y aplaudían, notábanse aquí y allí grupos de niñas lanzando al viento una canción borbónica, célebre á la sazón, destinada á ametrallar á los Cien-Días, y cuyo estribillo era:

Rendez-nous notre père de Gand,

Rendez-nous notre père !.

Numerosos habitantes de los arrabales, con sus ropas de domingo, á veces también con sus flores de lis como los

¡Devuélvenos nuestro padre de Gante, devuélvenos nuestro padre. (Luis XVIII.)

patrones, esparcidos en el gran cuadro y en el cuadro de Marigny, jugaban á la sortija y daban vueltas en los caballos de palo; otros bebían; algunos aprendices de impresores llevaban puestas sus gorras de papel; oíase reír por todas partes. Todo estaba radiante de alegría. Era aquel tiempo de paz incontestable y de profunda seguridad realista; la época misma en que un informe íntimo y especial del prefecto de policía Anglès al rey acerca de los arrabales de París, terminaba de este modo: « Todo bien considerado, » Señor, no hay nada que temer de estas gentes. Son abandonados é indolentes como gatos. El pueblo bajo de las » provincias es revoltoso, pero el de París no. Todos aquí » son hombrecillos. Se necesitarían dos, Señor, de un extremo á otro, para con ellos hacer uno de vuestros granaderos. Nada hay pues que temer, por parte del populacho » de la capital. Es digno de notarse que la talla ha disminuido aún en este pueblo de cincuenta años á esta parte; » y que el pueblo de los arrabales de París sea hoy aún » más pequeño que ántes de la Revolución. No es peli- » groso. En suma, esto es canalla, pero canalla buena. »

Los prefectos de policía no creen posible que un gato se convierta en león; y sin embargo es así, y este es precisamente el milagro del pueblo de París. Por otra parte, el gato tan despreciado por el conde Anglès tenía la estimación de las repúblicas antiguas, encarnaba en sus ojos la libertad, y como para servir de contrapeso á la Minerva áptera del Pireo, habia en la plaza pública de Corinto el coloso de bronce de un gato. La cándida policía de la Restauración veía con colores « demasiado bellos » para ella al pueblo de París. No es él, como creen algunos, « canalla buena. » El parisiense es al frances lo que el ateniense es al griego; nadie duerme mejor que él, nadie es más francamente frívolo y perezoso, nadie en fin parece tan propenso como él á olvidar; sin embargo, no hay que fiar demasiado en tales



apariencias: que si él es á propósito para cualquiera negligencia ó abandono, cuando al extremo divisa la gloria, es admirable para toda especie de furia. Dadle una pica, y hará el 10 de Agosto; dadle un fusil, y tendréis á Austerlitz. Él es el punto de apoyo de Napoleon, y el recurso de Danton. ¿Se trata de la patria? Al momento se alista voluntario; ¿se trata de la libertad? desempiedra las calles. ¡Cuidado! sus cabellos llenos de ira son épicos; su blusa se transforma en clamide. ¡Cuidado! De cualquiera calle de Grenetat, hará él horcas caudinas. Si llega el momento, si oye la hora, el pobre habitante de los arrabales va á engrandecerse, ese hombrecillo va á levantarse, y su mirada será terrible, y su aliento será tempestad, y de aquel pecho frágil y diminuto saldrá bastante viento para t astornar los pliegues de los Alpes. Gracias al proletario de los arrabales de París, la revolución, combi nada con los ejércitos, conquista á la Europa. Él canta; es su diversion. Armonizad su cancion con su naturaleza, y ya veréis! Mientras que no tiene por estribillo sino la Carmañola, no derrocará sino á Luis XVI; hacedle cantar la Marsellesa, y libertará al mundo.

Puesta esta nota al margen del informe Anglès vol verémos á nuestras cuatro parejas. La comida, segun hemos dicho, se estaba acabando.

## VI

## CAPITULO EN QUE SE ADORAN

Propósitos de mesa y propósitos de amor, son tan inasibles y tan frívolos unos como otros: los propósitos de amor son nubes, los de mesa son humo.

Fameuil y Dahlia tarareaban; Tholomyès bebia, Zefina reia, Fantina sonreia. Listolier soplaba en una trompeta de palo comprada en Saint-Cloud. Favorita miraba con ternura á Blachevelle y decia:

— Blachevelle, yo te adoro.

Esto provocó una pregunta por parte de Blachevelle: — ¿Favorita, qué es lo que tú harías si yo dejara de amarte?

— ¡Yo! exclamó Favorita. ¡Ah! ¡no me digas semejante cosa, ni siquiera de chanza! Si dejaras de amarme me avanzaría á ti, y te abofetearia, te arañaría, te arrojaria agua encima, te haria prender.



Blachevelle sonreía con la voluptuosa fatuidad de un hombre halagado en su amor propio. Favorita continuó.

— Si, yo gritaría, ¡ la guardia ! ¡ Ah ! ¡ y que no me anularia en rodeos ! ¡ Canalla !

Blachevelle, extasiado, se repanchigó en su silla, y cerró con orgullo los ojos.

Dahlia, sin dejar de comer, dijo en voz baja á Favorita, en medio de aquel ruido :

— ¿ Conque así idolatras tú á tu Blachevelle ?

— Yo, le detesto, respondió Favorita en el mismo tono, volviendo á coger el tenedor. Es un avaro. Á quien yo quiero, es al pequeño de en frente de casa. Es muy decente aquel jóven ; ¿ le conoces tú ? Tiene él así trazas como de ser actor. Á mi me gustan los actores. Tan pronto como entra en casa, dice su madre : — ¡ Ay Dios mio ! se acabó mi tranquilidad. Ya va á empezar á gritar. Pero, hijo mio, ¡ mira que me rompes la cabeza ! — Porque él va por la casa, á los graneros donde hay ratas, á todos los chiribitiles y agujeros negros tan alto como puede subir, — y allí canta, y allí declama, ¿ qué sé yo que el arma ? todo se le oye desde abajo ! Ya gana veinte sueldos por dia en casa de un procurador escribiendo enredos y embrollos. Es hijo de un antiguo cantante de Santiago du Haut-Pas. ¡ Oh ! es muy decente. Me idolatra tanto, que un dia que me vió haciendo pasta de buñuelos, me dijo : *Señorita, haga usted buñuelos de sus guantes, y yo me los comeré.* No hay como los artistas para decir cosas así. ¡ Ah ! es muy decente. Ya estoy á punto de volverme loca por aquel chico. Eso no quita que diga á Blachevelle que le adoro. ¡ Cómo le miento ! ¿ Hum ? ¡ cómo le miento !

Favorita hizo una pausa y despues prosiguió :

— Dahlia, ya ves, estoy triste. No ha hecho más que llover en todo el verano ; el viento me fastidia, el viento no quita el mal humor, y despues Blachevelle es un cara

de baqueta ; apénas si hay guisantes en el mercado ; no sabe una qué comer ; yo tengo *spleen*, como dicen los ingleses ; ¡ la manteca está tan cara ! y ademas, ya ves, es un horror, comemos en una pieza donde está la cama ; esto me hace disgustar de la vida.

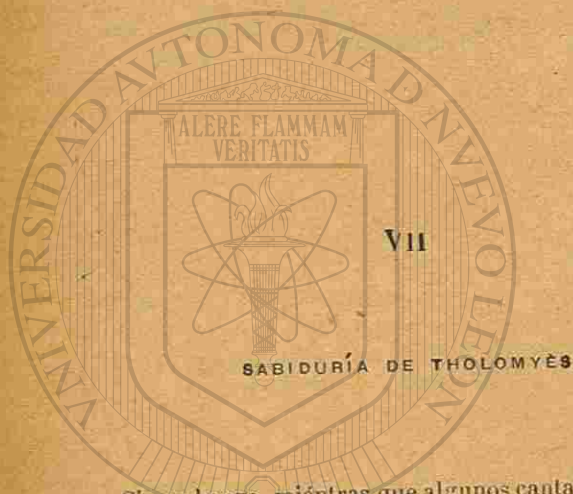
ANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

®





Sin embargo, mientras que algunos cantaban, los otros charlaban tumultuosamente y todos a la vez. Aquello ya no era más que ruido, Tholomyès al cabo intervino.

— No hablemos a la aventura, ni demasiado de prisa, dijo. Meditemos, si queremos brillar. Demasiada improvisación agota el espíritu totalmente. Cerveza que corre no hace espuma. Señores, nada de precipitación. Mezclemos la majestad con la francachela; comamos con recogimiento; regalemonos despacio. ¿Por qué darnos prisa? Veán ustedes la primavera; si se apresura a venir, está perdida, es decir, helada. El exceso de celo pierde los melocotoneros y los albaricoqueros. El exceso de celo mata también la gracia y la alegría de las buenas comidas. ¡Nada de celo, señores! Grimod de la Reynière es de la misma opinión de Talleyrand.

- Déjanos en paz, Tholomyès, dijo Blachevelle.
- ¡Abajo el tirano! añadió Fameuil.
- ¡Bombarba, Bombance y Bamboche! gritó Listolieu.
- El domingo existe, repuso Fameuil.
- Nosotros somos sobrios, añadió Li tolíer.
- Tholomyès, dijo Blachevelle, contempla mi calma.
- Tú eres el marqués de ella, contestó Tholomyès.

Este mediano juego de palabras produjo el efecto de una piedra arrojada en un estanque. El marqués de Montcalm (*mon calme*, mi calma) era entonces un realista de grande celebridad. Todas las ranas callaron.

— Amigos míos, dijo a este tiempo Tholomyès, con el acento de un hombre que recobra el imperio, repónganse ustedes. No conviene que este retruécano caído del cielo sea acogido con demasiado estupor. Todo lo que cae de ese modo no es necesariamente digno de entusiasmo y de respeto. El retruécano es el freno del espíritu que vuela. El lazzí, el chiste, caen en cualquiera parte; y el espíritu, después de dar a luz una simpleza, se abisma en el azul de los cielos. Una mancha blanquiza que se deposita sobre la roca no impide que el condor se cierna sobre ella. ¡Lejos de mí el insulto al retruécano (*calembour*)! Le honro en la proporción de sus méritos, y nada más. Todo lo que hay y ha habido de más augusto, más sublime, y brillante en la humanidad, ha hecho juego de palabras. Jesucristo hizo un retruécano relativo a san Pedro; Moisés otro concerniente a Isaac; Esquiles acerca de Polynice; Cleopatra, acerca de Octavio. Y observen ustedes que este retruécano de Cleopatra precedió a la batalla de Actium, y que, sin él, nadie se acordaría jamás de la villa de Toryna, nombre griego que significa cucharón. Una vez sentado esto, vuelvo a mi exhortación. Hermanos, repito, nada de celo, nada de confusión, nada de excesos; ni siquiera en agudezas, alegrías, bobberías y juegos de palabras. Escuchadme, yo tengo la pruden-



cia de Amphiarau y la calvicie de César. Es preciso un límite, hasta para el jeroglífico (*rebus*) *Est modus in rebus*. Es necesario un límite, aun para las comidas. Á ustedes, señoras, les gustan los pastelillos rellenos con manzanas; no abusen de ellos tampoco. Hasta en materia de pasteles, dicen bien el buen sentido y el arte. La glotonería castiga al gloton. Gula castigó á Gulax. La indigestion está encargada por Dios de predicar la moral á los estómagos. Y, no olvidéis esto: cada una de nuestras pasiones, hasta el amor, tiene un estómago que no conviene llenar demasiado. En todo es necesario escribir á tiempo la palabra *finis*; es necesario contenerse, cuando se hace urgente, echar el cerrojo á su apetito, poner á buen recaudo la imaginacion y conducirse uno mismo al puesto de guardia. El verdadero sabio es aquel que, en un momento dado, sabe operar su propio arresto. Tened alguna confianza en mí. Porque yo he estudiado algo de leyes, segun lo aseguran mis certificados de exámen; porque conozco la diferencia que existe entre la cuestion debatida y la cuestion pendiente; porque he sostenido una tesis en latin sobre la manera cómo se daba el tormento en Roma en el tiempo en que Munatius Demens era cuestor del parricidio; porque voy á ser doctor, segun parece, no se sigue necesariamente de todo esto que yo sea un majadero; recomiendo á ustedes la moderacion en sus deseos. De véras, como me llamo Félix Tholomyès, que hablo bien. Dichoso el que, cuando llega la hora, toma un partido heroico, y abdica como Syla ú Origenes.

Favorita escuchaba con profunda atencion y dijo:

— ¡Félix! ¡bonita palabra! Me gusta ese nombre. Está en latin. Eso quiere decir Próspero.

Tholomyès prosiguió:

— ¡Quirites, gentlemen, caballeros, amigos míos! ¿quieren ustedes no sentir ningun aguijon, pasarse sin el lecho nupcial, arrostrar y desafiar al amor? Nada más sencillo.

Hé aqui la receta: limonada, ejercicio excesivo, trabajo forzado, derrengarse, romperse los riñones, arrastrar ó cargar pesos enormes, no dormir, velar; hártense ustedes de bebidas nitrosas y de tisanas de nymfeas; saboreen emulsiones de adormideras y de agnus-castus; sazónenme todo esto con una dieta severa; revienten de hambre, y añadan ustedes unos baños frios, el cinturon de yerbas, la aplicacion de una placa de plomo, las lociones con el licor de saturno y las fomentaciones con el oxycrato.

— Yo prefiero una mujer, dijo Listolier.

— ¡La mujer! repuso Tholomyès, no se fíen ustedes de ella. ¡Desgraciado el que se entrega al corazon inconstante de la mujer! La mujer es pérfida y tortuosa. Aborrece á la serpiente por celos y envidias del oficio. La serpiente, es la tienda de enfrente.

— Tholomyès, exclamó Blachevelle, tú estás beodo.

— ¡Pardiez! dijo Tholomyès.

— Pues entónces, muéstrate alegre, repuso Blachevelle.

— Consiento en ello, respondió Tholomyès.

Y llenando su vaso, levantóse y dijo:

— ¡Gloria al vino! *Nunc te, Bacche, canam!* Perdonen ustedes, señoritas, esto es español. Y la prueba, señoras, vedla aqui: tal pueblo, tal vasija. La arroba de Castilla contiene diez y seis litros, el cántaro de Alicante doce, el almud de Canárias veinte y cinco, el cuartin de las Baleáres veinte y seis, la bota del czar Pedro treinta. ¡Viva este czar, que era grande, y viva su bota, que era más grande aún! Señoras, un consejo de amigo: equívóquense ustedes de vecino, si les parece bien. Es propio del amor el errar. Los amoríos no están hechos para acurrucarse y embrutecerse como una sirvienta inglesa á quien se le forma en las rodillas el callo de las cardias. ¡No tienen ellos, los tiernos amorcillos, ese destino, sino el de vagar libre y alegremente! Hase dicho: el error es humano; pero yo digo: el



error es enamorado. Señoras, yo las idolatro á todas ustedes. Oh Zefina, oh Josefina, rostro más que ajado, usted sería muy jada, si no estuviera torcida. Su cara de usted tiene trazas de una bonita cara sobre la cual se ha sentado álguien, por inadvertencia. ¡ Encunato á Favorita, oh ninfas y musas ! cierto día que Blachevelle pasaba por el arroyo de la calle de Guérin-Boisseau, vió una jovencita guapa con médias blancas muy estiradas que iba enseñando las piernas. Este prólogo le agradó, y así empezó á amar Blachevelle. La que amó era Favorita. Oh Favorita, tú tienes labios jónicos. Había un pintor griego llamado Euphorion, á quien habian puesto por sobrenombre el pintor de los labios. Sólo aquel griego habria sido digno de pintar tu boca. ¡ Escucha ! ántes que tú existieras, no habia criatura digna de ese nombre. Tú has sido creada para recibir la manzana como Venus, ó para comerla como Eva. La belleza principia en ti. Acabo de hablar de Eva ; tú eres quien la has creado. Mereces el diploma de invencion de la mujer hermosa. Oh Favorita, dejo de tutearos, porque paso de la poesía á la prosa. Hablabais de mi nombre hace poco. Eso me ha enternecido ; pero, quienquiera que seamos, no nos fiemos mucho de los nombres, porque pueden engañarnos. Yo me llamo Félix, y no soy nada feliz. Los nombres son muy embusteros. No aceptemos ciegamente las indicaciones que ellos nos dan. Sería un error escribir á Berlin encargando berlinas, ó pedir guantes á Gante, creyendo estar así mejor servido, por el señuelo de los nombres. Miss Dahlia, en lugar vuestro, yo me llamaria Rosa. Es preciso que la flor huelga bien y que la mujer tenga gracia. De Fantina nada diré ; es una deirante soñadora, una cavilosa, pensativa y sensitiva ; un fantasma en forma de ninfa, con el pudor de una monja que se descarría en la vida de griseta, pero que se refugia en las ilusiones, que canta, que reza, y que mira á la bóveda celeste, sin saber demasiado lo que ve ni lo que hace ; que, con los

ojos puestos en el cielo, va errante por un jardin donde ve ella más aves de las que existen. ¡ Oh Fantina, es preciso que sepas lo que voy á decirte : yo, Tholomyès, soy una ilusion ; ¡ pero ni me oye siquiera, la niña rubia de las quimeras ! Por lo demas, todo en ella es fresca, suavidad, juventud, dulce claridad matutina. Oh Fantina, joven digna de ser llamada Margarita ó Perla, vos sois una mujer del más hermoso oriente. Señoras, un segundo consejo : no se casen ustedes ; el matrimonio es engañoso, puede prender bien ó mal ; huid este riesgo. ¡ Pero, bah ! ¿ qué es lo que estoy diciendo ? Pierdo mis palabras enteramente. Las muchachas son incurables tocante á casarse ; y todo cuanto podemos decir, noostros los sabios, no impedirá á las chalequeras y á las respundadoras de botitos el soñar con maridos ricos y cargados de diamantes. En fin, sea en buen hora ; pero, hermosas, no echen ustedes esto en olvido : comen demasiado azúcar. No tenéis sino un defecto, oh mujeres, el de mascullar y roer azúcar. Oh sexo roedor, tus bellos dientecitos blancos adoran el azúcar. Pues bien, escuchad : el azúcar es una sal. Toda sal es desecante. El azúcar es la más desecante de todas las sales. Él extrae, al traves de las venas, los líquidos de la sangre ; de aquí, la coagulacion, y despues, la solidificacion de la sangre ; de aquí los tubérculos en el pulmon ; de aquí la muerte. Y hé ahí la razon porque la diabetes confina en tisis. Por consiguiente, ¡ no hay que roer azúcar, si queréis vivir ! Ahora me dirijo á los hombres : señores, hagan ustedes conquistas. Róbense unos á otros sus amadas, sin remordimiento y sin escrupulo. Cazad, y adelante. En amores, no hay amigos. Dónde quiera que haya una mujer bonita, está abierto el campo de las hostilidades. ¡ Guerra á todo trance ! ¡ guerra sin cuartel ! Una mujer hermosa es un *casus belli* ; una mujer hermosa es un flagrante delito. Todas las invasiones de la historia han sido ocasionadas por las faldas. La



mujer es el derecho del hombre. Rómulo hizo el rapto de las sabinas; Guillermo el de las sajonas; César el de las romanas. El hombre que no es amado se cierne como un buitre, en derredor de las amadas y amantes de otros, y por lo que hace á mi, á todos esos infortunados que gimen en la viudez, les dirijo la sublime proclama de Bonaparte al ejército de Italia: « Soldados, vosotros carecéis de todo. El enemigo lo posee. »

Tholomyès se interrumpió:

— Respira, Tholomyès, dijo Blachevelle.

Al mismo tiempo, Blachevelle, apoyado por Listolier y por Fameuil, entonó con acento melancólico una de esas canciones de taller compuestas de palabras vulgares é insignificantes, con riqueza de rima ó sin rima ninguna, vacías de sentido como el gesto del árbol y el ruido del viento, que nacen del vapor de las pipas y se disipan y vuelan con él. Hé aquí la copla con la cual replicó el grupo á la arenga de Tholomyès:

Les pères dindons donnèrent  
De l'argent á un agent  
Pour que mons Clermont-Tonnerre  
Fût fait pape á la Saint-Jean;  
Mais Clermont ne put pas être  
Fait pape, n'étant pas prêtre;  
Alors leur agent rageant  
Leur rapporta leur argent.<sup>1</sup>

No era esto, en verdad, lo más á propósito para calmar la improvisación de Tholomyès, quien vació su vaso, volvió á llenarle, y continuó de esta manera:

— ¡No más cordura! ¡no más juicio! olvidad todo cuanto

<sup>1</sup> Los buenos páparos dieron dinero á un agente para que el Sr. Clermont-Tonnerre fuera nombrado papa en la época de San Juan; pero Clermont no pudo ser papa, porque no era sacerdote; entónces su agente, rabiando, les devolvió el dinero.

he dicho. No seamos gazmoños, ni prudentes, ni discretos. Yo echo un brándis á la alegría, ¡seamos alegres! Completemos nuestro curso de leyes con la locura y los manjares. Indigestion y Digesto. ¡Que Justiniano sea el varon y Francachela la hembra! ¡Alegria en las profundidades! ¡Vive, oh creacion! El mundo es un diamante grueso. Yo soy dichoso. Las aves son admirables. ¡Qué fiesta por todas partes! El ruiseñor es un Elleviou gratis. Verano, yo te saludo. ¡Oh Luxemburgo! ¡oh Geórgicas de la calle de Madame y de la Avenida del Observatorio! ¡oh sitios deliciosos y objetos encantadores! ¡oh todas aquellas niñeras hechiceras que, mientras cuidan de unas criaturas, se entretienen en bosquejar otras! Me gustarian las pampas de la América, si no tuviera las arcadas del Odeon. Mi alma vuela hácia las selvas vírgenes y hácia las sabanas. Todo es bello. Las moscas zumban entre los rayos del sol. El sol dió un estornudo, y produjo el colibrí. ¡Un beso, Fantina! Se equivocó, y á quien besó fué á Favorita.





— Mejor se come en casa de Edon que en casa de Bombarda, observó Zelina.

— Pues yo prefiero Bombarda á Edon, repuso Blachevelle. Tiene más lujo. Es más asiático. Vean ustedes la sala de abajo. Hay espejos (*glaces*) en las paredes.

— Á mí me gustan mas helados (*glaces*) en el plato, dijo Favorita.

Blachevelle insistió :

— Miren ustedes los cuchillos. Los mangos, en casa de Bombarda, son de plata, y de hueso en casa de Edon. Ahora bien, la plata es más preciosa que el hueso.

— Excepto para los que tienen barba de plata, añadió Tholomyès.

En este momento estaba él mirando á la cúpula de los Inválidos, visible desde las ventanas de Bombarda.

Siguióse una pausa.

— Tholomyès, dijo Famueil, Listolier y yo teníamos hace poco una discusión.

— Una discusión es buena, respondió Tholomyès, una querrela es mejor.

— Disputábamos sobre filosofía.

— Sea en hora buena.

— ¿ Á quién prefieres tú, á Descártes, ó á Espinosa?

— Á Désaugiers, contestó Tholomyès.

Y despues de pronunciar este fallo, bebió y prosiguió diciendo :

— Y consiento en vivir. Todo no ha concluido en la tierra, pues que aún se puede desbarrar. Doy gracias á los dioses inmortales. Se miente, pero se rie. Se afirma, pero se duda, lo inesperado brotó del silogismo. Esto es soberbio. Todavía hay en este mundo ciertos humanos que saben abrir y cerrar alegremente la caja de sorpresas de la paradoja. ¡ Señorás, esto que ustedes beben tan tranquilamente, es vino de Madera, sépanlo ustedes, de las cosechas de Coural das Freiras, que está á trescientas diez y siete toesas sobre el nivel del mar ! ¡ Atención al beber ! ¡ trescientas diez y sieteteosas ! ¡ y el señor Bombarda, el magnífico fondista, les da á ustedes estas trescientas diez y siete toesas por cuatro francos y cincuenta céntimos !

Fameuil volvió á interrumpir.

— Tholomyès, tus opiniones hacen ley. ¿ Cuál es tu autor favorito ?

— Ber.....

— ¿ Quin ?

— No. Choux.

Y Tholomyès prosiguió :

— ¡ Honor á Bombarda ! ¡ igualaría él á Munophis de Elephanta si pudiera cogerme una almae ! ¡ y á Thygelion de Cheronea si me trajera una Venus hetaira ! porque, seño-



ras, en Grecia y en Egipto tambien habia Bombardas. Así nos lo enseña Apuleyo. ¡ Ah! siempre la misma historia, y nada nuevo. ¡ Nada hay ya inédito en la creacion del creador! *Nil sub sole novum*, dice Salomon; *amor omnibus idem*, dice Virgilio; y Carabina entra con Carabin en la lancha de Saint-Cloud, como Aspasia se embarcaba con Pericles en la flota de Sámos. Mi última palabra. ¿ Saben ustedes, señoras, quién era Aspasia? Aunque existió en una época en que las mujeres aún no tenían alma, ella era un alma; un alma color de rosa y purpurina, más fresca que la aurora y más ardiente que el fuego. Aspasia era una criatura en la cual se reunian los dos extremos de la mujer; era la prostituta diosa. Sócrates y Manon Lescaut. Aspasia fué criada para el caso en que fuera menester dar una meretriz á Prometeo.

Una vez así lanzado Tholomyès, habria sido harto difícil detenerle, si un caballo que á la sazón pasaba por el muelle no se hubiera postrado en la tierra. Un mismo choque cortó el rumbo á la carreta y al orador. Era una pobre yegua hocerona, vieja y flaca, digna de un muladar, que tiraba de un carro muy pesado. Llegada frente á la casa de Bombarda, la bestia, falta enteramente de fuerzas, se negó á pasar más adelante. Este incidente allegó á aquel sitio un gentío inmenso. Apenas el carretero, jurando y perjurando indignado, habia tenido tiempo de pronunciar, con la energía de costumbre, la palabra sacramental: *¡mátin!* <sup>1</sup> acentuada con un implacable zurriagazo; cuando el pobre jamelgo cayó del todo en el suelo, para no volverse á levantar. Al ruido de los que pasaban, los alegres oyentes de Tholomyès volvieron la cabeza, y Tholomyès se aprovechó de las circunstancias para poner término á su alocucion con esta estrofa melancólica:

<sup>1</sup> Interjeccion de juramento.

Elle était de ce monde où coucou et carrosses  
 Ont le même destin;  
 Et rosse, elle a vécu ce que vivent les rosses,  
 L'espace d'un : mátin <sup>1</sup>.

— ¡ Pobre caballo! suspiró Fantina.

Y Dahlia exclamó:

— Aquí tenéis á Fantina que va á compadecerse de los caballos. ¡ Habráse visto una tonta más necia que esta!

En este momento, Favorita, cruzando los brazos y echando la cabeza hácia atrás, miró con resolución á Tholomyès y le dijo:

— Ea, ¡ vamos! ¿ y la sorpresa?

— Justamente. Ha llegado el momento, respondió Tholomyès. Señores, llegó la hora de sorprender á estas señoras. Señoras, espérennos ustedes un instante.

— Esto principia por un beso, dijo Blachevelle.

— En la frente, añadió Tholomyès.

Cada cual depositó gravemente un beso en la frente de su amada; y en seguida se dirigieron hácia la puerta todos cuatro á la desfilada, poniéndose un dedo sobre la boca.

Favorita palmoteaba al salir ellos.

— No deja ya eso de ser divertido, decia.

— No estéis por allá demasiado tiempo, añadió Fantina  
 Os esperamos.

<sup>1</sup> Pertenece á este mundo en que chirriones y carrozas tienen igual destino, y rocín, ha vivido lo que viven los rocines, el espacio de un : mátin!





Habiendo quedado solas las cuatro jóvenes, se apoyaron dos á dos de codos en el antepecho de las ventanas, inclinando las cabezas y hablándose desde una ventana á otra.

Desde allí vieron salir á los jóvenes de la taberna de Bombarda cogidos del brazo; ellos volvieron la vista atrás, las hicieron señas riendo, y desaparecieron entre aquella empolvada baránda del domingo que invade semanalmente los Campos Eliseos.

— ¡No tardéis mucho tiempo! gritó Fantina.

— ¿Qué es lo que van á traernos? dijo Zelina.

— De seguro que será cosa bonita, añadió Dahlia.

— Yo, concluyó diciendo Favorita, lo que quiero es que sea de oro.

Bien pronto fueron distraídas por el movimiento de los

muelles que ellas distinguían por entre las ramas de los grandes árboles y las divertía mucho. Era la hora de salida de los correos y diligencias. Casi todas las mensajerías del Sud y del Oeste pasaban entonces por los Campos Eliseos. La mayor parte de ellas seguían el muelle é iban á salir por la barrera de Passy. Cada minuto, el gran vehículo pintado de amarillo y de negro, llevando una carga pesada, con estrepitosos tiros de m. l. a. s., deforme á fuerza de baúles y maletas, de toldos y balijas, lleno de cabezas, que desaparecían súbitamente, triturando la calzada, convirtiendo los adoquines en eslabones, se precipitaba entre la muchedumbre, con todas las chispas de una fragua que tiene por humo el polvo, y un aspecto de verdadera furia. Esta batahola alegraba á las jóvenes. Favorita exclamaba:

— ¡Qué zambra! parecía montones de cadenas que van volando.

Una vez sucedió que uno de aquellos carruajes que se distinguían difícilmente en la espesura de los olmos, se detuvo un momento, y despues volvió á partir al galope. Esto lo extrañó Fantina.

— ¡Es singular! dijo. Yo creía que la diligencia no se detenía nunca.

Favorita se encogió de hombros

— Esta Fantina es muy particular. Vengo á verla por curiosidad. Ella se pasma de las cosas más sencillas. Hagamos una suposición: yo soy un viajero, y digo al mayoral de la diligencia: Voy hácia adelante, al pasar usted por el muelle, subiré en el carruaje. La diligencia pasa, me ve, se detiene, y me recoge. Esto se hace todos los dias. Tú no sabes cómo se vive en el mundo, querida.

Así transcurrió algun tiempo; cuando de repente Favorita tuvo un movimiento como de una persona que despierta, y dijo:

— ¡Ea bien! ¿y la sorpresa?



— Á propósito, sí, añadió Dahlia, ¿y la famosa sorpresa?

— ¡Tardan ya demasiado! dijo Fantina.

Al concluir Fantina este suspiro, entró el mozo que habia servido la comida, trayendo en la mano cierta cosa que parecía ser una carta.

— ¿Qué viene á ser eso? preguntó Favorita.

El mozo respondió:

— Es un papel que esos señores han dejado para las señoras.

— ¿Y por qué no se nos ha entregado en seguida?

— Porque los señores, respondió el mozo, encargaron que no se les diera á ustedes sino despues de transcurrir una hora.

Favorita arrancó el papel de las manos del mozo. En efecto, era una carta.

— ¡Toma! dijo. No tiene direccion en el sobre. Pero he aquí lo que hay escrito encima:

ESTO ES LA SOPRESA.

Rompió vivamente la nema, abrió la carta, y leyó (pues sabia leer):

« ¡Oh amadas nuestras!

» Habéis de saber que nosotros tenemos parientes. Parientes, es cosa de que vosotras no tenéis apenas conocimiento. Eso se llama padres y madres en el Código civil, pueril y honrado. Pues bien, estos parientes gimen, estos ancianos nos reclaman; estos buenos hombres y estas buenas mujeres nos llaman hijos pródigos, desean que volvamos, y nos ofrecen matar terneras en nuestro obsequio. Nosotros, como que somos virtuosos, obedecemos. En el momento en que leyereis esto, cinco fogosos caballos nos devolverán á nuestros papás y á nues-

» tras mamás. Tomamos el portante, como dice Bossuet. Marchamos, hemos marchado ya. Huimos en brazos de Laffitte y en alas de Caillard. La diligencia de Tolosa nos arranca al abismo, y el abismo sois vosotras, ¡oh hermosas niñas nuestras! Nos restituimos á la sociedad, al deber, al orden, y nos restituimos á toda prisa, á razón de tres leguas por hora. Importa á la patria que nosotros seamos, como todo el mundo, prefectos, padres de familia, guardas campestres, y consejeros de Estado. Veneradnos. Nosotros nos sacrificamos. Lloradnos rápidamente y reemplazadnos más rápidamente aún. Si esta carta os desgarrá, desgarrádsela. Á Dios.

» Durante cerca de dos años, os hemos hecho dichas.

» No nos guardéis rencor.

» Firmado: BLACHEVELLE, FAMEUIL, LISTOLIER,  
» FÉLIX THOLOMYÈS.

» Post-scriptum. La comida está pagada. »

Las cuatro jóvenes se miraron.

Favorita rompió el silencio la primera.

— ¡Ea bien! exclamó, de todos modos es una buena farsa.

— Es muy chistoso, dijo Zefina.

— Debe ser Blachevelle el que ha tenido esa idea, añadió Favorita. Eso me enamora de él. Tan pronto como se marcha, le ama una. Esta es la historia de siempre.

— No, dijo, Dahlia, es una de Tholomyès. Eso se conoce á la legua.

— En ese caso, repuso Favorita, ¡muera Blachevelle y viva Tholomyès!

— ¡Viva Tholomyès! gritaron Dahlia y Zefina. Y rieron á carcajadas.



Fantina también rió como las demás.

Pero al cabo de una hora, cuando volvió á entrar en su cuarto, lloró. Era, como hemos dicho, su primer amor; se habia entregado á aquel Tholomyès como á un marido, y la pobre muchacha tenía un niño.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO CUARTO

### CONFIAR, ES Á VECES ENTREGAR

UNA MADRE QUE ENCUENTRA Á OTRA

En el primer cuarto de este siglo, habia en Montfermeil, junto á Paris, una especie de bodegon que ya hoy no existe. Tenian este bodegon unas gentes llamadas Thénardier, marido y mujer, y estaba situado en la callejuela del Panadero. Encima de la puerta se veía una tabla clavada de plano en la pared. Sobre aquella tabla distinguíase algo pintado, que representaba como la figura de un hombre que lleva sobre sus espaldas otro hombre, el cual tenía grandes charreteras de general, doradas, con anchas estrellas de plata; unas manchas rojas figuraban sangre; y el resto del cuadro era humo, representando



Fantina también rió como las demás.

Pero al cabo de una hora, cuando volvió á entrar en su cuarto, lloró. Era, como hemos dicho, su primer amor; se habia entregado á aquel Tholomyès como á un marido, y la pobre muchacha tenía un niño.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO CUARTO

### CONFIAR, ES Á VECES ENTREGAR

UNA MADRE QUE ENCUENTRA Á OTRA

En el primer cuarto de este siglo, habia en Montfermeil, junto á Paris, una especie de bodegon que ya hoy no existe. Tenian este bodegon unas gentes llamadas Thénardier, marido y mujer, y estaba situado en la callejuela del Panadero. Encima de la puerta se veía una tabla clavada de plano en la pared. Sobre aquella tabla distinguíase algo pintado, que representaba como la figura de un hombre que lleva sobre sus espaldas otro hombre, el cual tenía grandes charreteras de general, doradas, con anchas estrellas de plata; unas manchas rojas figuraban sangre; y el resto del cuadro era humo, representando



probablemente una batalla. Abajo se leía esta cion: AL SARGENTO DE WATERLOO.

Nada más común que el ver un carreton ó una carreta á la puerta de una posada. Sin embargo, el vehiculo, ó por mejor decir, el fragmento de vehiculo que obstruía la calle frente al figon del Sargento de Waterloo, una tarde de la primavera de 1818, habria ciertamente, por su masa, llamado la atención de un pintor que hubiera pasado por allí.

Era el avantren de uno de esos grandes carros que se emplean en los países montuosos, y que sirven para arrastrar maderos y troncos de árboles. Componíase este avantren de un eje macizo de hierro con su quicio en el cual encajaba una pesada lanza ó pértigo apoyado sobre dos ruedas enormes. Todo aquel conjunto era rechoncho, abrumador y disforme. Diríase la cureña de un cañon gigante. Los baches de los caminos habian dado á las ruedas, á las llantas, á los cubos, al eje y á la lanza una capa de limo, horrible embarradura amarillenta bastante parecida á aquella con que adornan expresamente las catedrales. La madera desaparecia bajo el lodo, y el hierro bajo la herrumbre. Por debajo del eje colgaba una gruesa cadena de Goliath en prision. Aquella cadena traía á la memoria, no las vigas que ella tenia por mision de transportar, sino los mastodontes y los megaterios que habria podido uncir; tenia ciertas trazas de presidio, pero de presidio ciclópeo y sobrehumano, y parecia destacada de algun monstruo. Homero haoria amarrado con ella á Polyfemo y Shakspeare á Caliban.

¿Por qué se hallaba aquel avantren de carro en tal sitio de la calle? En primer lugar, para estorbar, para obstruir la calle; y despues, para acabar de llenarse de herrumbre. En el antiguo régimen social hay una multitud de instituciones que se encuentra uno á su paso del

mismo modo, en medio del camino, y que no tienen otros motivos para hallarse allí.

El centro de la cadena pendia bajo el eje bastante cerca del suelo, y sobre aquella curvatura, como sobre la cuerda de un columpio, hallábanse sentadas y agrupadas aquella tarde, en exquisito enlazamiento, dos niñas, la una como de dos años y medio, y la otra de diez y ocho meses, la menor en brazos de la mayor. Un pañuelo atado con mucho arte las impedia caer. Una madre habia visto aquella espantosa cadena, y habia dicho: ¡Toma! hé aquí un juguete para mis niñas

Por lo demas, las dos criaturas, graciosamente y con cierto estudio emperifolladas, estaban hechiceras: parecian dos rosas entre hierro viejo; sus ojos eran un triunfo, sus frescas mejillas reian; la una tenia el pelo castaño, la otra era morena; sus semblantes candorosos eran dos asombros de encanto; un espinar florido que estaba allí cerca enviaba á los que pasaban por aquel sitio perfumes que parecian emanar de ellas; la de diez y ocho meses mostraba su lindo vientrecito desnudo, con esa casta indecencia que es propia de la niñez. Encima y en derredor de aquellas dos cabezas delicadas, amasadas en la dicha y envueltas en la luz, el gigantesco avantren, negro de herrumbre, casi terrible, todo él encabestrado de curvas y de ángulos feroces, se redondeaba como un porche de caverna. Á la distancia de algunos pasos, acurrucada en el umbral de la posada, la madre, mujer que, por lo demas, tenia un aspecto poco agradable, pero que no dejaba de interesar en aquel momento, hacia columpiar á las dos niñas por medio de una larga cuerda, cobijándolas con los ojos, temerosa de algun accidente, con esa expresion, animal y celestial á la vez, propia de la maternidad; á cada vaiven, los horrorosos anillos formaban cierto ruido estridente que se asemejaba á un grito de ira;



las niñas se extasiaban, el sol en su ocaso tomaba parte en aquel gozo, y no es posible imaginar cosa más encantadora que aquel capricho del acaso que había hecho de una cadena de titanes un colompio de querubines.

Mientras que mecía á sus niñas, la madre cantaba á média voz, con acento de falsete, una romanza célebre entonces :

Es necesario,  
Decía un guerrero...

Su canto y la contemplación de sus hijas la impedían reparar en lo que á la sazón pasaba en la misma calle.

Entre tanto, una persona se acercó á ella, á tiempo que empezaba la primera copla de su romanza, y de repente oyó una voz que decía muy cerca de su oído :

— Vaya que tiene usted dos niñas preciosas, señora.

— Á la bella  
Y tierna Inógina,

respondió la madre, continuando su romanza, y en seguida volvió la cabeza.

En frente de ella, y á algunos pasos de distancia, se hallaba una mujer. También esta mujer tenía una niña, que llevaba en sus brazos.

Además iba cargada de un enorme saco de noche, que parecía bastante pesado.

La niña de esta mujer era uno de los seres más divinos que es posible ver. Tenía de dos á tres años. Habría podido competir con las otras dos, por lo que hace á la compostura y á la coquetería. Llevaba un bavolet de hilo fino, cintas en su justillo y valenciennes en la gorrita. Un pliegue alzado en su faldita dejaba ver una pierna blanca, torneada y robusta. Su color de rosa era admirable y anunciaba buena salud. La hermosa niña incitaba á besarla en sus

ricos molletes. Nada podía decirse de sus ojos, sino que debían ser muy grandes y que tenían unas pestañas magníficas. Estaba dormida.

Dormida con ese sueño de absoluta confianza tan propio de su edad. Los brazos de una madre son blandos, como hechos de ternura; y los niños duermen sobre ellos profundamente.

Por lo que hace á la madre, tenía un pobre y mezquino aspecto; vestía el traje de una obrera que tiende á convertirse de nuevo en labradora. Era joven. ¿Y bella? tal vez; pero con aquella ropa no lo parecía. Su pelo, de donde se destacaba una mecha rubia, tenía trazas de ser muy espeso, pero desaparecía severamente bajo una cofia de beata, fea, ajustada, estrecha, y atada en la barba. La risa enseña una hermosa dentadura cuando se posee; pero ella no reía. Parecía que sus ojos no se habían visto secos hacía ya mucho tiempo. Estaba pálida, mostraba hallarse muy fatigada y algo enferma; miraba á su hija dormida en sus brazos con ese ademán propio de la madre que ha amamantado á su hijo. Un pañuelo grande azul, como los que usan para el bolsillo los Inválidos, doblado en forma de pañoleta, disfrazaba de un modo pesado su talle. Tenía las manos tostadas y todas plagadas de pecas, el dedo índice endurecido y destrozado por la aguja, y llevaba una toca de lana burda, color de café, un vestido de algodón y zapatos gruesos. Era Fantina.

Si, era Fantina, harto difícil de reconocer. Sin embargo, si se la examinaba atentamente, conservaba siempre su hermosura. Un pliegue triste, que se asemejaba á un principio de ironía, arrugaba su mejilla derecha. Por lo que hace á su traje, aquel traje aéreo de muselina y de cintas que parecía hecho de alegría, de locura y de música, lleno de cascabeles y perfumado de lilas, se había disipado como esas lúcidas gotas de rocío que se tomarían por diamantes al sol,



y que se deshacen dejando negra la rama del árbol al cual estaban adheridas.

Diez meses habian transcurrido desde el día de la « buena farsa ».

¿Qué habia pasado durante estos diez meses? fácil es adivinarlo.

Después del abandono, la penuria. Fantina perdió de vista en seguida á Favorita, á Zefina y á Dahlia; roto el lazo por el lado de los hombres, no tardó en deshacerse por el lado de las mujeres. Quince días después, les habrían causado suma extrañeza si les hubieran dicho que eran amigas: ya esto no tenía razón de ser. Fantina habia quedado sola. Cuando hubo marchado el padre de su niña, — ¡ah! estos rompimientos son irrevocables, — se halló absolutamente aislada, con la costumbre del trabajo de ménos y la afición al placer de más. Arrastrada por su relación con Tholomyès á desdeñar el pobre oficio que sabía, habia abandonado su clientela; todas las puertas estaban cerradas para ella, sin que la quedase ningun recurso. Fantina sabía apenas leer y no sabía escribir. Únicamente la habian enseñado en su infancia á firmar su nombre. Por eso habia hecho escribir á un memorialista una carta para Tholomyès, y luego una segunda, y después una tercera. Pero Tholomyès no contestó á ninguna de ellas. Cierta día oyó Fantina á unas mujeres murmuradoras que miraban á su hija y que decían: ¿Es que nadie hace caso de tales criaturas? para esos niños, se encoge uno de hombros, y se concluyó! — Entonces recordó ella que Tholomyès tambien se encogia de hombros y no miraba nunca con formalidad la existencia de aquella inocente criaturita; y su corazón adquirió un tono sombrío con respecto á aquel hombre. Entretanto, ¿qué partido tomar? Ya no sabía ella adónde ni á quién dirigirse. Había cometido una falta; pero, según se recordará, el fondo de su naturaleza era todo él, pudor y virtud. Conoció vagamente

que se hallaba en vísperas de caer en la miseria y de resbalar en la ignominia. Era preciso tener valor, lo tuvo y se reanimó. Avínole la idea de volverse á M. sobre el M., su pueblo natal. Tal vez allí la conoceria álguien y le darian trabajo; sí, pero en todo caso, era menester ocultar su falta; y ella entreveía confusamente la posible necesidad de una separación más dolorosa aún que la primera. Su corazón se vió oprimido, pero tomó su resolución. Fantina, según se verá, tenía la enérgica bravura de la vida. Ya habia renunciado valerosamente al lujo, vistiéndose de percal, y colocando toda su seda, todos sus trapos, todas sus cintas y encajes sobre su hija, única vanidad, y vanidad santa, que la quedaba. Vendió todo lo demás que poseía, lo que le produjo unos doscientos francos; pagadas sus pequeñas deudas, se quedó solamente con ochenta francos. Á la edad de veinte y dos años, en una hermosa mañana de primavera, abandonaba á París, llevándose su niña á la espalda. Todo el que las hubiera visto pasar á las dos habria tenido compasión de ellas. Aquella mujer no tenía en el mundo sino á aquella niña, y aquella niña no tenía en el mundo sino á aquella mujer. Fantina habia criado á su hija; de resultas de esto, se hallaba fatigada del pecho y tosía un poco.

Ya no tendremos ocasión de hablar del Sr. Félix Tholomyès. Nos limitaremos á decir que veinte años después, bajo el reinado de Luis Felipe, era un abogadazo de provincia, rico é influyente, elector juicioso y jurado muy severo; hombre de placeres siempre.

Á eso del mediodía, después de haber caminado de vez en cuando, para reposar, mediante tres ó cuatro sueldos por hora, en lo que llamaban entonces las tartanas de las cercanías de París, Fantina se encontró en Montfermeil, en la callejuela del Panadero.

Al pasar por delante de la posada Thénardier, las dos niñas que se divertían en su columpio monstruo habian



ido para ella una especie de fascinación, y se detuvo ante aquella visión de gozo.

Si hay hechizos, aquellas dos niñas fueron uno para aquella madre.

Considerábalas ella enteramente conmovida. La presencia de los ángeles anuncia el paraíso. Por consiguiente, creyó ella ver encima de aquella posada el misterioso *Aquí* de la Providencia. Evidentemente, aquellas dos criaturitas eran dichosas. Ella las miraba y las admiraba, tan enternecida, que en el momento en que la madre tomaba alientos entre dos versos de su canción, no pudo ménos de decirle las palabras que acaban de leerse :

— Tiene usted dos niñas muy lindas, señora.

Los seres más feroces se desarmen en presencia de una caricia hecha á sus hijos.

La madre levantó la cabeza, dió las gracias, é hizo sentar á la pasajera en el banco de la puerta, hallándose ella sentada en el umbral, como hemos dicho. Las dos mujeres empezaron á platicar.

— Yo me llamo madama Thénardier, dijo la madre de las dos niñas. Tenemos este meson.

Y en seguida, siempre con su romanza, continuó cantando entre dientes :

Soy caballero, es preciso  
Que marche hácia Palestina.

Era esta madama Thénardier una mujer encarnadota, carnuda, angulosa ; el verdadero tipo desagradable de la mujer del soldado, y, cosa rara, con cierto porte inclinado que debia á las lecturas romanescas. Una marimacho melindrosa. Antiguas novelas que han ido á refugiarse en las imaginaciones de las bodegoneras suelen producir esos resultados. Todavía se hallaba en la flor de su edad ; pues apenas tenia treinta años. Si aquella mujer, que estaba

casi sentada en el suelo, se hubiera hallado de pié, tal vez su elevada estatura y su busto de coloso ambulante, de esos que enseñan á los muchachos en las ferias, habrían asustado por de pronto á la viajera, turbado su confianza, y desvanecido completamente lo que vamos á referir. Á veces los destinos dependen de tales accidentes : de que una persona esté sentada en vez de estar de pié.

La viajera refirió su historia, algo modificada.

Que era una obrera ; que su marido habia muerto ; que no hallaba trabajo en París, é iba á buscarle á otra parte, á su tierra ; que habia salido de París, á pié, aquella misma mañana ; que como llevaba su niña en brazos, sintiéndose fatigada, y habiendo encontrado en el camino el carruaje de Villemomble, habia subido en él ; que de Villemomble habia venido á Montfermeil andando ; que la niña tambien habia andado algo, pero no mucho, pues era muy pequeñita ; viéndose ella precisada á tomarla en brazos al poco tiempo, donde venia dormida.

Y al decir esto, dió un beso tan apasionado á su hija, que la despertó. La niña abrió los ojos, sus grandes ojos azules como los de la madre, y miró, ¿ qué ? Todo, y nada, con ese semblante grave y á veces severo de los niños, que es un misterio de su luminosa inocencia en presencia de nuestros crepúsculos de virtud. Diríase que ellos se sienten ángeles y que nos reconocen hombres. En seguida la niña se echó á reir, y á pesar de que su madre la retenia, se lanzó al suelo con la indomable energia de una criaturita que desea correr. De repente vió á las otras dos niñas en su columpo, se detuvo, y sacó la lengua, en señal de admiración.

La tía Thénardier hizo que bajaran sus hijas de la cadena, y dijo :

— ¡ Ea ! á jugar las tres juntas.

En esa edad, la familiaridad viene en seguida ; al cabo de un minuto, las niñas Thénardier jugaban



con la recién llegada haciendo hoyos en la tierra, placer inmenso para ellas.

La forasterita era muy alegre; la bondad de la madre se hallaba escrita en la alegría de su tierna hija; había tomado un palito que la servía de azadon y con el cual ahondaba energicamente una fosa que podía servir para una mosca. Lo que hace el sepulturero, se convierte en fiesta hecho por los niños.

Las dos mujeres continuaron hablando.

— ¿Cómo se llama su cominito de usted?

— Coseta.

Coseta, léase Eufrasia. Con efecto, la niña se llamaba Eufrasia; pero la madre había hecho, de Eufrasia, Coseta, en virtud de ese dulce y gracioso instinto de las madres y del pueblo que transforma á Josefa en Pepita, á Dolores en Lola y en Paquita á Francisca. Género de derivados capaz de desconcertar á toda la ciencia de los etimologistas. Nosotros hemos conocido á una abuelita que logró hacer de Teodoro, Gnon.

— ¿Qué edad tiene?

— Va para tres años.

— Es como la mia mayor.

Entre tanto, las tres niñas se habían agrupado en una actitud de profunda ansiedad y contemplacion; un suceso había acaecido; una lombriz gruesa acababa de salir de la tierra, y ellas tenían miedo; quedaron como en éxtasis.

Sus frentes radiantes se tocaban; diríase que eran tres cabezas en una auréola.

— Los niños, exclamó la tia Thénardier, en seguida hacen conocimiento!; véalos usted; cualquiera juraría que son tres hermanas!

Esta palabra fué como el rayo de esperanza que probablemente deseaba la otra madre, la cual cogió la mano á la Thénardier, la miró fijamente, y la dijo:

— ¿Quiere usted guardarme mi niña?

La Thénardier tuvo uno de esos movimientos de sorpresa que ni son el consentimiento ni la negativa.

La madre de Coseta prosiguió:

— Vea usted, yo no puedo conducir á mi hija al país. El trabajo no lo permite. Con una criatura, no se halla nunca colocacion. ¡ Son tan ridiculos en aquella tierra! Dios sin duda ha hecho que pasase yo por su posada de usted. De- de que vi á sus niñas, tan lindas, tan limpiatas, y tan contentas, eso me llegó al alma; y dije entre mí: Hé aqui una buena madre. Esto es; así serán tres hermanitas. Y ademas, yo no tardaré mucho tiempo en volver. ¿Quiere usted guardarme mi niña?

— Sería preciso ver ántes... dijo la Thénardier.

— Yo daría seis francos cada mes.

En este momento se oyó una voz de hombre que gritó desde el fondo del bodegon:

— Ni un céntimo ménos de siete francos; y pagando seis meses adelantados.

— Seis por siete son cuarenta y dos, dijo la Thénardier.

— Los daré, contestó la madre.

— Y quince francos, por separado, para los primeros gastos, añadió la voz de hombre.

— Total, cincuenta y siete francos, dijo gravemente la madama Thénardier. Y en medio de sus números y de sus cálculos, no dejaba de cantar en voz baja y vaga:

Es necesario,  
Decía un guerrero

— Los daré, dijo la madre, tengo ochenta francos. Siempre me quedará lo necesario para llegar al país, yendo á pié. Allá ganaré dinero, y luego que haya reunido un poco, volveré aquí en busca de mi amor.

La voz de hombre recomenzó:



— ¿La chiquita tiene un ajuar?

— Es mi marido, dijo la Thénardier.

— Sin duda que tiene un ajuar, mi pobre angelito. — Ya he pensado, señora, que sería su marido de usted. — ¡Y un ajuar bien hermoso! una locura de ajuar; todo por docenas; y vestidos de seda como una señora. Aquí está, en mi saco de noche.

— Será preciso dárselos, gritó la voz de hombre.

— ¡Ya lo creo que se le dare á ustedes! dijo la madre.

! Pues tendría que ver que dejara á mi niña enteramente desnuda!

La cara del amo se dejó ver al fin, diciendo:

— Está bien.

El trato quedó concluido. La madre pasó la noche en la posada, entregó su dinero, dejó su hija, volvió á atar el saco de noche, bastante ligero ya despues de haber sacado de él el hatillo de la niña, y marchó á la mañana siguiente, con la idea de volver pronto. Estas separaciones se arreglan tranquilamente, pero la desesperacion mina la existencia de los seres así separados.

Una vecina de los Thénardier encontró á aquella madre cuando se alejaba del pueblo, y vino diciendo:

— Acabo de ver á una mujer que llora por esos caminos, de un modo desgarrador.

Cuando la madre de Coseta marchó, el hombre dijo á la mujer:

Eso me da para satisfacer el pagaré de ciento diez francos que vence mañana. Me faltaban cincuenta francos. ¿Sabes que habríamos tenido el alguacil y una protesta? No has hecho mala ratonera, tú, con tus chiquitas.

— Sin aperebirme de ello siquiera, dijo la mujer.

## PRIMER BOSQUE

## DOS CARAS CEGAJOSAS

El raton cogido era bien mezquino; pero el gato se regocija hasta con un raton flaco.

¿Qué gente era esta de los Thénardier?

Digamos ahora una palabra de ellos. Más adelante completaremos el croquis.

Aquellos seres pertenecian á esa clase bastarda que se compone de la gente ordinaria enriquecida y de los inteligentes que han venido á ménos, la cual se halla entre la clase que llaman média y la llamada clase inferior; y suele combinar de ordinario algunos de los defectos de la segunda con casi todos los vicios de la primera, sin que tenga los generosos arranques del obrero ni la probidad ordenada de ciertos tipos de la clase média.

Eran de esas naturalezas mezquinas que, si algun fuego sombrío las enardece por casualidad, fácilmente se hacen



monstruosas. Había en la mujer el fondo de una bestia, y en el hombre la estofa de un miserable. Ambos eran en el más alto grado susceptibles de la especie de progreso horrendo que se opera en la senda del mal. Hay almas cangrejos que reculan sin cesar hácia las tinieblas, retrogradando en la vida en vez de adelantar, empleando la experiencia en aumentar su deformidad, empeorando de continuo y como tiznándose cada vez más con una negrura creciente. Aquel hombre y aquella mujer eran de esas almas.

El Thénardier sobre todo era embarazoso para un fisiognomista. No hay más que mirar á ciertos hombres para desconfiar de ellos, pues se los ve tenebrosos del uno al otro extremo. Son la inquietud por detras y la amenaza en su presencia. En ellos hay algo desconocido. Tan imposible es responder de lo que han hecho como de lo que harán. La sombra que arroja su mirada los delata. Sin más que oírlos decir una palabra ó verlos hacer un gesto, se entrevén sombras secretas en su pasado y sombras misteriosas en su porvenir.

Este Thénardier, si ha de darse crédito á lo que él decía, había sido soldado; sargento, según aseguraba; probablemente hizo también la campaña de 1815, y aún se condujo con notable bravura, según sus relatos. Más adelante veremos lo que hay de todo esto. La muestra de su posada era cierta alusión á uno de sus hechos de armas. El mismo la había pintado, pues de todo sabía un poco, y mal.

Era la época en que la antigua novela clásica, que, después de haber sido *Clelia*, no era ya sino *Lodoiska*, siempre noble, pero cada vez más vulgar, descendiendo de la señorita de Scudéry á la señora Bournon-Malarme, y de la señora de Lafayette á la señora Barthélemy-Hadot, incendiaba el alma amorosa de las porteras de París y aún hacia estragos también en las afueras de la ciudad. Madama Thénardier tenía, á lo justo, la suficiente capacidad para leer

esta especie de libros. Era su pasto favorito, con el cual nutria ella el poco seso de que se hallaba dotada. Esto le había dado, desde jóven aún, y aún después de su juventud, cierta actitud de pensadora para con su marido, especie de bribon solapado, rufian algo leído, fuerte sobre todo en gramática parda, grosero y fino al mismo tiempo, en punto á sentimentalismo, discípulo de Pigault-Lebrun, « y por lo que toca al sexo, » como él decía allá en su calor, buitre correcto y sin mezcla. Su mujer podría tener unos doce ó quince años ménos que él. Más adelante, cuando su pelo, romanescamente lacio, empezó á pardear, cuando la Meguera se destacó de la Pamela, la Thénardier no fué ya otra cosa que una mala mujerona que había mal digerido novelas necias. Ahora bien, nunca se leen neciedades impunemente. De aquí resultó que su niña mayor recibió el nombre de Eponina; por lo que hace á la menor, la pobre criatura estuvo á punto de llamarse Gulnara; pero debió á no sabemos qué afortunada diversion hecha por una novela de Ducray-Duminil, el contentarse con el nombre de Azelma.

Por lo demás, y para decirlo de paso, no todo es ridículo y superficial en aquella curiosa época á la cual hacemos aquí alusión, y que pudiera llamarse la anarquía de los nombres de bautismo. Allado del elemento romanesco que acabamos de indicar, está el síntoma social. No es hoy raro el encontrar un mozo guarda-vacas que se llame Arturo, Alfredo ó Oscar, mientras que un vizconde, — si es que hay aún vizcondes, — lleva el nombre de Tomás, de Pedro, ó de Diego. Esta transmutación que coloca el nombre « elegante » en el plebeyo y el nombre campesino en el aristócrata, no es otra cosa que un remolino hecho por la igualdad. La irresistible penetración del hálito moderno se nota en esto como en todo. Bajo esa aparente disonancia hay una cosa grande y profunda, la Revolución francesa.





No basta ser malo para prosperar. El bodegon iba de mal en peor.

Gracias á los cincuenta y siete francos de la viajera, Thénardier habia podido hacer honor á su firma, evitando que el pagaré fuese protestado. Pero habiendo tenido tambien el mes siguiente necesidad de dinero, la mujer llevó á París y empeñó en el Monte de Piedad el ajuar de Coseta, por una suma de sesenta francos. Una vez gastada esta cantidad, los Thénardier se acostumbraron á no considerar á la niña sino como á una criatura que tenian en casa por comodidad, y en tal concepto la trataron. Como ya carecia de su ropita, la vistieron con las camisas viejas y las faldas desechadas de las niñas de la casa, es decir, que la vistieron con harapos. Alimentábanla con las sobras de todos, algo mejor que al perro y algo peor que al

gato. Por lo demas, el gato y el perro eran comensales ordinarios de la familia; Coseta comia con ellos debajo de la mesa, en un cuenco de palo igual al de los animales.

La madre, que se habia fijado, como se verá más adelante, en M., escribia, ó por mejor decir, hacia escribir todos los meses, á fin de tener noticias de su niña. Los Thénardier respondian invariablemente: Coseta sigue muy bien.

Concluidos los seis primeros meses, envié la madre siete francos para el séptimo mes, continuando despues sus envíos mensualmente, con la mayor puntualidad. Aún no habia terminado el año, cuando Thénardier dijo un dia: — ¡Vaya una gracia que nos hace la mujer con esa miseria! ¿ qué quiere que hagamos con sus siete francos? — Y escribié exigiendo doce francos. La madre, á quien ellos persuadian de que su niña era allí muy dichosa « y se iba formando muy bien, » se sometió á esta nueva exigencia y envié los doce francos.

Ciertas naturalezas no pueden amar por un lado sin aborrecer por otro. La tia Thénardier amaba con pasion á sus dos hijas, lo que hizo que detestara á la forastera. Triste es pensar que el amor de una madre pueda tener ciertos aspectos ruines. Por más que Coseta ocupara un espacio hasta mezquino en la casa, parecia á ella que este espacio se tomaba del de sus hijas, y que aquella niña disminuia el aire que las suyas respiraban. Como otras muchas de su estofa, aquella mujer tenia una suma de caricias y otra suma de golpes y de injurias que repartir cada dia. Si no hubiera ella tenido á Coseta, es seguro que sus hijas, por más que las idolatrara, lo habrian recibido todo; pero la niña extraña las prestaba el servicio de encaminar los golpes hácia ella. Para sus hijas sólo quedaron las caricias. Coseta no hacia ni un solo movimiento sin que lloviera sobre su cabeza una granizada de golpes y de los casti-



gos más violentos é inmerecidos. Dulce y débil criatura, que no debía comprender nada de este mundo ni de Dios, martirizada á cada instante, regañada, maltratada y golpeada, mientras que estaba viendo á su lado á otras dos niñas como ella, que vivían en una aurora de dicha!

Siendo la Thénardier mala para Coseta, era consiguiente que Eponina y Azélma fueran con ella malas también. Los niños, en esa edad, no son sino méros ejemplares de la madre, de forma más pequeña, pero de la misma naturaleza.

Pasó un año, y despues pasó otro año.

Entre tanto, decían en el lugar:

— Son muy buenas gentes esos Thénardier. ¡ No tienen medios, y están criando, con sus hijas, á otra pobre niña abandonada por su madre en la posada!

Creían, en efecto que la madre de Coseta la habia abandonado.

Á este tiempo, habiendo sabido Thénardier, ignórase por qué vías oscuras, que probablemente aquella niña era bastarda, y que la madre no podía reconocerla, exigió quince francos mensuales, diciendo que « la chica crecia y comia, » y amenazando con enviársela á su madre. ¡ Que no me aburra y me emperre esa mujer! gritaba, porque le encajo allá la muchacha en medio de sus tapujos. Es preciso que me anente. » La madre pagó los quince francos.

De año en año, la niña crecia, y con ella la miseria también.

Mientras que Coseta fué piquenita, era el yunque que sufría los golpes de las otras dos niñas; pero desde que se fué ya desarrollando un poco, es decir, aún ántes que tuviera cinco años, hicieron de ella la criada de la casa.

Á cinco años, se dirá, es inverosímil. ¡ Oh! es exacto. El sufrimiento social principia á todas edades. ¿ No hemos visto recientemente el proceso de un tal Dumollard, huér-

fano hecho bandido, que desde la edad de cinco años, dicen los documentos oficiales, siendo solo en el mundo, ¡ trabajaba para vivir, y robaba? »

Hacían ir á Coseta á los mandados, barrer las habitaciones todas de la casa, el patio, la calle, fregar los platos, y hasta conducir paquetes y bultos de toda especie. Los Thénardier se creyeron tanto más autorizados para obrar así, cuanto que la madre, que continuaba siempre en M., comenzaba á pagar ménos puntualmente; quedándose retrasados algunos meses.

Si aquella madre hubiera vuelto á Montfermeil al cabo de estos tres años, es seguro que no habria conocido á su hija. Coseta, tan bella y tan fresca á su llegada á aquella casa, estaba ahora flaca y pálida. Además tenía ciertos modales como de inquietud. ¡ Solapada! decían los Thénardier.

La injusticia la habia hecho arisca y reservada, y la miseria la habia vuelto fea. Ya no la quedaban sino sus hermosos ojos, que daba pena el verlos, porque, siendo como eran tan grandes, parecia que se veía en ellos mayor suma de tristeza.

Era muy doloroso el ver en el invierno á aquella pobre niña, que aún no tenía seis años, tiritando bajo unos viejos arameles de algodón llenos de agujeros, barrer la calle ántes de amanecer, con una escoba enorme en sus manecitas encarnadas y una lágrima apuntando siempre en sus grandes ojos.

Llamábanle en el lugar la Calandria. El pueblo, que gusta siempre del lenguaje figurado, habia dado en aplicar este nombre á aquel ser diminuto, que no abultaba más que un pájaro, temblando sin cesar, como amedrentado y estremecido, el primero que despertaba todas las mañanas, en la casa y la poblacion, siempre en la calle en los campos desde ántes del alba.

Sólo que la pobre calandria no cantaba jamas.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO QUINTO

### EL DESCENSO

I

HISTORIA DE UN PROGRESO EN LA VIDRIERÍA NEGRA

Pero ¿qué era entre tanto de aquella madre que, al decir de las gentes de Montfermeil, parecía haber abandonado á su hija? ¿dónde estaba? ¿qué hacía?

Después de haber dejado á su niña, la linda Coseta, confiada á los Thénardier, había continuado su viaje hasta que llegó á M.

Segun recordará el lector, sucedía esto en 1818.

Diez años hacía ya que Fantina había abandonado su provincia; y durante este tiempo, M. había cambiado enteramente de aspecto. Mientras que Fantina descendía por grados de miseria en miseria, su ciudad natal había prosperado bastante.



Haría como unos dos años que había tenido lugar allí uno de esos hechos industriales que constituyen los grandes acontecimientos de la vida en esas pequeñas poblaciones, formando época en los fastos de su historia.

La importancia de este detalle hace que creamos útil desenvolverle; casi nos atreveríamos á decir, subrayarle.

De tiempo inmemorial, M. tenía por industria especial la imitación de los azabaches ingleses y de la vidriería negra de Alemania. Esta industria había vegetado siempre, á causa de la carestía de las primeras materias que influía naturalmente en la mano de obra. En el momento en que Fantina volvió á M., habíase operado una transformación inaudita en esta producción de los « artículos negros. » Hacia fines de 1815, había venido á establecerse en el pueblo un hombre, un desconocido, que tuvo la feliz idea de sustituir, en aquella fabricación, la goma laca á la resina, y para los brazaletes, en particular, los pasadores de chapas sencillamente aproximadas á los pasadores de chapas pegadas ó soldadas.

Este cambio, tan mínimo é insignificante al parecer, fué sin embargo una revolución.

Con efecto, esta pequeña modificación, reduciendo prodigiosamente el precio de la primera materia, permitió obtener los resultados siguientes: primero, elevar el precio de la mano de obra, lo cual era un beneficio para el país; segundo, mejorar la fabricación, lo que era ventajoso al consumidor; tercero, vender más barato, al mismo tiempo que se triplicaba el beneficio, aprovechando así al público y al fabricante.

Una sola idea produjo estos tres resultados importantes.

En ménos de tres años, el autor de este procedimiento se había enriquecido, lo que era ya un bien sin duda, y había hecho enriquecer á todos cuantos le rodeaban, lo que era mejor aún. Era extraño al departamento. Nada

se sabía de su origen, y muy poco de sus antecedentes. Contábase que había venido al pueblo con poquísimo dinero, algunos centenares de francos, á lo más.

De este mezquino capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa, fecundado por el orden y por el pensamiento, es de donde sacó el su fortuna y la fortuna de todo el país.

Á su llegada á M., tenía la ropa, el porte y el lenguaje de un obrero.

Parece que el mismo día en que hizo tan oscuramente su entrada en la pequeña villa de M., á la caída de una tarde de Diciembre, con el saco á la espalda y un nudoso palo de acebuche en la mano, acababa de estallar un grande incendio en la casa de ayuntamiento. Aquel hombre se lanzó al fuego, y salvó, con peligro de su vida, á dos niños que resultaron ser hijos del capitán de la gendarmería; por lo cual nadie pensó en pedirle pasaporte. Desde entónces, había sabido su nombre. Llamábase *el tío Magdalena*.





Era un hombre como de cincuenta años, de gran bondad de carácter y de aspecto preocupado. He aquí todo cuanto de él podía decirse.

Gracias á los rápidos progresos de aquella industria, transformada por él de un modo tan admirable, M. se convirtió en un centro de negocios de bastante consideración. La España, que hace gran consumo de azabache, dirigía allí cada año inmensos pedidos. En este género de comercio, casi hacia M. concurrencia á Ló dres y á Berlín. Los beneficios del tío Magdalena eran tales que, desde el segundo año, pudo construir una gran fábrica en la cual había dos vastos talleres, uno para los hombres y otro para las mujeres. Todo el que tenía hambre podía presentarse allí, seguro de hallar ocupación y

pan. El tío Magdalena pedía á los hombres buena voluntad, á las mujeres costumbres puras, y probidad á todos. Había dividido los talleres, á fin de separar los sexos, y de que las mujeres y las jovencitas pudieran trabajar juiciosamente. Sobre este punto era él inflexible; siendo el único en el cual fuese hasta cierto punto intolerante. Y tenía tanta más razón para desplegar esta severidad, cuanto que siendo M. una villa de guarnición, abundaba en las ocasiones de corromperse las costumbres de sus moradores. Por lo demás, su venida había sido un beneficio, y su presencia era una providencia para aquella población. Antes de la llegada del tío Magdalena, todo languidecía en el país; ahora, todo vivía con la vida sana del trabajo. Una fuerte circulación lo animaba todo y penetraba por todas partes. La huelga y la miseria eran desconocidas. No había bolsillo tan oscuro donde no anidara un poco de dinero, ni hogar tan pobre donde no reinara un poco de alegría.

El tío Magdalena empleaba á todo el mundo. No exigía sino una sola cosa: ¡ Sed hombres de bien ! ¡ Sed muchachas honradas

Como hemos dicho, en medio de esta actividad cuya causa y cuya fuerza impulsiva era él mismo, el tío Magdalena hacía su fortuna, pero ¡ cosa bastante singular tratándose de un hombre de negocios ! no parecía que este fuera su principal objeto; pues pensaba mucho en los demás, y poco en sí mismo. En 1820, se le conocía una suma de seiscientos treinta mil francos colocada en casa de Laffite; pero ántes de reservarse él estos seiscientos treinta mil francos, había gastado más de un millón para la villa y para los pobres.

El hospital estaba mal dotado; él fundó diez camas. M. está dividida en villa alta y villa baja. La villa baja donde él habitaba, no tenía sino una escuela, en un casucho que se desplomaba en ruinas; él había construido dos



una para las niñas, y otra para los varones. De sus propios fondos señaló á los dos maestros una pension doble del mezquino sueldo oficial; y un dia le dijo á un sugeto que manifestaba admiracion por este proceder: « Los dos primeros funcionarios del Estado son la nodriza y el maestro de escuela. » Á sus expensas habia fundado tambien una sala de asilo, ó escuela de párvulos, institucion que entonces era casi desconocida en Francia, y una de socorros para la vejez y enfermedades de los obreros. Siendo su manufactura un centro, bien pronto surgió en su derredor un nuevo barrio, donde habitaba un gran número de familias indigentes; allí habia establecido él una botica gratuita.

En los primeros tiempos, cuando le vieron comenzar sus tareas, las buenas almas decian: Ese es un intrépido que quiere enriquecerse. Cuando le vieron enriquecer al pais antes de enriquecerse él mismo, las mismas buenas almas decian: Es un ambicioso. Parecia esto tanto más probable, cuanto que aquel hombre se manifestaba un tanto dado á las prácticas religiosas, lo que era muy bien visto en aquella época. Iba habitualmente á oír una misa rezada todos los domingos. El diputado local, quien por todas partes creia ver que le suscitaban competencia, no tardó en inquietarse de aquella religion. Este diputado, que habia sido miembro del Cuerpo legislativo del imperio, participaba las ideas religiosas de un padre del Oratorio conocido bajo el nombre de Fouché, duque de Otranto, de quien era hechura y amigo. Á puertas cerradas, solia él reirse de Dios calladito. Pero desde el momento en que vió al rico manufacturero Magdalena ir á la misa rezada de las siete, entrevió en aquel hombre un candidato posible, y resolvió aventajarle; al efecto, tomó un confesor jesuita y fué siempre á oír misa mayor y á las vísperas. La ambicion consistia en aquella época, en la acepcion literal y directa de la palabra, en una carrera al campanario. Tambien los pobres se apro-

vecharon como Dios, de este terror, pues el honorable diputado fundó otras dos camas en el hospital; lo cual hizo ya elevar á doce el guarismo de las camas nuevamente fundadas.

Etre tanto, circuló por la villa en una mañana de 1819, la noticia de que, á propuesta del señor prefecto, y en consideracion á los servicios prestados al pais, el tio Magdalena iba á ser nombrado por el rey corregidor de M. Los que habian declarado al forastero « ambicioso, » se aprovecharon solicitos de esta ocasion que todos los hombres anhelan para exclamar: ¡ Ahí está! ¿ qué es lo que deciamos nosotros? En todo M. hubo hablillas sobre esto. El rumor sin embargo no carecia de fundamento. Á los pocos dias, apareció el nombramiento en el *Monitor*. Al dia siguiente de recibirse en M., el tio Magdalena envió su renuncia.

En aquel mismo año de 1819, los productos del nuevo procedimiento inventado por Magdalena figuraron en la Exposicion de la industria; y con arreglo al informe del jurado, el rey nombró al inventor caballero de la Legion de honor. Nuevo rumor en la poblacion de M.; Ea bien! era la cruz lo que él queria! El tio Magdalena rehusó tambien la cruz.

Sin duda aquel hombre era un enigma. Las buenas almas salieron del apuro diciendo: Sobre todo, es una especie de aventurero.

Segun se ha visto, el pais le debia mucho, los pobres le debian todo; era tan útil, que habia sido menester concluir por honrarle, y era tan modesto y apacible, que fué preciso que acabaran por amarle; particularmente sus obreros le adoraban, y él soportaba aquella adoracion con una especie de gravedad melancólica. Cuando le vieron ya rico, las « gentes de la buena sociedad » le saludaron y empezaron á llamarle en el pueblo « el señor Magdalena; » — sus obreros y los muchachos continuaron llamándole siempre *el tio Magdalena*, y era lo que le hacia sonreir de mejor gana. En



proporción que iba él subiendo, le llovian invitaciones. La « buena sociedad » le reclamaba por todas partes. Los señaloncitos más encopetados de M. que, como se comprende muy bien, se habrían cerrado en los primeros tiempos al artesano, se abrieron de par en par al millonario. Le hicieron sus amables propuestas y agasajos. Todo lo rehusó.

Todavía esta vez las buenas almas no se desconcertaron: — Es un hombre ignorante y de baja educación. ¿De dónde habrá salido eso? No sabe comportarse en el mundo. Ni es cosa probada tampoco que sepa siquiera leer.

Cuando le habían visto ganar dinero, dijeron: Es un especulador. Cuando le vieron distribuir sus riquezas: Es un ambicioso. Cuando declinó los honores: Es un aventurero. Cuando rehusó las invitaciones de la « buena sociedad »: Es un bruto.

En 1820, á los cinco años de su llegada á M., eran ya tan manifiestos y tan brillantes los servicios que había prestado al país, y tan unánimes los votos de todo el pueblo en su favor, que el rey volvió á nombrarle alcalde corregidor de la villa. Otra vez volvió él á renunciar, pero el prefecto se resistió á admitirle la renuncia, todos los notables vinieron á rogarle que la retirase, el pueblo le suplicaba en medio de las calles, y la insistencia de todos fué tan viva y tan enérgica, que acabó por aceptar. Notóse sin embargo que lo que pareció principalmente decidirle fué el haberle apostrofaado, casi irritada, una vieja del pueblo que le gritó desde el umbral de su puerta: *Un buen corregidor, es útil. ¿Es que te e retro e de se nunca ante el bien que se puede hacer?*

Esta fué la tercera fase de su ascension. El t o Magdalena se habia convertido en el señor Magdalena: el señor Magdalena vino á ser por fin el señor corregidor.

Por lo demás, él continuaba siendo siempre tan sencillo como el primer día. Tenía el pelo gris, la mirada grave, el cutis atezado de un obrero, y el semblante pensativo de un filósofo. Llevaba ordinariamente un sombrero de anchas alas, y un largo leviton de paño burdo, abotonado hasta la barba. Desempenaba sus funciones de alcalde, pero fuera de ellas, vivía solitario. Hablaba con muy poca gente. Procuraba sustraerse á los cumplimientos, saludaba de lado, se esquivaba pronto, sonreía para dispensarse de conversar, y daba para dispensarse de sonreír. Las mujeres decían de él: ¡ Qué buen oso! Su placer consistía en pasear por el campo.

Siempre comía solo, con un libro abierto enfrente, en el cual leía. Poseía una pequeña biblioteca, bastante bien escogida. Gustaba mucho de los libros, de los amigos fríos pero



seguros. A proporción que el ocio le venía con la fortuna, parecía que se aprovechaba de él para cultivar su espíritu. Desde que se hallaba en M., notábase que de año en año su lenguaje se hacía más fino, más escogido y más afable.

Gustábase llevar una escopeta á sus paseos, pero rara vez se servía de ella. Cuando lo hacía, por acaso, tenía un tiro infalible, que asustaba. Nunca mataba un animal inofensivo. Jamas disparaba contra un pajarito.

Aunque ya no era jóven, referíase que tenía una fuerza prodigiosa. Ofrecía ayuda á cuantos la necesitaban en sus apuros desolivar peso, etc., levantaba un caballo postrado en tierra, empujaba una rueda atascada, y detenía por las astas un toro escapado. Siempre tenía sus bolsillos llenos de monedas al salir, y vacíos al entrar. Cuando pasaba á algun lugar de las cercanías, los pobres niños andrajosos corrían alegres tras él y le rodeaban como una nube de mosquitos.

Sospechábase que había vivido en otro tiempo la vida de los campos, porque poseía toda especie de secretos útiles que enseñaba gozoso á los labradores. Dábales á conocer la manera de destruir la polilla en los trigos, rociando el granero é inundando las hendiduras del suelo con una disolución de sal común, y de aventar el gorgojo colgando por todas partes; en las paredes, en techos, en los pajares y en las casas, ramas de arviato en flor. Tenía él recetas para extirpar de un campo la luciola, la neguilla, la arveja, la grama, el cardo, todas las yerbas parásitas que viven á expensas del trigo y demas cereales. Defendía una madriquera contra las ratas, sin más que introducir en ella un conejo de Berbería, cuyo olor las ahuyentaba.

Cierto dia vió á unas gentes del pais muy ocupadas en arrancar ortigas; miró aquel monton de plantas desarraigadas, secándose ya y dijo: — Están muertas; y sin embargo serian útiles, si se supiera servirse de ellas. Cuando la ortiga

es tierna, si *yoja* es una legumbre excelente: cuando envejece, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga vale tanto como la del cáñamo. Picada, la ortiga es buena para las gallinas; machacada, sirve para el ganado vacuno. La simiente de ortiga, mezclada con el forraje, pone lustroso el pelo de los animales; la raíz, mezclada con sal, produce un hermoso color amarillo. Además, es un excelente heno que puede segarse dos veces. ¿Y qué es lo que necesita la ortiga? Poca tierra, ningun cuidado, ninguna cultura. Sólo que la simiente cae á medida que va madurando, y es difícil de cosechar. Nada más. Tomándose alguna molestia, la ortiga sería útil: se la abandona, y se convierte en nociva. Entónces se la mata. ¡Cuántos hombres no se asemejan á la ortiga! — Y despues de un momento de silencio, añadió: Amigos míos, retened lo que voy á deciros: no hay malas yerbas ni malos hombres. No hay sino malos cultivadores.

Los niños le amaban tambien, porque sabía hacerles labores muy lindas de paja y de nueces de cocotero.

Cuando veía la puerta de una iglesia tendida de negro, entraba: buscaba el un entierro como otros buscan un bautizo. La viudez y la desgracia ajenas le atraían, á causa de su grande amabilidad; mezclábase con los amigos que se hallaban en duelo, con las familias enlutadas, con los sacerdotes que gemían en torno de un féretro; y como que parecía dar de buen grado por texto á sus pensamientos esas fúnebres salmodias llenas de la vision de otro mundo. Puesta la vista en el cielo, escuchaba él, con cierta especie de aspiracion hácia todos los misterios del infinito, esas voces tristes que cantan en el borde del oscuro abismo de la muerte.

Practicaba una multitud de buenas acciones, ocultándose, como se oculta el que practica las malas. Penetraba á hurtadillas, por la noche, en las casas; subía las esca-



leras furtivamente. Un pobre diablo, al entrar en su guardilla, encontraba que su puerta había sido abierta, y aún á veces forzada en su ausencia. El pobre hombre se quejaba enojado gritando: ¡Algún malhechor que ha venido! Entraba y lo primero que veía era una moneda de oro olvidada sobre un mueble. El « malhechor » que había venido, era el tío Magdalena.

Era afable y triste. El pueblo solía decir: Hé ahí un hombre rico que no tiene trazas de orgulloso, y un hombre feliz que no se muestra contento.

Algunos opinaban que era un personaje misterioso, y afirmaban que jamás entraba nadie en su cuarto, el cual era una verdadera celda de anacoreta, amueblada de relojes de arena con alas y adornada con tibias en forma de cruz y con calaveras. Tanto se decía esto, que un día, ciertas señoras jóvenes, elegantes y algo zumbonas de M., fueron á su casa y le preguntaron: — ¿No tendría inconveniente el señor corregidor en enseñarnos su cuarto? Dicen por ahí que es una gruta. — Él se sonrió, y las introdujo al instante en aquella « gruta ». Pero bien castigadas quedaron ellas de su curiosidad; pues hallaron que era una habitación guarnecida buénamente con muebles de caoba bastante feos, como todos los muebles de este género, revestidas las paredes con papel de á doce sueldos. Lo único que pudieron notar fué que había dos candeleros, de forma antigua, colocados sobre la chimenea, y que tenían trazas de ser de plata, « pues estaban marcados. » Observación llena de sagacidad en las pequeñas poblaciones.

Mas no por eso dejó de continuar en la villa el rumor de que nadie entraba jamás en aquel cuarto, y que era una caverna de ermitaño, un tabuco, un agujero, una tumba.

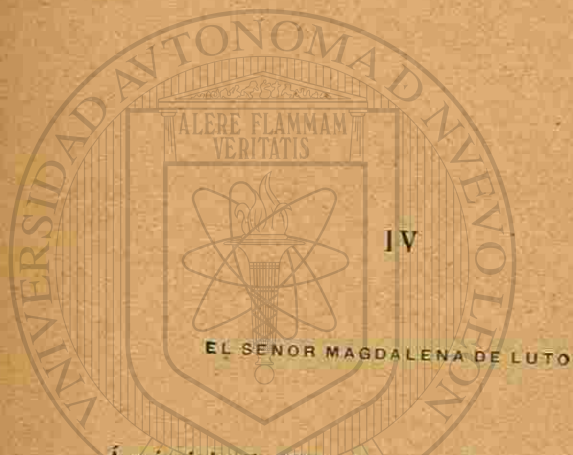
También se cuchicheaba que tenía sumas « inmensas » depositadas en casa de Laffitte, con la particularidad de que siempre estaban á su inmediata disposición; de suerte que,

añadían, el señor Magdalena podría llegar una mañana á casa de Laffitte, firmar un recibo, y llevarse sus dos ó tres millones en diez minutos. En realidad, estos « dos ó tres millones » se reducían, como hemos dicho ya, á seiscientos treinta ó cuarenta mil francos.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECAS





Á principios de 1821, anunciaron los periódicos el fallecimiento del señor Myriel, obispo de D., « llamado *monseñor Bienvenido*, » y muerto en olor de santidad, á la edad de ochenta y dos años.

Añadiremos aquí un detalle que omitieron los periódicos de la época: el obispo de D. se hallaba, cuando murió, ciego hacia ya algunos años, y contento sin embargo, teniendo á su hermana consigo.

Digámoslo de paso, ser ciego y ser amado, es en efecto en este mundo, donde nada es completo, una de las formas más extrañamente exquisitas de la dicha. Tener continuamente á su lado una mujer, una hija, una hermana, un sér encantador, que está ahí, porque tenemos necesidad de él, y porque él no puede pasarse sin nosotros; saber que somos indispensables á aquel sér á quien necesitamos; poder á cada

instante medir su afección por la cantidad de presencia que nos da, y decirnos: pues que nos consagra todo su tiempo, es que todo su corazón nos pertenece; ver el pensamiento, á falta de poder ver la cara; comprobar la fidelidad de un sér en el eclipse del mundo; percibir el roce de un vestido como un ruido de alas. oírle que va y que viene, que sale, que vuelve á entrar, que habla, que canta; y pensar que somos el centro de aquellos pasos, de aquella palabra, de aquel canto; manifestar á cada minuto su propia atracción; sentirnos tanto más poderosos cuanto más enfermos; ser en la oscuridad, y por la oscuridad, el astro en derredor del cual gravita aquel ángel... pocas felicidades igualan á esta. La suprema dicha de la vida es la convicción de ser amado; amado por sí mismo, mejor diremos, amado á pesar de sí mismo; y esta convicción, la tiene el ciego. En tal angustia, ser servido es ser acariciado. ¿Le falta algo? No. ¡Nunca pierde la luz quien conserva el amor, y qué amor! un amor enteramente hecho de virtud. No hay ceguedad donde hay certidumbre. El alma, á tientas, busca al alma, y la encuentra. Y esta alma encontrada y probada es una mujer. Una mano nos sostiene, es la suya; unos labios nos rozan la frente, son sus labios; oímos una respiración junto á nosotros, es ella la que respira. Recibirlo todo de ella, desde su culto hasta su compasión, no verse abandonado jamás, tener aquella dulce debilidad que nos socorre, apoyarse en aquella caña firme y robusta, tocar con sus manos á la Providencia y poderla tomar en sus brazos; ¡Dios palpable, qué enajenamiento! El corazón, esta oscura flor celestial, entra en una dilatación misteriosa. ¡No daríamos aquella sombra por toda la claridad! El alma ángel está allí, allí sin cesar; si se aleja, es para volver al momento; se borra como el sueño y reaparece como la realidad. ¡Se siente el calor que se acerca, ahí está! Se rebosa de serenidad, de alegría, de éxtasis; se convierte uno en res-



plandor de la noche; y rodeáule mil cuidados finos y minuciosos, frioleras que son enormes en el vacío de la vida. Los más inefables acentos de la voz femenina empleados en mecernos, y supliendo para nosotros al universo eclipsado. Hállase uno acariciado con el alma. Nada ve, es verdad, pero se siente adorado, en un paraíso de tinieblas.

Desde este paraíso había pasado monseñor Bienvenido al otro.

El anuncio de su muerte fue reproducido por el boletín local de M.; y el señor Magdalena apareció al otro día vestido enteramente de negro, con una gasa en el sombrero.

Llamó la atención este luto en la villa, y se charló bastante sobre tal suceso. Pareció ser como una vislumbre sobre el origen del señor Magdalena; deduciéndose que tenía alguna alianza de parentesco con el venerable prelado. *Llevaluto por el obispo de D.*, decían en los salones; lo cual realzó mucho al señor Magdalena, y le dió súbitamente y de un golpe cierta consideración entre la nobleza de M. El microscópico barrio de San German de la población trató de hacer que cesara la especie de cuarentena en que tenían al alcalde, presunto pariente de un obispo. El señor Magdalena se apercibió del ascenso que obtenía por el mayor número de reverencias que le hacían las viejas y por las sonrisas de las jóvenes. Cierta noche, una decana de aquella alta sociedad, curiosa por derecho de primogenitura, se aventuró á preguntarle:

— ¿El señor corregidor es sin duda primo del difunto obispo de D.?

— No, señora, respondió él.

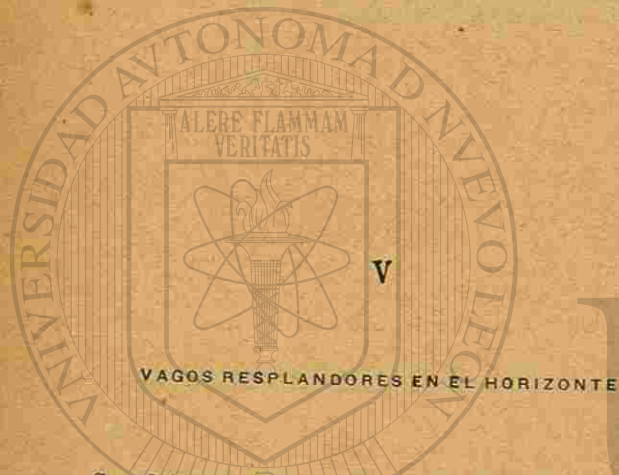
— Pero, repuso la anciana, ¿usted lleva luto por monseñor?

— Es que, en mi juventud, fui lacayo en su familia, contestó el señor Magdalena.

Una observación hicieron también en el pueblo: que

cada vez que pasaba por allí algún saboyanito recorriendo el país para deshollimar chimeneas, el señor corregidor le hacía llamar, le preguntaba su nombre, y le daba dinero. Los saboyanitos se lo decían unos á otros, y pasaban muchos por el pueblo





Con el tiempo, fuéronse desvaneciendo y disipando poco á poco todas las oposiciones. Había habido al principio contra el señor Magdalena, en virtud de esa especie de ley que sufren siempre los que se elevan, infamias y calumnias; después ya sólo fueron maldades; y por último degeneraron éstas en malignas invectivas, hasta que al fin toda prevención desapareció enteramente; el respeto hacia él llegó á ser completo, unánime, cordial; en términos que, en el año 1821, esta palabra: El señor corregidor, era pronunciada en M. casi con el mismo acento que esta otra palabra: Monseñor obispo, se pronunciaba en D. en 1815. De diez leguas á la redonda venían á consultar al señor Magdalena. Él ponía término á las discordias, evitaba los pleitos y reconciliaba á los enemigos. Cada cual le tomaba por juez de su buen derecho. Diríase que tenía

por alma el libro de la ley natural. Fué aquello como un contagio de veneración que, en seis ó siete años, y gradualmente, se propagó en todo el país.

Sólo un hombre, en la villa y en el distrito, se sustrajo absolutamente á este contagio, y por más que hiciese el tío Magdalena, permaneció siempre rebelde, como si una especie de instinto, incorruptible é imperturbable, le despertara y le inquietara. Parece, en efecto, que existe en ciertos hombres un verdadero instinto bestial, puro é integro como todo instinto, que crea las antipatías y las simpatías, que separa fatalmente una naturaleza de otra naturaleza, que no vacila, que no se turba, ni calla ni se desmiente jamás, claro en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario á todos los consejos de la inteligencia y á todos los disolventes de la razón, y que, de cualquiera manera que los destinos se operen, advierte secretamente al hombre-perro la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro la presencia del hombre-león.

Sucedía con frecuencia que, cuando el señor Magdalena pasaba por una calle, tranquilo, apacible, afectuoso, objeto de las bendiciones de todos, un hombre de elevada estatura, vestido con una levita gris de hierro, armado de un bastón grueso y cubierto con un sombrero caído de alas, se volvía bruscamente tras él, y le seguía con la vista, hasta que desaparecía, cruzando los brazos, meneando lentamente la cabeza, y levantando el labio superior, empujado por el inferior, hasta la nariz, especie de gesto significativo que podría traducirse por: — ¿Qué especie de hombre será este? — De seguro que yo le he visto en alguna parte. — En todo caso, lo que es á mí, no me engaña.

Este personaje grave, pero de una gravedad casi amenazadora, era de esos que, áun vistos á la ligera, preocupan al observador.

Llamábase Javert, y era de la policía.



Desempeñaba en M. las funciones penosas, pero útiles, de inspector. No había presenciado los primeros tiempos de Magdalena en aquella población. Javert debía el puesto que ocupaba á la proteccion de M. Chabouillet, secretario del ministro de Estado conde Anglès, entónces prefecto de policia en París. Cuando Javert había llegado á M., la fortuna del gran manufacturero estaba ya hecha, y el tío Magdalena se había convertido en el señor Magdalena.

Ciertos oficiales de policia tienen una fisonomia especial, que suele complicarse con un porte de bajeza mezclado con un tono de autoridad. Javert tenia esta fisonomia, ménos la bajeza.

En nuestra conviccion, si las almas fueran materialmente visibles, veríase con claridad esta circunstancia extraña: que cada uno de los individuos de la especie humana corresponde á alguna de las especies de la creacion animal; y podria reconocerse fácilmente esta verdad, apenas entrevista por el pensador: que, desde la ostra hasta el águila, desde el puerco hasta el tigre, todos los animales están en el hombre, y cada uno de ellos se halla en un hombre. Á veces áun varios de ellos en un mismo individuo de la especie humana.

Los animales no son otra cosa que las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes á nuestra vista, los fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los pone delante para hacernos reflexionar. Sólo que, como los animales no son sino sombras, no los ha hecho Dios educables en el sentido completo de la palabra; ¿y para qué? al contrario, siendo nuestras almas realidades y teniendo un fin que las es propio, Dios las ha dado la inteligencia, es decir, la educacion posible. La educacion social bien hecha puede siempre sacar de un alma, cualquiera que ella sea, la utilidad que contiene

Dicho sea esto, se entiende, bajo el punto de vista limi-

tado ó restringido de la vida terrestre aparente, y sin pre-juizar la profunda cuestion de la personalidad anterior ó ulterior de los seres que no son el hombre. El yo visible no autoriza de ninguna manera al pensador para negar el yo latente. Una vez hecha esta reserva, pasemos adelante.

Ahora bien, si se admite con nosotros por un momento que en todo hombre hay una de las especies animales de la creacion, nos será fácil decir lo que era el oficial de paz Javert.

Los campesinos de Astúrias están convencidos de que en cada camada de loba hay un perro, al cual mata la madre, sin cuya precaucion, cuando fuera grande, devoraria á los otros hijuelos.

Suponed un rostro humano á este perro hijo de una loba, y tendreis á Javert.

Javert había nacido en una cárcel, de una tiradora de cartas cuyo marido estaba en galeras. Al hacerse hombre, pensó que se hallaba fuera de la sociedad, y perdió toda esperanza de volver á entrar jamas en ella. Observó que la sociedad mantiene irremisiblemente fuera de sí dos clases de hombres, los que la atacan y los que la guardan; no había eleccion posible para él sino entre estas dos clases; al mismo tiempo se sentia no sé qué fondo de rigidez, de regularidad y de probidad, complicado con un inexplicable odio hácia esa raza de boemios á la cual pertenecia él; lo que le decidió á entrar en la policia, donde hizo carrera, llegando á ser inspector á la edad de cuarenta años.

En su juventud había estado empleado en las chusmas del Mediodía.

Ántes de pasar más adelante, entendámonos sobre esta palabra rostro humano que hemos aplicado poco há á Javert.

El rostro humano de Javert consistia en una nariz roma, con dos profundas fosas hácia las cuales ascendian en sus



carrillos unas enormes patillas. Se experimentaba cierto sentimiento de repugnancia la primera vez que se veían aquellos dos bosques y aquellas dos cavernas. Cuando Javert reía, lo que era bastante raro y terrible, sus labios delgados se separaban dejando ver no sólo sus dientes, sino sus encías, y formándose al rededor de la nariz un repliegue comprimido y salvaje, semejante al del morro de un venado. Serio, Javert era un dogo; riendo, era un tigre. En lo demás, poco cráneo, y muchas mandíbulas; el pelo ocultando la frente y cayendo sobre sus cejas; un fruncimiento central permanente entre los dos ojos formando como una estrella de ira; la mirada oscura; la boca enco-gida y siniestra y el ademán de mando feroz.

Hallábase compuesto este hombre de dos sentimientos muy sencillos y relativamente muy buenos; pero que casi los hacía él malos á fuerza de exagerarlos, el respeto á la autoridad y el odio á la rebelión; y á sus ojos, el robo, el homicidio, todos los crímenes, no eran sino diversas formas de la rebelión. Envolvía en una especie de fe ciega y profunda todo cuanto ejerce una función en el Estado, desde el primer ministro hasta el guarda campestre. Cubría de menos precio y de aversión todo lo que había rebosado una sola vez siquiera el dintel legal del delito. Era absoluto y no admitía excepciones. Por una parte decía: — El funcionario no puede equivocarse; el magistrado no deja de tener razón jamás. Y por otra: — Estas son gentes perdidas sin remedio, y para siempre. Nada bueno puede salir de ellas nunca. Participaba enteramente de la opinión de esos espíritus extremos que atribuyen á la ley humana no sé qué poder de hacer, ó si se quiere, de encontrar demonios y que colocan una Estigia en las regiones bajas de la sociedad. Era estoico, serio, austero; triste y caviloso, humilde y altanero como los fanáticos. Su mirada parecía una barrena: talera de fría y penetrante. Toda su vida se com-

pendiaba en estas dos palabras: velar y vigilar. Había él introducido la línea recta allí donde existen las vías más tortuosas de este mundo; tenía la conciencia de su utilidad, la religión de sus funciones, y era un espion, como se puede ser un sacerdote, por sentimiento y por deber. ¡ Desgraciado el que cayera en sus manos! Habría él capturado á su padre si se evadiera de la prisión, ó denunciado á su madre huyendo del castigo: y lo habría hecho con esa especie de satisfacción interior que da la virtud. Juntamente con todo esto, una vida de privaciones, de aislamiento, de abnegación, de castidad; sin permitirse jamás la más mínima distracción. Era aquel hombre el deber implacable, la policía comprendida como los espartanos comprendían á Esparta, un acecho inclemente y desapiadado, una probidad feroz, un espion marmóreo, Bruto en Vidocq.

Toda la persona de Javert revelaba al hombre que espía y se oculta. La escuela mística de José de Maistre, que en aquella época razonaba con sus altas cosmogonías lo que á la sazón se llamaba los periódicos ultras, no habría dejado de decir que Javert era un símbolo. No se veía su frente, la cual desaparecía bajo el sombrero; no se veían tampoco sus ojos, escondidos bajo las cejas; no se veía su barba, enterrada en la corbata; no se veían sus manos, guardadas dentro de las mangas; no se veía su bastón, que ocultaba bajo la levita. Pero llegada la ocasión, veíase de repente salir de toda aquella sombra, como de una emboscada, una frente angulosa y estrecha, una mirada horrenda, una barba amenazadora, unas manos enormes y un monstruoso garrote.

En sus momentos de ocio, que eran muy raros, á pesar de que aborrecía los libros, leía sin embargo; por consiguiente no era completamente lego, lo que se conocía desde luego por cierto énfasis que él daba á sus palabras.

Hemos dicho que no tenía ningún vicio. Cuando estaba



contento de sí mismo, se otorgaba un polvo de rapé, que era el lazo que le unía con la humanidad.

Fácilmente se comprende que Javert era el espanto de toda esa clase que la estadística anual del ministerio de la justicia designa bajo la denominación de *vagos*. El nombre de Javert pronunciado los ponía en fuga; el semblante de Javert, sólo con mostrarse, los petrificaba,

Tal era este hombre formidable.

Javert era como un ojo siempre fijo sobre el señor Magdalena; ojo lleno de sospechas y de conjeturas. El señor Magdalena había concluido por apercibirse de ello; pero le pareció que era una cosa insignificante para él. Ni siquiera le dirigió una pregunta alusiva á esto á Javert, á quien no buscaba él, pero á quien tampoco procuraba evitar; sufriendo siempre, sin que pareciese que prestaba la menor atención, aquella mirada incómoda é importuna. Trataba á Javert, como trataba á todo el mundo, con libertad y con bondad.

Por algunas palabras escapadas á Javert, se venía en conocimiento de que él había indagado secretamente, con esa curiosidad que es peculiar de la raza, y en la cual entra tanto instinto como voluntad, todas las huellas anteriores que el tío Magdalena hubiera podido dejar tras sí. Parecía saber y á veces lo decía con palabras encubiertas, que alguien había recogido ciertos informes en ciertos pais, sobre cierta familia que había desaparecido. En una ocasión le avino el decir, hablando consigo mismo: — ¡Ya creo que le he atrapado! — En seguida permaneció tres días caviloso, y sin pronunciar ni una sola palabra. Parecía que el hilo que creía tener agarrado se había roto.

Por lo demás, y este es el correctivo necesario contra lo que el sentido de ciertas palabras pudiera ofrecer de demasiado absoluto, nada puede haber verdaderamente infalible en una criatura humana; y es propio del instinto

precisamente el poder ser turbado, desconcertado y desorientado. Sin lo cual, sería él superior á la inteligencia, y la bestia se hallaría tener mejor luz que el hombre.

Evidentemente Javert estaba un tanto desconcertado por la completa naturalidad y la tranquilidad del señor Magdalena.

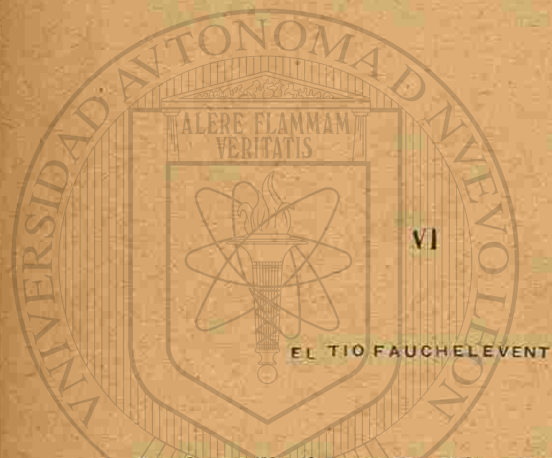
Un día, sin embargo, sus extraños ademanes parecieron hacer cierta impresión en el señor Magdalena. Hé aquí en qué ocasión.

ANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





Pasaba un día el señor Magdalena por una calleja que no estaba empedrada, cuando hé aquí que oye ruido y ve á cierta distancia un grupo de gentes. Dirigióse allá en seguida. El suceso que atraía á la gente y ocasionaba el ruido era que un pobre viejo, llamado el tío Fauchelevant, acababa de caer bajo su carreta, cuyo caballo se había postado en tierra.

Era este Fauchelevant uno de los raros enemigos que aún quedaban en aquella época al señor Magdalena. Cuando este llegó por primera vez al pueblo, Fauchelevant, antiguo fiel-de-fechos y por lo tanto, algo letrado, tenía un comercio que empezaba ya á decaer mucho; y como Fauchelevant vió enriquecerse tan pronto á aquel simple obrero, mientras que él, que era amo, se arruinaba, se llenó de envidia y de rabia, en términos que no perdía nunca oca-

sion de dañar á Magdalena, en cuanto le era posible. Habiéndose declarado por fin en quiebra, viejo como era ya, aunque sin familia ninguna, no poseyendo otra cosa que aquella carreta y aquel caballo, se vió precisado á hacerse carretero para ganar su subsistencia.

Tenía el caballo rotas ambas piernas, y por consiguiente no podía moverse. El anciano estaba cogido por las ruedas. La caída había sido tan terrible, que la carreta gravitaba sobre su pecho, con la carga, bastante pesada, que llevaba encima. El pobre tío Fauchelevant exhalaba lamentables suspiros. Trataron de sacarle de aquella triste situación, pero todo había sido en vano hasta entónces. Un esfuerzo desordenado, un torpe auxilio, un sacudimiento en falso, podían acabar con aquel desdichado. Imposible era desprenderle de otro modo que levantando el carruaje por abajo. Javert, que acudió allí en el momento del accidente, había enviado en busca de una cabria.

En esto llegó el señor Magdalena. Todo el mundo se apartó con respeto.

— ¡Socorro! exclamaba el viejo paciente. ¿Quién será el buen alma que se compadezca del anciano y le salve?

El señor Magdalena se dirigió á los presentes y preguntó:

— ¿No habrá una cabria?

Han ido en busca de una, respondió un labrador.

— ¿Llegará pronto?

— Han ido al sitio más cerca, hácia Flachot, donde hay un albéitar; pero de todos modos, siempre tardará aún un cuarto de hora largo.

— ¡Un cuarto de hora! exclamó Magdalena.

El día ántes había llovido, el suelo estaba mojado, la carreta se hundía cada vez más en la tierra, y por instantes iba comprimiendo el pecho del pobre carretero. Era evidente que ántes de cinco minutos tendria rotas las costillas.



— Es imposible esperar un cuarto de hora, dijo Magdalena á los circunstantes que estaban allí mirando.

— ¡No habrá más remedio! repuso uno de ellos.

— ¡Pero ya no será tiempo! ¿No están ustedes viendo que la carreta se hunde?

— ¡Es claro!

— Escuchen ustedes, añadió Magdalena, todavía hay bastante espacio bajo la carreta para que un hombre se introduzca y la levante en peso sobre sus espaldas. Con medio minuto basta, y se sacará á este pobre hombre. ¡Vamos! ¿Hay alguno que tenga riñones y corazón? ¡Cinco luises de oro se ganará!

Nadie se movió en el grupo.

— Diez luises, dijo Magdalena.

Los circunstantes bajaban los ojos. Uno de ellos murmuró: — ¡Ya sería menester tener fuerza como un diablo: y además, se arriesga el hacerse reventar!

— ¡Vamos! continuó Magdalena, ¡veinte luises!

El mismo silencio.

— No es la buena voluntad lo que les falta, dijo una voz.

El señor Magdalena se volvió, y reconoció á Javert, á quien no había visto al llegar.

Javert continuó:

— Es la fuerza. Sería preciso ser un hombre terrible para levantar sobre sus espaldas una carreta cargada como esa está.

Y después, mirando fijamente al señor Magdalena, prosiguió recalcando bien sobre cada una de las palabras que pronunciaba:

— Señor Magdalena, yo no he conocido nunca sino á un solo hombre capaz de hacer lo que usted pide.

Magdalena se estremeció.

Javert añadió, con cierto aire de indiferencia, pero sin apartar los ojos de Magdalena:

— Era un presidiario.

— ¡Ah! dijo Magdalena.

— Del presidio de To'ou.

Magdalena se puso pálido.

Entre tanto la carreta continuaba sumergiéndose poco á poco. El tío Fauchelevent daba como resoplidos y aullidos, gritando:

— ¡Que me ahogo! ¡Esto me rompe los huesos! ¡una cabría! algo que levante... ¡Ay!

Magdalena miró en derredor:

— ¿Conque no hay nadie que quiera ganar veinte luises y salvar la vida á este pobre anciano?

Ninguno de los circunstantes se movió. Javert volvió á decir:

— Yo no he conocido sino un solo hombre capaz de reemplazar una cabría, era el galeote.

— ¡Ah! ¡que esto me mata! gritó el viejo.

Magdalena levantó la cabeza, se encontró en seguida con la mirada de halcón de Javert, siempre fija en él, miró á los paisanos inmóviles, y se sonrió tristemente. En seguida, sin volver á decir una palabra más, se arrodilló, y ántes que la muchedumbre tuviese siquiera tiempo para lanzar un grito, se hallaba él ya bajo la carreta.

Hubo un momento horrible de ansiedad y de silencio.

Vióse á Magdalena de bruce, y casi arrastrando el vientre, bajo aquel enorme peso, probar en vano por dos veces el acercar sus codos á sus rodillas. Gritáronle: — ¡Tío Magdalena! ¡retírese usted de ahí! — Hasta el viejo Fauchelevent le decía: — ¡Señor Magdalena! ¡váyase usted! ¡Es que está de Dios que yo muera! ¿lo ve usted? ¡Déjeme usted morir! ¡Va usted á sufrir la misma suerte! — Magdalena no respondió.

Todos los presentes estaban temblando y como ja. Las ruedas habían continuado hundiéndose, y ya



imposible que Magdalena saliese de debajo de la carreta; cuando hé aquí que de repente se vió aquella enorme masa vacilar, y levantarse la carreta leatamente, saliendo las ruedas, hasta la mitad, del atascadero. Entónces se oyó una voz ahogada que decía: — ¡Daos prisa! ¡ayudad! Era Magdalena que acababa de hacer un postrer esfuerzo.

Precipitáronse ellos. La heroica abnegacion de uno solo dió alientos y fuerzas á todos. Veinte brazos levantaron en un momento la carreta. El viejo Fauchelevant estaba salvado.

Magdalena se incorporó. Estaba descolorido, aunque chorreando sudor. Sus ropas se hallaban despedazadas y cubiertas de lodo. Todos lloraban; y el viejo le besaba las rodillas y le llamaba mi Dios salvador. Él mostraba en su semblante no sé qué expresion de sufrimiento dichoso y celestial, y fijaba tranquilo su mirada en Javert, quien á su vez no cesaba un instante de mirarle.

## VII

## FAUCHELEVENT JARDINERO EN PARÍS

Fauchelevant se habia fracturado una rótula en su caída. El tío Magdalena le hizo transportar á una enfermería que él habia establecido para sus obreros en el mismo edificio de su fábrica, y que se hallaba servida por dos hermanas de la caridad. En la mañana siguiente, el anciano halló un billete de mil francos sobre su mesa de noche, con estas palabras escritas de la mano del tío Magdalena: *Le compro á usted su carreta y su caballo.* La carreta estaba toda hecha pedazos y el caballo muerto. Fauchelevant sanó, pero su rodilla sufría siempre de la anquilosis. El señor Magdalena, por las recomendaciones de las hermanas y de su cura, hizo colocar al pobre anciano como jardinero en un convento de religiosas del barrio de San Antonio, en París.



## LOS MISERABLES

Algun tiempo despues, fué cuando el señor Magdalena fué nombrado alcalde corregidor. La primera vez que Javert vió al señor Magdalena revestido con la banda que le daba la autoridad superior en la villa, experimentó esa especie de estremecimiento que experimentaria el perro que oliese al lobo bajo los vestidos de su amo. Desde este momento, le evitó cuanto pudo; y cuando las necesidades del servicio lo exigian imperiosamente, y que no podia ménos de hallarse frente al señor alcalde, le hablaba con profundo respeto.

Esta prosperidad creada en M. por el tío Magdalena tenía, además de los signos visibles que ya hemos indicado, otro síntoma que, por ser ménos visible, no era ménos significativo. Esta regla no falla jamas. Cuando el pueblo sufre, cuando el trabajo falta, cuando el comercio es nulo, el contribuyente resiste al impuesto por la penuria, agota y excede los plazos, y el Estado consume mucho dinero en gastos de ejecucion para operar las recaudaciones. Cuando el trabajo abunda; cuando el país es feliz y rico, las contribuciones se pagan fácilmente y cuestan poco al Estado; pudiendo decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible: los gastos de recaudacion del impuesto. En siete años, los gastos de recaudacion del impuesto se habian reducido á la cuarta parte en el distrito de M., lo que hacia que M. Villele, ministro de Hacienda en aquella época, citaba frecuentemente este distrito como modelo propuesto á todos los demas.

Tal era la situacion del país, cuando Fantina volvió á él. Nadie se acordaba ya de ella. Afortunadamente, la puerta de la fábrica del señor Magdalena era como un semblante amigo. Se presentó allí, fué admitida en el taller de las mujeres. El oficio era enteramente nuevo para Fantina, por lo cual no era muy diestra en él, no pudiendo sacar de su jornal sino muy poco; pero al fin esto la bastaba: el problema estaba resuelto, puesto que ganaba con qué vivir.

## VIII

MADAMA VICTURNIEN GASTA TREINTA FRANCO\$ PARA LA MORAL

Quando Fantina vió que vivia de aquella suerte, tuvo un momento de gozo. ¡Vivir honradamente con el producto de sus afanes, qué gracia del cielo! Pronto adquirió un verdadero gusto al trabajo. Compró un espejo, y se complacia en mirar en él su juventud, su hermoso pelo y su magnífica dentadura; olvidó muchas cosas, no pensó ya más que en su Coseta y en el porvenir posible, y fué casi dichosa. Alquiló un cuartito y le amuebló á crédito sobre su trabajo futuro, lo cual era todavía un resabio de sus hábitos de desórden.

No pudiendo decir que era casada, se habia guardado muy bien, como lo hemos hecho entrever ya, de hablar de su niña.

En estos primeros tiempos, segun se ha visto, pagaba ella puntualmente á los Thénardier; y no sabiendo sino poner su firma, habíase visto obligada á escribirles por medio de un memorialista.



a escribir con bastante frecuencia, lo que no tardó en notarse. Empezaron á decir, por lo bajo, en el taller de las mujeres, que Fantina « escribía cartas » y que « andaba en ciertos pasos. »

Nadie es tan apto para espiar las acciones de los demas como aquellas personas á quienes nada importan tales acciones. — ¿ Por qué no viene nunca ese caballero sino al anocheecer? ¿ por qué el señor fulano no cuelga jamas su llave en el clavo los juéves? ¿ por qué irá siempre por las calles transversales? ¿ por qué la señora baja siempre de su carricela ántes de llegar á casa? ¿ por qué enviará á comprar un pliego de papel de cartas, cuando tiene ella repleto de papel su escritorio? etc. Hay gentes que, con tal de poder descifrar enigmas, los cuales debieran ser para ellas de todo punto indiferentes, gastan más dinero, consumen más tiempo y se toman mayor trabajo que el que se necesitaria para diez buenas acciones; y lo hacen gratuitamente, por mero placer, sin ser pagadas de la curiosidad sino por la curiosidad misma. Serán capaces de seguir á este ó á aquella dias enteros, de hacer centinela horas y horas en las esquinas, en los pasadizos y avenidas, de noche, en tiempo frio y lluvioso; de corromper á los criados, embriagar á los cocheros y lacayos, comprar la revelacion de una doncella camarera ó hacer la adquisicion de un portero. ¿ Y todo esto para qué? Para nada. Por puro afan de ver, de saber, y de indagar. Por puro comezon de charlar despues. Y de ordinario estos secretos conocidos, estos misterios publicados, estos enigmas decifrados á la clara luz del dia, suelen acarrear catástrofes, duelos, quiebras, familias arruinadas, existencias quebrantadas, con gran placer de los que « lo han descubierto todo, » sin interes, y por puro instinto. ¡ Cosa triste en verdad!

Ciertas personasson malas únicamente por necesidad de hablar. Su conversacion, tertulia en la sala, charla en la an-

tesala, es como esas chimeneas que consumen la leña de prisa : que necesitan mucho combustible : y el combustible es el prójimo.

Observaron pues á Fantina.

Como quiera que sus blondos cabellos y sus dientes blancos daban envidia á más de cuatro obreras.

Se averiguó que en el taller, en medio de las otras, solia apartarse á un lado con frecuencia para limpiarse una lágrima. Eran los momentos en que ella pensaba en su niña; quizas tambien en el hombre á quien habia amado.

Dolorosa tarea es el rompimiento de los lazos sombríos del tiempo pasado.

Súpose que escribia, dos veces al mes por lo ménos, siempre con la misma direccion, y que franqueaba la carta. Hasta lograron procurarse las señas de esta direccion, ó el sobrescrito de sus cartas, que decia así: *Al señor Thénardier, mesonero en Montfermeil.* Hicieron charlar en la taberna al memorialista, un desdichado viejo que no podia llenar su estómago de vino tinto sin que vaciara el bolsillo de los secretos. En una palabra, se supo que Fantina tenia un hijo : que por consiguiente, « debia ser una especie de mujerzuela. » Todavía se halló una comadre que hizo el viaje de Montfermeil, habló á los Thénardier, y dijo á su vuelta : — Por mis treinta y cinco francos, he salido al fin de dudas. ¡ He visto á la niña!

La comadre que hizo esto era una gorgona llamada madama Victurnien, guarda y portera de la virtud de todo el mundo. Madama Victurnien tenia cincuenta y seis años, y forraba la máscara de su vejez con la máscara de su fealdad. Voz temblorosa, entendimiento obtuso y torcido. Aunque parezca extraño, créese sin embargo que aquella vieja habia sido jóven alguna vez. En su juventud, allá por los años de 1793, se habia casado con un fraile escapado del claustro con gorro frigio y pasado de los Bernardinos á los



Jacobinos. Era seca, ruda, áspera, arisca, espinosa, casi venenosa; sin que por eso borrara ella de la memoria á su fraile, de quien era viuda, y quien la había domado y domesticado bastante. Parecía una ortiga dondese distinguía el roce de la capucha. En tiempo de la Restauracion, se había hecho beata, y con tal energía, que los curas la perdonaron su fraile. Poseía pocos bienes que legaba ruidosamente á una comunidad religiosa. Era por lo tanto muy bien vista en el obispado de Arras. Esta madama Victurnien fué pues á Montfermeil y volvió diciendo: He visto á la niña.

Para todo esto se necesitó algun tiempo; Fantina había ya trabajado, más de un año, en la fábrica, cuando una mañana la entregó la celadora del taller, de parte del señor alcalde corregidor, cincuenta francos, diciéndola que ya no formaba parte de dicho taller, é invitándola, en nombre del mismo señor alcalde, á abandonar el país.

Sucedía esto precisamente en aquel mismo mes que los Thénardier, despues de haber pedido doce francos en vez de siete, acababan de exigir quince francos en lugar de doce.

Fantina se halló aterrada. Veíase en la imposibilidad de abandonar el país porque debía su alquiler y sus muebles. Cincuenta francos alcanzaban á pagar estas deudas. Pronunció balbuciente algunas palabras suplicantes, á las cuales contestó la celadora significándola que saliera cuanto antes de la fábrica. Por lo demas, Fantina era una obrera bastante mediana. Abrumada más aún de vergüenza que de desesperación, salió del taller y se volvió á su cuarto. ¡Así, pues, todo el mundo conocia ya su falta!

Ya no se sentía con fuerzas para pronunciar una palabra. Aconsejaronla que fuese á hablar al alcalde; pero no se atrevió. El alcalde la daba cincuenta francos, porque era bueno, y la expulsaba, porque era justo. Doblegóse pues bajo este fallo.

## TRIUNFOS DE MADAMA VICTURNIEN

Vese, pues, que la viuda del fraile fué buena para algo. Por lo demas, el señor Magdalena no había sabido nada de todo esto. Era una de esas combinaciones de sucesos de que la vida está llena. El señor Magdalena tenía por costumbre el no entrar casi nunca en el taller de las mujeres.

Había puesto al frente de aquel taller á una anciana solterona que le recomendó el cura, y tenía depositada toda su confianza en aquella celadora, persona verdaderamente respetable, firme, equitativa, íntegra, adornada de la caridad que consiste en dar, pero que no poseía en el mismo grado la caridad que consiste en comprender y en perdonar. El señor Magdalena descansaba en esta confianza, y para todo lo concerniente al taller de mujeres se refería á su celadora. Los hombres más buenos se ven de ordinario forzados á delegar su autoridad. Con esta plenitud de poder, y con



la convicción de que obraba bien, fué como la celadora instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó á Fantina.

Por lo que hace á los cincuenta francos, los habia dado de los fondos que el señor Magdalena la confiaba para limosnas y socorros á las obreras, fondos de los cuales no daba ella cuenta.

Fantina fué á ofrecer sus servicios como criada en el pueblo, dirigiéndose de casa en casa; pero nadie quiso recibirla. Entre tanto, no habia podido salir de la poblacion. El prendero á quien ella debia sus muebles, ¡y qué muebles! le habia dicho: Si usted se marcha, la haré meter en la cárcel por ladrona. El casero á quien debia su alquiler la habia tenido este lenguaje: Usted es jóven y bonita, por consiguiente puede pagar. Distribuyó los cincuenta francos entre el casero y el prendero, devolvió á este las tres cuartas partes de su mueblaje, no conservando sino lo estrictamente necesario, y se encontró sin trabajo, sin oficio, sin poseer otra cosa que su cama, y debiendo aún unos cien francos.

Se puso á coser camisas ordinarias para los soldados de la guarnición, con lo cual ganaba de ce sueldos diarios. Su hija le costaba diez. Entónces fué cuando ya empezó á pagar mal á los Thénardier.

Sin embargo, una vieja que le encendia su vela de sebo cuando entraba de noche en casa, la enseñó el arte de vivir en la miseria. Más allá del vivir con poco está el vivir con nada. Son dos cámaras; la primera es oscura, la segunda negra.

Fantina aprendió cómo se puede pasar enteramente sin lumbre en invierno, cómo se renuncia á un pájaro que come un ochavo de alpiste en dos dias; cómo se hace de las enaguas colcha de cama y de la colcha de cama enaguas; cómo se economiza el aceite ó la vela de sebo comiendo á la luz que se recibe de la ventana de enfrente. Parece increíble

todo el partido que ciertos seres débiles, que han envejecido en la desnudez y en la honradez, saben sacar de un sueldo. Esto concluye por constituir un talento especial. Fantina adquirió este sublime talento, y recobró un poco de ánimo.

En esta época decia ella á una vecina: — ¡Bah! yo digo para mí, que no durmiendo sino cinco horas, y trabajando todo el resto del tiempo en mis costuras, siempre lograré casi ganar el pan. Y luégo, cuando una está triste, come ménos. ¡Y bien! sufrimientos, inquietudes, un poco de pan por un lado, y muchas penas por otro, todo esto me alimentará.

En tal abandono y en tales angustias, tener consigo á su hija habria sido para ella una dicha extraña. Pensó hacerla venir. Pero qué! ¡hacerla participar de su desnudez, de su miseria! y ademas, ella debia á los Thénardier! ¿Cómo era posible pagarles? y el viaje! ¿cómo costearle tambien?

La vieja que le habia dado lo que pudiera llamarse lecciones de vida indigente, era una santa mujer llamada Margarita, devota de la buena devocion, pobre, y caritativa para los pobres, y aún para los ricos, que sabia á lo justo escribir bastante bien para firmarse *Marjarita*, y creia en Dios, que es la verdadera ciencia.

Hay muchas de estas virtudes en las bajas regiones de la sociedad; algun dia estarán en las altas. Esta vida tiene un mañana.

En los primeros tiempos se encontró Fantina tan avergonzada que no se habia atrevido á salir.

Cuando iba por la calle, adiyinaba ella que las gentes volvian cara atras y que la señalaban con el dedo: todo el mundo la miraba, y nadie la saludaba; el desprecio acre y frío de cuantos pasaban la penetraba en sus carnes y en su alma como un hierro.

En las poblaciones pequeñas, parece que una desgraciada ha de hallarse como al desnudo y en desamparo im-



placable, bajo el sarcasmo y la curiosidad de todo el mundo. En París, á lo ménos nadie os conoce, y esta misma oscuridad os sirve de vestido. ¡ Ah! ¡cuánto habria ella deseado venir á París! imposible.

Forzoso le fué acostumbrarse á la desconsideracion como se habia acostumbrado á la indigencia. Insensiblemente llegó al fin á conformarse. Á los dos ó tres meses, sacudió la vergüenza, y salia ya á la calle como si nada hubiera sucedido. ¡ Qué importa! me es igual, decia.

Iba y venia por todas partes, con la cabeza erguida, y una amarga sonrisa en los labios, aperciéndose de que se iba haciendo descarada.

Madama Victurien la veia algunas veces pasar desde su ventana, y observaba la miseria de « aquella criatura », gracias á ella, « repuesta en el lugar que la correspondia, » y se felicitaba de ello. Los malvados tienen tambien su dicha... negra.

El exceso de trabajo agotaba las fuerzas de Fantina, y la fosecita seca que tenia fué en aumento. Á veces solia decir á su vecina Margarita: — Tiente usted y verá qué calientes tengo las manos.

Sin embargo, por las mañanas, cuando desenredaba con un peine viejo y roto su hermosa cabellera rubia que ondeaba como seda floja, todavia disfrutaba ella unos instantes de dichosa coqueteria.

## X

## CONTINÚA EL TRIU

Habia sido despedida á fines de invierno, pasó el verano, pero el invierno volvió á presentarse de nuevo. Dias cortos, ménos trabajo. En el invierno, ni hay calor, ni hay luz, ni hay mediodia, pues la mañana y la noche se tocan; nieblas, crepúsculos, la ventana pardea, y no se ve nunca claro. El cielo es una débil lumbrera. Todo el dia es una cueva. El sol parece un mendigo. ¡ Horrible estacion! El invierno convierte en piedra el agua del cielo y el corazon del hombre. Sus acreedores la hostigaban.

Fantina ganaba demasiado poco; y sus deudas habian aumentado. Los Thénardier, mal pagados, la escribian á menudo cartas cuyo contenido la consolaba y cuyos portes la arruinaban. Un dia la escribieron que su hija Coseta estaba enteramente desnuda, con los frios que ha-



cian entónces, que por consiguiente necesitaba una falda de lana, y que para esto era menester que la madre enviara á lo ménos diez francos. Recibió esta carta, y no la abandonó en todo el día, llevándola apretada en sus manos. Aquella noche entró en casa de un barbero que habitaba en la esquina inmediata, deshizo su peinado. Su admirable cabellera rubia cayó hasta los talones.

- ¡ Hermoso pelo ! exclamó el barbero.
- ¿ Cuánto me daría usted por él ? preguntó ella.
- Diez francos.
- Córtelo usted.

Compró una falda de lana tejida á punto de média, y la envió á los Thénardier.

Esta falda puso á los Thénardier furiosos. Lo que ellos querían era dinero. Dieron la falda á Eponina; y la pobre Calandria continuó tiritando.

Fantina dijo entónces para sí : — Mi niña no tiene ya frío. La he abrigado con mi pelo. — Y se ponía papalinitas redondas, que ocultaban su cabeza rapada, y con las cuales estaba todavía bastante linda.

Un trabajo tenebroso iba opérandose en el corazón de Fantina.

Cuando vió que ya no podía peinarse, empezó á tomar odio á todo cuanto la rodeaba. Durante mucho tiempo, habia ella participado de la veneración de todos los demas para con el tío Magdalena; sin embargo, á fuerza de repetirse que él era quien la habia expulsado de la fábrica, que era la causa de su desgracia, acabó por aborrecerle á él también, á él sobre todo. Cuando pasaba por delante de la fábrica en las horas en que los obreros están á la puerta, afectaba reír y se ponía á cantar.

Cierta obrera vieja que la vió una vez cantando y riendo de esta manera, dijo : — Hé ahí una muchacha que concluirá mal.

Tomó un amante, el primero que se presentó, un nombre á quien ella no amaba, por fanfarronada, con la rabia en el corazón. Era un miserable, una especie de músico mendigo, un tunante ocioso, que la daba de palos, y que la abandonó como la habia tomado, con displicencia y hastio.

Ella sólo adoraba á su hija

Cuanto más descendía, cuanto más sombrío se le representaba todo en derredor suyo, tanto más radiaba en el fondo de su alma aquel amable y tierno angelito. Y decia : — Cuando sea yo rica, tendré conmigo á mi Coseta; y se echaba á reír. La tos no la abandonaba nunca, y tenia sudores en la espalda.

Un día recibió de los Thénardier una carta concebida en estos términos : « Coseta está enferma, de una enfermedad que reina en el país, y que llaman la fiebre miliar. Se necesitan medicamentos caros. Esto nos arruina » y no podemos pagarlo ya. Si no nos envía usted cuarenta francos ántes de ocho días, la chica morirá sin remedio. »

Al leer esta carta, se echó ella á reír á carcajadas, y dijo á la vieja su vecina : — ¡ Ah ! ¡ bueno está ! ¡ cuarenta francos ! ¡ qué es eso ! ¡ eso hace dos napoleones ! ¿ Dónde quieren que los tome ? ¡ qué tontos son esos campesinos !

Entre tanto se dirigió á la escalera, y junto á un ventanillo volvió á leer la carta.

En seguida, bajó á la calle y salió corriendo y saltando, sin dejar de reír siempre.

Una persona que la halló así la dijo : — ¿ Pero qué tiene usted que está tan alegre ?

Y respondió : Es por la simpleza que acaban de escribirme unas gentes del campo. Pues ¡ no me piden cuarenta francos ! ¡ Bah ! ¡ al fin campesinos !



casando por la plaza, vió que un gran grupo de gente rodeaba un carruaje de forma estrambótica, sobre cuya imperial estaba perorando un hombre vestido de encarnado. Era un dentista ambulante, un charlatan que ofrecía al público dentaduras completas, polvos, opiatas y elixir

Fantina se introdujo en el grupo y se puso á reir como todos los demas de aquella arenga en que habia una mescolanza de germania ó de caló para la canalla, y de medicina jerga para las personas decentes. El sacamuélas vió aquella linda muchacha que estaba riendo, y dijo al instante:

— Bonitos dientes tiene la moza aquella que rie allí! Si quiere usted venderme sus dos paletas, le doy por cada una un napoleon de oro.

— ¿Qué quiere decir eso de las dos paletas? preguntó Fantina.

— Las paletas, repuso el profesor dentista, son los dientes delanteros, los dos de arriba.

— ¡Qué horror! exclamó Fantina.

— ¡Dos napoleones! refunfuó una vieja desdentada que se hallaba en el grupo. ¡Vaya una mujer dichosa!

Fantina huyó y se tapó los oídos para no sufrir la voz ronca de aquel hombre que le gritaba: — ¡Piénselo usted bien, hermosa! ¡dos napoleones no son un grano de anís! Si usted se decide, vaya esta noche á la posada del *Tillac d'argent*, y allí me encontrará.

Fantina entró en su cuarto, estaba furiosa, y refirió la aventura á su buena vecina Margarita: — ¿Comprende usted esto? ¿ha visto usted un hombre más endemoniado? ¿cómo dejan á tales gentes ir por el país de esa manera! ¡arrancarme mis dos dientes delanteros! pero si quedaria horrible! ¡el pelo, al fin crece, pero los dientes! ¡Ah! ¡qué monstruo de hombre! ¡preferiria arrojarme de cabeza al suelo desde un quinto piso! Me ha dicho que esta noche estará en el *Tillac d'argent*.

— ¿Y qué es lo que ofrecia? preguntó Margarita.

— Dos napoleones.

— Eso hace, justo, cuarenta francos.

— Sí, dijo Fantina, eso hace cuarenta francos.

Quedó pensativa, y se puso á trabajar. Al cabo de un cuarto de hora, abandonó su costura y se fué á leer de nuevo la carta de los Thénardier en la escalera.

Al volverse al cuarto, dijo á Margarita, que estaba bajando junto á ella:

— ¿Qué es eso de fiebre miliar? ¿sabe usted lo que es?

— Sí, respondió la anciana, es una enfermedad

— ¿Eso necesitará muchas drogas?

— ¡Oh! drogas terribles.

— ¿Dónde se toma esa enfermedad?

— Es una enfermedad que viene... así... como las otras.

— ¿Ataca eso á los niños?

— ¡Ah! sí, á los niños sobre todo.

— ¿Y suelen morir de ella?

— ¡Ya lo creo! dijo Margarita.

Fantina salió y fué á leer otra vez la carta en la escalera.

Aquella noche bajó á la calle, y la vieron dirigirse hacia la de París, donde están las posadas.

Á la mañana siguiente, como Margarita entrase en el cuarto de Fantina ántes de amanecer, pues trabajaban siempre juntas, y así no alumbraban sino una sola vela para las dos, encontró á Fantina sentada sobre su cama, pálida y helada. No se habia acostado. Su gorra habia caído sobre sus rodillas. La vela de sebo habia estado ardiendo todá la noche, y se hallaba casi enteramente consumida.

Margarita se detuvo á la puerta, petrificada de ver aquel gran desórden, y exclamó:



— ¡Jesus! ¡toda la vela ha ardidido! aquí ha pasado algo extraordinario.

En seguida miró á Fantina que volvía hácia ella su cabeza rasa.

Fantina, desde la víspera, habia envejecido diez años.

— ¡Dios mio! dijo Margarita, ¿Fantina, qué es lo que usted tiene?

— No tengo nada, respondió Fantina. Al contrario. Mi niña no morirá de esa horrible enfermedad, por falta de socorro. Ya estoy contenta.

Y diciendo esto, enseñaba á la anciana dos napoleones que brillaban sobre la mesa.

— ¡Ay! ¡Jesus mio! dijo Margarita; ¡pero si eso es una fortuna! ¿de dónde le han venido á usted esos luises de oro?

— Los he tenido, respondió Fantina.

Y al mismo tiempo sonreía. La vela alumbraba su rostro. Su sonrisa era sangrienta. Una saliva rojiza manchaba las extremidades de sus labios, y tenia un agujero negro en la boca.

Los dos dientes habian sido arrancados.

Envió ios cuarenta francos á Montfermeil.

Por lo demas, todo habia sido un ardid de los Thénardier para sacar dinero. Coseta no estaba enferma.

Fantina arrojó su espejo por la ventana. Había ya mucho tiempo que ella habia dejado su cuartito del segundo piso por una guardilla cerrada solamente con una aldaba, junto al tejado; uno de esos tabucos cuyo techo inclinado forma ángulo con el suelo, y os hace ropezar á cada instante con la cabeza. El pobre no puede ir al fondo de su habitacion como al fondo de su destino sino plegándose cada vez más. Ya no tenia cama, quedándole sólo un pinjajo, al cual daba ella el nombre de cubierta, un colchon en el suelo y una silla sin asiento, por habersele caído la

paja. Un rosalito que tenia se habia secado, olvidado en un rincon. En el otro rincon habia un puchero de manteca sirviendo para el agua, que se helaba en el invierno, permaneciendo largo tiempo los diferentes niveles del agua marados en el interior con círculos de hielo. Como habia perdido la vergüenza, perdió tambien la coqueteria. Último signo. Salía con papalinas sucias. Ora fuese por falta de tiempo, ó bien por indiferencia, ya no cosía nunca su ropa. Segun que se iba usando los talones de sus médias, iba introduciendo toda la parte rota dentro de los zapatos; lo que se conocia desde luégo por ciertos pliegues perpendiculares que se formaban en las médias. Remendaba su corsé viejo y usado con pedazos de indiana que se rompian al menor movimiento. Las gentes á quienes ella debía, venian á alborotar y á insultarla, sin dejarle nunca descanso alguno. Á veces los encontraba en la calle, y despues los volvía á hallar en su escalera. Pasaba las noches llorando y soñando. Tenía los ojos muy brillantes, y sentia un dolor fijo en la espalda, hácia la parte superior del omoplato izquierdo. Tosía mucho. Aborrecia profundamente al tio Magdalena, y no se quejaba. Cosía diez y siete horas por dia; pero un empresario de los artefactos de las prisiones, que hacia trabajar con rebaja á las mujeres presas hizo de repente bajar los precios, lo que redujo el jornal de las obreras á nueve sueldos. ¡Diez y siete horas de trabajo y nueve sueldos por dia! Sus acreedores eran más desapiadados que nunca. El prendero, que habia recogido casi todos los muebles, la decia sin cesar: — ¿Cuándo me pagarás tú, bribona? ¡Qué querian de ella, gran Dios! Sentíase acosada, y se iba desarrollando en ella algo de la bestia montaraz. Por este tiempo, volvió Thénardier á escribirla diciéndola que verdaderamente habia él esperado con demasiada hondad, y que necesitaba cien francos, al



instante, pues, de lo contrario, plantaría en la calle á Coseta, que estaba aún convaleciente de su grande enfermedad, con los frios, por los caminos, que sería de ella lo que pudiera ser, y que reventara, si quería. — ¡Cien francos! dijo Fantina. ¿ Pero dónde hay un oficio en que se ganen cien sueldos por día?

— ¡Vamos! añadió, vendamos lo que queda.  
Y la infortunada se hizo mujer pública...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

## XI

CHRISTUS NOS LIBERAVIT

¿Qué viene á ser esta historia de Fantina? Es la sociedad comprando una esclava.

— ¿ Á quién? Á la miseria.

¡ Al hambre, al frío, al aislamiento, al abandono, á la desnudez! ¡ Compra dolorosa! Un alma por un pedazo de pan. La miseria ofrece, la sociedad acepta.

La santa ley de Jesucristo gobierna nuestra civilización, pero no la penetra aún: dicen que la esclavitud ha desaparecido de la civilización europea. Es un error. Existe siempre; pero ya sólo pesa sobre la mujer, y se llama prostitución.

Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la belleza, sobre la maternidad. Esto es una gran vergüenza para el hombre.



En el punto al cual hemos llegado de este doloroso drama, ya nada queda á Fantina de lo que fué en otro tiempo. Al convertirse en lodo, ha transformado tambien en mármol. Al tocarla, da frio. Pasa, no os conoce, os sufre, y nada más. Es la figura deshonrada y severa. La vida y el orden social han dicho su última palabra. Le ha sucedido todo cuanto le sucederá. Todo lo ha sentido y resentido ya, todo lo ha soportado, todo lo ha experimentado, todo lo ha sufrido, todo lo ha perdido, todo lo ha llorado. Está resignada con esa resignacion que se parece á la indiferencia como la muerte se parece al sueño. Ya nada evita. Ya nada teme. ¡Que descarguen sobre ella todos los nublados, y que pase por encima de ella todo el océano! ¿qué le importa ya? es una esponja empapada.

Á lo ménos, así lo cree ella. Pero es un error el imaginarse que se agota y se apura la suerte, y que se toca al fondo de cualquiera cosa.

¡ Ah! ¿qué vienen á ser todos esos destinos lanzados así en horrenda confusion? ¿adónde van? ¿por qué son de esa manera?

El que sabe esto ve todas las sombras, lee en las tinieblas.

Es él solo. Llámase Dios.

## LOS OCIOS DEL SEÑOR BAMATABOIS

Hay en todas las poblaciones pequeñas, y había particularmente en M., cierta clase de caballeretes que mascullan mil y quinientos francos de renta en provincia con el mismo tono con que sus iguales devoran en París doscientos mil francos al año. Son seres de la grande especie neutra; eunucos, parásitos, nulos; que tienen un poco de tierra, un poco de necesidad, un poco de chiste; que serian palurdos en un salon, y se creen caballeros en la taberna; que dicen: — Mis prados, mis bosques, mis mozos; que silban á las actrices del teatro para probar que son personas de gusto; que disputan con los oficiales de la guarnicion para hacer ver que son gentes de guerra; que cazan, fum., a. bostezan, beben, huelen á tabaco, juegan al billar, miran á los viajeros al bajar estos de la diligencia; viven en el café, comen en la posada, tienen un perro que roe los huesos bajo la mesa



y una querida que pone los platos encima; que riñen por un sueldo, que exageran las modas, admiran la tragedia, desprecian á las mujeres, usan sus botas viejas, copian á Londres al traves de París, y á París, al traves de Pont-à-Mousson, envejecen atontados, no trabajan nunca, no sirven para nada ni dañan á nada que sea grande tampoco.

El señor Felix Tholomyès, si se hubiera quedado en su provincia, sin haber visto nunca á París, sería uno de estos hombres.

Si fueran más ricos, se diría de ellos: — Son unos elegantes; si más pobres: — Son unos holgazanes. Pero no son sino buenamente unos desocupados. Entre estos desocupados, hay fastidiosos, fastidiados, desvariados, y también hay algunos perillanes.

En aquel tiempo, un elegante se componía de una corbata grande y de un cuello más grande aún, de un reloj con enormes colgajos, tres chalecos superpuestos y de colores diferentes, el azul y el encarnado por dentro, un frac color de aceituna de talle corto y cola de pescado, con doble hilera de botones de plata muy aproximados entre sí y subiendo hasta el hombro, y un pantalón aceituna más claro, adornado en las dos costuras de un número de vivos indeterminado pero siempre impar, variando desde uno hasta once, límite del cual no se pasaba jamás. Añádase á todo esto unos zapatos-botas con sus taconillos ferrados, sombrero de copa alta y ala estrecha, el pelo en tufo, un enorme bastón y una conversacion sazónada con los retruécanos de Potier; y despues sus espuelas y sus bigotes. En aquella época, bigotes queria decir paisano, y espuelas querían decir pedestre.

Sólo que el elegante de provincia llevaba las espuelas más largas y los bigotes más feroces.

Era aquel el tiempo de la lucha de las repúblicas de la América meridional contra el rey de España, de Bolívar

contra Morillo. Los sombreros de ala estrecha eran realistas, y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de ala ancha que habían recibido el nombre de bolivars.

Unos ocho ó diez meses despues de lo que se ha referido en las páginas anteriores, en los primeros días de Enero de 1823, cierta noche que había nevado, uno de estos elegantes, uno de estos desocupados, de los que « pensaban bien, » pues llevaba puesto un morillo, é iba además embobado en una de esas grandes capas que completaban en los días frios el traje de la moda, se divertía en hostigar y provocar á una criatura que rondaba con vestido de baile y enteramente descotada, adornada la cabeza con muchas flores, frente á las vidrieras del café de los oficiales. Este elegante fumaba, pues el fumar era de rigor conforme á las prescripciones de la moda reinante.

Cada vez que aquella mujer pasaba junto á él, la lanzaba, con una fuerte bocanada del humo pestifero de su cigarro, algun apóstrofe que él creía chistoso y alegre; como: — ¡Qué fea eres! — ¡Por qué no te escondes? — ¡Desdentada! etc., etc. — Este caballero se llamaba el señor Bama-tobois. La mujer, triste espectro adornado que iba y venía sobre la nieve, no le respondía nunca, ni siquiera le miraba, y no por eso dejaba ella de llevar á cabo en silencio y con una regularidad sombría sus paseos, que la ponían cada cinco minutos bajo el sarcasmo, como el soldado que sufre la condena vuelve sin cesar bajo la férula que le hiere. El poco ó ningún efecto que producían sus invectivas picó sin duda al ocioso, quien, aprovechándose de un momento en que ella se volvía, la siguió detras, á paso de lobo, y ahogando su risa, se agachó, tomó del suelo un puñado de nieve y se la introdujo bruscamente en la espalda entre sus omoplatos desnudos. La muchachá lanzó un rugido, se volvió, saltó como una pantera, y se precipitó sobre el



hombre, hincándole las uñas en la cara, con las palabras más horribles que es posible caigan del cuerpo de guardia al arroyo de la calle. Estas injurias, vomitadas con una voz enronquecida por el aguardiente, salían asquerosamente de una boca á la cual faltaban en efecto los dos dientes delanteros superiores. Era la Fantina.

Al ruido que hizo esta escena, salieron los oficiales tumultuosamente del café y los transeuntes se agruparon, formándose un gran círculo donde se reía, se daba rechifla y se aplaudía, en derredor de aquel torbellino compuesto de dos seres en los cuales costaba trabajo el reconocer un hombre y una mujer; el hombre forcejeando y defendiéndose, rodando el sombrero por el suelo, y la mujer sacudiéndole de firme con manos y piés, desgredada, bramando de ira, sin dientes y sin cabellos, lívida de despecho, horrenda.

De improviso salió vivamente de entre la muchedumbre un hombre de elevada estatura, cogió á la mujer por su corpiño de raso cubierto de lodo, y la dijo: ¡ Sígueme !

La mujer levantó la cabeza; su voz furiosa se extinguió súbitamente. Sus ojos parecían de vidrio, de lívida se volvió al instante pálida, y temblaba como sobreco-gida de espanto y de terror. Había reconocido á Javert.

El elegante se aprovechó muy listo de este incidente para esquivarse.

## XIII

## SOLUCION DE ALGUNAS CUESTIONES DE POLICIA MUNICIPAL

Javert hizo que se apartaran los concurrentes, rompió el círculo, y se puso á marchar muy aprisa hácia la oficina de policía que se halla á la extremidad de la plaza, arrastrando tras sí á la miserable, la cual se dejaba conducir maquinalmente. Ni él ni ella pronunciaban una sola palabra. La bandada de espectadores, en el paroxismo del gozo, seguía á cerca lanzando pullas y chistes. La suprema miseria, ocasion de obscenidades.

Una vez llegado á la oficina de policía, la cual era una grande pieza baja calentada por una estufa y custodiada por un puesto de guardia, con puerta de vidrieras y enrejado hácia la calle, Javert abrió la puerta, entró con la Fantina, y volvió á cerrarla tras sí, con gran chasco y contrariedad de los curiosos, quienes se empinaban sobre las puntas de sus talones y alargaban el cuello ante las empañadas vidrie-



ras del cuerpo de guardia, con el afán de ver algo. La curiosidad es una especie de gula. Ver es devorar.

Al entrar, la Fantina fué á caer pesadamente en un rincón, inmóvil y muda, acurrucada como una perra que tiene miedo.

El sargento del puesto trajo una vela de sebo encendida que colocó sobre una mesa. Javert se sentó, sacó de su bolsillo un pliego de papel sellado y se puso á escribir.

Las mujeres de esta clase están enteramente confiadas y entregadas por nuestras leyes á discrecion de la policía, la cual hace de ellas lo que quiere; las castiga como le parece, y confisca á su antojo esas dos tristes cosas que ellas llaman su industria y su libertad. Javert estaba impasible; su semblante, grave y formal, no revelaba la más mínima emoción. Sin embargo, hallábase serio y profundamente preocupado. Era uno de esos momentos en que él ejercía, sin la intervencion de nadie, pero con todos los escrúpulos de una conciencia severa, su formidable poder discrecional. En aquel instante, conocía que su escabel de agente de policía era un tribunal. Él juzgaba: juzgaba y condenaba. Por consiguiente, invocaba todas cuantas ideas podían caber en su cerebro, en presencia y en derredor de aquella gran cosa que hacía, de aquella funcion que estaba desempeñando. Cuanto más examinaba la accion de aquella moza, más le escandalizaba y le aturdió. Era evidente que acababa de ver la perpetracion de un crimen. Acababa de ver allí en medio de la calle, á la sociedad representada por un propietario-elector, insultada y atacada por una criatura que está fuera de toda ley social. Una mujerzuela prostituida había osado atentar contra un vecino de la villa. Él mismo, Javert, por sus propios ojos, había visto tamaño desafuero; y escribía sobre ello en el mayor silencio.

Cuando hubo concluido, firmólo escrito, dobló el papel, y dijo al sargento del puesto, entregándosele: — Tome us-

ted tres hombres, y lleve esa muchacha al encierro. — En seguida, dirigiéndose á Fantina, le dijo: — Tú, ya tienes para seis meses.

La desdichada se estremeció.

— ¡Seis meses! ¡seis meses de cárcel! exclamó. ¡Seis meses sin ganar sino siete sueldos por día! ¡pero qué va á ser de mi Coseta! ¡mi hija! ¡hija mía! Pero si todavía debo más de cien francos á los Thénardier, señor inspector, ¿es que usted no sabe eso?

Y miétras esto decía, se arrastraba en las losas mojadas por las botas llenas de lodo de todos aquellos hombres, sin levantarse, con las manos cruzadas, en ademán suplicante, y dando largas trancadas sobre sus rodillas.

— Señor Javert, decía, le pido á usted gracia, se lo suplico. Le aseguro á usted que no ha sido mía la culpa. Si usted hubiera visto el principio de aquella riña, ya habria usted comprendido! Le juro á usted como Dios es bueno que no ha sido mía la culpa. Fué aquel señor caballero, á quien yo no conozco, que me echó nieve en la espalda, debajo de la ropa, sobre la carne. ¿Es que tienen derecho para echarnos así nieve en las espaldas cuando pasamos como yo pasaba tranquilamente sin hacer mal á nadie? Aquello me sobrecogió y me pasmó. Yo estoy algo mala, ya ve usted! ¡y despues, hacia ya mucho tiempo que me estaba diciendo malas razones. ¡Eres fea! ¡no tienes dientes! demasiado sé yo que ya no tengo mis dientes. Yo nada le hacia; decía para mí: es un señor que se divierte. Estaba muy razonable con él, y no le hablaba nada. Entónces fué cuando él me siguió detras callandito y me echó la nieve en la espalda. Señor Javert, mi buen señor inspector! es que no hay ahí fuera álguien que haya visto lo que pasó y le diga á usted que es la pura verdad lo que le digo? Tal vez yo hice mal en enfadarme. Usted sabe, en el primer momento, no se domina una; son vivacidades que no se pueden remediar.



Y además, una cosa tan fría que le echan á usted, cuando ménos lo espera, dentro de la espalda, sobre la carne, que hace tanto daño! Hice mal en echar á perder el sombrero de aquel señor. ¿Por qué se fué? Yo le pediría perdon. ¡Oh! Jesus mio, eso á mí me sería igual, sí, le pediría perdon. Hágame usted gracia hoy por esta vez, señor Javert: ¡Mire usted, quizás usted no sabe eso; pero en las prisiones no se gana más de siete sueldos diarios; no es por culpa del gobierno; pero se ganan siete sueldos, y figúrese usted qué tengo que pagar cien francos, ó de lo contrario me enviarán mi niña. Ay, ¡Dios mio! yo no puedo tenerla conmigo. Es tan feo y tan malo lo que yo estoy haciendo! ¡Oh! mi Coseta, mi angelito de la santa Virgen, ¿qué es lo que va á ser de ella, pobre criatura? Le diré á usted, son los Thénardier, unos mesoneros, gentes del campo, que no calculan lo que una está pasando, ni se hacen cargo de nada. Ellos necesitan dinero. ¡No me haga usted prender! Ya usted ve, es una pequeñita, y son gentes que como tienen necesidad de su dinero, del dinero que yo les debo, por la niña, no pueden guardarla, y la pondrían en medio de esos caminos, anda por donde puedas, y que Dios te ayude, con estos frios y estas nieves del invierno; es menester tener compasion de aquella criaturita, mi buen señor Javert. Si ella fuera mayor, ganaría su vida, pero á esa edad, que quiere usted, es imposible. Yo no soy una mala mujer en el fondo. No es la maldad ni la glotonería las que han hecho de mí lo que usted ve que soy. He bebido aguardiente, por miseria. Á mí no me gusta, pero eso aturde, y se sufre ménos. Cuando era yo dichosa, no había más que mirar en mis guardarópas y armarios, y se habria visto bien que yo no era una mujer coqueta ni amiga del desórden. Tenia ropa, mucha ropa blanca. Compadézcase usted de mí, ¡señor Javert!

Hablaba de esta suerte, despedazada el alma y quebran-

tado el cuerpo, agitada por los sollozos, cegada por el llanto, con la garganta desnuda, retorciéndose las manos, tosiendo con una tos seca y abreviada y con la voz balbuciente y lenta del que está en agonía. El grande dolor es un rayo divino y terrible que transfigura á los miserables. En aquel momento, la Fantina se habia vuelto hermosa. De vez en cuando se detenía, y besaba tiernamente la levita del inspector de policia. Habria ella enternecido un corazon de granito; pero no se enternece un corazon de leño.

— ¡Vamos! dijo Javert, ya te he escuchado. ¿Es que lo has dicho todo? ¡Ahora, marcha! Ya sabes que tienes para seis meses! el Padre Eterno en persona no podria impedirlo.

Aloir esta solemne palabra: *el Padre Eterno en persona no podria impedirlo*, comprendió ella que estaba pronunciada su sentencia. Se desplomó al suelo murmurando:

— ¡Gracia! ¡perdon!

Javert le volvió la espalda.

Los soldados la agarraron por el brazo.

Algunos minutos ántes, habia entrado un hombre sin que nadie fijase la atencion en él, y cerrando la puerta, se habia apoyado de espaldas contra ella, quedando en esta actitud en la cual oyó las súplicas desesperadas de la Fantina.

En el momento en que los soldados pusieron manos sobre la desdichada, que no queria levantarse, dió él un paso hácia adelante, salió de la sombra en que hasta entónces habia permanecido invisible á todos, y dijo:

— ¡Esperen ustedes un momento, señores! ®

Javert levantó los ojos y reconoció al señor Magdalena. Se quitó su sombrero, y saludando con una especie de desgarbo enojado:

— ¡Perdone usted, señor alcalde!...

Esta palabra: Señor alcalde produjo en la Fantina un efecto extraño. Se enderezó súbitamente y se puso en pié de un solo movimiento, como un espectro que sale de la tierra;



rechazó á los soldados que la tenían asida por ambos brazos, encaminó directamente, y ántes que nadie pudiera detenerla, hacía el señor Magdalena, y mirándole fijamente, con ademán desvariado, exclamó:

— ¡ Ah! ¡ conquiere eres tú el señor alcalde!

En seguida dió una grande carcajada y le escupió en la cara.

El señor Magdalena se limpió el rostro con su pañuelo y dijo:

— Inspector Javert, ponga usted á esta mujer en libertad.

Javert creyó llegado el momento de volverse loco. En aquel instante, experimentaba él, una en pos de otra, y casi mezcladas en confusión, las más violentas emociones que había sufrido en toda su vida. Ver á una mujer pública escupir en la cara del alcalde corregidor, era una cosa tan monstruosa que, en sus más horrendas suposiciones, habría considerado como un sacrilegio el creerlo posible siquiera. Por otra parte, en el fondo de su pensamiento, hacía él confusamente un triste paralelo entre lo que era aquella mujer y lo que pudiera ser aquel alcalde; y entonces entreveía con horror algo que se le representaba como sencillo y fácil de explicar en este prodigioso atentado. Pero cuando vió á aquel alcalde, á aquel magistrado, limpiarse tranquilamente la cara y decir: *ponga usted en libertad á esta mujer*, tuvo como un desvanecimiento de estupor; faltáronle igualmente el pensamiento y la palabra; la suma posible de asombro había sido excedida en él. Permaneció mudo.

Pero aquella frase no produjo una impresión menos extraña en la Fantina, quien levantó su brazo desnudo y se colgó á la llave de la estufa como una persona que titubea. Sin embargo, dirigió unas miradas en torno suyo, y se puso á hablar en voz baja, como si se hablara á sí misma.

— ¡ En libertad! ¡ que me dejen ir libre! ¿ que ya no vaya á calárcel seis meses? ¿ Y quién es el que ha dicho eso? No

puede ser que lo haya dicho ese hombre. Yo he oído mal. ¡ No puede haber dicho tal cosa ese monstruo de alcalde! ¿ No ha sido usted, mi buen señor Javert, el que ha dicho que me pongan en libertad? ¡ Oh! ¡ vea usted! voy á decirle, y entónces me dejará usted marchar. Ese monstruo de alcalde, ese viejo bribon de alcalde, es la causa de todo. ¡ Figúrese usted, señor Javert, que me ha despedido! por causa de un hato de bribonas que murmuran en el taller. ¿ No es esto un horror? ¡ Despedir á una pobre muchacha que hace honradamente su trabajo! entónces ya no gané lo suficiente y todas las desgracias me vinieron encima. Y sobre todo, hay una mejora que estos señores de la policía debieran hacer al instante; prohibir á los empresarios de las cárceles que perjudiquen á las pobres trabajadoras de fuera. Yo voy á explicarle á usted eso, ya verá cómo sucede. Gana una doce sueldos en las camisas, y despues las disminuyen á nueve sueldos, con lo que ya no es posible vivir. Por eso cada una viene luego á ser lo que puede. Yo, como tenía á mi niña, Coseta, me he visto precisada á hacerme mujer mala. Usted comprende ahora que este tunante de alcalde es el que me ha hecho todo el mal. Despues de esto, yo pisoteé, es verdad, el sombrero de aquel señor elegante junto al café de los oficiales. Pero también él me había echado á perder todo mi vestido con la nieve. Nosotras no tenemos más que un vestido de seda, para de noche. Ya usted ve, yo no he hecho nunca daño á nadie adrede; de veras, señor Javert; y por todas partes veo mujeres mucho más malas que yo, y que son mucho más felices. ¡ Ah! señor Javert, usted ha sido el que ha dicho que me pongan en libertad, ¿ no es verdad? Tome usted informes, hable usted á mi casero: ahora le pago bien mis alquileres; por consiguiente, le dirá á usted que soy una mujer honrada. ¡ Ay, Jesus! perdone usted, señor inspector, he tocado á la llave de la estufa, y esto hace que ahora eche humo.



El señor Magdalena la escuchaba con la más profunda atención. Mientras que ella estaba hablando, había él metido la mano en los bolsillos de su chaleco, y sacado de ellos la bolsa. La abrió y halló que estaba vacía; por lo cual la volvió á guardar. En seguida dijo á la Fantina:

— ¿Cuánto ha dicho usted que debía?

La Fantina, que sólo miraba á Javert, se volvió hácia él y le dijo:

— ¿Es que yo te hablo á ti por ventura?

Y dirigiéndose despues á los soldados:

— ¡Eh! ¿vosotros; no habéis visto cómo le escupí en la cara? ¡Ah! ¡viejo pícaro de alcalde, también vienes tú aquí para hacerme miedo, pero yo no tengo miedo de ti. De quien tengo yo miedo es del señor Javert. ¡Sí, tengo mucho miedo de mi buen señor Javert!

Y diciendo esto, se volvió hácia el inspector:

— Con todo, vea usted, señor inspector, es preciso ser justo. Yo comprendo que usted es justo, señor inspector: á la verdad, eso es muy natural, un hombre que jugaba y se divertía en echar un poco de nieve en las espaldas de una mujer; eso hacía reír también á los oficiales; con algo se ha de divertir la gente, los señores; nosotras servimos para eso, estamos aquí para que se diviertan, y por qué no? Y despues, usted viene, y está usted obligado á poner orden, y se lleva consigo á la mujer que ha obrado mal; pero reflexionándolo bien, como usted es tan bueno, dice que me pongan en libertad; eso es por causa de la pequeña; porque seis meses en prision me impedirían alimentar á mi niña. Sólo que dice, con razon: no volverás á hacerlo, bribona! ¡Oh! no volveré, no; ¡señor Javert! ahora ya podrán hacer de mí todo cuanto quieran; yo no me moveré. Solamente hoy, ve usted, grité y me incomodé porque aquello me hizo daño; yo no esperaba tal nieve de aquel señor; y además, ya le he dicho á usted, no estoy muy bien de salud,

tengo siempre una tos que me da tormento, y aquí, en el estómago, siento como una bola que me abrasa; el médico me dice siempre: Cuidese usted mucho. Mire usted, toque usted aquí, déme usted su mano, no tenga miedo, es aquí, aquí.

Ya no lloraba, su voz era cariñosa, apoyaba, sobre su garganta blanca y delicada, la ruda manaza de Javert, y le miraba sonriendo.

De repente se arregló con la mayor vivacidad el desorden de sus ropas, hizo caer los grandes pliegues de su falda, que al arrastrarse por el suelo se había levantado casi hasta la altura de la rodilla, y marchó hácia la puerta diciendo á media voz á los soldados, con un amistoso signo de cabeza:

— Niños, el señor inspector ha dicho que me dejen libre, me voy.

Puso la mano en la aldaba. Un paso más, y estaba en la calle.

Javert, hasta este momento, habia permanecido de pié; inmóvil, fijos los ojos en el suelo, y oblicuamente colocado en medio de aquella escena como una estatua distraída de su lugar que espera la designen un puesto.

El ruido que hizo la aldaba le sacó de su letargo. Levantó la cabeza con una expresion de soberana autoridad, expresion tanto más aterradora, cuanto más bajo se halla colocado el poder, feroz en las fieras, atroz en el hombre de ruin estofa.

— ¡Sargento, exclamó, no está usted viendo que esa tananta se va! ¿Quién le ha dicho á usted que la deje ir?

— Yo, dijo Magdalena.

Á la voz de Javert, la Fantina habia temblado y soltado inmediatamente la aldaba como un ladron cogido en fragante suelta el robado. Á la voz de Magdalena, se volvió, y á partir de este momento, sin pronunciar una palabra, sin



que osara siquiera dejar salir libremente e. soplo de su respiración, dirigía alternativamente sus miradas de Magdalena á Javert y de Javert á Magdalena, según que hablaban el uno ó el otro.

«Evidentemente era preciso que Javert se hubiera hallado, como suele decirse «fuera de juicio,» para que así se permitiese apostrofar al sargento en los términos en que acababa de hacerlo, después de la invitación del alcalde para poner á Fantina en libertad. ¿Había llegado hasta el olvidarse de la presencia del señor corregidor? ¿Había concluido por declararse á sí mismo que era imposible «que una autoridad» hubiese dado semejante orden, y que, de seguro, el señor alcalde había debido decir impensadamente, y sin quererlo, una cosa por otra? ¿Ó bien, en presencia de las enormidades de que era testigo hacía ya dos horas, se decía él que era preciso apelar á las resoluciones supremas, que era necesario que el pequeño se hiciera grande, que el espion se transformara en magistrado, que el hombre de policía se convirtiera en hombre de justicia, y que en esta prodigiosa y solemne extremidad, el orden, la ley, la moral, el gobierno, la sociedad entera, se personificaran en él, en Javert?»

Sea de esto lo que quiera, cuando el señor Magdalena pronunció este *yo* que se acaba de oír, vióse al inspector de policía Javert volverse hácia el señor alcalde, pálido, frío, con los labios azules, la mirada descompuesta ó irritada, agitado todo el cuerpo de un temblor imperceptible, y cosa inaudita, decirle, con la vista baja, pero con voz firme:

- Señor alcalde, eso no puede ser.
- ¿Pues cómo? repuso el señor Magdalena.
- Esta desgraciada ha insultado á un caballero.
- Inspector Javert, dijo el señor Magdalena en un tono conciliador y sereno, oiga usted. Usted es un hombre de

bien, y yo no tengo inconveniente ninguno en darle explicaciones. Hé aquí la verdad de lo que ha sucedido. Pasaba yo por la plaza en el momento en que usted se traía presa á esta mujer, todavía había muchos grupos de gente, de los cuales procuré informarme, y lo he sabido todo: fué el caballero quien tuvo la culpa y quien la provocó, en términos que, en buena policía, él habría debido ser el preso.

— Esta miserable acaba de insultar al señor alcalde.

— Eso es cosa que me concierne á mí, dijo el señor Magdalena. Mi injuria me pertenece tal vez; por consiguiente, puedo hacer de ella lo que quiera.

— Yo ruego al señor alcalde que me dispense; pero su injuria no está hecha á su persona, sino á la justicia.

— Inspector Javert, replicó el señor Magdalena, la primera de todas las justicias, es la conciencia. Yo he oído á esa mujer, y sé lo que me liago.

— Y yo, señor alcalde, no sé lo que estoy viendo.

— Pues entónces conténtese usted con obedecer.

— Ya obedezco á mi deber. Mi deber exige que esta mujer sufra seis meses de prisión.

El señor Magdalena contestó con calma:

— Oiga usted bien esto, Javert. No sufrirá ni un solo día.

Al oír esta palabra decisiva, Javert se atrevió á mirar fijamente al alcalde, y le dijo, si bien con un tono de voz siempre profundamente respetuoso:

— Yo siento infinito tener que resistir al señor alcalde, es la primera vez de mi vida, pero él se dignará permitirme que le haga observar que yo estoy en el carceló y en los límites de mis atribuciones. Puesto que el señor alcalde lo quiere, insisto en el hecho del caballero. Yo me hallaba allí. Fué esta muchacha la que se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de aquella



hermosa casa de balcón que hace esquina á la explanada, de tres pisos y toda ella de piedra de silleria. En fin, ¡hay cosas en este mundo! Y como quiera que sea, señor alcalde, se trata de un hecho de policía que me incumbe, y yo retengo presa á la llamada Fantina.

Entonces el señor Magdalena cruzó los brazos y dijo con una voz severa que nadie en la ciudad le habia oido hasta este momento:

— El hecho de que usted habla es un hecho de policía municipal. Conforme á los artículos nueve, once, quince y sesenta y seis del código de instruccion criminal, soy yo el juez de él; y ordeno que esta mujer sea puesta en libertad.

Javert quiso aún intentar un postrer esfuerzo.

— Pero, señor alcalde...

— Y á usted le recuerdo el artículo ochenta y uno de la ley del 13 de Diciembre de 1799 sobre detencion arbitraria.

— Señor alcalde, permítame...

— Ni una palabra más.

— Sin embargo...

— Salga usted de aqui, dijo el señor Magdalena.

Javert recibió el golpe, de pié, de frente, y en mitad del pecho como un soldado ruso. Saludó hasta el suelo al señor alcalde y salió.

Fantina se apartó de la puerta y le miró con estupor al pasar por delante de ella.

Sin embargo, ella también era á la sazón presa de un trastorno, de un desconcierto extraño. Acababa de verse en cierto modo disputada por dos potencias opuestas. Había visto luchar ante sus ojos á dos hombres que tenían en sus manos su libertad, su vida, su alma, su niña; uno de aquéllos hombres tiraba de ella hácia el lado de la oscuridad; miéntras que el otro la atraía hácia la luz

En aquella lucha, vista al traves de la hiperbólica exageracion del espanto, los dos hombres se le habian representado como dos gigantes; el uno hablaba como su demonio, el otro hablaba como su ángel bueno. El ángel habia vencido al demonio; y, lo que la hacia temblar de piés á cabeza, aquel ángel, aquel libertador, era precisamente el hombre á quien ella aborrecia, aquel al calde á quien habia considerado tanto tiempo como el autor de todos sus males, aquel Magdalena! ¡y en el momento mismo en que ella acababa de insultarle de un modo horrible, él la salvaba! ¿Se habria ella engañado tal vez? ¿Deberia cambiar toda su alma?... Nada sabia, y temblaba. Escuchaba desatinada, miraba azorada y de-pavorida, y á cada palabra que decia el señor Magdalena, sentia deshacerse y desvanecerse en ella las horribles tinieblas del rencor, y nacer en su corazon un no sé qué de confortante y de inefable que era á la vez alegría, confianza y amor.

Cuando Javert hubo salido, el señor Magdalena se dirigió á ella y la dijo con voz pausada, experimentando una grande dificultad para hablar, como un hombre formal y grave que no quiere llorar:

— He oido lo que usted ha dicho. Yo nada sabia de cuanto ha referido. Creo que es verdad; y siento que es verdad. Ignoraba hasta que hubiese usted salido de mis talleres. ¿Por qué no se dirigió usted á mí? Pero hé aqui lo que ahora se hará: Yo pagaré sus deudas de usted, haré venir á su niña, ó bien usted irá á unirse á ella, si lo prefiere. Vivirá usted aqui, ó en Paris, ó donde quiera. Yo me encargo de usted y de su niña. No trabajará usted ya, si así lo desea. Yo la suministraré cuanto dinero necesite. Usted volverá á ser honrada, volviendo á ser feliz. Y aún, escuche usted, yo se lo declaro desde ahora, si todo es como usted lo refiere, y yo no dudo que será así



usted no ha dejado nunca de ser virtuosa y santa para con Dios. ¡ Oh! ¡ pobre mujer!

Esto era más de lo que podía soportar la pobre Fantina. ¡ Tener á su Coseta! salir de aquella vida infame! vivir libre, rica, dichosa, honrada, con Coseta! ¡ ver desplegarse bruscamente en medio de su miseria todas estas realidades del paraíso! Miró como atontada á aquel hombre que la hablaba, y no pudo hacer otra cosa que dar dos ó tres sollozos: ¡ Oh! ¡ oh! ¡ oh! Sus piernas se doblaron, cayendo de rodillas ante el señor Magdalena, y antes que él hubiera podido ir á pedirlo, sintió que se tomaba la mano y que ponía en ella sus labios.

En seguida se desmayó.

## LIBRO SEXTO

# JAVERT

PRINCIPIO DEL REPOSO

El señor Magdalena hizo trasladar á Fantina á la enfermería que tenía él en su propia casa, y la confió á los cuidados de las hermanas de caridad, quienes la hicieron acostar en seguida. Habíala sobrevenido una fiebre ardiente. Una parte de la noche la pasó delirando y hablando en alta voz. Sin embargo acabó por conciliar el sueño.

Despertó al día siguiente, á eso de las doce, y oyó una respiración junto á su cama: apartó la cortina, y vió al señor Magdalena de pié, mirando algo que se hallaba en su cabecera. Aquella mirada estaba llena de piedad y



usted no ha dejado nunca de ser virtuosa y santa para con Dios. ¡Oh! ¡pobre mujer!

Esto era más de lo que podía soportar la pobre Fantina. ¡Tener á su Coseta! salir de aquella vida infame! vivir libre, rica, dichosa, honrada, con Coseta! ¡ver desplegarse bruscamente en medio de su miseria todas estas realidades del paraíso! Miró como atontada á aquel hombre que la hablaba, y no pudo hacer otra cosa que dar dos ó tres sollozos: ¡Oh! ¡oh! ¡oh! Sus piernas se doblaron, cayendo de rodillas ante el señor Magdalena, y antes que él hubiera podido ir á pedirlo, sintió que se tomaba la mano y que ponía en ella sus labios.

En seguida se desmayó.

## LIBRO SEXTO

## JAVERT

### PRINCIPIO DEL REPOSO

El señor Magdalena hizo trasladar á Fantina á la enfermería que tenía él en su propia casa, y la confió á los cuidados de las hermanas de caridad, quienes la hicieron acostar en seguida. Habíala sobrevenido una fiebre ardiente. Una parte de la noche la pasó delirando y hablando en alta voz. Sin embargo acabó por conciliar el sueño.

Despertó al día siguiente, á eso de las doce, y oyó una respiración junto á su cama: apartó la cortina, y vió al señor Magdalena de pié, mirando algo que se hallaba en su cabecera. Aquella mirada estaba llena de piedad y



angustia, distinguiéndose en ella un ademán de súplica. Fantina siguió su dirección y vió que tenía por objeto un crucifijo que estaba colgado en la pared.

El señor Magdalena se hallaba ya transfigurado á los ojos de Fantina, á quien se le representaba como rodeado de una auréola de luz. Estaba él absorto en una especie de oración, y ella le consideró largo tiempo sin atreverse á interrumpirle. Al fin le dijo tímidamente:

— ¿Pero qué está usted haciendo ahí?

Una hora hacía ya que el señor Magdalena se hallaba en aquel sitio. Esperaba que Fantina despertara. Tomóla la mano, examinó el pulso, y preguntó él á su vez:

— ¿Cómo se siente usted?

— Bien, he dormido, dijo ella, creo que voy mejor. Esto no será nada.

El continuó diciendo, en respuesta á la pregunta que desde el principio le había ella dirigido, como si acabara de oirla en aquel momento:

— Yo rogaba al mártir que está allá arriba.

Y añadió en su pensamiento: — Por la mártir que está aquí abajo.

El señor Magdalena había pasado la noche y la mañana en informarse. Ahora ya lo sabía todo. Conocía la historia de Fantina en todos sus punzantes y tristes detalles, y continuó:

— Usted ha sufrido mucho, pobre madre. ¡Oh! no se queje usted, pues ahora tiene la dote de los electos. De esta manera es como los hombres hacen ángeles. No es por culpa suya; ellos no saben obrar de otro modo. Ya lo ve usted, ese infierno del cual acaba de salir es la primera forma del cielo. Era menester comenzar por ahí.

Y dió un profundo suspiro.

Ella entre tanto le sonría con una sonrisa sublime á la cual faltaban sin embargo dos dientes.

Aquella misma noche había escrito Javert una carta. El mismo depositó esta carta, á la mañana siguiente, en la administración de correos de M. Iba destinada á París, y e-  
sobrescrito de ella decía así: *Á M. Chabouillet, secretario del señor prefecto de policía*. Como se había divulgado por el pueblo lo acaecido el día anterior en el cuerpo de guardia, la administradora de correos y algunas otras personas que vieron la carta ántes de expedirla y que conocieron la letra de Javert en el sobre, creyeron que enviaba su dimisión.

El señor Magdalena se apresuró á escribir á los Thénardier. Fantina les debía ciento veinte francos. Él les envió trescientos, diciéndoles que se cobraran sobre esta suma y que enviaran en seguida la niña á M., donde su madre, enferma, la reclamaba.

Esto deslumbró al Thénardier. — ¡Diablos! dijo á su mujer, no soltemos la chica. Hé aquí que esta alondra puede ser para nosotros una vaca de leche. Yo adivino lo que es. Algun bragazas se habrá encaprichado con la madre.

Contestó con una cuenta de quinientos y tantos francos, bastante bien confeccionada. En esta cuenta figuraban por más de trescientos francos dos notas incontestables, una de un médico, y la otra de un boticario, quienes habían asistido y medicado á Eponina y á Azelma en dos largas enfermedades. Coseta, como hemos dicho ya, no había estado enferma. Fué asunto de una simple sustitución de nombres. Thénardier escribió por bajo de su nota: *retribido á cuenta, trescientos francos*.

El señor Magdalena envió inmediatamente otros trescientos francos y escribió diciendo: Despáchese usted á enviar á Coseta.

— ¡Caramba! dijo Thénardier, no soltemos la chiquita.

Entre tanto Fantina no se restablecía, continuando en la enfermería siempre.

Al principio las hermanas no habían recibido y caído



« á aquella mozuela » sino con repugnancia. El que haya visto los bajos relieves de Reims se acuerda de la hinchazon del labio inferior de las vírgenes sábias mirando á las vírgenes locas. Este antiguo menosprecio de las vestales hacía las ambubayas es uno de los más profundos instintos de la dignidad femenina; y las hermanas le habian experimentado con el aumento que añade la religion. Pero, en pocos dias, Fantina las habia desarmado. Ella empleaba toda clase de palabras humildes y dulces, y como buena madre, enternecia. Un día la oyeron las hermanas decir en el desvatio de la calentura: — Yo he sido una pecadora, pero cuando tenga conmigo á mi niña, eso querrá decir que Dios me ha perdonado. Mientras que viví en el mal, no habria querido tener á mi Coseta junto á mí; no habria yo podido soportar sus ojos asombrados y tristes. Por ella sin embargo es por quien yo obraba mal, y esto es lo que hace que Dios me perdone. Yo sentiré la bendicion del Dios de bondad cuando Coseta esté aquí. La miraré, y me hará mucho bien el ver aquella inocente criatura. Ella nada sabe. Ven ustedes, hermanas mías, es un ángel. Á su edad, todavía no han caído las alas.

El señor Magdalena iba á verla dos veces cada dia, y siempre le preguntaba ella:

— ¿ Veré pronto á mi Coseta ?

Él la respondia:

— Tal vez mañana por la mañana. De un momento á otro llegará: la estoy esperando.

Y el pálido rostro de la madre radiaba de gozo.

— ¡ Oh ! decia, ¡ qué dichosa voy á ser !

Acabamos de decir que no se restablecia. Al contrario, su situacion parecia agravarse más cada semana. Aquel puñado de nieve aplicado sobre la piel desnuda entre los dos omoplatos habia determinado una supresion repentina de la transpiracion, de cuyas resultas la enfermedad

que en ella se desarrollaba hacia algunos años, acabó por declarar e de un modo violento. Principiábase entonces á seguir para el estudio y el tratamiento de las enfermedades del pecho las bellas indicaciones de Laënnec. El médico auscultó á Fantina, y meneó la cabeza.

El señor Magdalena, dijo al médico:

— ¿ Ea bien ?

— ¿ No tiene una niña á quien desea ver ? preguntó el médico.

— Sí.

— Pues bien, dése usted prisa á hacerla venir.

El señor Magdalena tuvo un estremecimiento.

Fantina le preguntó:

— ¿ Qué ha dicho el médico ?

El señor Magdalena hizo un esfuerzo para sonreír.

— Ha dicho que hagamos venir pronto á su niña de usted, que eso la devolverá á usted la salud.

— ¡ Oh ! repuso ella, y tiene razon ! ¿ pero qué hacen esos Thénardier que así me retienen á mi Coseta ? ¡ Oh ! va á venir. ¡ Por fin veo ya la dicha muy cerca de mí !

Entre tanto el Thénardier no « soltaba » la niña, dando siempre cien malas razones. Coseta se hallaba algo delicada para ponerla en camino en invierno. Y ademas, quedaba aún pendiente un resto de deudillas de tienda, de zapatero, etc., en el pueblo, cuyas notas iba él recogiendo.

— ¡ Enviaré alguna persona en busca de Coseta ! dijo el tío Magdalena; y si es necesario, yo mismo iré á recogerla.

Entonces escribió, bajo el dictado de Fantina, esta carta que le hizo firmar:

« Señor Thénardier,

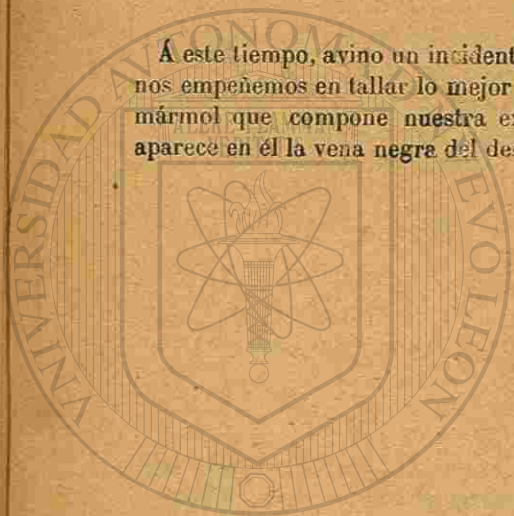
» Entregaré usted mi Coseta á la persona que le dará  
» esta carta.



- » Todas esas frioleras le serán á usted pagadas.  
 » Tengo el honor de saludar á usted.

» FANTINA. »

Á este tiempo, avino un incidente grave. Por más que nos empeñemos en tallar lo mejor posible el misterioso mármol que compone nuestra existencia, siempre reaparece en él la vena negra del destino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## II

COMO JUAN PUEDE CONVERTIRSE EN CHAMP

Cierta mañana se hallaba el señor Magdalena en su gabinete, ocupado en arreglar con anticipación algunos asuntos urgentes de la alcaldía, para el caso en que él se decidiera por fin á hacer ese viaje á Montfermeil, cuando vinieron á decirle que el inspector de policía Javert solicitaba hablarle. Al oír pronunciar aquel nombre, el señor Magdalena no pudo menos de experimentar una sensación desagradable. Desde la aventura de la oficina de policía, Javert había tratado de evitarle más que nunca, y el señor Magdalena no le había vuelto á ver.

— Háganle ustedes entrar, dijo.

Javert entró.

El señor Magdalena había permanecido sentado junto á la chimenea, con la pluma en la mano, y la vista fija sobre un legajo que estaba hojeando y anotando, el cual contenía



varios procesos-ve. bales de contravenciones á la policia urbana. No se movió para Javert. No podia menos de pensar en la pobre Fantina, y le convenia mostrarse glacial con él.

Javert saludó respetuosamente al señor alcalde, quien le volvia la espalda. El señor alcalde no le miró, y continuó anotando su legajo.

Javert dió dos ó tres pasos en el gabinete, y se detuvo sin romper el silencio.

Un fisonomista á quien hubiera sido familiar la naturaleza de Javert, que hubiera estudiado durante mucho tiempo á aquel salvaje puesto al servicio de la civilizacion, aquel extraño compuesto de romano, de espartano, del fraile y del cabo de escuadra, aquel espion incapaz de una mentira, aquel polizonte virgen; un fisonomista, decimos, que hubiera sabido su secreta y antigua aversion al señor Magdalena, su conflicto con el alcalde á propósito de Fantina, y que hubiera considerado á Javert en este momento, habria dicho para sí: ¿Qué ha pasado? Era evidente, para todo el que hubiese conocido aquella conciencia recta, clara, sincera, honrada, anstera y feroz, que Javert salia de algun grande acontecimiento interior. Nada tenia Javert en su alma sin que lo tuviese tambien en el semblante. Como todas las personas violentas, estaba sujeto á bruscos retrocesos. Nunca se habia mostrado su fisionomia más extraña ni inesperada. Al entrar, habíase inclinado ante el señor Magdalena con una mirada en la cual no habia rencor, ni ira, ni desconfianza; habíase detenido algunos pasos detras del sillón del alcalde; y ahora, permanecia allí, de pié, en una actitud casi disciplinaria, con la fria y cándida rudeza de un hombre que no ha sido afable jamas y que siempre ha sido paciente; sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, esperaba él con una verdadera humildad y con tranquila resignacion, que el señor alcalde se dignara volverse, serio, impasible, con el sombrero en la mano, la

vista baja, y una expresion que tenia el medio entre el soldado en presencia de su oficial y el culpable en presencia de su juez. Todos los sentimientos como todos los recuerdos que se le hubieran podido suponer habian desaparecido. Ya no habia nada en aquel rostro impenetrable y sencillo como el granito sino una tristeza sombría. Toda su persona respiraba el abatimiento y la firmeza, y no sé qué especie de valerosa humillacion.

Por fin el señor alcalde depuso la pluma y se medio-volvió:

— ¡Ea bien! ¿qué es eso? ¿qué hay, Javert?

Javert permaneció un instante silencioso como en cierto recogimiento, y en seguida levantó la voz con una especie de solemnidad triste que sin embargo no excluia la sencillez.

— Hay, señor alcalde, que se ha cometido un acto culpable.

— ¿Qué acto?

— Un agente inferior de la autoridad ha faltado al respeto á un magistrado del modo más grave. Vengo, como es de mi deber, á poner en conocimiento de usted el hecho.

— ¿Quién es ese agente? preguntó el señor Magdalena.

— Yo, dijo Javert.

— ¿Usted?

— Yo.

— ¿Y quién es el magistrado que tiene que quejarse del agente?

— Usted, señor alcalde.

El Señor Magdalena se enderezó sobre su sillón. Javert prosiguió, con ademan severo, pero siempre con la vista baja.

— Señor alcalde, vengo á rogar á usted que se sirva provocar mi destitucion cerca de la autoridad superior:



El señor Magdalena estupefacto abrió la boca. Javert le interrumpió:

— Usted dirá, que yo habria podido dar mi dimision pero esto no basta. Dar uno su dimision es una cosa que le honra. Yo he faltado, se me debe castigar. Es preciso que yo sea destituido.

Y despues de una breve pausa añadió:

— Señor alcalde, usted fué severo conmigo el otro dia injustamente. Séalo usted hoy justamente.

¡Ah! ¿pero por qué? exclamó el señor Magdalena, ¿qué quiere decir todo eso? ¿qué viene á ser ese galimatías? ¿dónde está ese acto culpable cometido contra mi por usted? ¿qué es lo que usted ha hecho? ¿qué agravios me ha inferido? usted se acusa, usted quiere ser reemplazado...

— Despedido, dijo Javert.

— Despedido, sea. Está muy bien. Yo nada de eso comprendo.

— Va usted á comprenderlo, señor alcalde.

Javert arrancó un suspiro del fondo de su pecho y prosiguió, hablando siempre con la mayor frialdad y tristeza:

— Señor alcalde, hace seis semanas, de resultas de aquella escena á propósito de la muchacha, me puse furioso, y le delaté á usted.

— ¡Delatarme!

— Á la prefectura de policía de Paris.

El señor Magdalena que no solia reir mucho más á menudo que Javert, se rió:

— ¿Como alcalde que habia usurpado las atribuciones de la policía?

— Como antiguo galeote.

El alcalde se puso lívido.

Javert, que no habia levantado los ojos, continuó:

— Yo lo creia así. Hacía mucho tiempo ya que tenia ideas sobre eso. Cierito parecido, los datos que usted ha

hecho tomar en Faverolles, su extraordinaria fuerza de riñones, la aventura del viejo Fauchelevent, la admirable destreza que usted tiene en el tiro, su pierna que arrastra un poco, ¿qué sé yo cuántas cosas más? ¡tonterías! pero, en fin, yo le tenía á usted por un llamado Juan Valjean.

— ¿Un llamado?... ¿Cómo dice usted ese nombre?

— Juan Valjean. Es un presidiario á quien yo conocí hace veinte años, cuando fui ayudante-guarda-chusma en Tolon. Al salir del presidio, parece que este Juan Valjean robó en casa de un obispo, y despues tambien cometió otro robo á mano armada en un camino público, en perjuicio de un saboyanito. Hace ocho años se habia ocultado, no se sabe cómo, y le buscaban. Yo me habia figurado... — ¡En fin, hice lo que he dicho á usted! La ira me decidió, y le delaté á usted á la prefectura.

El señor Magdalena, que habia vuelto á tomar el legajo hacia algunos instantes, le dijo con un acento de completa indiferencia:

— ¿Y qué le han respondido á usted?

— Que si estoy loco.

— ¿Ea bien?

— Ea bien, tenían razon.

— ¡Afortunadamente lo reconoció usted al fin!

— No pude ménos de reconocerlo, puesto que el verdadero Juan Valjean ha parecido.

El papel que tenía en la mano el señor Magdalena se le cayó, levantó la cabeza, miró fijamente á Javert y dijo con un acento difícil de expresar:

— ¡Ah!

— Javert prosiguió:

— Hé aqui lo que ha habido, señor alcalde. Parece ser que habia en el pais, hácia la parte de Ailly-le-Haut-Clocher, una especie de buen hombre á quien llamaban el tío Champ-mathieu. Era muy miserable, y nadie fijaba en él la aten-



cion. No se sabe nunca de qué viven esas gentes. Por fin, este otoño, ha sido preso el tío Champmathieu, por un robo de manzanas de sidra, cometido en casa de... En fin, no importa! Ha habido robo, paredes escaladas y ramas de árbol arrancadas. Cogieron á mi Champmathieu, cuando todavía llevaba en la mano la rama con manzanas. Enjaularon al perillan. Hasta aquí, esto no ofrece mucho más que un negocio de policía correccional. Pero lo que viene despues es cosa de la Providencia. Hallándose la cárcel en mal estado, el señor juez de instruccion creyó conveniente trasladar á Champmathieu á Arras, donde está la prision departamental. En esta cárcel de Arras se encuentra un antiguo presidiario llamado Brevet que ha sido allí preso no sé por qué, y á quien han hecho portero de golpe porque se conduce bien. Señor alcalde, apénas habia entrado Champmathieu, cuando hé aquí que exclama Brevet: ¡ Ah! pero si yo conozco á este hombre! ¡ Es un *fagot*<sup>1</sup>. Míreme usted de frente, ¡ buena albaja! ¡ Usted es Juan Valjean! — ¡ Juan Valjean! ¿ quié n es Juan Valjean? El Champmathieu quiso hacerse el asombrado. — No te hagas el tonto, le dijo Brevet. ¡ Tú eres Juan Valjean! Tú has estado en el presidio de Tolon, veinte años há. Hemos vivido allí juntos. — El Champmathieu empeñado en negar siempre. ¡ Pardiez! Usted comprende. Pero se profundizó el misterio: excavaron bien aquella aventura, y hé aquí lo que se ha sacado á luz: el tal Champmathieu, hará como unos treinta años, era jornalero podador de árboles en varios países, y principalmente en Faverolles. Allí ya se pierde el rastro de él. Mucho tiempo despues, volviósele á ver en la Auvernia, y más adelante en París, donde dice que fue carretero y que tuvo una hija lavandera; pero esto no está probado; por último, vino á este país. Ahora bien, ántes de ir á presidio, por

<sup>1</sup> *Fagot*, antiguo galeote.

robo calificado, ¿ quées lo que era Juan Valjean? podador. ¿ Dónde? en Faverolles. Otro hecho aún. Este Juan Valjean se llamaba, por su nombre de bautismo, Juan, y su madre se apellidaba, por nombre de familia, Mathieu. ¿ Qué cosa más natural que el pensarque, al salir del presidio, habrá tomado el nombre de su madre, para disfrazarse con él, habiéndose llamar Juan Mathieu? Pasó á la Auvernia. De Juan (*Jean*), la pronunciacion del país hace *chan* (ó *champ*, campo); llámante allí Chan Mathieu. Nuestro hombre deja marchar la corriente, y vedle ahí transformado en Champmathieu. Usted sigue bien el hilo de mi historia, ¿ no es verdad? Se piden informes á Faverolles. La familia de Juan Valjean ya no existe. Se ignora qué ha venido á ser de ella. Usted sabe que en esas clases, hay á menudo estas desapariciones de una familia. Se busca, se indaga, y ya nada se encuentra. Esas gentes, cuando no son lodo, son polvo. Y además, como el principio de estas historias data nada ménos que de treinta años, no hay ya nadie en Faverolles que haya conocido á Juan Valjean. Se piden informes á Tolon. Fuera de Brevet, no hay ya sino otros dos galeotes que hayan visto en el presidio á Juan Valjean: tales son los dos condenados á vida Cocheville y Chenildieu. Los sacan del presidio, y los hacen venir. Se los confronta con el supuesto Champmathieu, y no vacilan un instante. Para ellos, como para Brevet, es Juan Valjean. Su misma edad, tiene cincuenta y cuatro años; su misma estatura, sus mismas trazas, finalmente el mismo hombre; no cabe duda alguna, es él. Y precisamente en este mismo momento era cuando yo enviaba mi delacion á la prefectura de París. Me contestan que yo he perdido el seso, y que Juan Valjean está en Arras, en poder de la justicia. Usted comprenderá si todo esto me dejará asombrado, á mí que creia tener aquí á ese mismo Juan Valjean! Escribi al señor juez de instruccion, quien hizo que me presentara; me trajeron el Champmathieu...



— ¿Y bien? interrumpió el señor Magdalena.

Javert respondió con su semblante incorruptible y triste:

— Señor alcalde, la verdad es la verdad. Yo lo siento, pero aquel hombre es el verdadero Juan Valjean. Tambien yo le he reconocido.

El señor Magdalena repuso, con una voz muy baja:

— ¿Está usted seguro?

Javert se echó á reír, con esa risa dolorosa que se escapa á una convicción profunda:

— ¡Oh! muy seguro.

Permaneció un momento pensativo, tomando maquinalmente entre sus dedos pulgaradas de la salvadera que se hallaba junto á él sobre la mesa, y añadió:

— Y aún, ahora que he visto al verdadero Juan Valjean, no comprendo cómo he podido yo creer otra cosa. Le pido á usted perdon, señor alcalde.

Al dirigir esta palabra suplicante y grave á aquel que, seis semanas ántes, le había humillado en el mismo cuerpo de guardia y le había dicho: Salga usted de aquí! Javert, aquel hombre altivo, se mostraba, sin él saberlo, lleno de sencillez y de dignidad. El señor Magdalena no respondió á su súplica sino con esta pregunta brusca:

— ¿Y qué dice ese hombre?

— Ah, ¡diantre! señor alcalde, el negocio es malo. Si es Juan Valjean, hay reincidencia. Escalar una pared, romper una rama, birlar unas manzanas, para un muchacho es una tunantada; para un hombre es un delito; para un galeote es un crimen. Escalada y robo, de todo ha habido. Ya no es cosa de policía correccional, sino del tribunal de audiencia. No se trata de algunos días de cárcel, sino de galeras por toda su vida. Y además, hay el asunto del saboyanito, que espero vendrá á agregarse tambien. ¡Diablos! ya hay materia con qué entretenerse, ¿no es verdad? Si, para otro que no fuera Juan Valjean. Pero el tal Juan Valjean es un

solapado. Tambien por esto le he reconocido. Otro que él sentiria que eso abrasa; se agitaria, gritaria, la olla chilla en presencia del fuego, no querria él ser Juan Valjean, etc. Pero él, ni siquiera tiene trazas de querer comprender su situacion, limitándose á decir: Yo soy Champmathieu, y no salgo de aquí! Está como pasmado, y se hace el bobo, esto es mucho mejor. ¡Oh! el perillan es hábil! pero de todos modos, las pruebas están ahí. Ha sido reconocido por cuatro personas; el pícaro viejo será condenado. Van á llevarle ante la audiencia de Arras. Yo iré allá para declarar. Ya estoy citado.

El señor Magdalena, que se habia reinstalado en su despacho, y habia vuelto á tomar su legajo, poniéndose á hojearle tranquilamente, leyendo y escribiendo á la vez como un hombre atareado, volvióse hácia Javert y le dijo:

— Basta ya, Javert, basta. El hecho es que á mi todos esos detalles me interesan muy poco. Estamos perdiendo el tiempo, y tenemos negocios urgentes. Javert, va usted á ir inmediatamente á casa de la buena mujer Buseaupied, que vende yerbas allá en la esquina de la calle San Saulve, y la dirá que formule su querrela contra el carretero Pedro Chesnelong. Muy poco faltó para que este hombre brutal aplastara á la pobre mujer y á su niño. Es necesario castigarle. En seguida irá usted á casa del señor Charcellay, calle de Montre-de-Champigny, quien se queja de que una gotera de la casa inmediata arroja en la suya el agua de las lluvias, y que destruye los cimientos de su casa. Después, tomará usted nota de las contravenciones de policía que se me han indicado en la calle de Guibourg en casa de la viuda Doris, y en la calle de Garraud-Blanc en casa de la señora Renée le Bossé, y formará usted proceso verbal. Pero le doy á usted ahí mucha tarea. ¿Es que no tiene usted que ausentarse? ¿No ha dicho usted que ha de ir á Arras para ese asunto dentro de ocho ó diez días?



— Más pronto aún, señor alcalde.

— ¿Pues qué día?

— Me parece haber dicho al señor alcalde que eso se juzgaba mañana y que yo marcharé en la diligencia esta noche.

El señor Magdalena hizo un movimiento imperceptible.

— ¿Y cuánto tiempo durará el proceso?

— Un día, á lo más. El fallo se pronunciará, á más tardar, mañana á la noche. Pero yo no esperaré el fallo, que no puede faltar; tan pronto como haga mi declaración, me volveré aquí.

— Está bien, dijo el señor Magdalena.

Y despidió á Javert con un signo de la mano.

Javert no se fue.

— Perdóne usted, señor alcalde.... dijo.

— ¿Qué hay todavía? preguntó el señor Magdalena.

— Señor alcalde, me queda aún una cosa de que volver á hablar á usted.

— ¿Cuál?

— Es que yo debo ser destituido.

El señor Magdalena se levantó.

— Javert, usted es un hombre de honor, y yo le estimo.

Usted se exagera su falta. Por otra parte, también esa es una ofensa que me concierne. Javert, usted es digno de ascender, y no de descender. Yo pienso que conserve usted su puesto.

Javert miró al señor Magdalena con su cándida pupila cuyo fondo parecía verse aquella conciencia poco ilustrada pero rígida y casta, y dijo con voz tranquila:

— Señor alcalde, yo no puedo concederle á usted eso.

— Repito á usted, replicó el señor Magdalena, que es cosa que á mí solo me concierne.

Pero Javert, atento únicamente á su idea, continuó:

— En cuanto á exagerar, nada exagero. He aquí cómo yo discuro. Hesospechado de usted injustamente. Esto toda-

vía no es nada. Es un derecho que nosotros tenemos, de sospechar, aunque hay sin embargo abuso en sospechar más allá de la ley. Pero, sin pruebas, en un acceso de ira, con el objeto de vengarme, le he delatado á usted como gale.e, á usted, que es una persona respetable, un corregidor, un magistrado! esto es grave, muy grave. He ofendido á la autoridad en la persona de usted, yo, agente de la autoridad! Si uno de mis subordinados hubiera hecho lo que he hecho yo, le habria declarado indigno del servicio, y le habria expulsado. — ¡Pues bien! — Oiga usted, señor alcalde, una palabra más. Yo he sido severo muchas veces en mi vida para con los otros. Esto era justo: yo hacia bien. Si ahora no fuera severo conmigo mismo, todo lo justo que yo he hecho seria ya injusto. Por ventura, ¿deberé de tener yo más consideraciones conmigo que con los demás? No. ¡Cómo! yo no habria sido bueno sino para castigar á los otros, y no para castigarme á mí! pero entónces seria yo un miserable! y los que dicen: ese bribon de Javert! tendrían razon! Señor alcalde, yo no deseo que usted me trate con bondad; su bondad de usted me hizo ya hacer bastante mala sangre cuando era en beneficio de otros, no la quiero para mí. La bondad que consiste en dar razon á la mujer pública contra el caballero, al agente de policia contra el alcalde, al que está abajo contra el que está arriba, es lo que yo llamo una bondad mala. Con esa especie de bondad es con lo que la sociedad se desorganiza. ¡Ah! es cosa muy fácil el ser bueno, lo difícil es ser justo. Ande usted! si usted hubiera sido lo que yo creia, no habria sido yo bueno para usted, ¡no hay peligro! ya habria usted visto! Señor alcalde, yo debo tratarme como trataría á otro cualquiera. Cuando reprimia malhechores, cuando perseguia y castigaba á los malvados, me decia á mí mismo con frecuencia: Si tú tropiezas, si alguna vez te cojo en falta, ya verás! — He tropezado, me he cogido en falta.



tanto peor! Vamos, despedido, destituido, expulsado! está bien. Tengo brazos, trabajaré en la tierra, me es igual. Señor alcalde, el bien del servicio exige un ejemplo. Yo pido sencillamente la destitucion del inspector Javert.

Todo esto lo pronunciaba él con un acento humilde, desdenoso, desesperado y convicto, que daba cierto carácter de rara y extraña grande a á aquel singular hombre de bien.

— Ya veremos eso, dijo el señor Magdalena.

Y le alargó la mano.

Javert dió un paso atras, y dijo con un tono hurano:

— Perdone usted, señor alcalde, eso no debe ser. Un corregidor no da nunca la mano á un espion.

Y añadió entre dientes:

— Espion, sí; desde el momento en que he abusado de la policia, ya no soy sino un espion.

En seguida saludó profundamente, y se dirigió hácia la puerta.

Llegado allí, volvió la cara, y con la vista siempre baja:

— Señor alcalde, dijo, continuaré haciendo el servicio hasta que sea reemplazado.

Y se marchó. El señor Magdalena quedó caviloso y escuchando aquel paso firme y seguro que se alejaba por las baldosas del corredor.

## LIBRO SÉPTIMO

### EL PROCESO CHAMPMATHIEU

SOR SIMPLICIA

Los incidentes que van á leerse no han sido todos conocidos en M.; pero lo poco que de ellos ha transpirado ha dejado en aquella villa tales recuerdos, que quedaria un vacío en este libro si no los refiriésemos en sus menores detalles.

En estos detalles hallará el lector dos ó tres circunstancias inverosímiles que conservamos sin embargo por respeto á la verdad.

Á eso de las doce del dia siguiente al de la visita de Javert, fué el señor Magdalena á ver á Fantina como de costumbre.



tanto peor! Vamos, despedido, destituido, expulsado! está bien. Tengo brazos, trabajaré en la tierra, me es igual. Señor alcalde, el bien del servicio exige un ejemplo. Yo pido sencillamente la destitucion del inspector Javert.

Todo esto lo pronunciaba él con un acento humilde, desdenoso, desesperado y convicto, que daba cierto carácter de rara y extraña grande a á aquel singular hombre de bien.

— Ya veremos eso, dijo el señor Magdalena.

Y le alargó la mano.

Javert dió un paso atras, y dijo con un tono hurano:

— Perdone usted, señor alcalde, eso no debe ser. Un corregidor no da nunca la mano á un espion.

Y añadió entre dientes:

— Espion, sí; desde el momento en que he abusado de la policia, ya no soy sino un espion.

En seguida saludó profundamente, y se dirigió hácia la puerta.

Llegado allí, volvió la cara, y con la vista siempre baja:

— Señor alcalde, dijo, continuaré haciendo el servicio hasta que sea reemplazado.

Y se marchó. El señor Magdalena quedó caviloso y escuchando aquel paso firme y seguro que se alejaba por las baldosas del corredor.

## LIBRO SÉPTIMO

### EL PROCESO CHAMPMATHIEU

SOR SIMPLICIA

Los incidentes que van á leerse no han sido todos conocidos en M.; pero lo poco que de ellos ha transpirado ha dejado en aquella villa tales recuerdos, que quedaria un vacío en este libro si no los refiriésemos en sus menores detalles.

En estos detalles hallará el lector dos ó tres circunstancias inverosímiles que conservamos sin embargo por respeto á la verdad.

Á eso de las doce del dia siguiente al de la visita de Javert, fué el señor Magdalena á ver á Fantina como de costumbre.



Antes de entrar donde ella estaba, preguntó por sor Simplicia.

Las dos religiosas que hacían el servicio de la enfermería, damas lazaristas como todas las hermanas de caridad, se llamaban sor Perpetua y sor Simplicia.

Sor Perpetua era como una aldeana cualquiera, groseramente hermana de caridad, entrada en la casa de Dios como se entra al servicio de cualquiera otra casa.

Era religiosa, como pudiera haber sido cocinera. Este tipo no es del todo raro. Las órdenes monásticas aceptan de buen grado ese tosco vidriado de aldea, tan fácil de amoldarse de capuchino como de ursulina. Son materia rústica que se utiliza para las rudas tareas propias de la devoción. La transición de un gañan en un carmelita nada tiene de chocante; sin gran dificultad, se convierte el uno en el otro; el fondo común de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparación enteramente dispuesta, y que coloca en seguida al camposino á igual altura que el fraile. Un poco más de amplitud á la anguarina, y se convierte en capilla. Sor Perpetua era una monjaza enorme, de Marines cerca de Pontoise, hablando su dialecto provincial, salmodiando, gruñendo, azucarando las tisanas según la mojigatería ó la hipocresía del paciente, riñendo á los enfermos, regañando á los moribundos, arrojándoles casi el santo cristo á la cabeza, apedreando á la agonía con sus rezos enfadosos, atrevida, honrada y colorada.

Sor Simplicia era blanca, con una blancura de cera. Al lado de sor Perpetua, parecía el cirio junto á la vela de sebo. Vicente de Paul fijó de una manera divina la figura de la hermana de caridad en estas admirables palabras, en las cuales mezcla tanta libertad con tanta servidumbre: «No tendrán otro monasterio que la casa de los enfermos, otra celda que un cuarto alquilado, otra capilla que la iglesia de su parroquia, otro claustro que las calles del

» pueblo, ó las salas de los hospitales, otra clausura que » la obediencia, otra verja que el santo temor de Dios, » otro velo que la modestia. » Este ideal hallábase vivo y manifiesto en sor Simplicia. Nadie habria podido decir su edad; nunca habia sido jóven, y parecia que jamas deberia ser vieja. Era una persona, — no nos atrevemos á decir una mujer, — afable, austera, de buena sociedad, fria, y que no habia mentido nunca. Tan suave, que parecia frágil; y sin embargo, más sólida que el granito. Tocaba á los desgraciados con sus hermosos dedos, finos y puros. Habia, por decirlo así, silencio en sus palabras; hablando justamente lo necesario; y tenia un metal de voz que habria á la vez edificado á un confesonario y embelesado á un salon. Esta delicadeza se avenia bien sin embargo con la saya burda, encontrando en aquel rudo contacto un recuerdo continuo del cielo y de Dios. Insistamos en un detalle. No haber mentido jamas; no haber dicho nunca, en un interes cualquiera, ni aún indiferentemente, una cosa que no fuese la verdad, la santa verdad, era el carácter distintivo de sor Simplicia; el acento de su virtud. Habia adquirido cierta celebridad en la congregación por esta veracidad imperturbable. El abate Sicaud habla de sor Simplicia en una carta al sordo-mudo Massieu. Por más sinceros y puros que seamos, todos tenemos en nuestro candor la hendidura de la inocente mentirilla. Ella, ni aún esto tenia. Mentirilla, mentira inocente, existe esto por ventura? Mentir, es el absoluto del mal. Mentir poco no es posible; el que miente, miente con toda la mentira; el mentir, es el rostro mismo del demonio; Satanas tiene dos nombres, llámase Satanas y llámase también Mentira. Hé aquí cómo ella pensaba; y del mismo modo que pensaba, así obraba; resultando de aquí aquella blancura de que hemos hablado ántes, blancura que cubria con su brillo hasta sus labios y sus ojos. Su sonrisa



era blanca, su mirada blanca también. No había ni una telaraña, ni un grano de polvo en el cristal de aquella conciencia. Al entrar en la obediencia de San Vicente de Paul, tomó el nombre de Simplicia por especial elección. Simplicia de Sicilia, como es sabido, es aquella que prefirió dejarse arrancar los dos pechos antes que declarar, habiendo nacido en Siracusa, que había nacido en Segesta, mentira que la habría salvado. Tal patrona convenia á tal alma.

Al tiempo de entrar en la órden, sor Simplicia tenía dos defectos de los cuales se había ido corrigiendo poco á poco : había sido muy aficionada á golosinas, y también gustaba mucho de recibir cartas. Jamas leía otra cosa que un libro de oraciones en latin é impreso en gruesos caracteres. Ella no comprendía el latin, pero comprendía el libro.

Esta piadosa mujer había tomado afeccion á Fantina, vislumbrando allí probablemente la virtud latente, y se había consagrado á cuidarla de un modo casi exclusivo.

El señor Magdalena llamó aparte á sor Simplicia y le recomendó á Fantina con un acento singular, que la religiosa pudo explicarse despues.

Al separarse de la hermana, se acercó á Fantina.

Fantina esperaba cada día la aparicion del señor Magdalena como se espera un rayo de calor y de gozo; y solía decir á las hermanas : — Yo no vivo sino cuando el señor alcalde está aquí.

Aquel día tenía ella mucha calentura. Desde el momento en que vió al señor Magdalena, le preguntó :

— ¿Y Coseta?

Él respondió sonriendo :

— Muy pronto.

El señor Magdalena estuvo con Fantina como de costumbre : sólo que, en vez de média hora, este día permaneció una hora, con gran contento de Fantina. Reiteró mil instancias á todo el mundo para que nada faltase á

la enferma. Notóse que hubo un momento en que su semblante se puso sombrío en extremo. Pero esto se explicó cuando se supo que el médico le había dicho al oído : — Va decayendo mucho.

En seguida volvió á entrar en la alcaldía, y el mozo del despacho le vió examinar con atencion un mapa que marcaba los caminos y carreteras de Francia, el cual se hallaba colgado en su gabinete. También le vió escribir algunos números con lápiz en un papel.





Desde la alcaldía se dirigió al extremo de la población, á casa de un flamenco, maese Scaufflaer, afrancesado Scaufflaire, que alquilaba caballos y « cabriolés á voluntad ».

Para ir á casa de este Scaufflaire, el camino más corto era tomar una calle poco frecuentada donde estaba el presbiterio de la parroquia á la cual pertenecía el señor Magdalena. El cura de esta parroquia era, segun decian, un digno y respetable varon, sabio y sano en sus consejos. En el instante en que el señor Magdalena llegó frente al presbiterio, no habia sino un sólo transeunte en la calle, y este transeunte notó lo que sigue: despues de haber pasado más allá de la casa parroquial, se detuvo, permaneciendo inmóvil unos instantes; en seguida volvió hácia atras, desandando su camino hasta llegar otra vez á la puerta del presbiterio, que era una puerta falsa con un

aldabon de hierro. Echó mano vivamente al aldabon, y le levantó; despues se detuvo de nuevo, quedando como cortado y pensativo; y pasados algunos segundos, en vez de dejar caer bruscamente el aldabon, le hizo repósar con tiento, y volvió á proseguir su camino con una especie de premura que no habia mostrado ántes.

El señor Magdalena encontró á maese Scaufflaire en su casa, ocupado en pespuntar una gualdrapa.

— ¿Maese Scaufflaire, preguntó, tiene usted un buen caballo?

— Señor alcalde, respondió el flamenco, todos mis caballos son buenos. ¿Qué es lo que usted entiende por un buen caballo?

— Entiendo un caballo que pueda hacer veinte leguas en un día.

— ¡Diantre! dijo el flamenco, ¡veinte leguas!

— Sí.

— ¿Enganchado á un cabriolé?

— Sí.

— ¿Y cuánto tiempo descansará despues de esa carrera?

— Es preciso que pueda, si fuese necesario, volver á partir al día siguiente.

— ¿Para hacer la misma caminata?

— Sí.

— ¡Diantre! ¡diantre! ¿y son veinte leguas?

El señor Magdalena sacó de su bolsillo el papel en que habia trazado con lápiz algunos guarismos; los enseñó al flamenco; eran los números 5, 6, 8  $\frac{1}{2}$ .

— Vea usted, dijo. Total, diez y nueve y média; tanto vale decir veinte leguas.

— Señor alcalde, repuso el flamenco, tengo lo que usted necesita. Mi jaquita blanca; usted ha debido verla pasar algunas veces, es una linda bestiecita del Bas-Boulonnais, llena de fuego. Primero quisieron hacer de ella un



caballo de silla. ¡Qué! coceaba y arrojaba al suelo á todo el mundo. La creían viciosa, y no sabían qué hacer de ella. Yo la compré, y la destiné al cabriolé. Pues, señor, eso es lo que ella queria; es mansa como una mozueta, y corre lo mismo que el viento. ¡Ah! pero cuidado con que nadie se le monte sobre el lomo. No es su vocacion el ser ensillada. Cada uno tiene sus ambiciones. Tirar, sí; conducir no: preciso es que ella se haya echado esa cuenta.

— ¿Y hará la caminata?

— Las veinte leguas, siempre al gran trote, y en menos de ocho horas. Pero hé aquí con qué condiciones.

— Diga usted.

— En primer lugar, la hará usted tomar respiro, durante una hora, á la mitad del camino; comerá, y será preciso estar delante mientras coma, para impedir que el mozo de la posada le robe su avena; pues yo he notado que, en las posadas, la avena suele ser más bien bebida por los mozos de la caballeriza que comida por los caballos.

— Se estará delante.

— En segundo lugar... ¿es para el señor alcalde este cabriolé?

— Sí.

— ¿El señor alcalde sabe conducirlo?

— Sí.

— Pues bien, el señor alcalde viajará solo, y sin equipaje, á fin de no cargar al caballo.

— Convenido.

— Pero como el señor alcalde no lleva á nadie consigo, se verá precisado á tomarse la molestia de vigilar él mismo la avena?

— Está dicho.

— Necesitaré treinta francos diarios, y los días de descanso pagados como los demas. Ni un ochavo menos; y entiendo de la bestia va tambien á cargo del señor alcalde.

El señor Magdalena sacó tres napoleones de oro de su bolsa y los puso sobre la mesa.

— Ahí tiene usted dos dias adelantados.

— En cuarto lugar, para una viajata semejante, sería demasiado pesado un cabriolé, y cansaria al caballo. Será menester que el señor alcalde consienta en viajar en un pequeño tilbury que aquí tengo.

— Consiento.

— Es muy ligero, pero descubierta.

— Me es igual.

— ¿Ha reflexionado bien el señor alcalde que estamos en invierno?...

El señor Magdalena no respondió; y el flamenco prosiguió:

— ¿Que hace muchísimo frio?

El señor Magdalena guardó silencio.

Maese Scaufflaire continuó:

— ¿Que puede llover?

El señor Magdalena levantó la cabeza y dijo:

— El tilbury y el caballo se hallarán á mi puerta mañana á las cuatro y media de la madrugada.

— Es cosa convenida, señor alcalde, respondió Scaufflaire, y despues raspando con la uña de su dedo pulgar una mancha que había en la mesa, añadió con ese tono indiferente que los flamencos saben tan bien mezclar con la sutileza:

— ¡Pero hé aquí en lo que yo pienso ahora! el señor alcalde no me ha dicho todavía adónde va. ¿Adónde se dirige el señor alcalde?

En nada pensaba él tanto como en esto desde el principio de la conversacion; pero no sabía él por qué no se habia atrevido á hacer esta pregunta.

— ¿Tiene su caballo de usted buenas patas delanteras? preguntó el señor Magdalena.



— Si, señor alcalde. Tendrá usted que sostenerle un poco al bajar las cuestas. ¿Hay muchas cuestas desde aquí adónde usted va?

— No se olvide usted de hallarse á la puerta de mi casa á las cuatro y media de la mañana, en punto, respondió el señor Magdalena, y se marchó.

El flamenco quedó « hecho un bestia, » como él mismo decía algun tiempo despues.

Dos ó tres minutos hacía que el señor alcalde habia salido, cuando volvió á abrirse la puerta: era el señor alcalde.

Siempre presentaba el mismo aspecto impasible y preocupado.

— Señor Scaufflaire, dijo, ¿en cuánto estima usted el caballo y el tilbury que me alquila, llevando el uno al otro?

— Tirando el uno del otro querrá usted decir, señor alcalde, repuso el flamenco dando una risotada.

— Sea. ¿Y bien?

— ¿Es que el señor alcalde quiere comprármelos?

No, mas para todo evento, quiero garantizárselos á usted. Á mi vuelta, me devolverá usted la suma. ¿En cuánto estima usted cabriolé y caballo?

— En quinientos francos, señor alcalde.

— Aquí los tiene usted.

El señor Magdalena puso un billete de banco sobre la mesa, y salió en seguida, esta vez ya para no volver.

Maese Scaufflaire sintió muchísimo no haberle pedido mil francos. Por lo demás, caballo y tilbury juntos podrían valer unos cien escudos de plata.

El flamenco llamó á su mujer y la refirió la aventura. ¿Adónde diablos irá el señor alcalde? Celebraron consejo. — Va á Paris, dijo la mujer. — No lo creo, contestó el marido. El señor Magdalena habia olvidado sobre la chimenea el papel en que él habia trazado algunos números. El flamenco le cogió y se puso á estudiarlo.

— ¿Cinco, seis, ocho y media? esto debe indicar paradas de posta; y volviéndose hácia su mujer: — Ya lo he encontrado, dijo. — ¿Cómo? — Cinco leguas hay de aquí á Hesdin, seis de Hesdin á Saint-Pol, ocho y media de Saint-Pol á Arras. Sin duda va á Arras.

Entre tanto el señor Magdalena habia entrado en su casa. Para volverse de casa de maese Scaufflaire, habia tomado el camino más largo, como si la puerta del presbiterio hubiera sido para él una tentacion que hubiese querido evitar. Habia subido á su cuarto y encerrádose en él, lo que parecia muy sencillo y natural, pues solia acostarse temprano. Sin embargo, la portera de la fábrica, que era al mismo tiempo la única criada del señor Magdalena, observó que su luz se apagó á las ocho y media, y dijo al cajero que entraba algun tiempo despues: — ¿Es que el señor alcalde está malo? yo le he hallado un aspecto algo extraño.

Habitaba este cajero un aposento situado precisamente debajo de el del señor Magdalena. No hizo gran caso de las palabras que le dijo la portera, se acostó y se durmió. Pero á eso de la media noche, despertó bruscamente, habiendo oido entre sueños cierto ruido encima de su cabeza; se puso á escuchar. Eran pasos que iban y venian, como de persona que andaba en el cuarto de arriba. Escuchó con más atención, y reconoció los pasos del señor Magdalena. Parecióle esto extraño, pues de ordinario no se hacia nunca ruido ninguno en las habitaciones de señor Magdalena ántes de la hora de levantarse. Un momento despues, oyó el cajero algo que parecia un armario que se abre y se vuelve á cerrar. En seguida se agitó un mueble, y pasado un momento de silencio, recomenzaron los pasos. El cajero se sentó sobre la cama, despertó enteramente, miró, observó y por entre las vidrieras de su ventana vió en la pared de enfrente el reflejo



rojizo de una ventana alumbrada. Según la dirección de los rayos, no podía ser otra que la ventana del cuarto del señor Magdalena. El reflejo temblaba como si emanara más bien de una lumbre que de una luz. La sombra de las junturas de los cristales no se dibujaba, lo cual parecía indicar que la ventana estaba enteramente abierta. Con el frío que hacía, aquella ventana abierta era sorprendente. El cajero sin embargo volvió á dormirse. Al cabo de una ó dos horas despertó de nuevo. Los mismos pasos, lentos y regulares, iban y venían siempre sobre su cabeza.

El reflejo se dibujaba aún en la pared opuesta, pero ahora era ya un reflejo pálido y suave, como el de una lámpara ó de una bujía. La ventana permanecía siempre abierta.

Hé aquí lo que pasaba en el cuarto del señor Magdalena.

## III

## UNA TEMPESTAD BAJO UN CRÁNEO

Sin duda el lector ha adivinado que el señor Magdalena no es otro que Juan Valjean.

Ya hemos mirado nosotros en las profundidades de aquella conciencia; ha llegado el momento de mirar aún otra vez. No lo hacemos sin emoción y sin estremecernos. No hay nada más aterrador que esta especie de contemplación. La vista del espíritu no puede hallar en ninguna parte mayores perturbaciones ni más tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en ningún objeto que sea más formidable, más complicado, más misterioso y más infinito. Hay un espectáculo más grande que el mar, el cielo; hay un espectáculo más grande que el cielo, el interior del alma.

Hacer el poema de la conciencia humana, aún cuando no fuera sino á propósito de un solo hombre, aunque fuera á propósito del más infimo de los hombres, sería fundir todas las epepeyas en una epepeya superior y definitiva. La con-



ciencia es el caos de las quimeras, de los apetitos desordenados y de las tentativas, la hornaza de los sueños y de varios, el antro de las ideas que nos avergüenzan; es el pandemonium de los sofismas, el campo de batalla de las pasiones. Penetrad en ciertas horas al través del rostro livido de un ser humano que reflexiona, y mirad detrás, mirad en aquella alma, mirad en aquella oscuridad. Bajo el silencio exterior, hay allí combates de gigantes como en Homero, luchas de dragones y de hidras y nubes de fantasmas como en Milton, espirales visionarias como en Dante. ¡Sombria cosa es este infinito que todo hombre lleva en sí mismo, y por el cual mide con desesperacion las voluntades de su cerebro y las acciones de su vida!

Alighieri encontró un día una puerta siniestra ante la cual vaciló. Hé aquí otra puerta también ante nosotros, en cuyo umbral vacilamos. Entremos sin embargo.

Poco tendremos que añadir á lo que ya conoce el lector de lo sucedido á Juan Valjean desde la aventura de Gervasio. Según se ha visto, á partir de aquel momento fué ya otro hombre. Lo que el obispo quiso hacer de él, él lo ejecutó. Fué esto más que una transformacion, fué una ransfiguracion.

Logró desaparecer, vendió la plata del obispo conservando solamente los candeleros, como un recuerdo, deslízose de pueblo en pueblo, atravesó la Francia, llegó á M., donde tuvo la idea que hemos dicho, practicó todo cuanto hemos referido, consiguió hacerse invisible é inaccesible, y en adelante, una vez establecido en M., dichoso de sentir su conciencia entristecida por su vida pasada, y la primera mitad de su existencia desmentida por la última, vivió en paz, con tranquilidad y confianza, sin que abrigara sino dos pensamientos: ocultar su nombre, y santificar su vida; sustraerse á los hombres y volverse á Dios.

Tan íntimamente unidos y enlazados se hallaban en su

espíritu estos dos pensamientos, que no formaban sino uno solo; siendo ambos igualmente absorbentes é imperiosos, y dominando hasta sus menores acciones. Generalmente hallábanse ellos de acuerdo para arreglar la conducta de su vida; le inclinaban hácia la sombra, le hacian benévolo y sencillo; le aconsejaban siempre los dos en el mismo sentido. Á veces sin embargo habia conflicto entre ellos. En este caso, como recordará bien el lector, el hombre á quien todo el pueblo de M. apellidaba el señor Magdalena, no vacilaba nunca en sacrificar el primero al segundo, su seguridad á su virtud. Así, en despecho de toda reserva y de toda prudencia, habia guardado los candeleros del obispo, llevado luto por la muerte de su bienhechor, llamado é interrogado á todos los saboyanitos, que por allí pasaban, pedido noticias y datos acerca de las familias de Faverolles, y salvado la vida al viejo Fauchelevent, á pesar de las peligrosas insinuaciones de Javert. Como ya lo hemos notado, parecia que él pensaba, á ejemplo de todos los que han sido sabios, santos y justos, que su primer deber no era para consigo mismo.

No obstante, preciso es decir que jamas se habia presentado nada comparable con lo que ahora sucedia.

Nunca habian empeñado las dos ideas que gobernaban á este hombre desgracia y cuyos sufrimientos referimos, una lucha tan formal y tan grave. Él lo comprendió confusamente, pero profundamente también, desde las primeras palabras que pronunció Javert al entrar en su gabinete. En el momento en que, de una manera tan extraña, fué articulado aquel nombre que él habia procurado enterrar bajo tantas espesuras, hallóse sobrecogido de estupor y como trastornado por la siniestra rareza de su destino; y en medio de este estupor, sufrió aquel estremecimiento que precede á las grandes sacudidas; se encorbó como una encina al aproximarse la tormenta, como un soldado



al acercarse el momento del asalto. Sintió que venían á descargar sobre su cabeza sombras llenas de rayos y relámpagos. Mientras que estaba escuchando á Javert, tuvo un primer pensamiento, de ir, de correr á delatarse, sacar de la cárcel á aquel Champmathieu y sustituirse él en ella; esto fué para él doloroso y punzante como una incisión hecha en la carne viva; pero despues pasó esta idea, y se dijo: ¡Veamos! ¡veamos! — Reprimió este primer movimiento generoso, y retrocedió ante el heroísmo.

Habría sido hermoso sin duda que despues de las santas palabras del obispo, despues de tantos años de arrepentimiento y de abnegacion, en medio de una penitencia admirablemente comenzada, aquel hombre, aún en presencia de tan terrible coyuntura, no hubiese tropezado un instante, y hubiera continuado marchando, al mismo paso, hácia este precipicio abierto enfrente de él, y en cuyo fondo estaba el cielo. Esto habría sido hermoso, decimos; pero no fué así. Es menester que demos cuenta de las cosas que sucedían en aquella alma, y no podemos decir sino lo que en ella había. Lo que prevaleció ante todo fué el instinto de la conservacion; reunió á toda prisa sus ideas, ahogó sus emociones, consideró la presencia de Javert, aquel gran peligro, aplazó toda resolucion con la firmeza del terror, se aturdió sobre lo que convendría hacer, y recobró su calma como un luchador recoge su escudo.

Durante el resto del día hallábase en este estado, un torbellino en el interior, y una tranquilidad profunda en el exterior; no tomando sino lo que pudiera llamarse « las medidas conservatorias. » Todo era confuso aún y se entrechocaba en su cerebro; siendo tal la turbacion, que no veía distintamente la forma de ninguna idea; y aún él mismo no habría podido decir nada de sí mismo, sino que acababa de recibir un gran golpe. Fué como de costumbre junto al lecho de dolor de Fantina y prolongó su visita,

por un instinto de bondad, diciendose que era menester obrar así y recomendarla bien á las hermanas, para el caso en que sucediese que tuviera que ausentarse. Sintió vagamente que tal vez convendría ir á Arras; y sin hallarse enteramente decidido á hacer este viaje, dijo para sí que, al abrigo de toda sospecha como él estaba, no había inconveniente en ser testigo de lo que allí pasara; y retuvo el tilbury de Scaufflaire, á fin de hallarse preparado á todo evento.

Comió con buen apetito.

Entrado en su aposento, se recogió.

Púsose á examinar la situacion, y la halló inaudita, de tal modo inaudita, que en medio de sus sueños, por no sé qué impulso de ansiedad casi inexplicable, se levantó de su sillón y echó el cerrojo á la puerta. Temía no entrara aún á alguien; y se atrincheraba contra lo posible.

Un momento despues dió un soplo á la luz, que le incomodaba.

Le parecía que pudieran verle.

¿Pero quién?

¡Ah! lo que él quería echar á la calle había entrado; lo que quería cegar, le miraba. Era su conciencia.

Su conciencia, es decir, Dios.

Sin embargo, en el primer momento, se hizo ilusion; tuvo un sentimiento de seguridad y de soledad; una vez echado el cerrojo, se creyó inexpugnable; apagada la luz, creyóse invisible. Entónces tomó posesion de sí mismo; apoyó los codos sobre la mesa, y la cabeza en sus manos, y se puso á soñar en las tinieblas.

— ¿Á qué altura me encuentro? — ¿Es que no estoy soñando? — ¿Qué es lo que me han dicho? — ¿Es verdad que yo he visto á ese Javert y que él me ha hablado de esa suerte? — ¿Qué puede ser ese Champmathien? — ¿Conque se parece á mí? — ¿Será posible? — ¿Cuándo



pienso que ayer estaba yo tan tranquilo y tan ajeno de águrarme nada de esto! — ¿Qué estaba yo haciendo ayer á la misma hora? — ¿Qué hay en este incidente? — ¿Qué desenlace tendrá? — ¿Qué hacer?

Hé aquí la tormenta que le agitaba. Su cerebro había perdido la fuerza de retener las ideas, las cuales pasaban como las olas del mar; y él se apretaba la frente con ambas manos para detenerlas.

En este tumulto que trastornaba su voluntad y su razón, y del cual procuraba él sacar una evidencia y una resolución, nada se destacaba sino la angustia.

Su cabeza abrasaba. Dirigióse á la ventana, y la abrió de par en par. No había estrellas en el cielo. Volvió á sentarse junto á la mesa.

Así transcurrió la primera hora.

Poco á poco, sin embargo, ciertos lineamentos vagos empezaron á formarse y á fijarse en su meditacion, y pudo entrever, con la precisión de la realidad, no el conjunto de la situación, sino algunos detalles.

Empezó por reconocer que, por más crítica y extraordinaria que fuese aquella situación, él era entera y completamente dueño de ella.

Esto no hizo otra cosa que aumentar su estupor.

Independientemente del fin, severo y religioso, que se proponían sus acciones, todo cuanto él había hecho hasta aquel día no era otra cosa que un hoyo que había practicado y ahondado más y más cada vez, para enterrar en él su nombre. Lo que más había temido él siempre, en sus horas de recogimiento en sí mismo, en sus noches de insomnio, era el oír pronunciar aquel nombre; decíase que esto sería para él el fin de todo; que el día en que reapareciera aquel nombre, haría desvanecer en derredor suyo su nueva vida, y, ¿quién sabe? áun tal vez, en su ulterior, su nueva alma. Y se estremecía á la sola idea de

que esto fuese posible. Ciertamente, si álguien le hubiera dicho en aquellos momentos que llegaría una hora en que tal nombre resonaría en sus oídos; en que este horrible nombre, Juan Valjean, saldría de repente de la oscuridad y se erigiría en su presencia; en que esta luz formidable creada para disipar el misterio con que él se cubría, resplandecería súbitamente sobre su cabeza; y que aquel nombre no le amenazaría; que aquella luz no produciría sino una oscuridad más densa; que aquel velo desgarrado aumentaría el misterio; que aquel terremoto consolidaría su edificio; que aquel prodigioso incidente no tendría otro resultado, si le parecía bien á él, que el de hacer su existencia más clara y más impenetrable á la vez; y que de su confrontación con el fantasma de Juan Valjean, el bueno y digno patricio, señor Magdalena, saldría más honrado, más tranquilo y más respetado que nunca; — si álguien, decimos, le hubiera dicho esto, habría él meneado la cabeza y mirado estas palabras como insensatas. ¡Pues bien! todo esto acababa de suceder precisamente; todo este cúmulo de imposibles era un hecho positivo; Dios había permitido que estas cosas desvariadas fuesen cosas reales!

Su delirio continuaba esclareciéndose; dándose él, cada vez más acertadamente, cuenta de su situación.

Parecía que acababa de despertar de no sé qué letargo, y que se hallaba como resbalando sobre una pendiente, en medio de la noche, de pié, temblando, retrocediendo en vano, sobre el borde extremo de un abismo. Allá en la sombra, entreveía distintamente un desconocido, un extranjero, á quien el destino tomaba por él, y le arrojaba al precipicio, en lugar suyo. Era indispensable, para que el precipicio se cerrara, que alguno de los dos cayese en él.

Á él no le incumbía otra cosa que dejar seguir la corriente.

Al.

fué completa, y se hizo él á sí mismo



esta confesion: — Que su puesto se hallaba vacío en el presidio; que por más que hiciera, le estaba siempre esperando; que el robo de Gervasio le llamaba allí; que aquel puesto vacío le esperaría y le atraería hasta que estuviese en él, lo que era inevitable y fatal. Y despues se dijo: — Que en aquel momento habia tenido un reemplazante: que parecia que un tal Champmathieu tenía esta mala suerte; y que, en cuanto á él, representado en presidio, en lo sucesivo, por la persona de aquel Champmathieu, presente en la sociedad bajo el nombre del señor Magdalena, nada tenía ya que temer, con tal que no impidiese á los hombres el sellar sobre la cabeza de Champmathieu aquella piedra de la infamia que, como la losa del sepulcro, cae una vez y no se levanta jamas.

Todo esto eran tan violento y tan extraño, que súbitamente se operó en él esa especie de movimiento indescribible que ningun hombre experimenta más de dos ó tres veces en su vida, especie de convulsion de la conciencia que remueve las dudas, que agita el corazon, que se compone de ironía, de alegría y de desesperacion, y que podría llamarse una carcajada interior.

Volvió á encender bruscamente su bujía.

— Ea bien, ¿qué se dijo, ¿de qué tengo yo miedo? ¿qué es lo que me obliga a desvariar y á delirar de este modo? ¿héteme ya salvo! todo ha concluido. Yo no tenía sino una puerta entreabierta por la cual podía mi vida pasada hacer irrupcion en mi vida presente; y esa puerta, ¡vedla ya tapiada!; y para siempre! Ese Javert que me incomoda y me acosa hace tanto tiempo, ese formidable instinto que parecia haberme adivinado, que me habia adivinado, ¡pardiez! y me seguia por todas partes, ese alano horroroso siempre en parada hácia mí, vedle ya, perdido el rastro, ocupado en otra parte, completamente desorientado! De hoy más, ya queda satisfecho, me dejará tranquilo, ¡tiene

su Juan Valjean! Quién sabe? ¿un es probable que quiera abandonar el pueblo! Y todo esto se ha hecho sin mí! ¡Y yo no entré por nada en ello! ¡Ah! pero examinemos! ¿Qué es lo que hay en esto de desgraciado? Por mi honor que, ciertas gentes, al verme, creerian que me ha sucedido alguna catástrofe? Sobre todo, si algun mal hay para álguien, yo no tengo la menor culpa de ello. La Providencia es la que todo lo ha dispuesto y todo lo ha hecho así. Sin duda, es que ella así lo quiere! ¿Tengo yo derecho para desarreglar lo que ella arregla? ¿Qué es lo que pido ahora? De qué es de lo que voy á ocuparme? Eso no me importa. ¡Cómo! ¡No estoy contento! ¿Pero qué es lo que puedo apetecer? El fin al cual aspiro tantos años há, el sueño de mis noches, el objeto de mis oraciones y de mis súplicas al cielo, la seguridad, la obtengo! Dios es quien lo quiere. Nada tengo que hacer contra la voluntad de Dios. ¿Y por qué Dios lo quiere? Para que continúe la obra que he empezado; para que haga el bien; para que sea yo un dia un grande y animoso ejemplo de estímulo; para que se diga que ha habido al fin un poco de dicha unida á esta penitencia que he sufrido y á esta virtud á la cual me he consagrado! En verdad que no comprendo por qué tuve miedo hace poco de entrar en casa de ese buen cura, de referirle todo como á un confesor, y de pedirle consejo; es evidente que él me habria dicho esto mismo. Es asunto decidido, dejemos marchar las cosas! dejemos obrar á Dios!

Así se hablaba él en las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que pudiéramos llamarsu propio abismo. Levantóse de su silla y se puso á pasear por el cuarto. — ¡Vamos! dijo, no pensemos ya más en esto. ¡Es una resolucion adoptada! — Pero no experimentaba gozo alguno.

Al contrario.

No es más fácil impedir que el espíritu vuelva á una idea que el que vuelva el mar á la playa. Para un mari-



nero se llama esto la marea; para el culpable, aquello se llama el remordimiento. Dios agita al alma como agita al Océano.

Al cabo de algunos instantes, por más que hizo, comenzó de nuevo aquel diálogo sombrío en el cual él era al mismo tiempo quien hablaba y quien escuchaba, diciéndolo que habría querido callar, escuchando lo que no habría querido oír, cediendo en fin á esa misteriosa potestad que le decía: ¡Piensa! como decía ella misma, hace dos mil años, á otro condenado: ¡Anda!

Antes de pasar más adelante, y á fin de que se nos comprenda enteramente, insistiremos en una observacion necesaria.

No cabe duda en que á veces se habla uno á sí mismo; no hay un solo ser que piense y que no haya experimentado este fenómeno. Y aún puede decirse que nunca es el Verbo un misterio más magnífico que cuando va, en el interior del hombre, del pensamiento á la conciencia, para volver despues de la conciencia al pensamiento. En este sentido solamente es como deberán entenderse las palabras, á menudo empleadas en este capítulo, *dijo, exclamó, etc.*; se dice uno, se habla, se exclama á sí mismo, sin que por eso se rompa el silencio exterior. Hay un gran tumulto; todo habla en nosotros, excepto la boca. Las realidades del alma, no por dejar de ser visibles y palpables, dejan de ser realidades.

Preguntóse, pues, á qué altura se hallaba. Se interrogó sobre aquella « resolución adoptada. » Se confesó á sí mismo que todo cuanto acababa de combinar y de arreglar en su espíritu era monstruoso: que « dejar marchar los sucesos, dejar obrar á Dios solo, » era ciertamente una cosa horrible. Dejar que se cumpliera aquel engaño del destino y de los hombres; no impedirlo; prestarse á ello con su silencio; no hacer nada en fin, era hacerlo todo!

era el último grado de indignidad hipócrita! era un crimen bajo, vil, solapado, ábyecto, horrendo!

Por primera vez, despues de diez años, acababa de experimentar este desgraciado el amargo sabor de un mal pensamiento y de una mala accion.

Y le arrojó de sí con repugnancia.

Prosiguió interpelándose. Preguntóse severamente, qué es lo que él habia entendido por estas palabras: « Mi objeto está logrado! » Declaróse que su vida tenia, en efecto, un fin, un objeto. ¿ Pero qué objeto? ¿ ocultar su nombre? ¿ engañar á la policia? por ventura, todo cuanto él habia hecho, era motivado por una cosa tan pequeña? no tenia él otro objeto, que era el grande, que era el verdadero? Salvar, no su persona, sino su alma. Hacerse honrado y bueno. ¡ Ser un justo! ¿ no era esto sobre todo, únicamente esto, lo que él habia querido siempre, lo que le habia ordenado el obispo? — Cerrar la puerta á su existencia pasada? Pero si así no la cerraba, gran Dios! sino que volvía á abrirla cometiendo una accion infame! pero si volvía á ser un ladrón, y el más odioso de los ladrones! pues robaba á otro su existencia, su vida, su paz, su puesto al sol! ¡ se convertía en asesino! mataba, mataba moralmente á un desdichado, infligiéndole aquella muerte viva y afrentosa, aquella muerte á cielo raso que llaman el presidio! al contrario, entregarse, salvar á aquel hombre víctima de tan lúgubre error, recobrar su verdadero nombre, volver á ser, por deber, el galeote Juan Valjean; era verdaderamente consumir su resurreccion, y cerrar para siempre el infierno de donde salía! Caer de nuevo en él en apariencia, era salir de él en realidad! preciso era hacer esto! y nada habia hecho él si no hacia esto! toda su vida era inútil, toda su penitencia perdida. No habia más que decir: ¿ y para qué? Sentia que el obispo estaba allí; que el obispo se hallaba tanto más presente cuanto que estaba muerto;



que el obispo le miraba fijamente; que en adelante el alcalde Magdalena con todas sus virtudes le sería abominable, mientras que el galeote Juan Valjean sería admirable y puro en su presencia. Que los hombres veían su careta, pero que el obispo veía su cara. Que los hombres veían su vida, pero el obispo veía su conciencia. Era preciso pues ir á Arras, libertar al supuesto Juan Valjean y denunciar al verdadero! ¡Oh! este era el mayor de los sacrificios, la más punzante de las victorias, el último paso que había ya que dar; pero era indispensable. Destino doloroso, ¡no poder entrar en la santidad á los ojos de Dios, sino volviendo á entrar en la infamia á los ojos de los hombres!

— Pues bien, dijo, ¡tomemos este partido! cumplamos con nuestro deber. ¡Salvemos á aquel hombre!

Pronunció estas palabras en alta voz, sin apercibirse de que hablaba en términos que pudiera ser oído.

Tomó sus libros de comercio, los examinó y los puso en orden. Echó al fuego un lío de créditos que tenía contra varios pequeños industriales y comerciantes pobres. Escribió una carta, que selló, y en cuyo sobre habría podido leerse, si hubiera habido alguien en su habitación en aquel instante: *Á M. Laffitte, banquero, calle de Artois, Paris.*

Sacó de una gaveta una cartera que contenía algunos billetes de banco y el pasaporte que le había servido aquel mismo año para ir á las elecciones.

Quien le hubiera visto mientras que daba cumplimiento á todos estos diversos actos, en los cuales se mezclaba una meditación tan grave, no habría podido sospechar siquiera lo que en él pasaba. Sólo por momentos se movían un poco sus labios; en otros instantes, levantaba la cabeza y fijaba la vista en un punto cualquiera de la pared, precisamente como si hubiera allí alguna cosa que él quisiera aclarar ó interrogar.

Concluida la carta á M. Laffitte, se la metió en el bolsillo,

como también la cartera y volvió á pasear por el cuarto.

Su idea permanecía fija. Continuaba viendo claramente su deber escrito en letras luminosas que brillaban ante sus ojos mudando de lugar y siguiendo siempre la dirección de sus miradas: — ¡*Ve!* ¡*declina tu nombre!* ¡*denúnciate!*

Veía del mismo modo, y como si ellas se moviesen también ante él con formas sensibles, las dos ideas que habían constituido hasta entonces la doble norma de su vida: ocultar su nombre, santificar su alma. Por primera vez le aparecían absolutamente distintas, notando él bien la diferencia que las separaba. Reconocía que una de estas ideas era necesariamente buena, mientras que la otra podía llegar á ser mala; que aquella era la abnegación, y esta la personalidad; que la una decía: *el prójimo*, y la otra decía: *yo*; que la una venía de la luz y la otra venía de la noche.

Estas ideas se combatían; y él veía este combate. Según que iba soñando, se habían ellas engrandecido ante los ojos de su entendimiento; ahora ya presentaban estaturas colosales; y parecía que veía luchar en su interior, en ese infinito de que hablábamos hace poco, en medio de las oscuridades y de los débiles resplandores, una diosa y un gigante.

Llenábale esto de espanto, pero le parecía que el buen pensamiento prevalecería al fin.

Conocía que tocaba al otro momento decisivo de su conciencia y de su destino; que el obispo había marcado la primera fase de su nueva vida, y que este Champmathieu marcaba la segunda. Después de la grande crisis, la grande prueba.

Entre tanto la fiebre, calmada un instante, le volvía poco á poco. Asaltábanle mil pensamientos, pero que continuaban fortificando en su resolución.

Habiase dicho un momento: — Que tal vez tomaba él



este asunto con demasiado ardor; que, á pesar de todo, aquel Champmathieu no era una persona que inspirase interes, y que al cabo, habia robado.

Pero se respondió; — Si ese hombre ha robado, en efecto, algunas manzanas, es cosa de un mes de cárcel. De esto á galeras hay una distancia inmensa. ¿ Y áun quién sabe? ¿ habia robado? ¿ hay pruebas de ello? el nombre de Juan Valjean le agobia y oprime, pareciendo que él por sí debe dispensar de toda prueba. ¿ No obran así habitualmente los procuradores del rey? Le creen ladrón, porque le creen presidiario.

En otro instante le avino esta idea: que cuando se hubiera él denunciado, tal vez se tendria en consideracion el heroísmo de este acto, y su vida ejemplar durante siete años, como lo mucho que habia hecho por el país, y que sería agraciado.

Pero esta suposicion se desvaneció muy pronto, y sonrió amargamente al pensar que el robo de los cuarenta sueldos á Gervasito le hacia reincidente; que este robo no podría ménos de figurar en el proceso, y que conforme á los términos precisos de la ley, le infligiria la pena de cadena perpétua.

Apartó los ojos de toda ilusion, se desprendió cada vez más y más de la tierra y buscó el consuelo y la fuerza en otra parte. Dijose que, ante todo y sobre todo, era preciso hacer su deber, que tal vez no sería más desgraciado despues de haber hecho su deber que despues de haberle eludido; que si dejaba obrar y marchar los sucesos, si se quedaba en M. su consideracion, su buena fama, sus buenas obras, la deferencia, la veneracion, su caridad, su riqueza, su popularidad, su virtud, serian sazonadas con un crimen; ¿ y qué gusto tendrian todas estas cosas santas unidas á esa otra cosa horrenda? mientras que, si él consumaba su sacrificio, en el presidio, en el posté, en la argolla, con

el gorro verde, en el trabajo sin tregua, en la vergüenza sin piedad, una idea celestial se mezclaria á todos los actos de su nueva vida!

Por último, dijose que era absolutamente necesario, que su destino así lo exigia, que no le era dado á él cambiar las disposiciones del Altísimo, que en todo caso, era preciso escoger: ó la virtud por fuera y la abominacion por dentro, ó la santidad por dentro y la infamia por fuera.

Al remover tantas ideas lúgubres, su valor no desfallecia, pero su cerebro se fatigaba; y á pesar suyo, comenzaba á pensar en otros asuntos, en cosas indiferentes.

Sus arterias latian con violencia en sus sienés. No cesaba de dar paseos por el cuarto. Las doce de la noche dieron, primero en la parroquia, y despues en las casas consistoriales. Contó las doce campanadas en cada reloj y comparó el sonido de las dos campanas. Con tal motivo, recordó que, pocos dias ántes, habia él visto en casa de un mercader de hierro viejo una antigua campana que se hallaba allí de venta, en la cual estaba inscrito este nombre: *Antonio Albino de Romainville*.

Tenia frio, y encendió un poco de lumbre; pero no pensó en cerrar la ventana.

Entre tanto, habia vuelto á caer en su estupor. Fuele necesario hacer un esfuerzo bastante grande para recordar en qué pensaba él ántes que dieran las doce. Lo consiguió al fin.

— ¡ Ah! si, se dijo, habia optado por la resolucion de delatarme.

Y en seguida pensó en la Fantina.

— ¡ Toma! dijo, ¡ y esa pobre mujer!

Áquí se declaró una nueva crisis.

Fantina aparecia bruscamente en su delirio, y fué como el rayo de una luz inesperada. Parecióle que todo cambiaba de aspecto en derredor suyo, y exclamó:



— ¡ Ah ! sí, pero, hasta aquí, yo no he considerado sino sólo mi persona ! ¡ no he calculado sino lo que podrá convenirme ! Me conviene callar, ó me conviene denunciarme ; — ocultar mi persona ó salvar mi alma, ser un magistrado despreciable y respetado, ó un galeote infamado y venerable ; ¡ esto es yo, siempre yo, y nada más que yo ! Pero, Dios mio, todo esto no es más que puro egoísmo ! ¡ Son formas diversas del egoísmo, pero es egoísmo ! ¿ Y si yo pensara también algo en los demás ? La primera santidad consiste en pensar en el prójimo. ¡ Á ver, examinemos ! ¿ Una vez suprimido yo, borrado, olvidado, qué vendría á ser de todo esto ? — ¿ Si me denuncio, me prenden, sueltan á Champmathieu, y me reconducen al presidio ; está bien, ¿ pero y después ? ¿ Que va á pasar aquí ? ¡ Ah ! aquí, hay un país, una población, fábricas, una industria, obreros, hombres, mujeres, abuelos ancianos, niños, pobres gentes ! Yo soy quien ha creado todo esto, yo hago vivir todo esto ; doquiera que se ve una chimenea humeando, yo soy quien ha puesto el tizon en la lumbre y la carne en la marmita ; yo he creado el bienestar y la abundancia, la circulación, el crédito ; ántes que yo viniera, nada de esto existía ; yo he levantado, vivificado, animado, fecundado, estimulado, enriquecido á todo el país ; en mi ausencia, faltará el alma ; si yo me suprimo aquí, todo muere. — Y esa mujer que ha sufrido tanto, que tantos méritos tiene en medio de su prevaricación, y cuya desgracia ha sido obra mia, sin quererlo yo ! Y esa niña que pensaba ir á buscar yo mismo, y que he prometido á su madre ! Es que no debo yo también algo á esa mujer, en reparación del mal que la he causado ? Si desaparezco, qué va á suceder ? La madre morirá. La niña vendrá á ser lo que pudiere. Hé aquí lo que pasará, si me delato. — ¿ Y si no me delato ? Vamos á ver, si no me delato ?

Después de haberse dirigido esta pregunta, se detuvo ;

siguióse un momento de hesitación y de temblor ; pero este momento duró muy poco, y se respondió con calma :

— Ea bien, ese hombre va á galeras, es verdad, pero, ¡ qué diablos ! él ha robado ! Por más que yo me diga que no ha robado, ha robado ! Yo, permanezco aquí, continuo. Dentro de diez años habré ganado ya diez millones, que distribuyo en el país ; nada reservo para mí ; ¿ para qué lo necesito yo ? No es por mí por quien yo hago todo esto. La prosperidad de todos va en aumento, las industrias se animan y se estimulan, las manufacturas y las fundiciones se multiplican, las familias, cien familias, mil familias ! son dichosas ; la comarca se va poblando ; donde sólo había granjas, nacen poblaciones ; donde nada había, se improvisan granjas ; la miseria desaparece, y con la miseria desaparecen la incontinencia, la prostitución, el robo, el homicidio, todos los vicios, todos los crímenes ! Y esa pobre madre criará, educará á su hija ! y hé aquí todo un país rico y honrado ¡ Ah ! ¿ pero es que yo estaba loco ? ¿ no era el mayor de los absurdos lo que decía de denunciarme ? En verdad, es preciso poner siempre una grande atención, y no precipitar las cosas. Cómo ! porque se me habría puesto en la cabeza el hacer el magnánimo y el generoso ! — Y sobre todo, esto no pasa de ser puro melodrama ! — Porque yo no habré pensado sino en mí, en mí solamente, ¿ y para qué ? para salvar de un castigo tal vez algo exagerado, pero justo en el fondo, no se sabe á quien, á un ladrón, un perillan, sin duda, será preciso que perezca todo un país ! será preciso que una pobre mujer vaya á morir al hospital ! que una pobre criaturita muera en medio de la calle, como un perro ! Ah ! pero esto es abominable ! Y sin que la madre haya vuelto á ver á su hija ! sin que la hija haya conocido apenas á su madre ! y todo por ese misero viejo, ladrón de manzanas que, de seguro, habrá merecido el presidio por otra cosa, si no es por esa ! Bellos escrúpulos que salvan á un



culpable y sacrifican á miles de inocentes; que salvan á un viejo vagabundo á quien sólo quedan al fin y al cabo algunos años de vida, y que no será más desgraciado en presidio que en su casucha, y sacrifican á todo un pueblo, abuelos, padres, madres y niños! Esta pobrecita Coseta que no tiene más que á mí en el mundo y que está sin duda en este momento amoratada de frío en el chiribitil de esos Thénardier! Hé aquí otros canallas! Y faltaria yo á mis deberes para con todas estas pobres gentes! É iria á delatarme! Y haria tan necio disparate! Pongámonos en lo peor. Supongamos que haya una mala accion para mí en esto, y que mi conciencia me la eche en cara algun día; aceptar, por el bien de los demas, estos reproches, que no se dirigen sino contra mí, esta mala accion que no compromete sino á mi alma, en esto es en lo que consiste precisamente la abnegacion, en esto estriba la virtud.

Se levantó, y volvió á pasear. Esta vez le parecia hallarse contento.

Los diamantes no se encuentran sino en las tinieblas de la tierra; las verdades tampoco se hallan sino en las profundidades del pensamiento. Pareciale que, despues de haber descendido á estas profundidades, despues de haber marchado largo tiempo á tientas por lo más oscuro de estas tinieblas, acababa por fin de hallar uno de esos diamantes, una de esas verdades, que la tenía como empuñada en sus manos; y se deslumbraba mirándola.

— Sí, dijo en su interior, esto es! ya estoy en el punto de la verdad y de la realidad. Tengo mi solucion. Es preciso acabar por atenerse á algo. Ya he tomado mi partido. ¡Dejemos obrar! No vacilemos ya, no retrocedamos. Esto está en el interes de todos, no en el mio. Soy Magdalena, y Magdalena continuaré siendo. ¡Desgraciado el que sea Juan Valjean! Yo ya no lo soy. No conozco á ese hombre, no sé nada de eso; si se halla álguien que sea á estas horas Juan Val-

jean, que se arregle él allá como pueda! Eso á mí no me importa. Es un nombre fatal que vaga y fluctúa en la noche; ei se detiene y cae sobre una cabeza, tanto peor para ella!

Se miró en el espejo que estaba sobre la chimenea, y dijo:

— ¡Toma! esto de adoptar así una resolucion me ha aliviado! Ahora ya soy otro hombre.

Dió algunos pasos más, y luego se deluvo:

— ¡Vamos! dijo, no hay que vacilar ante ninguna de las consecuencias de la resolucion adoptada. Todavía hay lazos que me ligan á ese Juan Valjean. ¡E! preciso romperlos! En este mismo cuarto hay ciertas cosas que me acusarian, objetos mudos que sin embargo serian testigos á mi cargo: está dicho, es menester que todo esto desaparezca.

Echó mano al bolsillo, sacó de él su cartera, la abrió y tomó en ella una llavecita.

Introdujo esta llave en una cerradura cuyo agujero apenas se veia, perdido y escondido cual se hallaba entre los colores más oscuros del papel que cubria las paredes de la habitacion. Abrióse un escondrijo; una especie de falsa alacena disfrazada entre el rincón de la pared y la campana de la chimenea. En aquel escondite no habia más que algunos harapos; una especie de anguarina de hilo azul, un pantalon viejo, una mochila usada y un garrote de acebuche ferrado en ambas puntas. Los que hubieran visto á Juan Valjean en la época en que atravesaba la ciudad de D., en Octubre de 1815, habrian reconocido fácilmente todas las prendas que constituian su miserable vestimenta.

— La habia conservado, lo mismo que los candeleros de plata, á fin de tener siempre en la memoria su procedencia, su punto de partida. Sólo que ocultaba todo esto que venia del presidio, y dejaba á la vista los candeleros que venian del obispo.

Dirigió una mirada furtiva hácia la puerta, como si te-



miera que se abriese á pesar del cerrojo con que la habia élasegurado; y despues, con un movimiento vivo y brusco, y una sola brazada, sin dirigir siquiera una postrera mirada á aquellas cosas que habia el guardado tantos años de una manera tan religiosa y tan peligrosa, lo cogió todo, trapos, baston y mochila, y lo arrojó al fuego.

Enseguida volvió á cerrar la falsa alacena, y redoblando sus precauciones inútiles ya, puesto que quedaba vacía, escondió la puerta detras de un gran mueble que colocó en aquel sitio.

Al cabo de algunos segundos, el cuarto y la pared de enfrente se hallaron iluminados con un gran reflejo oscilante y rojizo. Todo ardia; el palo de acebuche crujía y arrojaba chispas hasta el medio de la habitacion.

La maleta, al consumirse con los trapos asquerosos que contenia, habia puesto al desnudo un objeto que brillaba en la ceniza. Acercándose un poco, habriase reconocido fácilmente que era una moneda de plata. Sin duda la de dos francos robada al saboyanito.

No miraba el siquiera á la lumbre, y marchaba sin cesar, yendo y viniendo sobre sus mismos pasos.

De repente fijáronse sus ojos en los dos candeleros de plata que el reflejo hacia brillar de una manera vaga sobre la chimenea.

— Bah! dijo para sí; todo Juan Valjean se halla aun en estos candeleros. Es preciso tambien destruirlos.

Tomó los dos candeleros.

Habia bastante fuego para que se los pudiera fundir haciéndoles perder la forma prontamente y obteniendo de ellos una especie de pastel ó barra desfigurada.

Se acercó á la chimenea y se calentó un instante, experimentando un verdadero gozo. — ¡Hermoso calor! dijo.

Agitó las brasas con uno de los dos candeleros.

Un minuto más, y ya estaban en la lumbre.

En este momento le pareció oír una voz que gritaba en su interior: — Juan Valjean ¡ Juan Valjean!

Sus cabellos se erizaron; hallándose como un hombre que escucha una cosa terrible:

— Sí, eso es, acaba! decia la voz. Completa tu obra! destruye tambien esos candeleros! aniquila ese recuerdo! olvida al obispo! arruina á Champmathieu, anda! está bien. Apláudete! Así, es cosa convenida, cosa resuelta, está dicho y estará hecho; hé ahí un hombre, hé ahí un anciano que ignora qué es lo que quieren de él, que tal vez no ha hecho nada, un inocente, cuya desgracia toda es ocasionada por tu nombre, sobre quien pesa tu nombre como un crimen, que va á ser juzgado en lugar tuyo, que va á ser condenado, que va á acabar sus dias en la abyeccion y en el horror! está muy bien. Entre tanto, tú hazte pasar por hombre de bien. Continúa siendo el señor alcalde; sé honorable y honrado; enriquece la ciudad, alimenta á los indigentes, educa á los huérfanos, vive dichoso, virtuoso y admirado; y mientras esto sucede, mientras que tú estarás aqui en la alegría y en la luz, no faltará uno que lleve puesta tu casaca roja, que cargue con tu nombre en la ignominia y que arrastre en presidio tu cadena! ¡ Si, esto está así muy bien arreglado! ¡ Ah! miserable!

La frente le chorreaba sudor. Fijaba sus ojos huraños en los candeleros. Sin embargo, la voz que hablaba en él no habia concluido aún; y continuó gritándole de esta manera:

— ¡ Juan Valjean! habrá en derredor tuyo muchas voces que harán un gran ruido, que hablarán muy alto, y que te bendecirán, y una sola que nadie oirá y que te maldecirá en las tinieblas. ¡ Pues bien! escucha, infame! todas esas bendiciones volverán á caer ántes de llegar al cielo, y sólo la maldición subirá hasta Dios.

Esta voz, al principio muy débil, y que se habia elevado desde el fondo más oscuro de su conciencia, se habia ido



haciendo por grados sonora y formidable, y ahora ya la oía el claramente hablarle al oído. Parecía que ella había salido de sí mismo y que ahora le hablaba fuera de él. Creyó oír las últimas palabras tan distintamente, que miró por el cuarto con una especie de terror.

— ¿Hay alguien aquí? preguntó en alta voz y como desvariando.

En seguida continuó diciendo con una risa que se asemejaba á la risa de un idiota:

— ¡Qué tonto soy! no puede haber aquí nadie.

Había alguien sin embargo; pero el que allí estaba no era de los seres que alcanza á ver la vista humana.

Colocó los candeleros sobre la chimenea.

Entonces volvió á emprender aquella marcha monótona y lúgubre que turbaba en sus sueños y que despertaba sobresaltado al hombre que dormía en el piso de abajo.

Aquellos paseos le aliviaban y le embriagaban al mismo tiempo. Diríase que á veces, en las ocasiones supremas, el hombre se mueve como para pedir consejo á todo cuanto puede encontrar en medio de su agitacion. Al cabo de algunos instantes, ya no sabía él á qué altura se hallaba.

Ahora retrocedía, con igual terror y espanto, ante las dos resoluciones que sucesivamente había tomado. Las dos ideas que le aconsejaban le parecían tan funestas una como otra. — ¡Qué fatalidad! ¡Qué encuentro el de aquel Champmathieu tomado por él! ¡Verse precipitado justamente por el mismo medio que la Providencia parecía primero haber empleado para asegurarle!

¡Hubo un momento en que consideró el porvenir. ¡Delatarse, gran Dios! ¡entregarse! Examinó con una desesperacion inmensa todo lo que tendría que abandonar, todo lo que debería recobrar. Conque sería preciso despedirse para siempre de aquella existencia tan buena, tan pura, tan radiante, renunciar al respeto de todos, al honor, á la liber-

tad! Ya no iría á pasearse al campo, ni oíría cantar las aves en el mes de Mayo, ni daría más limosnas á los niños! ¡No experimentaría ya las dulces miradas de reconocimiento y de amor fijadas en él! ¡Abandonaría aquella casa que había edificado! ¡aquel cuartito que habitaba! Todo le parecía bellissimo en este momento. No leería ya nunca en aquellos libros, ni escribiría en aquella mesita de madera blanca! La vieja portera, única criada que le asistía, ¿no le subiría ya nunca su café por las mañanas? ¡Gran Dios! y en lugar de todo esto, la chusma, la argolla, la chaqueta roja, la cadena al pié, la fatiga, el calabozo, la cama de campaña, todos aquellos horrores que le eran tan conocidos! Á su edad, y despues de haber sido lo que era! Aún si fuera jóven! Pero anciano, verse tuteado por todo el mundo, registrado por el guarda-chusma, y sufrir palos de manos de aquella gentualla! ¡Llevar los piés desnudos en unos zapatos gruesos, toscos y ferrados! Alargar su pierna por las noches á todas horas al martillo del rondador que visita la manilla! Sufrir la curiosidad de los extraños á quienes se diría: *Aquel es el famoso Juan Valjean, que ha sido alcalde en M.* ¡Y por la noche, empapado en sudor, abrumado de cansancio, con el gorro verde hasta los ojos, subir, en parejas y bajo el zurriago del sargento, la escala del presidio flotante! ¡Oh! ¡qué miseria! Es posible que el destino sea malvado como un sér inteligente, y se haga monstruoso como el corazon humano?

Y, por más que hacía, siempre volvía á caer sobre este cruel y punzante dilema que estaba en el fondo de su delirio: — Quedar en el paraíso, y convertirse aquí en demonio! Volverse al infierno y allí convertirse en ángel?

Qué hacer, gran Dios! qué hacer?

La tormenta de la cual había él salido con tanto trabajo volvió, pues, á desencadenarse y á rugir de nuevo en su interior. Sus ideas recomenzaron á confundirse, á mezclarse,



adquiriendo ese carácter estupefacto y maquinal que es propio de la desesperación. El nombre de Romainville le venía á la memoria sin cesar, con dos versos de una canción que había oído él en otro tiempo. Recordó que Romainville es un bosquecito que está junto á París, adonde suelen ir los jóvenes enamorados á coger lilas en la primavera.

Vacilaba en el exterior lo mismo que en su interior; andando por el aposento como un niño á quien dejan ir solo.

En ciertos momentos luchaba contra el cansancio, y hacía esfuerzos por recobrar su inteligencia; tratando de plantearse por última vez, y de una manera definitiva, el problema sobre el cual había él caído en desfallecimiento. ¿Conviene delatarse? ¿Conviene callarse?—No conseguía ver nada claro. Los vagos aspectos de todos los razonamientos bosquejados por su delirio temblaban y se disipaban uno en pos de otro como el humo. Sólo sentía que, en cualquier partido en que se fijara, necesariamente, y sin que hubiera medio de escapar, algo de él iba á morir; que, á derecha ó á izquierda, siempre entraba en un sepulcro: que habría de todos modos para él una agonía, la agonía de su honor, ó la agonía de su virtud.

¡ Ah! todas sus irresoluciones se habían vuelto á apoderar de él; no hallándose más adelantado ahora que al principio.

Así luchaba entre mortales angustias aquella alma desgraciada. Diez y ocho siglos antes que existiera este hombre infortunado, el ser misterioso en quien se compendian todas las santidades y todos los sufrimientos de la humanidad, había él también, mientras que las olivas temblaban bajo el viento formidante del infinito, apartado largo tiempo con su mano el cáliz amargo que le aparecía destilando sombra y rebosando tinieblas en las profundidades sembradas de estrellas.

## IV

## FORMAS QUE TOMA EL SUPPLEMENTO DURANTE EL SUEÑO

Acababan de dar las tres de la mañana, y hacía ya cinco horas que paseaba así, casi sin interrupción, cuando se dejó caer sobre una silla.

Se durmió y empezó á soñar.

Como la mayor parte de los sueños este no se refería á la situación sino por no sé qué de funesto y punzante, pero le hizo grande impresión. De tal manera le impresionó esta pesadilla, que más adelante la escribió. Es uno de los manuscritos que ha dejado. Creemos deber copiar aquí textualmente este documento.

Sea como quiera este sueño, la historia de aquella noche quedaría incompleta si le omitiésemos. Es la aventura sombría de un alma enferma.

Helo aquí. En el sobre hallamos escrita esta línea: *El sueño que tuve aquella noche.*



» Hallábame en un campo. Un campo vasto y triste, donde no había yerba. No me parecía que fuese de día ni de noche.

» Me paseaba allí con mi hermano, el hermano de mis años de infancia, aquel hermano en quien debo decir que no pienso nunca, y de quien casi no me acuerdo ya.

» Conversábamos, y encontrábamos algunos transeúntes. Hablábamos de una vecina que habíamos tenido en otro tiempo, y que, desde que habitaba un cuarto que daba á la calle, siempre trabajaba con la ventana abierta. Mientras que así conversábamos, teníamos frío, á causa de aquella ventana abierta.

» No había árboles en aquel campo.

» Vimos á un hombre que pasó junto á nosotros. Era un hombre enteramente desnudo, color de ceniza, que montaba un caballo color de tierra. El hombre no tenía caballo: veíasele el cráneo y unas venas sobre aquel cráneo. Tenía en la mano una varita flexible como un sarmiento de vid y pesada como el hierro. Aquel jinete pasó y no nos habló nada.

» Mi hermano me dijo: — Tomemos el camino hondo.

» Había un camino hondo, donde no se veía ni una planta ni una hebra de musgo. Todo, hasta el cielo, tenía allí color de tierra. Después de haber dado algunos pasos, ya nadie me respondía cuando yo hablaba. Noté que mi hermano no iba ya conmigo. Había desaparecido.

» Entré en un pueblo que vi. Pensé que debía ser Romainville (¿por qué Romainville?).

» La primera calle en que penetré estaba desierta. Entré en una segunda calle. Detrás de la esquina que hacían las dos calles se hallaba un hombre de pié y apoyado contra la pared. Pregunté á este hombre: — ¿Qué país es este?

1 Este paréntesis es de la mano de Juan Valjean.

» ¿En dónde me hallo? El hombre no me respondió. Vi abierta la puerta de una casa, y entré en ella.

» La primera pieza estaba desierta. Entré en la segunda.

» Detrás de la puerta de esta habitación, había un hombre de pié y apoyado contra la pared. Dije á este hombre: — ¿De quién es esta casa? ¿En dónde me encuentro? El hombre guardó silencio. La casa tenía un jardín.

» Salí de la casa y entré en el jardín. El jardín estaba desierto. Detrás del primer árbol hallé á un hombre que estaba de pié. Pregunté á este hombre: — ¿Qué jardín es este? ¿En dónde estoy? Nada respondió el hombre.

» Divagué errante por el pueblo, y me apercibí de que era una ciudad. Todas las calles estaban desiertas, todas las puertas estaban abiertas. Ningun sér viviente pasaba por las calles, ni andaba por las habitaciones, ni paseaba en los jardines. Pero había detrás de cada esquina, detrás de cada puerta, detrás de cada árbol, un hombre de pié y que callaba á las preguntas que se le dirigían. Nunca se veía sino uno á la vez. Estos hombres me miraban pasar.

» Salí de la ciudad y eché á andar por los campos.

» Al cabo de algun tiempo, volví la vista atrás, y ví una muchedumbre que venía en mi seguimiento. Reconocí á todos los hombres á quienes había visto en la ciudad. Tenían unas cabezas extrañas. Parecía que no se daban prisa, y sin embargo andaban con más velocidad que yo. No hacían ningun ruido al andar. En un instante me alcanzó aquella muchedumbre y me rodeó. Las caras de aquellos hombres eran de color de tierra.

» Entonces el primero á quien yo había visto y cuestionado al entrar en la ciudad me dijo: — ¿Adónde va usted? ¿Es que no sabe que está usted muerto hace mucho tiempo?

» Abri la boca para responder, y me apercibí de que no había nadie en mi presencia. »



Despertó, y estaba helado. Un viento frío como el viento de la mañana, hacia mover en sus goznes las ventanas que habían quedado abiertas. La lumbre estaba apagada. La bujía tocaba á su fin. Aún era noche oscura.

Se levantó y se dirigió á la ventana. El cielo continuaba siempre sin estrellas.

Desde su ventana, veíase el patio de la casa y la calle. Un ruido seco y duro que se dejó oír de repente en el suelo le hizo bajar los ojos.

Vió debajo de él dos estrellas rojas cuyos rayos se alargaban y se acortaban de un modo raro en la sombra.

Como su pensamiento se hallaba aún medio sumergido en la bruma de los sueños: — ¡Vaya! dijo para sí, no las hay en el cielo. Ahora están en la tierra.

Disipóse sin embargo esta turbación; un segundo ruido igual al primero acabó de despertarle; miró, y reconoció que aquellas dos estrellas eran los faroles de un carruaje. Á la claridad que ellos daban, pudo distinguir la forma de aquel carruaje. Era un tilbury al cual estaba enganchada una jaquita blanca. El ruido que él había oído eran las patadas del caballo en el empedrado.

— ¿Qué viene á ser este carruaje? se preguntó. ¿Cómo es que viene aquí tan temprano?

En este momento dieron un golpecito á la puerta de su cuarto.

Estremecióse de pies á cabeza, y gritó con voz terrible:

— ¿Quién está ahí?

Una voz respondió:

— Soy yo, señor alcalde.

Reconoció la voz de la anciana, su portera.

— Ea bien, dijo, ¿y qué hay?

— Señor alcalde, van á dar ya las cinco de la mañana.

— ¿Y qué tengo yo con que sean las cinco de la mañana?

— Señor alcalde, es el cabriolé.

— ¿Qué cabriolé?

— El tilbury.

— ¿Qué tilbury?

— ¿Es que el señor alcalde no ha hecho pedir un tilbury?

— No, respondió.

— El cochero dice que viene á buscar al señor alcalde.

— ¿Qué cochero?

— El cochero del señor Scaufflaire.

— ¡Scaufflaire!

Este nombre le hizo estremecer como un relámpago que le hubiera pasado por la cara.

— ¡Ah! sí, dijo entónces, el señor Scaufflaire!

Si la anciana hubiera podido verle en aquel momento, se habria asustado.

Pasó un largo rato en silencio. Examinaba con ademán estúpido la llama de la vela, y tomaba al rededor de la mecha cera derretida que estrujaba y amasaba entre sus dedos. La vieja entre tanto estaba esperando. Por último se aventuró aún á levantar la voz diciéndole:

— ¿Señor alcalde, qué deberé responderle?

— Dígale usted que está bien, que ya voy á bajar.





En aquella época se hacía aún el servicio postal de Arras á M. por medio de las malas pequeñas establecidas en tiempo del imperio. Eran estas malas unos cabriolés de dos ruedas forrados por dentro de cuero color leonado, suspendidos sobre resortes, y sin tener más que dos asientos, uno para el correo, y el otro para un viajero. Las ruedas iban armadas con esos largos cubos ofensivos que mantienen á distancia á los demás carruajes y que aún se ven en los caminos de Alemania. La balija de la correspondencia, inmensa caja oblonga, iba colocada detrás del cabriolé, formando cuerpo con él. Esta balija estaba pintada de negro y el cabriolé de amarillo.

Estos coches, con los cuales no puede compararse hoy ninguno, tenían no sé qué de disforme y coreovado, y al verlos pasar de lejos arrastrando por algún camino en el

horizonte, se asemejaban á esos insectos que creo suelen llamar termes, los cuales conducen como un enorme caparazon posterior sobre su estrecha cintura. Por lo demas, iban muy de prisa. La mala que salía de Arras todas las noches á la una, después que pasaba el correo de Paris, llegaba á M. un poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche, la mala que descendía á M. por la ruta de Hesdin se enganchó al revolver una esquina, en el momento en que entraba en la villa, con un pequeño tilbury tirado por una hacanea blanca, que venía en sentido opuesto, y en el cual no habia sino una sola persona, un hombre muy envuelto en un capote. La rueda del tilbury recibió un choque bastante fuerte. El correo gritó á aquel hombre que se detuviera, pero el viajero no le escuchó, prosiguiendo su camino á gran trote.

— ¡Allá va uno que lleva prisa como un diablo! dijo el postillon.

El hombre que así se apresuraba á marchar, era el mismo á quien acabamos de ver luchando entre convulsiones dignas seguramente de conmiseracion.

¿Adónde iba? El mismo no habria podido decirlo. ¿Por qué se daba tanta prisa? Lo ignoraba. Iba á la ventura en busca... de sí mismo. ¿Adónde? Á Arras sin duda; pero tal vez iba también á otra parte. En ciertos momentos, se apercibía él de ello y temblaba. Sumergiase en aquella oscuridad como en una caverna. Algo le empujaba, algo le atraía. Nadie podria decir lo que en él pasaba. Esto lo comprenderá todo el mundo. ¿Qué hombre no ha entrado, á lo ménos una vez en su vida, en esa oscura caverna de lo desconocido?

Por lo demas, él no habia resuelto, ni decidido, ni acordado, ni hecho nada. Ninguno de los actos de su conciencia habia sido definitivo. Hallábase más que nunca como en el primer instante de su crisis



¿Por qué iba á Arras?

Repetíase lo que se había dicho ya al retener el cabriolé de Scaufflaire, — que, cualquiera que debiera ser el resultado, no había ningún inconveniente en ver, con sus propios ojos, y en juzgar las cosas por sí mismo; — que, además, esto era prudente, que era menester saber lo que pasaba; — que nada podía decidirse sin haber observado y examinado; — que, de lejos, de cualquier cosa se hace una montaña; — que, en resumidas cuentas, cuando él hubiera visto á aquel Champmathieu, algún miserable, su conciencia se hallaría probablemente muy aliviada de dejarle ir á presidio en su lugar; — que á la verdad se hallarían allí Javert y aquel Brevet, aquel Chenildieu, y aquel Cocheville, antiguos presidiarios que le habían conocido; pero que, de seguro, no le reconocerían ya; — ¡vaya qué idea! — Que Javert estaba á cien leguas de ella; — que todas las conjeturas y todas las suposiciones se hallaban fijadas en aquel Champmathieu, y que no hay cosa tan obstinada como las suposiciones y las conjeturas; — que, por consiguiente, no había el menor peligro.

Que sin duda era aquel un momento crítico para él, pero que al fin le atravesaría en salvo; — que, á pesar de todo, él tenía siempre en sus manos su destino, por más malo que este fuera, que él era siempre el dueño. Y se asía á este pensamiento.

Para decirlo todo, en el fondo, habría él preferido no ir á Arras.

Sin embargo, iba.

Mientras que así cavilaba, daba de latigazos al caballo, el cual trotaba, con ese buen trote acompasado y seguro que hace dos leguas y media por hora.

Á medida que el cabriolé avanzaba, sentía él algo en sí que le resistía y le incitaba á retroceder.

Al amanecer, hallábase en campo raso; la ciudad de

M. estaba ya bastante lejos de él. Miró blanquear el horizonte, y también miró pasar ante sus ojos, sin verlas, todas las figuras glaciales de una aurora de invierno. Como la noche, también la mañana tiene sus espectros. Él no los veía, pero sin apercibirse de ello, y por una especie de penetración casi física, las negras sombras de los árboles y de las colinas añadían al estado violento de su alma un no sé qué de triste y siniestro.

Cada vez que pasaba por delante de una de esas casas aisladas que á veces flanquean los caminos, decía para sí: ¡Y sin embargo, allí dentro hay gentes que duermen!

El trote de caballo, los cascabeles del arnés, las ruedas deslizándose por la calzada, hacían un ruido suave y monótono. Todas estas cosas son deliciosas cuando uno está alegre, y lúgubres cuando está triste.

Era ya muy de día cuando llegó á Hesdin. Detúvose ante una posada para que el caballo tomase algún respiro y hacer que le diesen un poco de avena.

Según había dicho Scaufflaire, el caballo pertenecía á esa raza diminuta del Boulonnais que tiene demasiada cabeza, demasiado vientre, de cuello corto, pero de pecho abierto, de ancha grupa, pierna enjuta y pie sólido; raza fea, pero sana y robusta. Cinco leguas había hecho en dos horas la excelente bestia, sin que se dejara ver ni una gota de sudor en sus ijares.

Él no bajó del tilbury. El mozo de la caballeriza que trajo la avena se agachó de improviso y se puso á examinar la rueda de la izquierda.

— ¿Va usted muy lejos de esta manera? preguntó aquel hombre.

Él le replicó casi sin abandonar su delirio:

¿Por qué?

¿Viene usted de muy lejos? volvió á preguntar el mozo.



— De cinco leguas de aquí.

— ¡ Ah !

— ¿ Por qué dice usted : Ah !

El mozo se inclinó de nuevo, guardó silencio unos instantes, con los ojos fijos en la rueda, y despues se enderezó diciendo .

— Es que hay aquí una rueda que es posible haya hecho cinco leguas, pero que de seguro no hará ahora un cuarto de legua más.

Al oír esto, saltó del tilbury.

— ¿ Qué está usted diciendo, amigo mio ?

— Digo que es un milagro que haya usted hecho cinco leguas sin ir rodando, usted y su caballo, en algún foso de la gran carretera. Mire usted aquí si no.

Con efecto, la rueda se hallaba gravemente deteriorada. El choque del carruaje de la mala había hendido dos rayos y lastimado el cubo cuya tuerca no podía ya sostenerse.

— ¿ Amiguito, dijo al mozo de la posada, hay por aquí un constructor de carruajes ?

— Sin duda, caballero .

— Hágame el favor de ir á buscarle.

— Está ahí á dos pasos. ¡ Hé ! ¡ maese Bourgaillard !

Maese Bourgaillard, el carpintero, se hallaba en el umbral de su puerta. Vino á examinar la rueda é hizo el gesto de un cirujano que ve una pierna rota.

— ¿ Podrá usted componerme esta rueda inmediatamente ?

— Si, señor.

— ¿ Cuando podré continuar mi viaje ?

— Mañana.

— ¡ Mañana !

— Hay un día, largo, de trabajo. ¿ Es que tiene usted mucha prisa ?

— Muchísima. Es menester que me vuelva á marchar dentro de una hora, á lo más.

— Imposible, caballero.

— Pagaré todo cuanto sea necesario...

— Imposible.

— ¡ Pues bien ! dentro de dos horas.

— Imposible para hoy. Hay que hacer nuevos dos rayos y un cubo. No podrá usted salir ántes de mañana.

— El asunto que á mi me obliga á marchar no puede esperar á mañana. Y si, en lugar de componer esta rueda, se la reemplazase con otra ?

— ¿ Y cómo reemplazarla ?

— ¿ Usted es constructor de carruajes ?

— Sin duda, caballero.

— ¿ Es que no tendría usted una rueda que venderme Así podría yo marcharme en seguida.

— ¿ Una rueda de repuesto ?

— Si.

— Yo no tengo una rueda hecha para su cabriolé de usted. Dos ruedas hacen el par. Pero no se hallan iguales á la ventura.

— En ese caso, véndame usted un par de ruedas.

— Caballero, todas las ruedas no se acomodan á todos los ejes.

— En todo caso, ensáyelas usted.

— Es inútil, caballero. Yo no tengo de venta sino ruedas de carreta. Aquí somos un país pequeño.

— ¿ Tendría usted un cabriolé que alquilarme ?

El maestro carretero, desde la primera ojeada, había conocido que el tilbury era un carruaje de alquiler. Y se encogió de hombros.

— ¡ Ya veo cómo usted trata los cabrióles que le alquilan ! Áun cuando yo tuviera uno, no se le alquilaria.

— Ea bien, ¿ y para vendérmelo ?



- No tengo.
- ¡Cómo! ¡ni siquiera un calesin! yo no soy delicado, como usted ve.
- Este es un pueblo pequeño. Lo único que tengo allí en la cochera es una carretela vieja, que pertenece á un señor del pueblo, que me la ha dado á guardar, y que suele servirse de ella cada treinta y seis meses. Yo se la alquilaria á usted, ¿qué se me da á mí de eso? pero sería preciso que su amo no la viera pasar; y despues, como es una carretela, se necesitarian dos caballos.
- Tomaré dos caballos de posta.
- ¿Adónde se dirige usted?
- Á Arras.
- ¿Y desea usted llegar allá hoy mismo?
- ¡Ya lo creo!
- ¿Tomando caballos de posta?
- ¿Por qué no?
- ¿Le sería á usted igual llegar en la noche siguiente, á las cuatro de la mañana?
- ¡Nada de eso!
- Es que, vea usted bien, hay que tener presente una cosa: tomando caballos de posta... — ¿Usted llevará su pasaporte?
- Sí.
- Pues bien, tomando caballos de posta, no podrá usted llegar á Arras ántes de mañana. Aquí estamos en un camino transversal. Las paradas son mal servidas, los caballos están en el campo. Ahora principia la estacion de las grandes labranzas; se necesitan muchos tiros, y se toman caballos de todas partes, de la posta como de los demas sitios. Lo ménos tendrá usted que esperar tres ó cuatro horas en cada parada. Y despues, se marcha al paso. Hay muchas cuestas que subir.

- Vamos, iré á caballo. Desenganche usted el cabriolé. Siempre me venderán en este pueblo una silla.
- Sin duda, pero ¿es que este caballo aguantaré la silla?
- Es verdad, usted me hace pensar en ello, no la aguanta.
- Entónces...
- ¿Pero hallaré en el pueblo un caballo de alquiler?
- ¿Un caballo para ir á Arras de una tirada?
- Sí.
- Para eso se necesitaria un caballo como no los hay en nuestro país. En primer lugar, tendria usted que comprarle, puesto que no le conocen. Pero ni comprado, ni alquilado, ni por quinientos francos, ni por mil, no le hallaria usted!
- ¿Y cómo me arreglaré entónces?
- Lo mejor que hay que hacer, hablándole á usted como habla un hombre de bien, es que yo le componga la rueda, y aplace usted su viaje para mañana.
- Mañana sería demasiado tarde.
- ¡Diantre!
- ¿No hay tambien la mala-posta que va á Arras?
- ¿Cuándo pasará por aquí?
- En la noche próxima. Las dos malas hacen el servicio de noche, la que sube como la que baja.
- ¡Cómo! ¿y necesita usted un dia para componer esta rueda?
- ¡Un dia, y largo!
- ¿Empleando dos operarios?
- ¡Empleando diez!
- Y si se sujetasen los rayos con cuerdas?
- Los rayos, sí; pero el cubo no. Y ademas, la llanta está tambien en muy mal estado.
- ¿No hay un alquilador de carruajes en la villa?
- No.



— ¿Ni habrá tampoco otro carretero?

El mozo de la posada y el maestro carretero respondieron al mismo tiempo y meneando la cabeza:

— No.

Entonces experimentó él una inmensa alegría.

Era evidente que la Providencia se mezclaba en lo que estaba sucediendo. Ella era la que había roto la rueda del tilbury y le detenía así en medio del camino. Él no se había rendido á aquella especie de primera intimación; acababa de hacer todos los esfuerzos posibles para continuar su viaje; había agotado todos los medios, leal y escrupulosamente; no había retrocedido ni ante la estación, ni ante el cansancio, ni ante los gastos; nada tenía que reprocharse. Si no pasaba más adelante, ya esto no le incumbía á él! No era por culpa suya; era, no la obra de su conciencia, sino el hecho de la Providencia.

Respiró. Respiró libremente y con todos sus pulmones por la vez primera desde la visita de Javert. Parecía que la mano de hierro que le oprimía el corazón hacía veinte horas, acababa de soltarle.

Parecía que ahora estaba Dios por él, y se declaraba en su favor.

Dijo para sí que había hecho todo cuanto podía, y que ahora ya no tenía que hacer otra cosa sino volverse hácia atrás tranquilamente.

Si su conversacion con el carretero hubiera tenido lugar en algun cuarto de la posada, no habría tenido testigos, nadie la habría oído, las cosas habrían quedado en tal estado, y es probable que nosotros no habríamos podido referir ninguno de los acontecimientos que van á leerse ahora; pero esta conversacion se tuvo en medio de la calle. Todo coloquio en la calle produce inevitablemente un grupo. Siempre hay gentes ávidas de ser espectadoras de algo. Mientras que cuestionó así al carretero, algunos transeuntes

se habían parado al rededor de ellos. Después de haber escuchado durante algunos minutos, un muchacho en quien nadie había fijado la atención se destacó del grupo corriendo.

En el momento en que el viajero, después de la deliberación interior que acabamos de indicar, tomaba la resolución de desandar su camino, aquel muchacho volvió. Venía acompañado de una anciana.

— Caballero, dijo la vieja, mi hijo me ha dicho que usted desea alquilar un cabriolé?

Estas palabras, tan sencillas, pronunciadas por una anciana que conducía un niño, le hicieron sudar los riñones. Creyó ver la mano que le había soltado, la cual reaparecía en la sombra detrás de él, dispuesta á volverle á coger.

Respondió:

— Sí, buena mujer, busco un cabriolé alquilado.

Y se apresuró á añadir:

— Pero no le hay en el pueblo.

— Sí tal, dijo la vieja.

— ¿Pues dónde? repuso el carretero.

— En mi casa, replicó la anciana.

Se estremeció. La mano fatal le había asido de nuevo.

En efecto, la vieja tenía bajo un cobertizo una especie de calesa de mimbres. El carretero y el mozo de la posada, desolados de ver que el viajero se les escapaba, intervinieron en seguida.

— Aquello era un carromato indecente, — que se apoyaba crudamente sobre el eje, — es verdad que las banquetas estaban suspendidas en el interior con correas, — llovía dentro, — las ruedas estaban llenas de herrumbre y corroidas por la humedad, — aquello no iría mucho más lejos que el tilbury, — un verdadero patache! — Aquel caballero haría muy mal en embarcarse en él, etc., etc.

Todo esto era verdad, pero aquel carromato, aquel pa-



tache, aquella cosa, cualquiera que fuese, rodaba sobre sus dos ruedas y podía ir á Arras.

Pagó lo que le pidieron, dejó el tilbury al carretero para que le compusiera y encontrarle listo á su vuelta, hizo enganchar el caballo blanco á la calesa, subió en ella, y prosiguió el camino que llevaba desde aquella mañana.

En el momento en que el calesin se movió, confesó el para sí que habia tenido pocos minutos ántes cierta alegría al pensar que no iría adonde iba. Examinó aquella alegría con una especie de ira y la halló absurda, ¿Por qué habria de alegrarse de volver atras? Sobre todo, él hacia este viaje libremente. Nadie le obligaba á ello.

Y en verdad que nada sucederia sino lo que él quisiera que sucediese.

Al tiempo de salir de Hesdin, oyó una voz que le gritaba: ¡Alto! ¡alto! Detuvo la calesa con un movimiento vivo en el cual habia aún algo de febril y convulsivo que se parecia á la esperanza.

Era el muchachito de la vieja.

— Caballero, le dijo, yo soy el que le procuró á usted la calesa.

— ¿Y bien?

— No me ha dado usted nada.

Él, que á todo el mundo daba, y con tanta facilidad, halló casi odiosa esta pretension.

— ¡Ah! eres tú, ¿perillan? le dijo, pues nada tendrás.

Sacudió un latigazo al caballo y volvió á marchar á gran trote.

Habia perdido mucho tiempo en Hesdin, y hubiera él querido ganarle. La jaquita era valiente y tiraba como dos; pero era el mes de Febrero, habia llovido, y los caminos estaban en muy mal estado. Además, ya no era el tilbury. La calesa era dura y muy pesada, y habia que subir muchas cuestas.

Cerca de cuatro horas invirtió para ir de Hesdin á Saint-Pol. Cuatro horas para cinco leguas.

Llegado á Saint-Pol, desanganchó en la primera posada que encontró, é hizo que llevaran la hacanea á la caballeriza. Como se lo habia prometido á Scaufflaire, se instaló junto al pesebre mientras que el caballo comia. Cavilaba siempre, con ideas confusas y tristes.

La mujer del mesonero entró en la caballeriza.

— ¿Es que este caballero no quiere almorzar?

— ¡Toma! es verdad, dijo, y aún tengo buen apetito.

Siguió á aquella mujer, que tenia un rostro fresco y lleno de satisfaccion. Ella le condujo á una sala baja donde habia unas mesas cubiertas con hules que las servian de mantel.

— Despáchese usted, la dijo, es preciso que vuelva pronto á continuar mi viaje. Estoy muy de prisa.

Una criadaota flamenca le trajo el cubierto con toda premura. Miraba él á aquella muchacha con un sentimiento de bienestar y de gozo.

— Esto es lo que yo tenia, dijo para sí: que no me habia desayunado.

Sirviéronle el desayuno. Se precipitó á tomar el pan, mordió en él un bocado, en seguida le volvió á poner muy despacio sobre la mesa y no le tocó ya más.

Un carromatero estaba comiendo en una mesa inmediata. Preguntó á este hombre:

— ¿Por qué tendrán estas gentes un pan tan amargo?

El carromatero era alemán y no le comprendió.

Volvióse á la caballeriza, junto á su jaca.

Al cabo de una hora habia salido de Saint-Pol, dirigiéndose hácia Tinqués, que no dista más de cinco leguas de Arras.

¿Qué hacia él durante esta travesía? ¿En qué pensaba? Lo mismo que habia hecho por la mañana; miraba cómo



pasaban los árboles, los techos de las cabañas, los sembrados, y los desvanecimientos del paisaje que se transforma y se disloca en cada recodo del camino. Género de contemplación que á veces es suficiente al alma, y que casi la distrae de pensar. Ver mil objetos por primera y por última vez; ¡qué cosa más melancólica ni más profunda! Viajar, es nacer y morir á cada instante. Quizá allá en la más vaga región de su espíritu hacia el comparaciones entre aquellos mudables horizontes y la existencia humana. Todas las cosas de la vida están perpetuamente en fuga ante nosotros. La oscuridad y la claridad se mezclan. Después de un deslumbramiento, viene un eclipse; mira uno, se agita, se apresura, alarga las manos para coger lo que pasa; cada acontecimiento es un recodo del camino; y de repente es un viejo. Se experimenta como una sacudida, todo es negro, distínguese una puerta oscura, y el sombrío corcel de la vida que nos conducía, se detiene. Y se ve á un ser velado y desconocido que desengancha en las tinieblas.

Caja el crepúsculo en el momento en que unos niños que salían de la escuela vieron á aquel viajero entrar en Tinqués. Es verdad que todavía eran los días cortos del año. No se detuvo en este pueblo. Al salir de él un peon caminero que estaba empedrando la calzada levantó la cabeza y dijo:

— He ahí un caballo bien cansado.

Con efecto, la pobre bestia ya no iba sino al paso.

— ¿Es que va usted á Arras? añadió el operario.

— Sí.

— Si va usted á ese paso no llegará temprano.

— Hizo parar el caballo y preguntó al caminero:

— ¿Cuánto hay aún de aquí á Arras?

— Cerca de siete leguas, y son bien largas.

— ¿Pues cómo? el libro de postas sólo marca cinco leguas y un cuarto.

— ¡Ah! repuso el caminero, conque usted no sabe que la ruta se está reparando? Va usted á hallarla cortada á un cuarto de hora de aquí. No hay medio de poder ir más allá.

— ¿De veras?

— Tomará usted á la izquierda, el camino que va á Carency, y pasará la ribera; cuando llegue usted á Camblin, volverá hácia la derecha; es la ruta de Mont-Saint-Eloy que conduce á Arras.

— Pero va á ser de noche, me perderé!

— ¿No es usted del país?

— No.

— Pues el caso es que todo es camino de atajo. — Oiga usted, caballero, dijo el operario, ¿quiere usted que le dé un consejo? Su caballo de usted está cansado; vuélvase usted á Tinqués. Ahí hay una buena posada. Pase usted en ella la noche; y mañana irá á Arras.

— Es preciso que esté yo allá esta noche.

— Eso es distinto. Entónces, vaya usted también á esa posada y tome un caballo de refuerzo. El mozo del caballo le guiará á usted en el camino de atajo.

— Siguió el consejo del caminero, volvió atrás, y media hora después pasaba nuevamente por el mismo sitio, pero á gran trote, con un buen caballo de refuerzo. Un mozo de cuadra que se titulaba postillon iba sentado en la lanza de la calesa.

Sin embargo, conocía él que perdía tiempo. ®

Era ya noche oscura.

Penetraron en la traviesa. El camino que seguían era atroz. La calesa tropezaba de uno en otro bache; pero él dijo al postillon:

— Siempre al trote, y habrá doble propina.

En un vaiven se rompió la bolea.

— Señor, dijo el postillon, ya se ha roto la bolea, y no sé cómo enganchar el caballo; este camino es muy malo.



para de noche; si usted quiere volverse á pasar la noche en Tinqués, mañana tempranito podremos llegar á Arras.

— ¿Tienes ahí, preguntó al mozo, un pedazo de cuerda y un cuchillo?

— Sí, señor.

Cortó una rama de árbol, y con ella hizo una bolea.

Este incidente produjo aún una pérdida de veinte minutos; pero volvieron á emprender la marcha al galope.

La llanura era tenebrosa. Nieblas bajas, reducidas y negras se arrastraban sobre las colinas y se desprendían de ellas en forma de humo. Las nubes mostraban ciertos resplandores blanquicos. Un viento fuerte, que venía del mar, producía en todos los ángulos del horizonte el ruido de alguien que remueve unos muebles. Todo cuanto se veía presentaba actitudes de terror. ¡Cuántas cosas que estremecen bajo esos inmensos hálitos de la noche!

El frío le penetraba. Nada había comido desde la víspera. Recordaba vagamente la otra expedición nocturna por la grande llanura de las cercanías de D., diez años antes; y le parecía que era ayer.

Un campanario lejano dió la hora. Preguntó al mozo:

— ¿Qué hora es esta?

— Las siete, señor, á las ocho estaremos en Arras. Ya no nos faltan más que tres leguas.

En este momento hizo por primera vez la siguiente reflexión, extrañando mucho que no se le hubiera ocurrido antes:

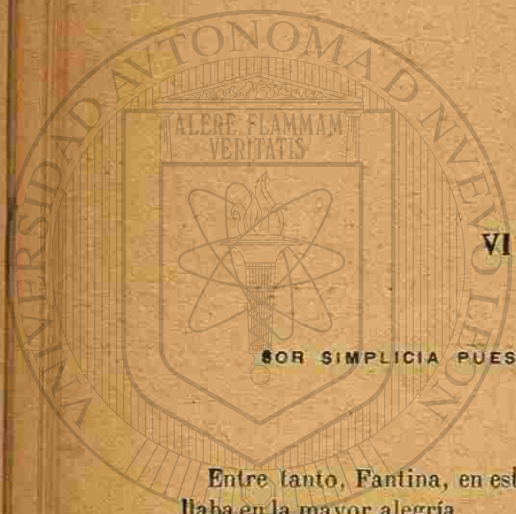
— Que tal vez era inútil todo el trabajo que se tomaba: que ni siquiera sabía la hora del proceso; que á lo ménos habría debido informarse de esto; que era extravagante ir así con tanta premura, sin saber si esto serviría de algo. — En seguida se puso á bosquejar algunos cálculos en su mente: — que, de ordinario, las sesiones en los tribunales de audiencia comenzaban á las nueve de la

mañana; — que no debía ser largo aquel debate; — que el robo de las manzanas sería asunto muy breve; — que despues no habría más que una cuestion de identidad; — cuatro ó cinco declaraciones, poca materia para hacer hablar á los abogados; — y que él iba á llegar cuando todo estaria ya concluido!

El postillon daba de latigazos á los caballos. Habían pasado ya el río, dejando tras sí á Mont-Saint-Éloy.

La noche se hacía cada vez más oscura.





SOR SIMPLICIA PUESTA Á LA PRUEBA

Entre tanto, Fantina, en este mismo momento, se hallaba en la mayor alegría.

Había pasado muy mala noche. Tos horrorosa, recargo de calentura; y había soñado mucho. Por la mañana, al visitarla el médico, estaba delirando. Habíase mostrado el doctor lleno de alarma y recomendado que le avisaran en cuanto llegase el señor Magdalena.

Durante toda la mañana, estuvo triste, habló poco, se entretenía en arrugar las sábanas, murmurando en voz baja ciertos cálculos que tenían trazas de ser cálculos de distancias. Tenía los ojos hundidos y fijos. Parecían casi apagados, y después, en ciertos momentos, se reanimaban, y resplandecían como estrellas. Parece que al acercarse cierta hora sombría, la claridad del cielo inunda á aquellos seres á quienes abandona la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplicia la preguntaba cómo se hallaba, ella respondía invariablemente: — Bien. Yo quisiera ver al señor Magdalena.

Algunos meses ántes, en aquel momento en que Fantina acababa de perder su último pudor, su última vergüenza y su postrera alegría, era ella la sombra de sí misma; ahora, era su propio espectro. El mal físico había completado la obra del mal moral. Aquella criatura de veinte y cinco años tenía la frente arrugada, las mejillas flojas, la nariz estrecha, los dientes descarnados, el color plomizo, el cuello huesoso, las clavículas salientes, los miembros débiles, el cutis terroso, y sus blondos cabellos mezclados con cabellos grises. ¡Oh! ¡cómo la enfermedad irrovisa la vejez!

Á las doce volvió el médico, prescribió varias cosas, se informó de si el señor alcalde había venido á la enfermería, y meneó la cabeza.

El señor Magdalena acostumbraba á venir á ver á la enferma á las tres de la tarde; y como la exactitud era bondad, era él siempre exacto.

Á eso de las dos y media, empezó Fantina á agitarse. En el espacio de veinte minutos lloró más de diez veces á la religiosa: — Hermana, ¿qué hora es?

Dieron las tres. Á la tercera campanada, Fantina, que de ordinario apenas podía removerse en la cama, se incorporó y se sentó en ella; juntó sus manos descarnadas y amarillas con cierta presión convulsiva, y la religiosa oyó salir de su pecho uno de esos suspiros profundos que parecen soliviar un abatimiento. En seguida Fantina se volvió, y miró hácia la puerta.

Nadie entró, la puerta continuó cerrada.

Así permaneció la enferma durante un cuarto de hora, con la vista fija en la puerta, inmóvil y como conteniendo la respiración. La monja no se atrevía á hablarla. Las tres



y cuarto se oyeron en el reloj de la iglesia. Fantina se dejó caer sobre la almohada.

Sin decir una palabra, volvió á hacer arrugas en la sábana.

Pasó media hora y despues una, sin que nadie viniera; cada vez que el reloj sonaba, Fantina se incorporaba y miraba hácia la puerta; despues volvía á caer postrada.

Su pensamiento se veía bien claro, pero no pronunciaba ningun nombre, no se quejaba, no acusaba á nadie. Sólo que tosía de una manera lúgubre. Diríase que algo oscuro descendía sobre ella. Estaba lívida y tenía los labios azules. Sonreía por momentos.

Dieron las cinco. Entónces la religiosa la oyó decir en voz muy baja y suave: — Pero puesto que yo me voy mañana, él hace mal en no venir hoy!

La misma sor Simplicia estaba sorprendida de la tardanza del señor Magdalena.

Entre tanto Fantina miraba al cielo desde su cama, dando visibles muestras de querer recordar algo; cuando de improviso se puso á cantar con una voz débil como el hálito. La monja escuchaba. Hé aquí lo que cantó Fantina:

Paseando por los arrabales compraremos cosas muy bonitas. Los acianos son azules, las rosas color de rosa, los acianos son azules, yo amo á mis amores.

Con manto bordado vino ayer la virgen Maria junto á mi estufa; y me dijo: — Hé aquí, oculta bajo mi velo, la criatura que me habías pedido. — Ve corriendo á la ciudad, compra tela, compra hilo, compra un dedal.

Paseando por los arrabales compraremos cosas muy bonitas.

Mi buena y santa Virgen, junto á mi estufa he puesto una cuna adornada con cintas; aunque Dios me diera su más hermosa estrella, yo prefiero la niña que tú me has dado. — ¿Señora, qué haremos con esta tela? — Haced el ajuar para mi recién nacida.

Los acianos son azules, las rosas color de rosas, los acianos son azules, yo amo á mis amores.

Lavad esta tela. — ¿Dónde? En la ribera, haced con ella, sin mancharla, sin echar nada á perder, una linda falda con su justillo que yo quiero bordar y sembrar de flores. — Ya no está ahí la niña, señora, ¿qué haremos con esto? — Haced una mortaja para enterrarame.

Paseando por los arrabales compraremos cosas muy bonitas. Los acianos son azules, las rosas color de rosa, los acianos son azules, yo amo á mis amores.

Esta cancion era una antigua romanza con la cual solía ella en otro tiempo dormir á su Coseta, cuando era niña, meciéndola en la cuna, y que nunca le habia venido á la memoria durante los cinco años que no tenía ya consigo á su niña. Cantaba esto con una voz tan triste y con una entonacion tan suave y tan dulce, que era capaz de hacer llorar, hasta á una monja. La hermana de caridad, acostumbrada á las cosas austeras, sintió sin embargo brotarle una lágrima.

El reloj dió las seis. Fantina no manifestó indicios de haberlas oido. Parecia que ya no prestaba atencion á ninguna cosa de las que la rodeaban.

Sor Simplicia envió á una sirvienta á que se informara de la portera de la fábrica si el señor alcalde habia entrado, y si no subiria pronto á la enfermeria. La muchacha subió á los pocos minutos.

Fantina estaba siempre inmóvil, y parecia atenta á ciertas ideas que la preocupaban.

La sirvienta refirió en voz muy baja á sor Simplicia cómo el señor alcalde se habia marchado áun ántes de las seis de la mañana, en un tilbury tirado por un caballo blanco, á pesar de los frios que hacian; que se habia ido solo, hasta sin cochero; que se ignoraba qué camino habria tomado; que algunas personas decian haberle visto salir por el camino de Arras, miéntras que otras aseguraban haberle encontrado en el camino de París. Que al marchar, habia es-



tado, como de costumbre, muy afable, y que sólo había dicho á la portera que no le esperasen para esta noche.

Mientras que las dos mujeres, vueltas de espaldas á la cama de la Fantina, cuchicheaban, la hermana preguntando, la criada conjeturando, Fantina, con esa vivacidad febril propia de ciertas enfermedades orgánicas, que combina los movimientos libres de la salud con la espantosa extenuación de la muerte, se había arrodillado sobre la cama, y apoyando sus manos arrugadas sobre el almohadon, pasó la cabeza por la abertura de las cortinas y se puso á escuchar lo que decían. De repente exclamó :

— ¡ Están ustedes hablando del señor Magdalena ! ¿ Por qué hablan así tan bajo ? ¿ qué hace ? por qué no viene ?

Su voz era tan brusca y tan ronca, que las dos mujeres creyeron oír una voz de hombre ; y volvieron la vista asustadas.

— ¡ Respondan ustedes ! gritó Fantina.

La criada dijo en tono balbuciente :

— Me ha dicho la portera que el señor no podría venir hoy.

— Hija mía, dijo la hermana, estése usted sosegada, vuélvase á acostar.

Sin cambiar de actitud, Fantina continuó en alta voz y con un acento imperioso y desgarrador á la vez :

— ¿ Que no podrá venir ? ¿ Y por qué ? Ustedes saben la causa, y la estaban ahí cuchicheando las dos. Yo quiero saberla.

La criada se apresuró á decir al oído á la religiosa : — Responda usted que está ocupado en el consejo municipal.

Sor Simplicia se puso ligeramente encarnada ; lo que la criada la proponía era una mentira. Por otra parte, veía ella bien que si se le decía la verdad á la enferma, sería para esta sin duda un golpe terrible, lo que era muy grave en la situación en que Fantina se hallaba. Este sonrojo le

duró muy poco. La monja dirigió hácia Fantina una mirada serena y triste, y la dijo :

— El señor alcalde ha marchado.

Fantina se incorporó y se sentó sobre los talones. Sus ojos centelleaban. En aquella fisonomía dolorosa radiaba una alegría inaudita.

— ¡ Ha marchado ! exclamó. — Ha ido en busca de mi Coseta !

Después extendió ambas manos hácia el cielo y todo su semblante apareció inefable. Sus labios se movían ; estaba orando en voz baja.

Luégo que hubo terminado su oración : — Hermana, dijo, ya quiero volverme á acostar, y voy á hacer todo cuanto se me diga ; hace poco, me sído mala, la pido á usted perdon porque hablé tan alto ; he hecho muy mal en hablar alto, bien lo sé, mi buena hermana ; pero vea usted, estoy muy contenta. Dios es bueno, el señor Magdalena es bueno ; figúrese usted que ha ido por mi Coseta á Montfermeil.

Volvió á acostarse, ayudó á la religiosa á arreglar la almohada y besó una crucecita de plata, que tenía puesta al cuello, la cual le había sido dada por sor Simplicia.

— Hija mía, dijo la hermana, ahora procure descansar y no hable ya más.

Fantina tomó con sus manos sudosas la mano de la religiosa, quien sufría mucho de sentir aquel sudor.

— Ha marchado esta mañana para ir á París. En realidad, él no necesita pasar por París. Montfermeil está un poco á la izquierda, viniendo. Se acuerda usted cómo me decía él ayer, cuando yo le hablaba de Coseta : ¿ pronto, pronto ? Es una sorpresa que quiere hacerme. ¿ No sabe usted ? él me hizo firmar una carta para que la entregaran los Thénardier. Ello, no tendrán nada que replicar. ¿ no es verdad ? entregaránme Coseta. Para eso están pagados. Las



autoridades no tolerarian que se guardaran una niña cuando se les ha pagado ya. Hermana, no me haga usted señas para que me calle. Yo soy en extremo dichosa, estoy ya muy bien, no tengo mal ninguno, voy á volver á ver á mi Coseta; y aún tengo mucha hambre. Va á hacer cinco años que no la veo. ¡Ustedes no se figuran cómo la interesan á una y la ligan los niños! Y despues, estará tan linda! ya la verán ustedes. Si ustedes supieran, ¡tiene unos deditos color de rosa tan bonitos! desde luégo ella tendrá unas manos preciosas. Á la edad de un año, tenía unas manos ridiculas. ¡Así! — Ahora ya deberá ser grande. ¡Tiene sus siete años! Es una niña. Yo la llamo Coseta, pero su nombre es Eufrosia. Ve usted, esta mañana, estaba yo mirando el polvo que habia sobre la chimenea, y me ocurrió al instante la idea de que volveré á ver muy pronto á Coseta, ¡Jesus! que mal hace una en estar así tantos años sin ver á sus hijos! ¡deberíamos reflexionar que la vida no es eterna! ¡Oh! qué bueno es el señor alcalde, que se ha marchado! y en verdad, que hace mucho frio! á lo ménos, ¿llevaria la capa? mañana estará aquí, ¿no es verdad? mañana será fiesta. Hermanita, mañana por la mañana, me recordará usted que he de ponerme mi gorra la que tiene encaje. Montfermeil, es un país. En otro tiempo anduve yo aquel camino á pié. Para mí fué bastante largo. ¡Pero las diligencias van muy de prisa! mañana llegará él aquí con Coseta. ¿Cuánto hay desde aquí á Montfermeil?

La religiosa, que no tenía ninguna idea de las distancias, respondió: — ¡Oh! ya lo creo, que podrá estar aquí mañana.

— ¡Mañana! ¡mañana! dijo Fantina, ¡veré á Coseta mañana! ve usted, mi buena hermana en Cristo, ya no estoy enferma. Estoy loca. Bailaria, si quisieran.

Quien la hubiera visto un cuarto de hora ántes, nada habria comprendido de todo esto. Ahora tenía un hermoso

color de rosa, hablaba con una voz viva y natural, y todo su semblante era una sonrisa. En ciertos momentos reía, hablándose en voz baja. Gozo de madre, es casi gozo de niño.

— ¡Ea bien! la dijo la monja, ya es usted dichosa; ahora obedézcame, y no hable ya más.

Fantina apoyó la cabeza en la almohada y dijo á média voz: — Sí, vuélvete á acostar, ten juicio, puesto que vas á tener tu niña. Tiene mucha razon sor Simplicia. Todos los que están aquí tienen razon.

En seguida, se puso á mirar en todas direcciones, con sus grandes ojos abiertos, y con semblante alegre, pero sin agitarse, sin remover siquiera la cabeza, y sin pronunciar ni una sola palabra.

La hermana corrió las cortinas de la cama, esperando que se adormecería.

El médico volvió entre siete y ocho. Como no oía ruido ninguno, creyó que Fantina estaba durmiendo; entró despacito y se aproximó á la cama, andando sobre las puntas de los piés. Entreabrió las cortinas, y al resplandor de la lamparilla vió los grandes y serenos ojos de Fantina que miraban.

— ¿Es verdad, doctor, — le dijo, — que me la dejarán acostar junto á mí, en una camita?

El médico creyó que estaba delirando. Y ella añadió:

— Mire usted, si no, hay justo el espacio necesario para olocarla.

Habló aparte el facultativo con sor Simplicia, quien le explicó lo que pasaba: que el señor Magdalena se habia asentado por un día ó dos, y que, en la duda de lo que sería, se habia creído conveniente el no sacar del engaño á la enferma, la cual estaba muy persuadida de que el señor alcalde habia ido á Montfermeil; siendo sin embargo muy posible que ella hubiese adivinado la verdad acerca del ob-



jeto de tan improvisado viaje. El doctor aprobó esta manera de obrar con la enferma.

Después se acercó á la cama de Fantina, la cual prosiguió diciéndole, en cuanto le vió:

— Es que, ya usted ve, por las mañanas, cuando ella despierte, yo la daré los buenos días á mi pobre angelito, y por la noche, como yo no duermo, la oiré dormir á ella. Su respiracioncita, tan suave y tan dulce, me hará mucho bien.

— Deme usted su mano, le dijo el médico.

Ella le extendió el brazo y exclamó riendo:

— ¡Ah! vaya les verdad, con que usted no sabena nada les que ya estoy buena del todo. Coseta llega mañana.

El médico se sorprendió mucho. La encontró mejor. La opresion no era tan fuerte. El pulso habia cobrado fuerza. Una especie de vida que habia sobrevenido de repente reanimaba á aquel pobre sér extenuado.

— ¿Señor doctor, le dijo, le ha dicho á usted la hermana que el señor alcalde habia ido en busca de mi pequenita?

El médico recomendó el mayor silencio, y que se evitase toda emocion penosa. Prescribió una infusion de quina pura, y para el caso en que repitiera la calentura aquella noche, una pocion calmante. Al marcharse dijo á la religiosa: — Va mejor. Si tuviéramos la dicha de que, en efecto, llegase mañana el señor alcalde con la niña, ¿quién sabe?; hay crisis tan extrañas! hase visto á veces una grande alegría cortar enteramente una enfermedad; yo bien sé que esta es enfermedad orgánica, y muy adelantada; pero es todo eso tan misterioso! Tal vez la salvaríamos.

## VII

LLEGADO EL VIAJERO, TOMA SUS PRECAUCIONES PARA  
VOLVERSE Á MARCHAR

Cerca de las ocho de la noche eran ya, cuando la caleza que hemos dejado en camino entraba por la puerta de hôtel de la Posta, en Arras. El hombre á quien hemos seguido hasta este momento, se apeó de ella, respondió con ademan distraido á las solícitas preguntas de las gentes del parador, despidió el caballo de refuerzo, y condujo el mismo la hacanea blanca á la caballeriza; en seguida empujó la puerta de una sala de billar que se hallaba en el piso bajo, se sentó allí y se apoyó de codos sobre una mesa. Catorce horas habia invertido en hacer aquella travesia que contaba haber hecho en seis horas solamente. Hacíase él sin embargo la justicia de decir que no era por culpa suya; pero, en el fondo, no lo sentia.

El ama del hôtel entró:

— ¿Es que este caballero quiere cenar? quiere acostarse?



Respondió con un signo de cabeza negativo.

— El mozo de la caballeriza dice que su caballo de usted está muy cansado.

Entonces rompió él el silencio.

— ¿Es que mi caballo no podrá marchar mañana por a mañana?

— ¡Qué! no, señor! necesita, á lo ménos, dos días de reposo.

Entonces preguntó el:

— ¿No es aquí la administración de correos?

— Sí, señor.

El ama le condujo al despacho; enseñó su pasaporte y se informó de si podría volverse aquella misma noche á M. en silla de postas; el asiento de al lado del correo se hallaba por casualidad vacante; le retuvo para sí y le pagó inmediatamente. — Caballero, le dijo el empleado de la administración, no deje usted de hallarse aquí para marchar á la una de la mañana en punto.

Hecho esto, salió del hôtel y empezó á andar por la ciudad.

No conocía á Arras; las calles estaban en la mayor oscuridad, y él marchaba á la ventura. Sin embargo, parecía obstinarse en no querer preguntar su camino á los transeuntes. Atravesó el riachuelo llamado Crinchon, y se halló en un dedalo de calles estrechas donde se perdió al fin. Encontró á un paisano que caminaba con un farol. Después de algunos momentos de hesitación, tomó el partido de dirigirse á aquel vecino, no sin haber mirado ántes detras y delante de él, como si temiera que alguien oyese la pregunta que iba á hacerle.

— ¿Caballero, le dijo, me hará usted el favor de decirme dónde está el palacio de justicia?

— Usted no es de la ciudad, caballero, respondió el vecino, que era un hombre bastante anciano; pues bien, si-

game usted. Precisamente yo voy hácia el lado del palacio de justicia, es decir, hácia el hôtel de la prefectura. Pues están haciéndose ahora ciertas reparaciones en el palacio, y los tribunales celebran provisionalmente sus audiencias en la prefectura.

— ¿Y allí también se celebra la audiencia?

— Sin duda, caballero, vea usted, lo que hoy es la prefectura era el obispado ántes de la revolucion. Monseñor de Conzié, que era obispo en mil setecientos noventa y dos, hizo construir una gran sala, que es donde ahora se celebran las audiencias.

Mientras que caminaban juntos, le dijo el vecino:

— Si lo que usted quiere ver es un proceso, ya es algo tarde, pues ordinariamente las audiencias concluyen á las seis.

Sin embargo, al desembocar en la plaza mayor, el vecino le mostró cuatro grandes ventanas alumbradas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

— Pues á fe mia, caballero, que llega usted á tiempo, ha tenido usted suerte. ¿Ve usted esas cuatro ventanas? ese es el tribunal de audiencia. Hay luz, luego no ha concluido. Es que habrá algun negocio de largos debates, y se habrá necesitado celebrar audiencia de noche. ¿Se interesa usted en ese asunto? ¿Es acaso algun proceso criminal? ¿Va usted como testigo?

Él respondió:

— No vengo por ningun negocio, sólo necesito hablar á un abogado.

— Eso es diferente, dijo el paisano. Mire usted, caballero, esa es la puerta; donde está el centinela. No tiene usted más que subir la grande escalera.

Se conformó con las indicaciones del vecino, y al cabo de algunos minutos se hallaba en una sala, donde habia



mucha gente, y entre ellas varios grupos de abogados con toga cuchicheando acá y acullá.

Es siempre un espectáculo que oprime el corazón el de esos grupos de hombres vestidos de negro que murmuraban entre sí en voz baja á la puerta de las salas de justicia.

Harto raro es que la caridad y la piedad salgan de todos aquellos cuchicheos. Lo que si sale con más frecuencia son condenas pronunciadas con antelación. Todos aquellos grupos se ofrecen á la vista del observador que pasa y que medita, como otras tantas colmenas sombrías donde multitud de espíritus malignos revolotean y zumban construyendo en común toda especie de edificios tenebrosos.

Aquella sala, espaciosa y alumbrada por una sola lámpara, era un antiguo salón del obispado y servía de sala de pasos perdidos. Una puerta de dos hojas, cerrada en aquel momento, la separaba de la gran sala donde se hallaba instalado el tribunal de audiencia.

Era tal la oscuridad, que no temió el dirigirse al primer abogado que encontró.

— ¿Caballero, le dijo, en qué están ahora?

— Ya ha concluido, respondió el abogado.

— ¡Concluido!

Esta palabra fué repetida con un acento tal, que el abogado no pudo ménos de volverse hácia él y decirle:

— Perdóneme usted, caballero, ¿es usted tal vez algún pariente?

— No, señor. Yo aquí no conozco á nadie. ¿Ha habido condenación?

— Sin duda. No podía ser de otra manera.

— ¿Á trabajos forzados?

— Á perpetuidad.

En seguida repuso, con una voz tan débil que apenas podía oírsele:

— ¿Cómo se habrá justificado la identidad?

— ¿Qué identidad? replicó el abogado. No había identidad ninguna que probar. La cuestión era muy sencilla. Esa mujer había matado á su hija, el infanticidio está probado; el jurado ha negado la premeditación, y se la ha condenado á vida.

— ¿Conque es una mujer? dijo.

— Seguramente. La llamada Limousin. ¿Pues de qué quería usted hablar?

— De nada, pero habiéndose concluido ya, ¿cómo es que la sala está aún alumbrada?

— Es para otro proceso que ha empezado hará como unas dos horas.

— ¿Qué proceso?

— ¡Oh! ese también es claro. Una especie de miserable, un reincidente, un galeote, que ha robado. No recuerdo bien su nombre. Pero es un ente que tiene una verdadera cara de bandido. Aunque no fuera más que por tener esa cara le enviaria yo á presidio.

— Caballero, preguntó, ¿hay medio de poder entrar en la sala?

— En verdad, creo que no. Hay muchísima gente. Sin embargo, la audiencia está suspendida. Algunas personas han salido, y al recomenzar la sesión, podrá usted ensayar.

— ¿Por dónde se entra?

— Por esa puerta grande.

El abogado le dejó. En algunos instantes, había él experimentado, casi al mismo tiempo, y como mezcladas y confundidas, todas las emociones posibles. Las palabras de aquel indiferente le habían atravesado sucesivamente el corazón como agujas de hielo y como puntas de fuego. Cuando vió que nada había aún terminado, respiró; pero sin que hubiera él podido decirse si lo que experimentaba era contento ó dolor.

Aproximóse á varios grupos y escuchó lo que decían.



Hallándose muy sobrecargado el registro de las causas, el presidente había indicado este mismo día dos asuntos sencillos y breves. Habíase empezado por el infanticidio, y ahora se hallaba en turno el galeote, el reincidente, el « caballo de noria ». Este hombre había robado unas manzanas, pero este hecho no parecía bien probado; lo que sí estaba probado, es que había sido ya presidiario en las galeras de Tolon. Esto era lo que hacía mala su causa. Por lo demás, el interrogatorio del hombre se hallaba terminado, como también las declaraciones de los testigos; pero aún faltaban los alegatos del abogado y la acusación fiscal; por lo cual no debería concluir este asunto antes de media noche. Probablemente sería el hombre condenado; el abogado general era muy bueno, y no *marraba* nunca á sus acusados; — era un mozo de *ta. cr. to* y que hacía versos.

Un alguacil se hallaba de pie junto á la puerta que comunicaba con la sala de audiencia. Preguntó á este alguacil:

— ¿Abrirán pronto la puerta?

— No se abrirá, le respondió el alguacil.

— ¡Cómo! no abrirán cuando vuelva á continuar la audiencia? ¿no está suspendida?

— Acaba de abrirse de nuevo la audiencia, respondió el alguacil, pero la puerta no volverá á abrirse.

— ¿Por qué?

— Porque la sala está llena.

— ¡Cómo! ¿no habrá ya ni siquiera un sitio?

— Ni uno solo. La puerta está cerrada. Nadie puede ya entrar.

El alguacil añadió después de un momento de silencio: — Todavía hay dos ó tres puestos detrás del señor presidente, pero el señor presidente no admite allí sino á los funcionarios públicos.

Dicho esto, el alguacil le volvió la espalda.

Seretiró con la cabeza baja, atravesó 'a an' sa'a y volvió

á bajar la escalera despacio, como vacilando y deteniéndose á cada escalon. Probablemente celebraba consejo consigo mismo. El violento combate que en su interior se libraba desde la víspera no había concluido; y á cada instante venía á atravesarse alguna nueva peripecia. Llegado al descanso de la escalera, respaldóse contra el pasamano y se cruzó de brazos. De repente se desabotonó la levita, tomó su cartera, sacó de ella un lápiz, rompió una hoja, y escribió rápidamente en esta hoja á la luz de un reverbero la línea que sigue: — *Señor Magdalena, alcade de M.*; — después volvió á subir la escalera á toda prisa, penetró por entre la muchedumbre, se fué derecho al alguacil, le entregó el papel y le dijo con autoridad. — Lleve usted esto al señor presidente.

El alguacil tomó el papel, echó sobre él una ojeada y obedeció.





Sin que de ello se apercibiese, el alcalde de M. gozaba de cierta celebridad. Hacía siete años que su reputación de hombre virtuoso llenaba todo el Bajo Boulonnais; habiendo concluido por franquear los límites de su reducido país y divulgándose en dos ó tres departamentos vecinos. Además del servicio considerable que había el prestado á la capital de su distrito restaurando en ella la industria de vidriería negra, no había uno solo de los ciento cuarenta y un municipios de dicho distrito de M. que no le debiese algún beneficio. Aun en casos necesarios había él sabido ayudar y fecundar las industrias de los demás distritos. Así en ciertas ocasiones había él sostenido con su crédito y con sus fondos la fábrica de tul de Boulogne, la de hilados de hilo á la mecánica de Frévent y la manufactura hidráulica de lienzos de Boubers-sur Canche. En todas partes se pronunciaba

con veneración el nombre del señor Magdalena. Arrás y Douai envidiaban su alcalde á la afortunada villa de M.

El consejero del tribunal real de Douai, que presidía la sesión de la audiencia en Arras, conocía como todo el mundo aquel nombre tan profundo y tan universalmente honrado. Cuando el alguacil, abriendo discretamente la puerta que comunicaba desde la sala del consejo á la audiencia, se inclinó detras del sillón del presidente y le entregó el papel en que se hallaba escrita la línea que se acaba de leer, añadiendo: *Este señor desea asistir á la audiencia*, el presidente hizo un vivo movimiento de deferencia; tomó una pluma, escribió algunas palabras en lo bajo del papel y se le entregó al alguacil diciéndole: — Hágale usted entrar.

El hombre desgraciado cuya historia referimos había permanecido junto á la puerta de la sala en el mismo sitio y en la misma actitud en que el alguacil le había dejado. En medio de su delirio, oyó que á alguien le decía: — ¿Quiere usted hacerme el honor de seguirme? Era aquel mismo alguacil que le había vuelto la espalda un momento ántes, y que ahora le saludaba hasta el suelo. Al mismo tiempo le entregó el alguacil el papel. Él le desdobló y como se hallaba cerca de la lámpara, pudo leer:

« El presidente del tribunal presenta sus respetos al señor Magdalena. »

Arrugó el papel entre sus manos como si aquellas pocas palabras hubieran tenido para él un gusto previo extraño y amargo.

Y siguió al alguacil.

Algunos minutos despues, se hallaba solo en una especie de gabinete artesonado de un aspecto severo, alumbrado por dos velas puestas sobre una mesa con tapete verde. Todavía resonaban en sus oídos las últimas palabras del alguacil que acababa de dejarle: « Caballero, hé aquí la sala del consejo; nó tiene Vm. más que tocar al botón de cobre



» de esta puerta y se hallará detras del sillón del señor presidente. » — Estas palabras se mezclaban en su pensamiento con el recuerdo vago de corredores estrechos y de escaleras oscuras que acababa él de recorrer.

El alguacil le dejó solo. Había llegado para él el momento supremo. Procuraba excitar en sí el recogimiento, sin poderlo conseguir. En las horas en que más se necesita ligar las realidades punzantes de la vida con todos los hilos del pensamiento, es principalmente cuando estos se rompen en el cerebro. Hallábase en el mismo sitio en que los jueces deliberan y condenan. Miraba con una tranquilidad estúpida aquella sala apacible y formidable, donde tantas existencias habían sido quebrantadas, donde su nombre iba á resonar muy pronto, y que su destino atravesaba en aquel momento. Miraba las paredes, y despues se miraba á sí mismo; admirándose de lo que era aquella sala y de quién era él.

Más de veinticuatro horas hacía ya que no había comido, estaba estropeado por el movimiento de la calesa, pero no se apercebía de ello; parecía no sentir nada.

Acercóse á un marco negro que estaba fijo en la pared y que contenía bajo cristal una antigua carta autógrafa de Juan Nicolas Pache, alcalde de París y ministro, con fecha, sin duda por error, del 9 de Junio del año II, y en la cual enviaba Pache al municipio la lista de los ministros y de los diputados que se hallaban arrestados en sus propias casas. Un testigo que hubiese podido verle y observarle en aquel instante, habría imaginado sin duda que aquella carta le parecía muy curiosa, pues no apartaba sus ojos de ella y la leyó dos ó tres veces. Leía la sin prestarla atención y aun sin percibirse de ella. Estaba pensando en Fantina y en Coseta.

Sin dejar de soñar, se volvió, y sus ojos encontraron por fin el botón de cobre de la puerta que le separaba de la sala. Casi había él olvidado ya aquella puerta. Su mirada, serena al principio, se detuvo allí, permaneció como pegado á aquel

botón de cobre, despues apareció azorado y fijo, y poco á poco se fué apoderando de él cierto terror. Por entre sus cabellos salían gotas de sudor y también sus sienas chorreaban. En cierto momento hizo con una especie de autoridad mezclada de rebelion ese gesto indescriptible que quiere decir y que dice tan bien: *¡Pardiez! ¿y quien me obliga á mí á ello?* En seguida se volvió vivamente, vió ante sí la puerta por la cual había entrado, dirigióse á ella, la abrió y salió. Ya no estaba en aquella sala; se hallaba fuera; en un corredor; un corredor largo, estrecho, interrumpido por peldaños y ventanillos, formando toda especie de ángulos, alumbrado acá y allá con reverberos parecidos á lamparillas de enfermos; el mismo corredor por donde él había venido. Respiró, escuchó; ningún ruido oyó detras de él, ningún ruido delante tampoco; echó á correr como si le persiguieran.

Cuando hubo doblado varios recodos de aquel corredor, se puso á escuchar otra vez. Siempre el mismo silencio y la misma sombra en derredor suyo. Se hallaba sin alientos, vacilaba, se apoyó contra la pared. La piedra estaba fria, su sudor se helaba en su frente, se enderezó temblando.

Entonces, allí, solo, de pie en aquella oscuridad, temblando de frio y tal vez de otra cosa, se puso á soñar.

Había soñado toda la noche, había soñado todo el día; ya no oía en sí sino una voz que le gritaba: ¡ay!

Un cuarto de hora transcurrió de esta manera. Por último, inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer sus brazos y volvió sobre sus pasos. Andaba muy despacio y como abatido. Parecía que alguien le hubiese alcanzado en su fuga y que le reconducía.

Volvió á entrar en la sala del consejo. Lo primero que apercebíó fué el botón de la puerta. Este botón, redondo y de cobre bruñido, resplandecía para él como una estrella



sinistra y espantosa. Mirábale como una oveja miraría el ojo de un tigre.

Sus ojos no podían separarse de aquel objeto.

De vez en cuando daba un paso y se aproximaba á la puerta.

Si hubiera escuchado, habría oído como una especie de murmullo confuso el ruido de la sala inmediata ; pero no escuchaba ni oía.

De repente, y sin que él mismo supiese cómo, se encontró junto á la puerta, y asió convulsivamente el botón ; la puerta se abrió.

Hallábase en la sala de audiencia.

## IX

## UN LUGAR DONDE SE ESTÁN FORMANDO CONVICCIONES

Dió un paso, volvió á cerrar maquinalmente la puerta tras sí y permaneció de pié, considerando lo que veía.

Era aquel un recinto bastante vasto, apenas alumbrado, ora lleno de rumor, ora lleno de silencio, donde todo el aparato de un proceso criminal se desarrollaba, con su gravedad mezquina y lúgubre, en medio de la muchedumbre.

En un extremo de la sala, aquel donde él se hallaba, jueces con ademan distraído, y con sus togas raídas, royéndose las uñas ó cerrando los párpados ; en el otro extremo, una muchedumbre haraposa ; abogados en toda especie de actitudes ; soldados con cara honrada y dura ; viejos artesanos llenos de manchas, un cielo raso sucio, mesas cubiertas de una sarga más bien amarilla que verde, puertas ennegrecidas por las manos ; pendientes de clavos fijos en el techo, unos quinqués de hodegon dando más humo que cla-



ridad; sobre las mesas algunas bujías en candeleros de cobre; la oscuridad, la fealdad, la tristeza; y de todo esto se desprendía una impresion austera y augusta, pues se sentía allí esa gran cosa humana que llaman la ley y esa otra gran cosa divina que llaman la justicia.

Nadie de aquella muchedumbre fijó su atención en él. Todas las miradas se dirigían convergentes hácia un punto único, hácia un banco de madera respaldado en una puertecita, á lo largo de la pared y á la izquierda del presidente. Sobre este banco, alumbrado por diferentes bujías, se hallaba un hombre entre dos gendarmes. Este hombre era el acusado.

No le buscó, le vió. Sus ojos se dirigieron allí naturalmente, como si con anticipacion hubieran ellos sabido dónde estaba aquella figura.

Creyó verse ási mismo, envejecido, sin duda no enteramente igual de rostro, sino absolutamente igual de actitud y de aspecto, con aquel cabello erizado, con aquella pupila leonada é inquieta, con aquella blusa, tal cual él se hallaba el día en que entraba en D., lleno de odio y ocultando en su alma ese horrible tesoro de horrendos pensamientos que él habia empleado diez y nueve años en acumular y amontonar sobre las losas del presidio.

Dijose con cierto estremecimiento: — ¡Dios mío! ¡si vendré yo á ser así!

Aquel sér parecia á lo ménos de sesenta años. Tenia un no sé qué de rudo, de estúpido y pavoroso.

Al ruido de la puerta, habianse movido para hacer lugar, el presidente volvió la cabeza, y comprendiendo que el personaje que acababa de entrar era el señor alcalde de M., le saludó. El abogado general, que habia visto al señor Magdalena en M., adonde le habian llamado más de una vez las funciones de su ministerio, le reconoció, y le saludó igualmente. Él apenas se apercibió de ello. En aque! mo-

mento era preso de una especie de alucinacion; miraba, y nada más.

Jueces, escribano, gendarmes. una muchedumbre con cabezas cruelmente curiosas, eran objetos que él habia visto ya en otro tiempo, hacia veinte y siete años. Aquellas cosas funestas, volvía á encontrarlas de nuevo; estaban allí, existían, se removían; no era ya esto un esfuerzo de su imaginacion, una ilusion de su pensamiento; eran aquellos verdaderos gendarmes y verdaderos jueces, una verdadera muchedumbre y verdaderos hombres de carne y hueso. Decididamente, estaba él viendo reaparecer y revivir en derredor suyo, con todo lo que la realidad tiene de formidable, los aspectos monstruosos de su vida pasada.

Todo esto se hallaba patente en su presencia.

Tuvo horror, cerró los ojos, y exclamó de lo más profundo de su alma: ¡Jamás!

Y por una de esas combinaciones trágicas del destino que hacia temblar todas sus ideas, y casi le volvía loco, era otro él mismo el que se hallaba allí! Aquel hombre á quien juzgaban, todos le llamaban Juan Valjean!

Tenia ante sus ojos, vision inaudita, una especie de representacion del momento más horrible de su vida, representacion ejecutada por su fantasma.

Todo lo encontraba allí: el mismo aparato, la misma hora de la noche, casi los mismos semblantes de jueces, de soldados y de espectadores. Sólo que por cima de la cabeza del presidente, habia un crucifijo, cosa que faltaba en los tribunales de la época en que él fué condenado. Cuando le juzgaron á él, Dios estaba ausente.

Detras de él habia una silla; dejóse caer en ella aterrizado por la idea de que pudieran verle. Cuando se hubo sentado, se aprovechó de una pila de cartones y legajos que habia sobre la mesa de los jueces para eclipsar su rostro á toda la sala. Ahora ya podia él ver sin ser visto. Volvió á



entrar plenamente en el sentimiento de la realidad; poco á poco se repuso; y llegó á ese grado de serenidad en que se puede escuchar.

El señor Bamatabois estaba en el número de los jurados.

Buscó á Jayert, pero no le vió. El banco de los testigos le era ocultado por la mesa del escribano: y además, como acabamos de decirlo, la sala se hallaba apenas alumbrada.

En el momento en que él había entrado, el defensor del acusado acababa su alegato. La atención de todos se hallaba excitada en el más alto punto; los debates duraban desde las tres de la tarde. Desde aquella hora, la muchedumbre veía doblegarse poco á poco bajo el peso de una semejanza terrible á un hombre, un desconocido, una especie de ser miserable, profundamente estúpido, ó profundamente hábil. Aquel hombre, como sabemos ya, era un vagabundo que había sido hallado en un campo, robando una rama cargada de manzanas maduras, desgajada del árbol en un cercado inmediato, llamado la cerca de Pierron. ¿Quién era aquel hombre? Habíase procedido á una sumaria información; habíanse oído varios testigos; estos habían sido unánimes, y de todo el debate resultaba clara la luz. La acusación decía: — No tenemos aquí solamente un ladrón de frutas, un merodeador; tenemos además en nuestro poder un bandido, un relapso, rebelde, reincidente, un antiguo galeote, un malvado de los más peligrosos, un malhechor llamado Juan Valjean, á quien la justicia busca solícita hace mucho tiempo, y que, ocho años há, al salir del presidio de Tolon, cometió un robo en despoblado á mano armada en la persona de un niño saboyano llamado Gervasito, crimen previsto por el artículo 383 del Código penal y por el cual nos reservamos perseguirle después, cuando la identidad esté judicialmente comprobada. Ahora acaba de cometer un nuevo robo. Este es un caso de reincidencia. Condenadle por el hecho nuevo; después será juzgado por el hecho antiguo. — En

presencia de esta acusación, en vista de la unanimidad de los testigos, el acusado parecía sobre todo lleno de extrañeza. Hacía gestos y señales que querían decir no, ó bien se ponía á considerar el techo. Hablaba con dificultad, respondía con embarazo, pero de piés á cabeza toda su persona negaba. Era como un idiota en presencia de todas esas inteligencias formadas en batalla en derrechor suyo, y como un extranjero en medio de esta sociedad que le secuestraba. Sin embargo, íbale en ello el porvenir más amenazador, la semejanza crecía á cada instante y toda aquella multitud miraba con más ansiedad que el mismo esa sentencia llena de calamidades que gravitaba sobre él cada vez más. Una eventualidad dejaba aún entrever, además del presidio, la pena de muerte como posible, si la identidad era reconocida, y si el suceso de Gervasito concluía más adelante por una condena. ¿Qué venía á ser aquel hombre? ¿De qué naturaleza era su apatía? Era imbecilidad ó estratagema? Comprendía demasiado, ó no comprendía nada? Cuestiones que dividían á la muchedumbre y que parecían dividir también al jurado. Había en aquel proceso lo que asusta y lo que interesa; el drama no era solamente sombrío, sino que era también oscuro.

El defensor había hablado en su favor bastante bien, con ese lenguaje de provincia que ha constituido por tanto tiempo la elocuencia del foro, del cual usaban en otra época todos los abogados, lo mismo en París que en Romorantin ó en Montbrison, y que hoy, habiendo venido á ser clásico, no se habla ya sino por los oradores oficiales en estrados, á quienes conviene por su sonoridad grave y por sus formas majestuosas; lenguaje en el cual el marido se llama *esposo*, la mujer, *esposa*; París, *el centro de las artes y de la civilización*; el rey *el monarca*; monseñor obispo, *un santo pontífice*; el abogado general, *el elocuente intérprete de la vindicta pública*; los alegatos, *los acentos que acaban de virse*;



el siglo de Luis XIV, *el gran siglo*; un teatro, *el templo de Melpómene*; la familia reinante, *la augusta sangre de nuestros reyes*; un concierto, *una solemnidad musical*; el comandante general del departamento, *el ilustre guerrero que nos manda*; los alumnos del seminario, *esos tiernos levitas*. Los errores imputados á los periódicos, *la impostura que destila su veneno en las columnas de esos órganos*, etc., etc., — el abogado empezó pues por explicarse acerca del robo de las manzanas, asunto que no se presta demasiado á embellecer el estilo; pero el mismo Benigno Bossuet se vió obligado á hacer alusion á una gallina, nada ménos que en plena oracion fúnebre. y salió del apuro pomposamente. El abogado estableció que el robo de las manzanas no estaba materialmente probado. — Su cliente, á quien, en su calidad de defensor, persistia él en llamar siempre Champmathieu, no habia sido visto por nadie escalando una pared ó desgajando una rama. — Habíasele hallado, es verdad, en posesion de aquella rama (*ó ramo*, nombre que el abogado hallaba más á su gusto de retórico); — pero él decia que se le habia encontrado en el suelo y que le habia recogido. Donde, si no, ¿estaba la prueba de lo contrario? — Sin duda que aquella rama habia sido arrancada y escondida, despues de escalar paredes, y por último abandonada allí por un merodeador alarmado; ¡sin duda que habia un ratero, un ladrón! — ¿Pero quién probaba que este ladrón era Champmathieu? Una sola cosa parecia probarlo: su calidad de antiguo galeote. El abogado no negaba que esta circunstancia apareciese desgraciadamente bien justificada; el acusado habia residido en Faverolles; habia sido allí podador; el nombre de Champmathieu podia bien traer su origen de Juan Mathieu; todo esto era indudable; por último, cuatro testigos reconocian sin vacilar y de una manera positiva en Champmathieu al antiguo presidiario Juan Valjean: á estas indicaciones, á estos testimonios, el abogado no podia ope-

ner otra cosa que la denegacion de su cliente, denegacion interesada; pero aún suponiendo que fuese él el galeote Juan Valjean, ¿probaba esto por ventura que fuera tambien el que habia robado las manzanas? Seria una presuncion, cuando más; no una prueba. Es verdad que el acusado, — y el defensor « en su buena fe » convenia en ello desde luego, — habia adoptado « un mal sistema de defensa, » obstinándose en negarlo todo, el robo, como su calidad de ex presidiario. Una confesion franca sobre este último punto habria valido mucho mejor, seguramente, y le habria granjeado la indulgencia de sus jueces; el abogado defensor se lo habia aconsejado así; pero el acusado se habia negado á ello con la mayor obstinacion, creyendo sin duda salvarlo todo no confesando nada. Esto era un error, era absurdo, pero ¿no habia de tenerse en cuenta lo limitado de aquella inteligencia? Aquel hombre era visiblemente estúpido. Su largo infortunio en el presidio, una grande y prolongada miseria fuera de él, le habian embrutecido, etc., etc.; se defendia mal, ¿pero era esta una razon para condenarle? Pero lo que hace al punto relativo á Gervasito, el abogado no tenia necesidad de discutirle, pues que no figuraba en el proceso. El defensor concluia suplicando al jurado y á los magistrados, que si la identidad de Juan Valjean les parecia evidente, le aplicaran las penas de policia que la ley inflige al condenado que se sustrae á los bandos de la autoridad, pero no el castigo espantoso que inflige al presidiario reincidente.

El abogado general, ó fiscal, replicó al defensor. Estuvo violento y florido, como lo están habitualmente los abogados generales.

Felicité al defensor por su « lealtad, » y se aprovechó hábilmente de esta lealtad. Descargó contra el acusado todo el peso de las concesiones que acababa de hacer el abogado defensor. El abogado parecia conceder que, en



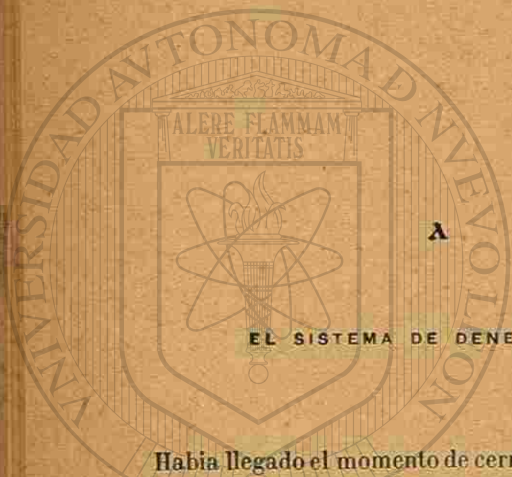
efecto, el acusado era Juan Valjean. El tomó acta de esto. Aquel hombre era pues Juan Valjean. Este era ya un punto incuestionable consignado en la acusación, que por consiguiente no podía ser contestado de ningún modo. Llegado aquí, valiéndose de una hábil antonomasia, remontando al origen y á las causas de la criminalidad, el abogado general tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica que se hallaba á la sazón en su aurora bajo el nombre de *escuela satánica* que la habian adjudicado los críticos de la *Quotidienne* y del *Oriflamme*; atribuyó, no sin cierta verosimilitud, á la influencia de aquella literatura perversa el delito de Champmathieu, ó por mejor decir, de Juan Valjean. Una vez terminadas estas consideraciones, pasó al mismo Juan Valjean en persona. ¿Quién era este Juan Valjean? Descripción de Juan Valjean: un monstruo vomitado por el averno, etc. El modelo de este género de descripciones se halla en el relato de Theramena, el cual no es útil á la tragedia, pero en cambio presta todos los días grandes servicios á la elocuencia del foro. El auditorio y los jurados « se horrorizaron. » Concluida la descripción, el abogado general prosiguió, en un movimiento oratorio hecho á propósito para excitar á la mañana siguiente el entusiasmo del Diario de la prefectura: — Y es un hombre de esta especie, etc., etc., etc., vagabundo, mendigo, sin medios ningunos de subsistencia, etc., etc., — acostumbrado por su vida pasada á las acciones culpables, y poco enmendado por su residencia en presidio, como lo prueba el crimen cometido con Gervasito, etc., etc., — es un hombre de tal estofa que, hallado en la vía pública en flagrante delito de robo, á algunos pasos de una pared escalada, teniendo aún en sus manos el objeto robado, niega el flagrante delito, el robo, la escalada, lo niega todo, niega hasta su nombre, niega hasta su identidad! Además de otras cien pruebas sobre las cuales no insistiremos, cuatro

testigos le reconocen. Javert, el íntegro inspector de policía Javert, y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cocheppaille. ¿Y qué es lo que él opone á esta unanimidad fulminante? Niega. ¡Qué endurecimiento! Vosotros haréis justicia, señores jurados, etc., etc. — Mientras que hablaba el abogado general, el acusado escuchaba con la boca abierta, y con una especie de extrañeza ó asombro que participaba bastante de la admiración. Evidentemente hallábase sorprendido de que un hombre pudiese hablar de aquella manera. De vez en cuando, en los momentos más « enérgicos » de la acusación, en aquellos instantes en que la elocuencia, no pudiendo contenerse, se desborda en un flujo de epítetos infamantes envolviendo al acusado como en una tempestad, movía este lentamente la cabeza de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, género de protesta muda y triste con la cual se contentaba él desde el principio de los debates. Los espectadores colocados cerca de él le oyeron decir á media voz, dos ó tres veces: — ¡Todo es eso porque no le han preguntado al señor Baloup! — El abogado general hizo notar al jurado aquella actitud atontada, en la cual era evidente que se encerraba algún cálculo, actitud que denotaba, no la imbecilidad, sino la destreza, la astucia, la costumbre de engañar á la justicia, y que ponía en evidencia « la profunda perversidad » de aquel hombre. Concluyó por fin el fiscal haciendo sus reservas para el asunto Gervasito, y pidiendo entre tanta una condena severa.

Por el momento era esta, como recordará el lector, los trabajos forzados á perpetuidad.

El defensor se levantó, empezó por felicitar al « señor abogado general » por su « admirable palabra, » y en seguida replicó como pudo, pero de un modo bastante flojo; era evidente que el terreno se le escapaba bajo sus pies.





Había llegado el momento de cerrar los debates. El presidente ordenó al acusado que se levantara y le dirigió la pregunta de costumbre : — ¿ Tiene usted algo que añadir en su defensa ?

El hombre, de pié, dando vueltas en sus manos á una asquerosa gorra que llevaba, pareció no haber oído lo que acababan de decirle.

El presidente repitió la pregunta.

Y esta vez oyó el hombre, y aun pareció comprender. Hizo el movimiento de una persona que despierta, paseó sus miradas en derredor, miró al público, á los gendarmes, á su abogado, á los jurados, al tribunal, apoyó su puño monstruoso sobre la baranda de madera colocada delante de su banco, volvió á mirar, y de repente, fijando sus ojos en el abogado general, empezó á hablar él también. Aquello

fué como un torrente, una erupción. Por la manera cómo las palabras se escapaban de su boca, incoherentes, impetuosas, mezcladas y confusas, parecía que se apresuraban á salir al mismo tiempo y todas á la vez. Hé aquí cómo se expresó :

— Tengo que decir esto. Que yo he sido carretero en París, y también que eso lo fui en casa del señor Baloup. Es un oficio muy duro el carretero ; siempre se trabaja al aire libre, ó en un patio, ó bajo un cobertizo en casa de los buenos amos ; pero nunca en talleres cerrados, porque, vean ustedes, para eso se necesita mucho espacio. En invierno se tiene tanto frío, que se golpea uno los brazos para calentarse ; pero los amos no quieren, porque dicen que eso hace perder tiempo. Manejar hierro cuando hay hielo en el empedrado, es rudo. Eso consume y gasta á un hombre pronto. En ese oficio, los muchachos se hacen viejos. Á los cuarenta años, un hombre ha concluido. Yo, ya tenía cincuenta y tres, y me hacía aquello mucho daño. Y además los obreros son tan malos ! Cuando un hombre ya no es jóven, le llaman todos avechueho, viejo rocin ! Y no ganaba ya más de treinta sueldos por día ; me pagaban lo ménos que podían ; los amos se aprovechaban de mi edad. Con todo, yo tenía mi hija, que era lavandera en el río. Ella por su parte ganaba también un poco ; y entre los dos, podíamos pasar. También ella tenía fatiga. Todo el día en una cubeta, hasta la cintura, con las lluvias, con las nieves, con el aire que le cortaba la cara ; cuando hiela, es lo mismo, es preciso lavar siempre ; hay personas que no tienen mucha ropa blanca, y que esperan la limpia ; si no se lavara, se perderían parroquianos. Las tablas están mal unidas, y caen por todas partes gotas de agua sobre las pobres obreras, que tienen mojadas sus faldas, lo mismo las de encima que las de debajo. El agua las penetra por todas partes. Ella también trabajó en el lavadero de los Enfants-Rouges, donde llega el agua



por medio de llaves. Allí no están en la cubeta. Se lava delante de sí frente á la llave y se aclara detras, en la pila. Como está cerrado, se tiene el cuerpo ménos frio. Pero hay un vaho de agua caliente que es terrible y que mata la vista. Á las siete de la noche entraba ella en casa y se acostaba en seguida; estaba muy cansada. Su marido la pegaba mucho y al cabo ella murió. No hemos sido muy dichosos. Era una muchacha muy buena, que no iba á bailes, y estaba siempre muy tranquila. Me acuerdo de un mártir de carna val en que se acostó á las ocho. Hé ahí, yo digo la verdad. No tienen ustedes más que preguntar por nosotros. ¡Pero, si! ¡preguntar, qué majadero soy! París es una gran caverna, un abismo, un pozo sin fondo. ¿Quién conoce allí al tío Champmathieu? Sin embargo, ya he dicho á ustedes, el señor Baloup. Pregunten en casa del señor Baloup. Despues de eso, yo no sé lo que quieren de mí.

El hombre calló y permaneció de pié. Todo esto lo habia dicho en voz alta, rápida, desabrida, dura, ronca, y con una especie de candidez irritada y salvaje. Una vez se interrumpió para saludar á uno de la muchedumbre. Las especies de afirmaciones que parecia lanzar á la ventura, le avenian cómo golpes de hipo, y acompañaba cada una de ellas con un gesto semejante al del lenador que da de hachazos á un tronco. Cuando concluyó, el auditorio se rió á carcajadas. Miró al público, y viendo que reian, sin que él supiera por qué, se echó á reir él tambien.

Era este un síntoma siniestro.

El presidente, hombre atento y benévolo, levantó la voz:

— Recordó á los « señores jurados » que « el llamado Baloup, antiguo constructor de carros, en cuya casa decia » el acusado haber servido, habia sido citado inútilmente. » Sé hallaba en quiebra, y no habia podido ser habido. » Despues, dirigiéndose al acusado, le invitó á que escuchara que le iba á decir, y añadió: — Usted se encuentra en

una situacion en que es preciso reflexionar. Pesan sobre usted las presunciones más graves, que pueden acarrearle consecuencias capitales. Acusado, en el interes de usted le interpelo por última vez; explíquese claramente sobre estos dos hechos: — Primero, ¿ha escalado usted, sí ó no, la pared de la cerca de Pierron, desgajado una rama y robado las manzanas, es decir, cometido el crimen de robo con escalada? Segundo, ¿es usted, sí ó no, el antiguo presidiario Juan Valjean?

El acusado sacudió la cabeza con un ademán significativo, como un hombre que ha comprendido bien y que sabe lo que va á responder. Abrió, pues, la boca, se volvió hácia el presidente, y dijo:

— En primer lugar...

En seguida se puso á mirar su gorra, despues miró al techo, y guardó silencio.

— Acusado, le dijo entónces el abogado general con tono sereno, preste usted atención. Nada responde usted á lo que se le pregunta. Su misma turbacion de usted le condena. Es evidente que su nombre no es Champmathieu, que usted no es otro que el galeote cumplido Juan Valjean, disfrazado desde el principio bajo el nombre de Juan Mathieu que era el de su madre; que usted ha estado en la Auvernia, que nació en Faverolles, donde ejerció el oficio de podador. Es evidente que usted ha robado con escalada unas manzanas maduras en la cerca de Pierron. Los señores jurados apreciarán.

El acusado habia concluido por volverse á sentar; se levantó bruscamente cuando acabó de hablar el abogado general, y exclamó:

— ¡Lo que es usted, es un gran bribon! Hé ahí lo que yo queria decir. Al principio no encontraba la palabra. Yo nada he robado, soy un hombre que no come todos los dias. Venia de Ailly, andando por esos campos despues de un



chaparrón que había puesto todo el suelo amarillo, hasta los pantanos y las charcas rebosaban, y no salían de entre las arenas sino hebritas de yerba á orillas del camino; encontré una rama rota en el suelo, que tenía manzanas, cogí aquella rama porque no sabía que me haría ella sufrir castigo. Tres meses hace que estoy en la cárcel y que me traen arrastrando. Y sobre todo, yo no puedo decir nada más; hablan contra mí, me dicen: ¡Responda usted, responda! El gendarme, que es un buen muchacho, me empuja con el codo y me dice muy bajito: — ¿Y por qué no respondes? anda, tonto, responde. Yo no me sé explicar, no he seguido estudios; soy un pobre diablo. Hé ahí lo que hacen mal en no querer ver. Yo no he robado, recogí del suelo cosas que encontré allí. Usted dice Juan Valjean, ¡Juan Mathieu! Yo no conozco á esas personas. ¿Son aldeanos? Yo he trabajado en casa del señor Baloup, boulevard del Hospital. Me llamo Champmathieu. Ustedes son muy maliciosos en decirme donde yo nací, pues yo hasta ahora lo ignoraba. Todos no tenemos casas para venir al mundo en ellas. Eso sería muy cómodo. Yo creo que mi padre y mi madre eran gentes que iban por los caminos; es todo lo que yo sé. Cuando era niño, me llamaban Pequeño, ahora me llaman Viejo. Estos son mis nombres de bautismo. Tomen ustedes eso como quieran. Yo he estado en Auvernia, he estado en Faverolles. ¡Pardiez! Y bien, es que no puede uno haber estado en Auvernia y en Faverolles, sin haber estado en presidio? Yo digo á ustedes que no he robado y que soy el tío Champmathieu. He estado en casa del señor Baloup, he estado domiciliado. En fin, ustedes me fastidian con sus tonterías. ¿Por que ha de estar la gente así tan encarnizada contra mí?

El abogado general, que había permanecido de pie, se dirigió al presidente y le dijo:

— Señor presidente, en vista de las denegaciones confusas, pero muy hábiles, del acusado, que quisiera hacerse

pasar por idiota, pero que no lo lograré, — téngalo así entendido, — requerimos que se digne su señoría y que se digne el tribunal citar de nuevo á este recinto á los condenados Brevec, Cochepaille y Chenildieu, y al inspector de policía Javert, é interrogarlos por última vez sobre la identidad del acusado con el galeote Juan Valjean.

— Haré observar al señor abogado general, dijo el presidente, que el inspector de policía Javert, llamado por sus funciones á la cabeza de un partido inmediato, ha abandonado la audiencia y áun la ciudad, tan pronto como hizo su declaración. Le hemos otorgado la correspondiente autorización con el beneplácito del señor abogado general y del defensor del acusado.

— Es justo, señor presidente, respondió el abogado general. En ausencia del inspector Javert, creo deber recordar á los señores jurados lo que dijo él aquí hace pocas horas. Javert es un hombre estimado que honra, por su rigurosa y estricta probidad, funciones inferiores pero importantes. Hé aquí en qué términos ha declarado: — « Yo » no necesito siquiera presunciones morales ni pruebas » materiales que desmientan las denegaciones del acusado. Le reconozco perfectamente. Este hombre no se » llama Champmathieu; es un antiguo presidiario muy » malo y muy temido, llamado Juan Valjean. No le liberaron al concluir su condena sino con grande pesar. Ha » sufrido diez y nueve años de cadena por robo calificado. » Cinco ó seis veces intentó evadirse. Además del robo » Gervasito y del robo Pierron, yo le sospecho aún de » otro robo cometido en casa de Su Ilustrísima el difunto » obispo de D. Le ví muchas veces, en la época en que » fui adjunto-guarda-chusma en el presidio de Tolon » Repito que le reconozco perfectamente. »

El presidente transmitió una orden á un alguacil, y á los pocos instantes se abrió la puerta de la sala de los testigos.



El alguacil, acompañado de un gendarme dispuesto á ayudarle si era menester, introdujo al presidiario Brevet. El auditorio quedó en suspenso, y todos los pechos palpitaron como si no hubieran tenido sino una sola alma.

El antiguo galeote Brevet llevaba la chaqueta negra y gris de las casas centrales. Brevet era un hombre como de sesenta años, que tenía el porte de un hombre de negocios y las trazas de un bribón: cosas que á veces suelen ir juntas. En la cárcel, adonde le habían conducido nuevas fechorías, había llegado él á ser algo como portero de golpe, ó celador. Era un hombre de quien decían sus jefes: Procura siempre hacerse útil. Los capellanes certificaban bien sobre sus costumbres religiosas. Conviene no olvidar que todo esto pasaba bajo la Restauración.

— Brevet, dijo el presidente, usted ha sufrido una condena infamante, y no puede prestar juramento.

Brevet bajó los ojos.

— Sin embargo, continuó el presidente, aún en el hombre á quien la ley degrada, puede quedar, cuando la piedad divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Á este sentimiento es al que apelo yo en esta hora decisiva. Si aún existe en usted, y yo espero que así será, reflexione antes de responderme; considere por una parte á ese hombre á quien una palabra de usted puede perder, y por otra parte la justicia, á la cual puede iluminar una palabra de usted también. El momento es solemne, siempre estamos á tiempo de que usted se retracte, si cree haberse engañado.

— Acusado, levántese. — Brevet, mire usted bien al acusado, recoja usted y fije bien sus recuerdos, y díganos, en su alma y conciencia, si persiste en reconocer á este hombre por su antiguo camarada de presidio, Juan Valjean.

Brevet miró al acusado, y despues se volvió hácia el tribunal.

— Sí, señor presidente. Yo fui el primero que le reco-

nocí y persisto en lo dicho. Este hombre es Juan Valjean, entrado en Tolon en 1796 y libertado en 1815. Yo salí el año siguiente. Ahora presenta ademanes de una bestia; quiere decir que la edad le ha embrutecido; en presidio era solapado. Le reconozco positivamente.

— Vaya usted á sentarse, dijo el presidente. Acusado, permaneced de pié.

En seguida introdujeron á Chenildieu, condenado á vida, según lo indicaban la casaca roja y el gorro verde. Sufria su pena en el presidio de Tolon, dedonde le habían traído para este proceso. Era un hombrequito como de unos cincuenta años, vivo, arrugado, amarillento, de aspecto miserable, descarado, febril, mostrando en todos sus miembros y en toda su persona una especie de debilidad enfermiza, y en la mirada una fuerza inmensa. Sus compañeros de presidio le habían transformado malignamente el nombre, apodándole *Je-nie-Dieu* (Yo-niego-á-Dios) en vez de Chenildieu.

El presidente le dirigió las mismas palabras, con corta diferencia, que á Brevet. En el momento en que le recordó que su infamia le privaba del derecho de prestar juramento, Chenildieu levantó la cabeza, y miró al público de frente. El presidente le invitó al recogimiento y le preguntó, como á Brevet, si persistía en reconocer al acusado.

Chenildieu dió una carcajada.

— ¡Pardiez! dijo, si le reconozco! como que hemos estado uncidos con la misma cadena cinco años. Mira, vejele, por qué estás de hocico conmigo?

— Vaya usted á sentarse, le dijo el presidente.

El alguacil trajo entonces á Cochepaille. Este otro condenado á cadena perpétua, venido también del presidio de Tolon y vestido de rojo como Chenildieu, era un labriego de Lourdes y un medio oso de los Pirineos. Había guardado rebaños en la montaña, y de pastor, deslizándose en la vida de bandido. Cochepaille no era ménos



salvaje y parecía más estúpido aún que el acusado. Era uno de esos seres desgraciados que la naturaleza bosteja en bestias y la sociedad acaba en galeotes.

El presidente procuró moverle con algunas palabras patéticas y graves, y le preguntó, como á los dos anteriores, si persistía, sin turbarse y sin vacilar, en reconocer al hombre que estaba de pié frente de él.

— Es Juan Valjean, dijo Cochepaille. El mismo á quien llamábamos Juan-el-Gato, por lo fuerte que es.

Cada una de las afirmaciones de estos tres hombres, evidentemente sinceros y de buena fe, habia sublevado en el auditorio un murmullo de mal agüero para el acusado, murmullo que crecia y se prolongaba más, cada vez que una nueva declaracion venía á agregarse á la anterior. Por lo que hace al acusado, las habia escuchado todas con aquel semblante lleno de extrañeza y admiracion que, segun la acusacion, constituía su principal medio de defensa. Á la primera, los gendarmes sus vecinos le habian oido mascullar entre dientes: — ¡Ea bien! y va uno! Despues de la segunda, dijo en tono algo más elevado, y con ademan casi satisfecho: — ¡ Bueno! Á la tercera exclamó: — ¡ Famoso!

El presidente le interrogó:

— Acusado, ¿ha oido usted? ¿Qué es lo que tiene que decir?

Él respondió:

— Digo: — ¡ Famoso!

Un rumor prolongado se hizo oír en el público y casi participó de él el jurado. Era evidente que el hombre estaba perdido.

— Porteros, dijo el presidente, hagan ustedes que se restablezca el silencio. Voy á cerrar los debates.

En este instante se notó un movimiento al lado del mismo presidente, y oyóse una voz que gritaba:

— ¡ Brevet, Chenildieu, Cochepaille! Mirad á este lado

Todos cuantos oyeron aquella voz se sintieron como hecados de espanto, tal era de lamentable y terrible. Las miradas se dirigieron hácia el punto de donde ella partía. Un hombre, colocado entre los espectadores privilegiados que ocupaban los asientos que estaban detras de la mesa del tribunal, acababa de levantarse, habia empujado la portezuela de la baranda que separaba al tribunal del pretorio, y se hallaba de pié en medio de la sala. El presidente, el abogado general, el señor Bamatabois, veinte personas más le reconocieron, y exclamaron á la vez:

— ¡ El señor Magdalena!





Y era él en efecto. La lámpara del escritorio alumbraba su rostro. Tenía el sombrero en la mano, no se notaba el menor desorden en su ropa. Llevaba la levita abotonada con esmero. Estaba muy pálido y temblaba ligeramente. Sus cabellos, grises aún en el momento de su llegada á Arras, se hallaban ahora enteramente blancos. En el espacio de una hora que estaba allí había encanecido. Todas las cabezas se levantaron. La sensación fué indescriptible. Hubo en el auditorio momentos de hesitación. La voz había sido tan punzante y desgarradora, parecía tan tranquilo el hombre que la había pronunciado y que se hallaba allí en presencia de todos, que al principio nadie comprendió lo que aquello podía significar. Preguntábase todo el mundo quién había gritado; pues parecía increíble que aquel hombre tan sereno hubiese lanzado un grito tan espantoso.

La indecisión no duró sino algunos segundos. Aún ántes que el presidente y el abogado general hubiesen podido decir una palabra; ántes que los gendarmes y los alguaciles hubiesen podido hacer un gesto, el hombre á quien todos llamaban aún en aquel momento el señor Magdalena, se habia adelantado hácia los testigos Coche-paille, Brevet y Chenildieu.

—¿ No me reconocéis? les dijo.

Todos tres quedaron cortados y sobrecogidos é indicaron con un signo de cabeza que no le conocían. Coche-paille, intimidado, hizo el saludo militar. El señor Magdalena se volvió entónces hácia los jurados, y hácia los magistrados, y dijo con una voz tranquila y dulce:

— Señores jurados, hagan ustedes poner en libertad al acusado. Señor presidente, hágame usted prender. El hombre á quien ustedes buscan, no es ese, soy yo. Yo soy Juan Valjean.

Ni una sola boca respiraba. Á la primera conmoción de asombro, habia sucedido un silencio sepulcral. Notábase en la sala esa especie de terror religioso que invade á la muchedumbre cuando sucede alguna cosa grande.

Sin embargo, en el semblante del presidente se hallaba como grabado un sentimiento de simpatía y de tristeza; habia cambiado una señal rápida con el abogado general y algunas palabras en voz baja con los consejeros asesores. En seguida se dirigió al público, y preguntó con un acento que todos comprendieron:

—¿ Hay en la sala un médico?

El abogado general tomó la palabra, y dijo:

— Señores jurados, el incidente tan extraño y tan inesperado que turba la audiencia en este momento, no nos inspira, lo mismo que á vosotros, sino un sentimiento que no hay necesidad de expresar. Todos vosotros conocéis, á lo ménos de nombre, al honorable señor



Magdalena, acaide de M. Si hay un médico en el auditorio, nosotros unimos nuestra voz á la del señor presidente para rogarle que tenga á bien asistir al señor Magdalena y hacerle conducir á su casa.

No dejó siquiera el señor Magdalena concluir al abogado general, á quien interrumpió con un acento lleno de man sedumbre y de autoridad. Hé aqui las palabras que pronunció; hélas aqui literalmente, tales cuales fueron escritas inmediatamente despues de la audiencia por uno de los testigos de aquella escena, tales como resuenan aún en los oídos de los que las oyeron, hace ya cerca de cuarenta años.

—Doy á usted miles de gracias, señor abogado general, pero yo no estoy loco. Va usted á verlo. Estaban ustedes á punto de cometer un grande error; pongan en libertad á ese hombre, yo no hago más que cumplir con un deber; ese infortunado presidiario soy yo. Yo soy el único que ve claro en esta materia, y les digo á ustedes la verdad. Lo que hago en este momento, Dios, que está arriba, lo ve, y esto me basta. Pueden ustedes apoderarse de mí, puesto que aquí me tienen á su disposicion. Y sin embargo he obrado lo mejor que he podido. Me he disfrazado bajo otro nombre; he llegado á ser rico, he llegado á ser alcalde; he querido entrar en la sociedad de las gentes honradas. Mas parece que esto no puede ser. En fin, hay muchas cosas que no me es posible decir, yo no voy á referir á ustedes mi vida; algun dia la conocerán. Robé al señor obispo, es verdad; robé al Gervasito, tambien es cierto. Han tenido razon en decir á ustedes que Juan Valjean era un desgraciado muy malo. Quizas no tiene él toda la culpa. Oigan ustedes, señores jueces, un hombre tan deprimido como yo no puede dirigir cargos á la Providencia ni dar consejos á la sociedad; pero, nótenlo ustedes bien, la infamia de la cual habia yo intentado salir es una cosa nociva. Las galeras hacen el galeote. Retengan ustedes esto, si les pa-

rece. Antes del presidio, era yo un pobre aldeano, muy poco inteligente, una especie de idiota; el presidio me ha cambiado. Era estúpido, y me ha hecho malo; era leño y soy tizon. Despues, la indulgencia y la bondad me han salvado, como la severidad me habia perdido. Pero, perdonen ustedes, señores, ustedes no pueden comprender lo que estoy diciendo. En mi casa hallarán ustedes, entre las cenizas de mi chimenea, la moneda de cuarenta sueldos que robé, hace siete años, á Gervasito. Nada más tengo que añadir. Préndanme ustedes. ¡Oh! el señor abogado general meneaba la cabeza, y dice: El señor Magdalena se ha vuelto loco; ¡no me creen ustedes! Eso me aflige. Á lo ménos, ¡no condenen ustedes á ese hombre! ¡Cómo! ¡estos no me reconocen! Bien quisiera yo que Javert estuviese aquí. ¡Él sí que me reconocería!

No es posible expresar cuánta melancolia sombría y benévola habia en el acento que acompañaba á estas palabras.

En seguida se volvió hácia los tres presidiarios, y les dijo:

—Pues bien, ¡yo sí los conozco á ustedes! ¡Brevet! ¿se acuerda usted?

Interrumpióse, vaciló un momento, y dijo:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de punto de media á cuadros que usabas tú en el presidio?

Brevet experimentó como un sacudimiento de sorpresa, y le miró de piés á cabeza con el ademán de un hombre aterrado. Él continuó:

—Chenildieu, que te daba, tú mismo el apodo de Jenie-Dieu, tienes una grande y profunda quemadura que te coge todo el omoplato derecho, porque un dia te echaste colocando el omoplato sobre un hornillo lleno de brasas, para borrar las létras T. F. P., que sin embargo se distinguen siempre. Responde, ¿es esto verdad?



— Es verdad, dijo Chenildieu

Dirigióse entonces á Cocheville :

— Cocheville, tú tienes junto á la sangría del brazo izquierdo una fecha grabada en letras azules con pólvora ardiendo. Esa fecha es la del desembarco del emperador en Cannes, el 1.º de *Marzo* de 1813. Levántate la manga.

Cocheville se levantó la manga, todas las miradas se dirigieron á él, á su brazo desnudo. Un gendarme aproximó una lámpara, la fecha estaba allí.

Aquel infortunado se volvió hácia el auditorio, y hácia los jueces con una sonrisa que todavía aflige á los que la vieron cuando piensan en ella. Era la sonrisa del triunfo, era también la sonrisa de la desesperación.

— Ya lo ven ustedes cómo soy yo Juan Valjean.

Ya no había en aquel recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes; no había más que ojos fijos y corazones conmovidos. Nadie se acordaba allí ya del papel que á cada cual incumbía desempeñar; el abogado general olvidaba sus funciones de acusador; el presidente también olvidaba que estaba allí para presidir; el defensor, que á él le tocaba defender. Cosa sorprendente, ninguna pregunta se hizo, ninguna autoridad intervino. Es propio de los espectáculos sublimes el apoderarse de todas las almas y convertir á todos los testigos en espectadores. Nadie quizás se daba cuenta de lo que experimentaba; nadie sin duda se decía que veía resplandecer allí una grande luz; todos se sentían interiormente deslumbrados.

Era indudable que tenían allí en su presencia á Juan Valjean. La demostración del hecho no podía ser más evidente. La aparición de aquel hombre había bastado para inundar de claridad aquella aventura tan llena de oscuridad un momento ántes. Sin que hubiera necesidad de ninguna explicación ulterior, toda aquella muchedumbre, como por una especie de revelación eléctrica, comprendió en seguida y de

una sola ojeada aquella sencilla y magnífica historia de un hombre que se entregaba para que otro hombre no fuese condenado en lugar suyo. Los detalles, las vacilaciones, las débiles resistencias posibles, se perdieron en aquel vasto y luminoso suceso.

Impresión que pasó pronto, pero que en aquel instante fué irresistible.

— No quiero molestar más al auditorio, repuso Juan Valjean. Puesto que no me prenden, me voy. Tengo mucho que hacer. El señor abogado general sabe quien soy, sabe adónde voy, y me hará prender cuando quiera.

Dirigióse hácia la puerta de salida. Ni una sola voz se hizo oír, ni un solo brazo se extendió para impedirlo. Todos se apartaron y le abrieron paso. Había en aquel momento ese algo que de divino que hace que la muchedumbre retroceda en buen orden ante un hombre. Atravesó por entre el público á paso lento. Nunca se supo quién abrió la puerta, pero es lo cierto que la puerta se halló abierta cuando llegó á ella. En este momento, se volvió y dijo.

— Señor abogado general, estoy siempre á la disposición de usted.

En seguida se dirigió al auditorio :

— Ustedes todos, señores, los que aquí se hallan, me consideran sin duda digno de compasión. ¿no es verdad? ¡Oh! cuando yo pienso en lo que he estado á punto de hacer, me encuentro digno de envidia. Sin embargo, yo habría querido mejor que no hubiera sucedido nada de esto.

Salió, y la puerta se cerró del mismo modo que se había abierto; pues los que hacen ciertas cosas soberanas están siempre seguros de hallarse servidos por alguien en la muchedumbre.

Menos de una hora despues, el veredicto del jurado absolvía de toda culpa y pena y descargaba de toda acusa-



ción al llamado Champmathieu; y Champmathieu, puesto en libertad inmediatamente se marchaba estupefacto, creyendo á todos los hombres locos y su comprende nada en aquella vision.



## LIBRO OCTAVO

## REPERCUSION

EN QUÉ ESPEJO SE MIRA EL PELO EL SEÑOR MAGDALENA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B...

Comenzaba á amanecer. Fantina habia tenido una noche de fiebre y de insomnio, si bien poblada de imágenes dichas; á la hora del alba se durmió. Sor Simplicia, que la habia velado, se aprovechó de este sueño para ir á prepararla una nueva pocion de quina. Pocos instantes hacia que la digna hermana se hallaba en el laboratorio de la enfermería, inclinada sobre sus drogas y sobre sus redomas, y mirando muy de cerca, á causa de esa bruma que esparce el crepúsculo sobre los objetos; cuando de repente volvió la



ción al llamado Champmathieu; y Champmathieu, puesto en libertad inmediatamente se marchaba estupefacto, creyendo á todos los hombres locos y su comprende nada en aquella vision.



## LIBRO OCTAVO

## REPERCUSION

U A N L

EN QUÉ ESPEJO SE MIRA EL PELO EL SEÑOR MAGDALENA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B...

Comenzaba á amanecer. Fantina habia tenido una noche de fiebre y de insomnio, si bien poblada de imágenes dichas; á la hora del alba se durmió. Sor Simplicia, que la habia velado, se aprovechó de este sueño para ir á prepararla una nueva pocion de quina. Pocos instantes hacia que la digna hermana se hallaba en el laboratorio de la enfermería, inclinada sobre sus drogas y sobre sus redomas, y mirando muy de cerca, á causa de esa bruma que esparce el crepúsculo sobre los objetos; cuando de repente volvió la



cabeza y dió un grito ligero. El señor Magdalena se hallaba en su presencia. Acababa de entrar silenciosamente.

— ¡Es usted, señor alcalde! exclamó la religiosa.

Él repuso, en voz baja :

— ¿Cómo va esa pobre mujer?

— No del todo mal en este momento. ¡Pero hemos estado muy inquietos, vea usted!

Entonces le explicó ella lo que había pasado; que Fantina había estado muy mala la víspera, pero que ahora ya iba mejor, porque creía que el señor alcalde había ido en busca de su niña á Montfermeil. La hermana no se atrevió á preguntar al señor alcalde, pero notó muy bien que no era de allí de donde venía.

— Todo eso está bien, dijo él, y usted ha hecho perfectamente en no desengañarla.

— Sí, replicó la hermana, ¿pero ahora, señor alcalde, que va á verle á usted y que no verá á su niña, qué le diremos?

El permaneció algunos instantes caviloso, y después dijo:

— Dios nos inspirará.

— Sin embargo, no se la podrá mentir, murmuró la hermana á media voz.

Ya era de día claro en la habitacion, y alumbraba de frente el rostro del señor Magdalena. La casualidad hizo que la religiosa levantara los ojos.

— ¡Jesus! ¡señor! exclamó, ¿pues qué le ha sucedido á usted? ¡sus cabellos están enteramente blancos!

— ¡Blancos! dijo él.

Sor Simplicia no tenía espejo; buscó en un estuche y sacó de él un espejito del cual se servía el médico de la enfermería para verificar que un enfermo estaba muerto y no respiraba ya. El señor Magdalena tomó el espejo, miró en él su pelo y dijo: ¡Vaya!

Pronunció esta palabra con indiferencia, y como si pensara en otra cosa.

La hermana se sintió helada por un no sé qué de desconocido que ella entreveía en todo esto.

Él preguntó :

— ¿Puedo verla?

— ¿Es que el señor alcalde no hará que la traigan su niña? dijo la hermana, atreviéndose apenas á aventurar una pregunta.

— Sin duda, pero se necesitan á lo menos dos ó tres días

— Si ella no viese al señor alcalde de aquí á allá, no sabría que está ya de vuelta, sería fácil hacer que tenga paciencia, y cuando llegase la niña, pensaría naturalmente que el señor alcalde ha llegado con ella. Así no habría que echar ninguna mentira.

El señor Magdalena pareció reflexionar algunos instantes, y en seguida dijo con su gravedad tranquila :

— No, hermana, es preciso que yo la vea. Tal vez estoy muy de prisa.

La religiosa no pareció notar esta palabra: « tal vez, » que daba un sentido oscuro y singular á las que acababa de pronunciar el señor alcalde; y le respondió bajando los ojos y la voz respetuosamente :

— En ese caso, ella está reposando, pero el señor alcalde puede entrar.

Hizo él algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal, y cuyo ruido podía despertar á la enferma, y en seguida entró en el cuarto de Fantina, se acercó á la cama y entreabrió las cortinas. Estaba durmiendo. La respiracion salía de su pecho con ese ruido trágico que es peculiar á tales enfermedades, y que tanto alige á las pobres madres cuando velan por la noche junto á un hijo moribundo y adormecido. Pero esta respiracion penosa apenas turbaba una especie de serenidad inefable esparcida en su semblante, y que la transfiguraba en el sueño. Su palidez habíase convertido en blancura; sus mejillas



estaban rosadas. Sus largas pestañas rubias, la única belleza que la quedaba de su virginidad y de su juventud, palpitaban sin dejar de permanecer cerradas y bajas. Toda su persona temblaba con no sé qué especie de estremecimiento que se sentía sin verle, como de unas alas que van desplegándose y entreabriéndose para arrebatlarla. Al verla de esta suerte, jamás habría podido creerse que aquella era una enferma casi desesperada. Parecía más bien un ser que va á volar que un ser que va á morir.

Cuando la mano se acerca á la rama del rosal para coger una flor, la rama tiembla, y parece huir y ofrecerse á la vez. El cuerpo humano tiene algo de ese estremecimiento, cuando llega el instante en que los dedos misteriosos de la muerte van á coger el alma.

El señor Magdalena permaneció algún tiempo inmóvil junto á la cama, mirando alternativamente á la enferma y al crucifijo, como hacía dos meses ántes, el día en que vino por primera vez á verla en aquel asilo. Otra vez se hallaban los dos allí en la misma actitud; ella durmiendo, él orando; sólo que ahora, despues de transcurrir estos dos meses, ella tenía el pelo gris y él le tenía blanco.

La hermana no había entrado con él. Él estaba de pie, junto á la cama, con el dedo en la boca, como si hubiese en el cuarto álguien á quien imponer silencio.

Ella abrió los ojos, le vió, y con una sonrisa alocable le dijo:

— ¿Y Coseta?

No tuvo un movimiento de sorpresa, ni un movimiento de alegría; era ella la alegría misma. Esta sencilla pregunta: — ¿Y Coseta? la hizo con una fe tan profunda, con tanta certidumbre, con una ausencia tan completa de inquietud y de duda, que él no encontró siquiera una palabra que responder. Y ella continuó:

— Yo sabía que usted había ido allá; estaba durmiendo, pero le veía á usted. Hace mucho tiempo que le veo, le he seguido á usted con los ojos toda la noche. Estaba usted en una gloria y tenía al rededor suyo toda especie de figuras celestiales.

Él dirigió su mirada hácia el crucifijo.

— Pero, repuso ella, dígame usted, ¿dónde está Coseta? ¿Por qué no me la han puesto aquí, en mi cama, para el momento en que yo despertara?



Él respondió maquinalmente una cosa que jamas pudo recordar despues.

Afortunadamente el médico, prevenido, habia llegado en este momento, y vino á sacar del mal paso al señor Magdalena.

— Hija mia, la dijo el doctor, cálmese usted. La niña está ahí.

Los ojos de Fantina se iluminaron y cubrieron de claridad todo su semblante. Juntó las manos con una expresion que encerraba á la vez todo lo más violento y lo más suave que puede haber en la oracion :

— ¡ Oh ! exclamó, ¡ traémela !

¡ Tierna ilusion de madre ! Coseta era siempre para ella la niña que se lleva en brazos.

— Todavía no, replicó el médico, en este momento no conviene. Tiene usted aún un resto de calentura. La presencia de la niña la agitaría á usted y la haría mucho daño. Primero es necesario que usted se cure.

Ella le interrumpió entónces impetuosamente :

— ¡ Pero si estoy curada ! ¡ le digo á usted que ya estoy buena ! ¡ Qué asno es este médico ! ¡ Ah ! ¡ pero yo quiero ver á mi niña !...

— ¿ Lo ve usted, dijo el médico, cómo usted se arrebató ? Mientras que esté así, me opondré yo siempre á que la traigan su niña. No basta verla, es preciso vivir para ella. Cuando usted sea juiciosa, yo mismo se la traeré.

La pobre madre inclinó la cabeza.

— Señor médico, perdóneme usted, yo le pido á usted mil veces perdon, muy de véras. En otro tiempo, no habria yo hablado como acabo de hacerlo ; pero me han sucedido tantas desgracias, que á veces ya no sé lo que me digo. Comprendo, usted teme la emocion ; pues bien, esperaré todo el tiempo que usted quiera, pero le juro á usted que el ver á mi hija no me habria hecho daño. La estoy viendo, no

aparte de ella los ojos desde anoche. ¿ Sabe usted ? si me la traeran ahora, me pondria á hablarla quedito. Y nada más. ¿ Pues no es cosa muy natural que tenga yo ganas de ver á mi niña, que han ido á buscármela expresamente á Montfermeil ? Yo no estoy irritada. ¡ Bien sé que voy á ser dichosa ! Toda la noche he estado viendo cosas blancas y personas que me sonreian. Cuando guste el señor médico, me traerá mi Coseta. Ya no tengo calentura, porque estoy curada ; conozco yo bien que no tengo ya nada ; pero voy á hacer como si estuviese enferma, y á no moverme, para dar gusto á las señoras de aquí. Cuando vean que me estoy bien sosegada, dirán : Ahora ya es menester traerle su niña.

Entre tanto el señor Magdalena se habia sentado en una silla que estaba al lado de la cama. Ella se volvió hacia él, y se notaba que hacia visibles esfuerzos para aparecer tranquila y « muy juiciosa », como ella decia en aquel desfallecimiento de la enfermedad que se asemeja á la infancia, á fin de que, al verla tan apacible, no pusieran dificultad en traerla su Coseta. Sin embargo, mientras que así se contenta ella, no podia ménos de dirigir al señor Magdalena mil preguntas.

— ¿ Ha hecho usted un buen viaje, señor alcalde ? Oh ! ¡ qué bueno es usted en haber ido á buscármela ! Digame usted siquiera cómo se halla la niña. ¿ No ha sufrido nada en el camino ? Ah ! ya no me reconocerá ! Pobre nena ! en tanto tiempo, me habrá olvidado. Los niños no tienen memoria. Son como los pájaros. Hoy ven una cosa, mañana otra, y no piensan nunca en nada. Tenía siquiera su ropita blanca ? La tenian los Thénardier aseadita ? Cómo la alimentaban ? Oh ! cuánto he sufrido, si usted supiera ! haciéndome todas estas preguntas en la época de mi miseria ! Ahora, ya aquello pasó ! Estoy contenta ! Oh ! cuántos deseos tengo de verla ! Señor alcalde, la ha encontrado usted honita ? Es verdad que tengo una hija muy linda ? Habrá usted tenido mucho



frio en la diligencia? Es que no podrian traérmela nada más que un instante? En seguida se la llevarian corriendo! Diga usted! usted que es aquí el amo, si quisiera!...

Él la tomó la mano: — Coseta es muy hermosa, la dijo, está buena, y la verá usted pronto, pero cálmese usted. Habla con demasiada vivacidad, y además, se descubre los brazos, y eso la hace toser.

Con efecto, fuertes accesos de tos interrumpian á Fantina casi á cada palabra.

La enferma no volvió ya á quejarse, temiendo haber comprometido con algunas reclamaciones demasiado apasionadas la confianza que ella queria inspirar; y se puso á decir algunas palabras indiferentes.

— Es bastante bonito, Montfermeil, es verdad? En verano, van allí de gira las gentes, á sus partidas de recreo. Y los Thénardier, hacen buenos negocios? No pasa mucha gente por aquel pueblo. Aquella posada es una especie de bodegon.

El señor Magdalena la tenia siempre cogida la mano, y la consideraba con la mayor ansiedad; era evidente que habia él venido para decirle ciertas cosas ante las cuales ahora vacilaba su pensamiento. Una vez hecha su visita, el médico se habia retirado. Sor Simplicia era la única persona que habia quedado allí cerca de ellos.

Entre tanto, en medio de aquel silencio, Fantina gritó: — La estoy oyendo! Dios mio! la estoy oyendo!

Sacó el brazo, para hacer señas á fin de que todo el mundo callara en derredor de ella, contuvo su aliento, y se puso á escuchar con el mayor gozo.

Habia un niño jugando en el patio; el hijo de la portera ó de cualquiera trabajadora de la fábrica. Casualidad que suele ocurrir siempre en estos casos, y como que parece formar parte del misterioso juego escénico de los acontecimientos lúgubres. Aquella criatura era precisamente una

niña, que iba y venia y corria sin cesar, par calentarse, y reia y cantaba en alta voz. Ah! ¡ en qué no se mezclan los juegos de los niños! Esta era la niña á quien Fantina oia cantar en aquel momento.

— ¡ Oh! exclamó la enferma, es mi Coseta! reconozco su voz!

La niña se fué, como habia venido, la voz se extinguió. Fantina continuó escuchando aún durante algunos minutos, y despues su semblante apareció sombrío. El señor Magdalena la oyó que decia en voz baja: — Qué bribon de médico, no dejarme ver á mi hija! ¡ Tiene mala cara ese hombre!...

Sin embargo, volvió el fondo alegre de sus ideas, y continuó hablando consigo misma, teniendo apoyada la cabeza sobre la almohada: — Qué dichosas vamos á ser! Primeramente, tendremos un jardinito! el señor Magdalena me lo ha prometido. Mi hija jugará en el jardín. Ya conocerá las letras; y yo la haré deletrear. Correrá por la yerba detras de las mariposas; y yo estaré mirándola. Despues, hará su primera comunión. Ah! ¿ si, cuando hará su primera comunión?

Y se puso á contar con los dedos.

— ... Uno, dos, tres, cuatro, ... tiene siete años. Dentro de cinco la hará. Llevará un velo blanco, medias caladas, parecerá una mujercita. Oh! hermana, mi buena hermana, usted no sabe qué tonta soy; pues no estoy pensando ahora en la primera comunión de mi hija!

Y se echó á reír.

Él habia soltado la mano de Fantina: y escuchaba sus palabras como se escucha un viento que brama, con los ojos en el suelo, y el espíritu sumergido en hondas reflexiones. De repente dejó de hablar, lo cual hizo que él levantara maquinalmente la cabeza. Fantina apareció espantosas

Ya no hablaba, ni respiraba; habiase medio sentado, en



la cama; sus hombros huesosos salían de la camisa; su rostro, que radiaba momentos ántes, estaba ahora pálido en extremo, y parecía fijar sus grandes ojos, ensanchados aún por el terror, en algún objeto pavoroso que veía frente á sí en el otro extremo de la habitación.

— Dios mío! exclamó él. ¿Qué es lo que usted tiene, Fantina?

No respondió, no separó un instante sus ojos del objeto que parecía estar viendo: con una mano tocó ella el brazo al señor Magdalena y con la otra le hizo una seña para que mirase detrás.

Volvióse en efecto, y vio á Javert.

JAVERT CONTENTO

Hé aquí lo que había pasado:

Las doce y méda de la noche acababan de dar, cuando el señor Magdalena salió de la sala de audiencia de Arras; entrando en su hôtel al tiempo justo de poder marchar en la silla de postas, donde sabemos que había retenido su asiento. Un poco ántes de las seis de la mañana llegó á M., y su primera diligencia fué la de echar al correo su carta á M. Laffite, entrando despues en la enfermería, para ver á Fantina.

Sin embargo, apénas había abandonado ella sala del tribunal, cuando el abogado general, vuelto de su primera sorpresa, había tomado la palabra deplorar el acto de locura del honorable alcalde de M., declarar que sus convicciones no se habían modificado en lo más mínimo por aquel singular y extraordinario incidente que se esclarece-



ría más adelante, y requerir, entre tanto, la condena de aquel Champmathieu, que evidentemente era el verdadero Juan Valjean. La persistencia del abogado general estaba visiblemente en contradicción con el sentimiento de todos, del público, del jurado y de los magistrados. Fácil le fué por consiguiente al defensor refutar esta arenga, y establecer que, en virtud de las revelaciones del señor Magdalena, es decir, del verdadero Juan Valjean, el negocio había cambiado enteramente de aspecto, y que el jurado tenía allí en su presencia á un inocente. El abogado procuró sacar partido de aquel notable incidente para lanzar algunas epifonemas, desgraciadamente poco nuevas, sobre los errores judiciales, etc., etc.; el presidente, al hacer su resumen, se había adherido á la opinion del defensor, y en pocos minutos dejó el jurado en libertad á Champmathieu.

Sin embargo, el abogado general necesitaba un Juan Valjean, y no leniendo ya á Champmathieu, tomó á Magdalena.

Inmediatamente despues de poner en libertad á Champmathieu, el abogado general se encerró con el presidente. Conferenciaron acerca « de la necesidad de apoderarse de » la persona del señor alcalde de M. » Esta frase donde hay muchos *de* es del señor abogado general, enteramente escrita de su puño en la minuta del informe que pasó al procurador general. Una vez desvanecida la primera emocion, el presidente hizo pocas objeciones. Era menester absolutamente que la justicia siguiera su curso. Y despues, para irlo todo, aun que el presidente era un hombre de bien carecia de inteligencia, era al mismo tiempo muerta, casi ardiente, y le había chocado mucho que el alcalde de M., al hablar del desembarque de Cannes, *el emperador y no Buonaparte,*

Expidieron pues el auto de prision. El abogado general le envió á M. por un expreso ganando horas, y confió su ejecucion al inspector de policia Javert.

Sabido es que Javert se había vuelto á M. inmediatamente despues de haber hecho su declaracion.

Javert se levantaba en el momento en que el expreso le entregó la órden ejecutoria del auto de prision.

El mismo expreso era un empleado de policia muy entendido, quien, en dos palabras, puso á Javert al corriente de lo que había sucedido en Arras. El auto de prision, firmado por el abogado general, se hallaba concebido en estos términos: — El inspector Javert se apoderará de la persona del llamado Magdalena, alcalde de M., quien, en la audiencia de este día, ha sido reconocido por ser el ex presidiario Juan Valjean.

Cualquiera que no hubiese conocido á Javert y que lo hubiera visto en el momento en que penetró en la ante sala de la enfermeria, no habría podido adivinar nada de lo que pasaba, y le habría hallado el aspecto más ordinario del mundo. Mostrábase frio, sereno, grave; tenía su pelo gris perfectamente atusado sobre las sienes, y acababa de subir la escalera con su calma habitual. Quien le hubiese conocido á fondo y le hubiera examinado atentamente, habría temblado. La hebilla de su corbatin de cuero, en vez de llevarla sobre la nuca, se hallaba bajo su oreja izquierda. Esto revelaba una agitacion inaudita.

Javert era un carácter completo, sin que hiciera pliegue alguno ni en su deber ni en su uniforme; metódico con los malvados; rigido con los botones de su casaca.

Para que él hubiese colocado mal la hebilla de su corbatin, era menester que hubiera en él una de esas emociones que pudiéramos llamar terremotos interiores.

Salió sencillamente, tomó cuatro soldados y un cabo del puesto inmediato, dejó los soldados en el patio y él se hizo indicar el cuarto de Fantina por la portera, sin desconfianza, por parte de esta, acostumbrada como ella estaba á ver gentes con armas preguntar por el señor alcalde.



Llegado al cuarto de Fantina, Javert dió vuelta á la llave, empujó la puerta con una suavidad de enfermera ó de espion, y entró.

Si hemos de hablar con propiedad, no entró. Se mantuvo de pié en la puerta entreabierta, con el sombrero en la cabeza, y la mano izquierda en su levita cerrada hasta la barba. En el pliegue del codo podia verse el pomo plomizo de su enorme bastón, el cual desaparecia á su espalda.

En esta actitud permaneci6 cerca de un minuto, sin que nadie se apercibiera de su presencia; cuando hé aqui que, de repente, Fantina alz6 los ojos, le vi6 6 hizo que el señor Magdalena volviera la cabeza.

En el momento en que la mirada de Magdalena se encontró con la mirada de Javert, Javert, sin menearse, sin acercarse, sin que hiciera el más mínimo movimiento, apareció espantoso. Ningun sentimiento humano logra inspirar tan bien el terror como la alegría.

Era aquel el semblante de un demonio que acaba de recobrar á su condenado.

La certidumbre de poseer en fin á Juan Valjean hizo aparecer en su fisonomía todo cuanto él tenía en el alma. El fondo removido subió á la superficie. La humillacion de haber perdido durante algunos dias la pista de él, y de habers engañado en este tiempo por la aparicion de aquel Champ-mathieu, quedaba ya borrada bajo el orgullo de haber adivinado tan bien desde el principio, y de haber mostrado por tanto tiempo un instinto exacto. El contento de Javert se ostentaba en su actitud soberana. En su estrecha frente dilatábase la disformidad del triunfo. Era todo el alarde de horror que puede dar de sí un rostro satisfecho.

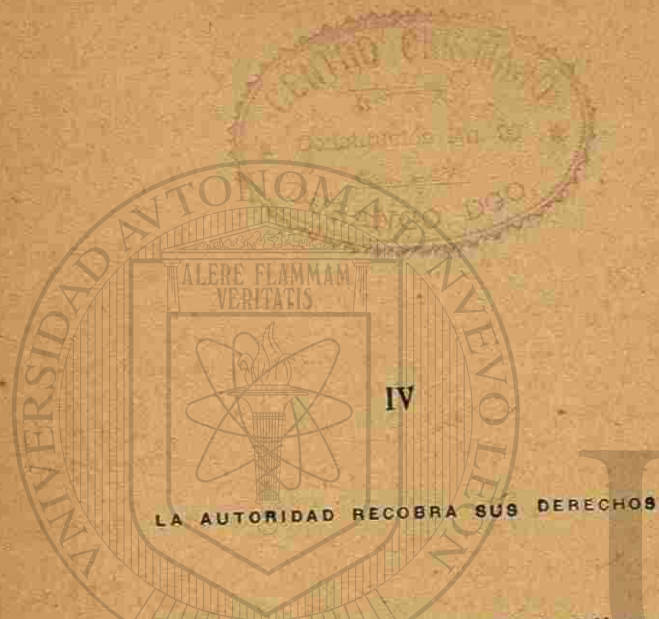
En aquel momento, Javert estaba en sus glorias. Sin que él se diese claramente cuenta de ello, pero, sin embargo, con una intuicion confusa de su necesidad y de su éxito, personificaba él, el mismo Javert, la justicia, la luz y la

verdad en su celestial funcion de confundir el mal. Tenía detras de sí y en derredor suyo, en una profundidad infinita, la autoridad, la razon, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, todo el firmamento; protegía el orden, hacía brotar de la ley el rayo, vengaba á la sociedad, prestaba el auxilio de su poderoso brazo al absoluto; erigiase él un trono y una gloria; habia en su victoria un resto de provocacion y de combate; de pié, altivo, soberbio, ostentaba, como proyectada en un fondo azul, la sobrehumana bestialidad de un arcángel feroz; la sombra formidable del acto que él consumaba hacia visible en su puño contraido el vago resplandor de la espada social; dichoso é indignado, tenía bajo su talon el crimen, el vicio, la rebelion, la perdicion, el infierno; y radiaba, exterminaba, sonreía, habiendo una incontestable grandeza en aquel san Miguel monstruoso.

Javert, espantoso, nada tenía de innoble.

La probidad, la sinceridad, el candor, la conviccion, la idea del deber, son cosas que, engañándose, pueden ser horribles, pero que, aun siendo horribles, permanecen grandes; su misma majestad, propia de la conciencia humana, persiste en el horror: son virtudes que tienen un vicio, el error. La implacable alegría honrada de un fanático en la embriaguez de sus atrocidades conserva cierto brillo lúgubremente venerable. En su formidable dicha, Javert, sin que él lo supiera, era digno de compasion, como todo ignorante que triunfa. No hay nada tan punzante y tan terrible como aquel rostro donde se ostentaba lo que pudiera llamarse todo lo malo del bien.





La Fantina no había visto á Javert desde el día en que el señor alcalde la había arrancado de manos de aquel hombre. De nada podía darse cuenta su cerebro enfermo; sin embargo, para ella no cabía la menor duda de que venía á buscarla. No pudo soportar la presencia de aquella horrenda figura; sintióse desfallecer; ocultó su cara con ambas manos y exclamó llena de terror y de angustia:

— Señor Magdalena, ¡sálveme usted!

Entre tanto, Juan Valjean, — pues ya no le daremos otro nombre en lo sucesivo, — se había puesto de pie, y dijo á Fantina con la voz más suave y más serena

— Tranquilícese usted. No es á usted á quien busca.

En seguida, se dirigió á Javert y le dijo:

— Sé lo que usted quiere

Javert respondió:

— ¡Vamos, pronto!

En la inflexion que acompañó á estas dos palabras había algo de feroz y de frenético. Javert no pronunció clara y distintamente esas palabras, sino una especie de gruñido equivalente; sin que ninguna ortografía sea capaz de expresar el acento con que él le berreó; pues, más bien que palabra humana, fué aquello un rugido.

No hizo como de costumbre; no entró en materia; no enseñó ninguna orden ó auto de prision. Para él, Juan Valjean era una especie de combatiente misterioso é insecuestrable, un luchador tenebroso á quien él estrechaba hacia cinco años sin poderle derribar. Esta prision no era el principio sino el fin de sus designios. Por eso se limitó á decir: ¡Vamos, pronto!

Al pronunciar estas palabras, no dió un paso siquiera; lanzó sobre Juan Valjean aquella mirada que él arrojaba como un gancho, y con la cual acostumbraba á atraer hácia sí violentamente á los miserables.

En la misma mirada que la Fantina había sentido penetrar hasta la médula de sus huesos, dos meses ántes.

Al grito de Javert, Fantina había vuelto á abrir los ojos. Pero estando allí el señor alcalde, ¿qué podía ella temer?

Javert avanzó en medio del cuarto y gritó:

— ¡Ea! ¿acabarás de venir?

La desgraciada miró en derredor suyo. Allí no había nadie más que la religiosa y el señor alcalde. ¿Á quién pues podía dirigirse aquel tuteo abyecto? Á ella solamente; y se puso á temblar.

Entonces presenció una cosa inaudita, tan inaudita, que jamás se le había representado nada igual en sus más negros delirios de la fiebre.

Vió al polizone Javert agarrar por el cuello al señor alcalde; vió al señor alcalde inclinar la cabeza. Parecía que el mundo se hundía.



Con efecto, Javert había cogido por el cuello á Juan Valjean.

— ¡Señor alcalde! gritó Fantina.

Javert dió una carcajada, una horrible carcajada que volvia al descubierto todos sus descarnados dientes.

— ¡Ya no hay aquí señor alcalde!

Juan Valjean no trató de apartar la mano que tenía asido el cuello de su levita. Sólo dijo:

— Javert...

— Llámame señor inspector, — le interrumpió Javert.

— Señor, repuso Juan Valjean, quisiera decir á usted dos palabras aparte.

— En alta voz! habla en alta voz, respondió Javert, á mí se me habla en voz alta!

Juan Valjean continuó, bajando la voz:

— Es una súplica que tengo que hacer á usted.

— Ya te digo que hables alto.

— Pero si esto no debe ser oído sino por usted solo...

— ¿Qué me importa á mí? ¡yo no escucho!

Juan Valjean se volvió hácia él y le dijo rápidamente y en tono muy bajo:

— Concédame usted tres días, ¡tres días para ir á buscar á la niña de esta desgraciada mujer! Yo pagaré cuanto sea menester pagar! Usted me acompañará, si quiere.

— Quieres hacerme reír! exclamó Javert. Ea, vaya! Yo no te creía tonto! Me pides tres días para marcharte! y dices que es para ir á buscar á la hija de esa mozueta! Ah! ah! ah! no está malo eso!

Fantina se estremeció.

— Mi hija! exclamó la enferma, ir á buscar á mi hija! Conque no está aquí! Hermana, respóndame usted: ¿dónde está Coseta? ¡Yo quiero mi niña! ¡Señor Magdalena! señor alcalde!

Javert dió una patada en el suelo.

— Mira ahora la otra! te callarás tu, orinona! País envilecido, donde los galeotes son magistrados y las mujeres públicas están tratadas como condesas! Ah! pero todo esto va á cambiar: ya era tiempo!

En seguida miró fijamente á Fantina y añadió, asiendo bien con el puño la corbata, la camisa y el pescuezo de Juan Valjean:

— Te digo que no hay aquí ya señor Madgalena, y que no hay señor alcalde. Lo que hay es un tunante, un ladrón, un galeote llamado Juan Valjean! ese es el que yo tengo agarrado! esto es lo que hay.

Fantina se incorporó sobresaltada, apoyándose en sus brazos rígidos y en ambas manos, miró á Juan Valjean, miró á Javert, y miró á la religiosa; abrió la boca como para hablar, pero un horrible estertor salió del fondo de su garganta; sus dientes rechinaron, extendió los brazos con angustia, abriendo convulsivamente las manos y buscando algo en derredor suyo como el que se está ahogando; en seguida se postró súbitamente sobre la almohada.

Su cabeza fué á dar contra la cabecera de la cama, cayendo despues sobre su pecho, con la boca abierta, los ojos abiertos y apagados.

Estaba muerta.

Juan Valjean puso su mano sobre la mano de Javert que le tenía asido, la abrió como habria abierto la mano de un niño, y dijo á Javert:

— Usted ha matado á esta mujer.

— ¡Acabaremos! gritó Javert furioso, yo no vengo aquí á oír discursos. Ahorremos todo eso; la guardia está abajo, marchemos inmediatamente, ó se te amarrará!

En un rincón del cuarto habia una cama vieja de hierro, en bastante mal estado, que servia para cuando velaban las hermanas. Juan Valjean se dirigió á aquella cama, ar-



rancó en un abrir y cerrar de ojos la cabecera, ya bastante deteriorada, cosa fácil á unos músculos como los suyos, empuñó una varilla de hierro, y miró á Javert. Javert retrocedió hácia la puerta.

Juan Valjean, con su barra empuñada, se dirigió despacio hácia el lecho de Fantina. Luego que llegó á él, miró á Javert y le dijo con una voz que apenas podía ser oída:

— No le aconsejo á usted que me incomode en este momento.

Lo cierto es que Javert temblaba.

Tuvo intencion de ir á llamar la guardia; pero Juan Valjean podía aprovecharse de aquel instante para evadirse. Permaneció pues, cogió su baston por la punta estrecha, y se respaldó contra la puerta sin apartar los ojos de Juan Valjean.

Juan Valjean apoyó un codo sobre la cabecera del lecho de muerte y la frente en su mano derecha, y se puso á contemplar á Fantina tendida é inmóvil. Así permaneció absorto, mudo, y, evidentemente, sin pensar en ninguna otra cosa de esta vida. Ya nada había en su semblante y en su actitud sino un sentimiento de compasion difícil de expresar. Despues de algunos instantes de aquel lúgubre ensueño, se inclinó hácia Fantina y la habló en voz baja.

¿Qué es lo que la dijo? ¿Qué podía decir aquel hombre réprobo á aquella mujer muerta? ¿Qué palabras fueron aquellas? Nadie en la tierra las oyó. Oyólas por ventura la muerta? Hay tiernas ilusiones que tal vez son realidades sublimes. Lo que no admite duda, es que sor Simplicia, único testigo de lo que allí pasaba, ha referido muchas veces que, en el momento en que Juan Valjean habló á Fantina al oído, la religiosa vió distintamente asomar una inefable sonrisa en aquellos labios pálidos y en aque-

llas vagas pupilas, como asombrada con el asombro de la tumba.

En seguida tomó Juan Valjean con ambas manos la cabeza de Fantina y la arregló sobre la almohada como una madre habría hecho con su tierna hija, la ató el cordon de la camisa y la recogió el pelo bajo la papalina. Hecho esto, la cerró los ojos.

En aquel instante, el rostro de Fantina parecia iluminado de una manera extraña.

La muerte es la entrada en la grande claridad.

La mano de Fantina colgaba fuera de la cama. Juan Valjean se arrodilló ante aquella mano, la ascendió suavemente y la besó.

Despues se levantó, y volviéndose hácia Javert, le dijo:

— Ahora ya estoy á las órdenes de usted.





Javert depositó á Juan Valjean en la cárcel de la villa. El arresto del señor Magdalena causó en M. una sensación, ó mejor dicho, una conmoción extraordinaria. Mucho nos entristece el no poder disimular que, al oír esta sola palabra: *era un galeote*, casi todo el mundo le abandonó. En ménos de dos horas, todo el bien que había hecho quedó olvidado, y ya no fué otra cosa que « un galeote ». Justo es decir que aún no conocían los detalles de lo que había sucedido en Arras. Durante todo aquel día, no se oía en todos los sitios de la villa sino conversaciones por el estilo de esta:

— Usted no sabe? Era un presidiario licenciado! — Quién? — El alcalde. — Bah! el señor Magdalena? — Sí. — De veras? — No se llama Magdalena; tiene un nombre muy feo, Bejean, Boujean, Bojean. — Ay, Jesús mío! — Está

preso. — Preso! — Sí, en prisión, en la cárcel de la villa, hasta tanto que le trasladen. — Que le trasladen! Van á trasladarle! Y adónde le van á trasladar? — Va á ser juzgado por un robo en despoblado que hizo en otro tiempo. — Y bien! ya me lo sospechaba yo. Ese hombre era demasiado bueno, demasiado perfecto, demasiado alimbar. Él rehusó la cruz, daba sueldos á todos los pillitos que encontraba. Siempre creí que ahí se encerraba alguna mala historia.

« Los salones » sobre todo eran de esta opinión.

Una señora anciana, suscritora de *la Bandera blanca*, hizo esta reflexión, cuya profundidad es casi imposible sondear.

— No me disgusta eso. Será una buena lección para los buonapartistas.

Así se dispuso en M. aquel fantasma llamado el señor Magdalena. Sólo tres á cuatro personas, en toda la villa, permanecieron fieles á su memoria. La vieja portera que le había servido fué del número de estas personas.

La noche de aquel mismo día, la digna anciana estaba sentada en su cuarto, despavorida aún y abismada en tristes reflexiones. La fábrica había estado cerrada todo el día, la puerta principal con el cerrojo echado, la calle enteramente desierta. No había en toda la casa sino las dos religiosas, sor Perpétua y sor Simplicia, para velar junto al cuerpo de Fantina.

Á eso de la hora en que el señor Magdalena acostumbraba á entrar, la honrada portera se levantó maquinalmente, cogió de un cajón la llave del cuarto del señor Magdalena, tomó la palmatoria de la cual se servía él todas las noches para subir á su habitación, en seguida colgó la llave en el clavo de donde él la tomaba al entrar, y colocó al lado la palmatoria, como si ella le esperase. Hecho esto, se volvió á sentar, entregándose de nuevo á sus ca-



vilaciones. La pobre vieja había practiado todas estas cosas sin tener conciencia de lo que hacía.

Sólo al cabo de dos ó tres horas fué cuando ella salió de su delirio y exclamó: Vaya! Jesus Dios mio! y yo que he puesto su llave en el clavo!

En este mismo instante abrióse la puerta vidriera de su cuarto, pasando por la abertura una mano, la cual cogió la llave y la palmatoria, y encendió la bujía en la luz de la portera que se hallaba encendida.

La vieja alzó los ojos y se quedó con la boca abierta y con un grito que ella reprimió en la garganta.

Había reconocido aquella mano, aquel brazo, aquella manga de levita.

Era el señor Magdalena.

Durante algunos segundos, permaneció sin poder hablar, *sobrecogida*, como ella misma decía despues al referir su aventura.

— ¡Jesus! señor alcalde, exclamó, y yo que le creía á usted...

Y se detuvo: el final de su frase habria sido irrespetuoso para con el principio. Juan Valjean era siempre para ella el señor alcalde.

Él fué quien terminó su frase.

— En la cárcel, dijo. He estado, pero he roto la barra de una ventana, me he dejado caer de lo alto de un tejado, y aquí me tiene usted. Voy á subir á mi cuarto, vaya usted y llame á sor Simplicia. Sin duda velará el cadáver de esa pobre mujer.

La anciana obedeció prontamente.

No la hizo la más minima recomendacion: estaba muy seguro de que le guardaria ella mejor de lo que se guardaria él mismo.

Nunca llegó á saberse cómo logró entrar en el patio sin estar abierta la puerta cochera. Es verdad que tenía y solia

llevar siempre consigo un llavin que abría una puertecita lateral; pero, al prenderle, debieron naturalmente registrarle y privarle del llavin. Este punto no ha podido aclararse.

Subió la escalera que conducía á su cuarto. Llegado arriba, dejó su bujía en la escalera, abrió su puerta haciendo el menor ruido posible, se fué á tientas á cerrar la ventana y despues volvió á tomar la palmatoria y á entrar en su cuarto.

Esta precaucion era útil, pues sabemos ya que su ventana podia ser vista desde la calle.

Dirigió unas miradas en deredor suyo, á su mesa, á su sillón, á su cama, que se hallaba intacta hacia tres dias: y no halló ningun vestigio de desórden de la noche penúltima. La portera habia limpiado y arreglado el cuarto como de costumbre. Sólo que habia recogido de entre las cenizas y colocado, despues de limpiarlas, sobre la mesa, las dos conteras del garrote ferrado y la moneda de cuarenta sueldos ennegrecida por el fuego.

Tomó una hoja de papel en la cual escribió: *Hé aquí las dos puntas de mi garrote ferrado y la moneda de cuarenta sueldos robada á Gervasito de que he hablado en el tribunal de audiencia*; y sobre este papel colocó la moneda y los dos pedazos de hierro, de modo que esto fuera lo primero que viesen al entrar en su cuarto. Sacó de un armario una camisa vieja suya, que rompió, y en cuyos pedazos de lienzo envolvió los dos candeleros de plata. Por lo demas, ni se mostraba presuroso ni agitado: y al mismo tiempo que empaquetaba los candeleros del obispo, daba bocados á un pedazo de pan negro. Probablemente era aquel el pan de la cárcel que se llevó consigo al escaparse.

Cuando la justicia hizo despues una pesquisa en el cuarto, tomó acta de este hecho por las migajas de pan que halló en el suelo.



Dos golpecitos se hicieron oír en la puerta.

— Adelante, dijo él.

Era sor Simplicia.

Estaba pálida, y con los ojos encarnados; la vela que llevaba vacilaba en su mano. Las violencias del destino tienen esto de particular, que por más perfeccionados ó más fríos que seamos, ellas nos arrancan del fondo de las entrañas, la naturaleza humana, y la obligan á reaparecer en el exterior. Con los terribles sacudimientos, con las fuertes emociones de este día, la religiosa se había vuelto mujer. Había llorado, y estaba temblando.

Acababa de escribir Juan Valjean algunas líneas en un papel que confió á la religiosa diciéndola: — Hermana, entregará usted esto al señor cura.

El papel estaba desdoblado, y ella le miró.

— Puede usted leerle, la dijo.

Y la religiosa leyó: — « Ruego al señor cura que cuide de todo lo que aquí dejo. Que tenga á bien pagar de esto las costas de mi proceso y el entierro de la mujer que ha muerto hoy. Lo demás será para los pobres. »

La monja quiso hablar, pero apenas pudo tartamudear algunos sonidos inarticulados. Sin embargo, consiguió decir:

— Es que el señor alcalde no desearia volver á ver por última vez á esa pobre infortunada?

— No, respondió, me persiguen, y si me prendieran en su cuarto, eso la turbaria.

Apénas acababa él de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un gran ruido en la escalera; oyéndose un tumulto de pasos que subian, y la voz de la portera que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

— Mi buen señor, le juro á usted por Dios que no ha entrado nadie aquí en todo el día, ni en toda la noche, y que ni yo he abandonado mi puerta tampoco!

Y la voz de un hombre que respondia:

— Sin embargo, en ese cuarto hay luz

Reconocieron la voz de Javert.

La habitacion se hallaba dispuesta en términos que, al abrirse la puerta, ocultaba el ángulo de la pared á la derecha. Juan Valjean dió un soplo á la bujía y se ocultó en aquel rincon.

Sor Simplicia cayó de rodillas junto á la mesa.

La puerta se abrió.

Entró Javert.

Oíase entre tanto el cuchicheo de varios hombres y las protestas de la portera en el corredor.

La religiosa no levantó los ojos. Estaba orando.

Su vela se hallaba sobre la chimenea y sólo daba una débil claridad.

Javert vió á la hermana y se detuvo como cortado.

Sin duda el lector recuerda que el fondo mismo de Javert, su elemento, su aire respirable, era la veneracion de toda autoridad. Era un hombre como hecho todo de una pieza, que ni admitia objecion ni restriccion. Se entiende que, para él, la autoridad eclesiástica era la primera de todas; era religioso, superficial y correcto en este punto como en todos los demas. Á sus ojos, un sacerdote era un espíritu que no se engaña jamas, y una religiosa, una criatura impecable. Almas muradas en este mundo, con una sola puerta que nunca se abria sino para dar paso á la verdad.

Al ver á la hermana, su primer movimiento fué para retirarse.

Sin embargo, habia tambien otro deber que le reteñia, y que le impelia imperiosamente en sentido inverso. Su segundo movimiento fué para permanecer, y aventurar á lo ménos una pregunta.

Era aquella sor Simplicia que no habia mentido nunca



en su vida. Javert lo sabía, y la veneraba particularmente por este motivo.

— Hermana, la dijo, ¿está usted sola en este cuarto?

Hubo un momento horrible, durante el cual la pobre portera se sintió desfallecer.

La religiosa levantó los ojos y respondió:

— Sí.

— De modo que, repuso Javert, dispéñeme usted si insisto, pues es mi deber, no ha visto usted esta noche á una persona, un hombre, que se ha evadido, y á quien buscamos, — ese llamado Juan Valjean, ¿no le ha visto usted?...

La hermana respondió:

— No.

Mintió. Mintió dos veces seguidas, una en pos de otra, sin vacilar, rápidamente, con la abnegacion de una persona que se sacrifica.

— Perdóne usted, dijo Javert, y se retiró saludando con el mayor respeto.

¡Oh santa mujer! tú no eres ya de este mundo hace muchos años; desde entónces, estás unida en la luz con tus hermanas las vírgenes y con tus hermanos los ángeles; que esa mentira te recomiende y te sea contada entre tus mejores obras en el paraíso!

La afirmacion de la hermana fué para Javert una cosa tan decisiva, que ni siquiera notó la singularidad de aquella bujía que acababan de apagar y que aún estaba echando humo sobre la mesa.

Una hora despues alejábase rápidamente de M. un hombre que caminaba por entre las espesuras de las arboledas y de las brumas, dirigiéndose hácia Paris. Este hombre era Juan Valjean. Segun el testimonio de dos ó tres carreteros que le encontraron, llevaba un paquete, é iba vestido de una blusa. ¿Dónde había él tomado esta blusa? Nunca llegó á saberse. Sin embargo, un operario anciano

había muerto pocos dias ántes en la enfermeria de la fábrica, no dejando otra cosa que su blusa. Tal vez era esta.

Una palabra más acerca de Fantina.

Tenemos todos una madre, la tierra. Esta madre recogió á Fantina.

El cura creyó hacer y tal vez hizo bien en reservar, sobre lo que había dejado Juan Valjean, la mayor cantidad de dinero posible á los pobres. Y sobre todo, ¿de quién se trataba? de un presidiario y de una mujer pública. Por eso procuró simplificar cuanto pudo el entierro de Fantina, reduciéndole á lo estrictamente necesario, á lo que llaman la fosa común.

Fué pues sepultada Fantina en el rincón gratuito del cementerio que pertenece á todos y á nadie, y dónde se pierden los pobres. Afortunadamente Dios sabe dónde encontrar el alma. Acostaron á Fantina en las tinieblas, entre los huesos de los primeros y de los últimos cadáveres allí arrojados, más bien que depositados; haciéndola sufrir la promiscuidad de las cenizas. Fué lanzada á la fosa pública. Su tumba se pareció á su lecho.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## INDICE

DEL TOMO PRIMERO

PRÉFACIO . . . . .

### PRIMERA PARTE

FANTINA

LIBRO PRIMERO. -- Un Justo.

I. M. Myriel . . . . .	5
II. M. Myriel transformado en Monseñor Bienvenido . . . . .	9
III. A buen obispo rudo obispado . . . . .	16
IV. Las obras en armonía con las palabras . . . . .	19
V. Las sotanas de Monseñor Bienvenido tenían larga duración . . . . .	29
VI. Por quién hacía él guardar su casa . . . . .	33
VII. Cravatte . . . . .	41
VIII. Filosofía despues de beber . . . . .	46
IX. Semblanza del hermano por la hermana . . . . .	52
X. El obispo en presencia de una luz desconocida . . . . .	58
XI. Una restriccion . . . . .	75
XII. Soledad de Monseñor . . . . .	81
XIII. Lo que él creía . . . . .	85
XIV. Lo que él pensaba . . . . .	91



## LIBRO SEGUNDO. — LA CALDA.

I. La tarde de un día de marcha. . . . .	95
II. La prudencia aconsejada á la sabiduría. . . . .	112
III. Heroísmo de la obediencia pasiva. . . . .	118
IV. De'elles sobre las queseras de Pontarlier. . . . .	126
V. Tranquilidad. . . . .	32
VI. Juan Valjean. . . . .	135
VII. El interior de la desesperacion. . . . .	142
VIII. La onda y la sombra. . . . .	152
IX. Nuevos agravios. . . . .	156
X. El hombre despierto. . . . .	158
XI. Lo que hace. . . . .	163
XII. El obispo trabaja. . . . .	169
XIII. Gervasito. . . . .	174

## LIBRO TERCERO. — EN EL AÑO DE 1817

I. El año de 1817. . . . .	187
II. Doble cuarteto. . . . .	195
III. Cuatro á cuatro. . . . .	201
IV. Tholomyès está tan gozoso, que canta una cancion española. . . . .	207
V. En casa de Bombarda. . . . .	211
VI. Capitulo en que se adoran. . . . .	215
VII. Sabiduría de Tholomyès. . . . .	218
VIII. Muerte de un caballo. . . . .	226
IX. Divertido final de fiesta. . . . .	230

## LIBRO CUARTO. — CONFÍAR, ES Á VECEs ENTREGAR.

I. Una madre que encuentra á otra. . . . .	235
II. Primer bosquejo de dos caras cegajosas. . . . .	247
III. La Calandria. . . . .	250

## LIBRO QUINTO. — EL DESCENSO.

I. Historia de un progreso en la vidrieria negra. . . . .	255
II. Magdalena. . . . .	258
III. Cantidades depositadas en casa de Lafitte. . . . .	263
IV. El señor Magdalena de luto. . . . .	268
V. Vagos resplandores en el horizonte. . . . .	272
VI. El tío Fauchelevent. . . . .	280
VII. Fauchelevent jardinero en Paris. . . . .	285
VIII. Madama Victurnien gasta treinta francos para la moral. . . . .	287
IX. Triunfos de madama Victurnien. . . . .	291
X. Continúa el triunfo. . . . .	295
XI. Christus nos liberavit. . . . .	303
XII. Los ocios del señor Bamatabois. . . . .	305
III. Solucion de algunas cuestiones de policia municipal. . . . .	309

## LIBRO SEXTO. — JAVERT.

I. Principio del reposo. . . . .	323
II. Como Juan puede convertirse en Champ. . . . .	329

## LIBRO SÉPTIMO. — EL PROCESO CHAMPATHIEU.

I. Sor Simplicia. . . . .	341
II. Perspicacia de maese Scanflaire. . . . .	346
III. Una tempestad bajo un cráneo. . . . .	353
IV. Formas que toma el sufrimiento durante el sueño. . . . .	377
V. Cubos en las ruedas. . . . .	332
VI. Sor Simplicia puesta á la prueba. . . . .	398
VII. Llegado el viajero, toma sus precauciones para volverse á marchar. . . . .	407
VIII. Entrada de favor. . . . .	414
IX. Un lugar donde se están formando convicciones. . . . .	419
X. El sistema de denegaciones. . . . .	428
XI. Champmathieu cada vez más asombrado. . . . .	438



GAFFNER  
BIBLIOPHILE  
—  
PARIS

PROTECTOR